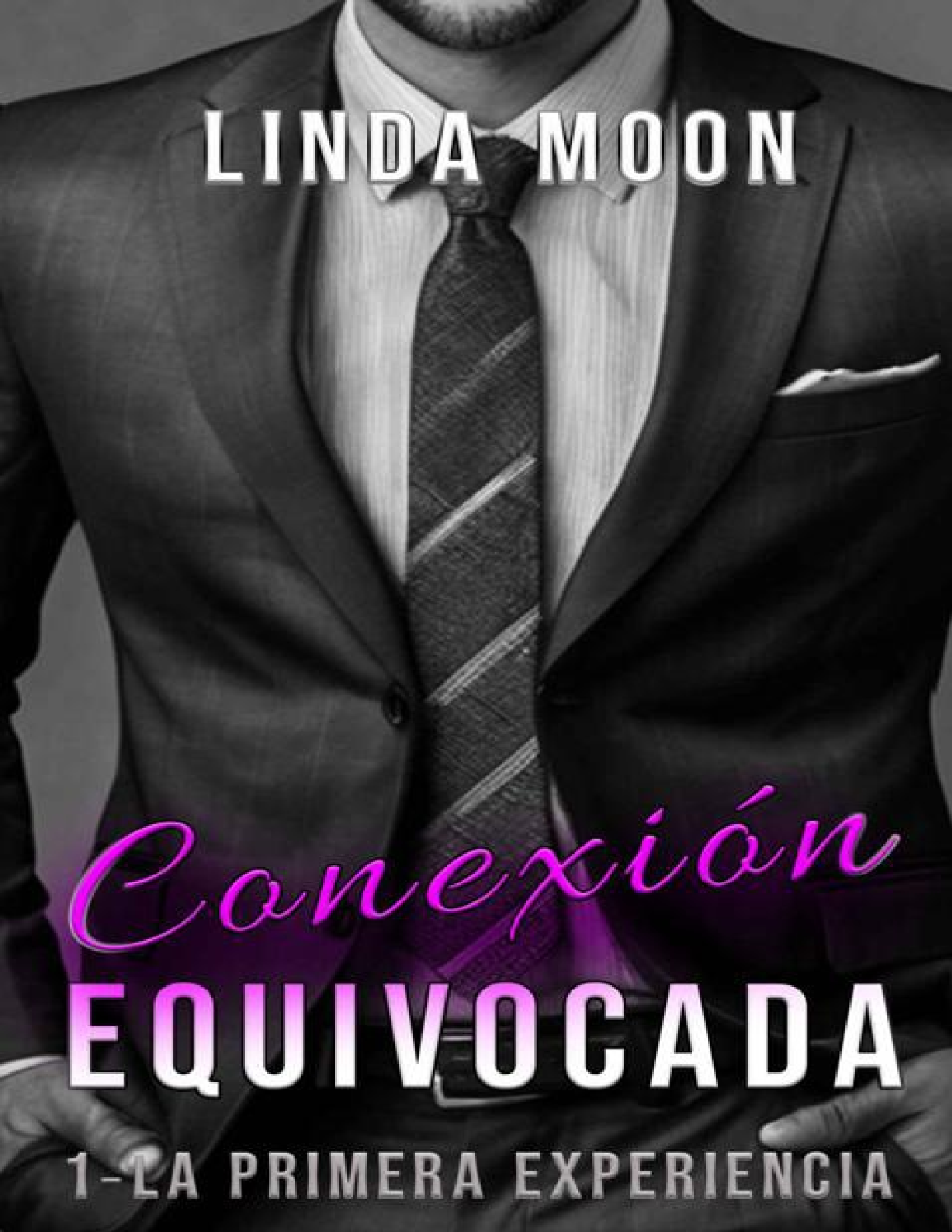


A black and white photograph of a man from the chest up, wearing a dark suit jacket, a light-colored dress shirt, and a dark tie with diagonal stripes. He has a beard and is looking directly at the camera. The background is a solid dark color.

LINDA MOON

Canexión

EQUIVOCADA

1-LA PRIMERA EXPERIENCIA

Conexión equivocada

La Primera Experiencia

Linda Moon

Copyright © [LINDA MOON] by [Linda Moon]

All rights reserved.

No portion of this book may be reproduced in any form without written permission from the publisher or author, except as permitted by U.S. copyright law.

Contents

1. Catherine
2. Liam
3. Liam
4. Catherine
5. Catherine
6. Catherine
7. Catherine
8. Liam
9. Catherine
10. Catherine
11. Catherine
12. Catherine
13. Catherine
14. Catherine
15. Catherine
16. Liam
17. Catherine
18. Catherine

19. Liam
20. Catherine
21. Liam
22. Catherine
23. Catherine
24. Liam
25. Catherine
26. Liam
27. Catherine
28. Catherine
29. Catherine
30. Liam
31. Catherine
32. Catherine
33. Liam
34. Liam
35. Catherine
36. Liam
37. Liam
38. Catherine
39. Liam
40. Liam
41. Catherine
42. Liam
43. Liam
44. Liam
45. Liam

46. Catherine

Epílogo



1. Catherine

— ¡Soy una gran idiota, no, él es un idiota! Me "conservó" hasta la boda, ¿te imaginas? Me "conservó" mientras se acostaba con un montón de chicas con las que no tenía intención de casarse. Su lógica es el fuego.

Mi indignación no tenía parangón. Me di cuenta de que probablemente estaba gritando más que hablando. Pero la música ensordecedora suavizaba un poco el efecto. El volumen de los graves parecía volverme del revés y mostrar toda mi rabia.

—Sin palabras, Cat —Noe se levantó y me acarició el hombro desnudo. Probablemente se daba cuenta de que no había forma de calmarme en ese momento, pero podía sentir que mi amiga compartía absolutamente mi enfado. Refuerza la sensación de que tengo razón. Durante unos segundos, todo parecía más fácil.

Fue ella quien me arrastró al club. Al principio me resistí, pero luego pensé: ¿Por qué no ir? ¿Qué me lo prohibió?

No iba a pasarme el alma empapando la almohada en lágrimas por un gilipollas enfermo. Ojalá hubiera tardado menos en darme cuenta de que Jacob es el parásito más verdadero en mi mundo.

—Bebe, nena. Lo necesitas —señaló Noe con la cabeza la pila de chupitos que había sobre la mesa.

Ya estaba aguantando. A mi alrededor, todo parpadeaba y brillaba por el neón y los láseres de luz. Me mareaba aún más.

Chocamos los vasos y bebimos el fuerte alcohol de un trago. Me ardía la garganta. Normalmente no bebía alcohol. Nunca en mi vida había sentido el impulso de perder el control y sobrepasar los límites establecidos por la razón. Pero esa noche quería actuar mal, no con mi comportamiento habitual, fingiendo ser una chica obediente.

Me había mantenido dentro de los límites de la corrección durante demasiado tiempo. Resulta que en beneficio de nadie. Esa mañana descubrí que mi novio, casi prometido, me engañaba desde hacía cinco años.

Jacob procedía de una familia tradicional. Su padre era un hombre religioso, respetado por todos en sus círculos. Desde el principio supe que no me estaba liando con un tipo corriente, pero acepté las estrictas reglas del juego que me impusieron. Así me justificaba y me tranquilizaba: por el bien de nuestros sentimientos.

Jacob y yo nos liamos cuando yo aún tenía diecisiete años. Él, con diecinueve años, moreno ardiente de sangre árabe, me enloqueció rápidamente. Era muy guapo, muy atractivo, muy conmovedor. Me miraba de una forma que hacía que mis entrañas se apretaran y retorcieran. Y cuando sonreía... ¡Dios mío!

Hizo que me costara decidirme a ir a estudiar a otro estado. Llevábamos hablando de mudarnos con mi hermano desde que tenía doce años. Yo no quería, pero Jacob me convenció. Me dijo que la distancia no mataría nuestro amor, sino que lo haría más fuerte.

En algo tenía razón. En mi cabeza, que estaba llena de falsas promesas, la distancia añadía un picante ardiente a nuestra relación. Le echaba de menos todo el tiempo. Me sentía culpable por haberle dejado mi sueño de aprender de los mejores.

Jacob también decía que me echaba mucho de menos. A través de las redes sociales controlaba todo lo que estaba a su alcance: mi horario, mis contactos, mi ropa, mis hábitos de sueño y alimentación... Y, por supuesto, mi estado de ánimo.

Yo, estúpida de mí, pensaba que todo era por gran amor. Pasábamos una semana juntos en persona una vez cada seis meses. Cuando volvía a casa, vivía con mi hermano, quien controlaba todos mis movimientos. Cuando Jacob vino a visitarme, estaba demasiado controlado.

Pensaba en ello y volvía a enfadarme. Yo, la tonta, siempre buscaba un problema en mí misma. Pensaba que no estaba seguro porque nunca le había presentado a mi hermano. Resulta que era mucho más sencillo que eso. Se follaba a otras personas cuando le apetecía.

Pensaba que solo quería sexo conmigo después de la boda. Cualquier cosa antes de eso no era normal en su mente. ¡Maldito perverso! Y yo solo respetaba sus tradiciones.

Me empecé a crispar de nuevo, mis labios se curvaron y mi mano volvió a alcanzar el chupito. Bebo este sin esperar a que Noe se uniera a mí.

El líquido no era tan amargo como el sabor de la traición que no podía quitarme de encima. ¡Llevaba soñando desde los dieciocho años que Jacob y yo tendríamos sexo normal! Dios, todas las chicas sueñan con casarse, ¡pero yo soñaba con que me follara al menos una vez!

—¡Noe, he perdido cinco años con un hombre que me ha engañado todo ese tiempo! —empecé de nuevo, soltando la perorata de un tirón. Miré a Noe con ojos redondos y solo cuando terminé intenté recuperar el aliento.

Mi confesión era tan dramática que me daban ganas de llorar, pero pasó un segundo, lleno del sonido de los altavoces reproduciendo una nueva canción de éxito, y Noe y yo estallamos a carcajadas. Dios, ¡era una criatura patética!

—Al menos no me ha tocado conocer al hermano de ese asqueroso —me reí, echando la cabeza hacia atrás, mirando al techo y secándome las lágrimas de las comisuras de los ojos—. Se habrían roto todos los huesos del cuerpo si hubiera sabido que me había hecho daño. Ni siquiera esos pensamientos tan crueles me ayudaban.

De hecho, me sentía mal. Me sentía muy, muy mal. Y no era por el sexo que no tuve. Odiaba sentirme patética. Además, a la vez extrañaba y odiaba a ese cabrón que no me merecía. En teoría, la culpa era del infiel. Pero en la práctica, seguía buscando la culpa en mí misma. Y junto con él, yo también odiaba a mí misma.

—Eso seguro —dijo Noe pensativa, nuestras miradas se encontraron.

Noe y yo éramos amigas desde la infancia, y las dos conocíamos muy bien a mi hermano. No perdonaría a mi maltratador por nada del mundo. Hace tiempo, en la escuela, vino personalmente a enfrentarse a los chicos varias veces. Después de hablar con Drake, no volvieron a acercarse a mí.

—Pero en realidad, quizá todo sea para bien, Cat...

Agradecía la voluntad de Noe de animarme, pero hasta ahora, "todo es para bien" no me estaba funcionando.

—Has vuelto a casa. Eres hermosa... Eres libre. Mueves un dedo y la mitad de los hombres de aquí se derrumbarán a tus pies...

Sonaba tan trillado y patético que volví a sonreír. Tendiendo la mano a Noe, le dije sinceramente:

—Y la otra mitad a los tuyos.

Ella sonrió e hizo un gesto con la mano. Las dos estábamos guapas. Noe era una rubia sofisticada de piernas largas, pechos de talla tres, pelo precioso y una mirada angelical de ojos azules. Una clásica. El estandarte de la belleza moderna.

Yo, en cambio, era una copia de mi hermosa madre: bermeja, ni pelirroja, ni morena. Ojos grandes de color marrón oscuro, rasgos claros y labios carnosos. El fuego de mi mirada siempre

atraía la atención masculina. Y, por supuesto, mi figura, cincelada con el entrenamiento de danza.

Mi otrora indiscutible ideal masculino, mi padre, perdió la cabeza al ver por primera vez a mi también joven madre. Tenía confianza en mí misma y en mi belleza. Suspiré profundamente, los echaba de menos con locura. Pero eso no cambiaba el hecho de que la actuación de mi ex había herido mi autoestima.

Parecía que prefería follarse a todas las zorras antes que tocarme a mí. Y a sus ojos, solo servía para ser una aburrida esposa de espectáculo. ¡Era exasperante! Empecé a golpear ligeramente el hombro de Noe con los puños cerrados.

—No me pegues, Cat, pero creo que necesitas un reemplazo rápido.

Ya veía adónde quería llegar Noe. No quería que fuera así. Fruncí el ceño y negué con la cabeza. Pero ella no cedía en su empeño. Me presionó la rodilla con la palma de la mano y acarició...

—Jacob te acosó. Es un gilipollas. Fingió que era insustituible, pero en realidad... ¿A cuánta gente rechazaste porque 'más o menos le tenías'? A muchas. Cuanto antes le pongas fin, mejor.

—Ya lo he hecho —dije con seguridad, mirando a Noe a los ojos—. No soy una víctima. Y no voy a perdonar a Jacob. Ni siquiera le he dejado decir la última palabra. Pero golpear todas las situaciones malsanas... ¿Por qué?

La verdad es que tenía muchas ganas de probar la fruta prohibida. Me rebelaba con ira. Me desgarraba el deseo de vengarme de ese imbécil. Quería demostrar que no había perdido nada. Pero podía que mañana me arrepintiera.

Podías ver en la cara de Noe que podría continuar la discusión, pero se detuvo. Hizo una pausa y luego habló:

—Mira allí —señaló con la cabeza hacia el lado opuesto.

Allí había varias mesas como la nuestra. Nos trajeron un nuevo juego de chupitos de tequila justo a tiempo. Di las gracias al camarero con una sonrisa, y volví a seguir la mirada de Noe.

—Te rozan los ojos y ni siquiera te das cuenta...

Un hombre alto asomaba a la barandilla. Era considerablemente mayor que Noe y yo. Sin duda, tenía unos treinta años. Vestía como si hubiera llegado al club por casualidad, probablemente del trabajo. Llevaba pantalones y una camisa blanca. Las mangas remangadas hasta el codo. Brazos guapos y nervudos apoyados en la valla. No podía distinguir su rostro, pero el contorno de su barbilla sugería un carácter fuerte.

Sobre uno de los sofás yacía una chaqueta que no hacía mucho se quitó. Probablemente era suya. Se parecía a mi hermano, solo que era más joven. Por alguna razón pensé en el olor de este hombre y aparté un poco los ojos.

El haz de luz se detuvo sobre él y empecé a estudiar al hombre con detalle y descaro. Recorrí con la mirada su pecho, desde el cuello hasta la barbilla. Evalué su nitidez, sus pómulos expresivos, la curva de sus labios, su nariz uniforme...

Levanté la vista hacia sus ojos y me di cuenta de que mi amiga tenía razón. Me estaba mirando. Y no se avergonzaba de mi escrutinio. Y yo era valiente por el alcohol que había bebido. Y en general. Después de Jacob, pensaba que todos los hombres eran unos cabrones. Los despreciaba a todos.

Levantó una ceja, como diciendo: “¿Has visto suficiente?”. Me encogí de hombros y giré la cabeza hacia Noe.

—No quiero esos ojos. Aún no necesito a ninguno de ellos. Vamos a bailar —me bebí otro chupito, me levanté y, con una ligera sensación de niebla en la cabeza, tiré de mi amiga conmigo.

¡Al diablo con los hombres! ¡Con todos ellos! Solo quería olvidarme de mí misma. El alcohol, mi amiga y la música bastaban para ello. Al bajar a la pista de baile, seguía sintiendo las miradas con mi piel, pero no levanté la cabeza.

Me alegraba que el club estuviera tan oscuro. Por mucho que me convenciera, estaba excitada. Pero él no lo vería. Le di la espalda al hombre y empecé a bailar.

La música retumbaba, las luces parpadeaban, y Noe y yo nos movíamos al ritmo, dejando que la noche y el ambiente se llevaran todos los malos pensamientos. Sentía las vibraciones de la pista bajo mis pies y la euforia de estar rodeada de gente disfrutando del momento.

Noe me sonrió y se acercó para susurrarme al oído:

—Estás haciendo lo correcto, Cat. Este es tu momento. Disfrútalo.

Asentí, agradecida por su apoyo incondicional. Mientras bailábamos, me di cuenta de que, aunque había mucho dolor y rabia dentro de mí, también había una chispa de esperanza y una nueva oportunidad de empezar de nuevo. Y esa noche, en medio del caos y las luces, decidí que iba a aprovecharla al máximo.

Llevaba pantalones y una camisa blanca. Las mangas remangadas hasta el codo. Brazos guapos y nervudos apoyados en la valla. No podía distinguir su rostro, pero el contorno de su barbilla sugería un carácter fuerte.

Sobre uno de los sofás yacía una chaqueta que no hacía mucho se había quitado. Probablemente era suya. Se parecía a mi hermano, solo que era más joven. Por alguna razón

pensé en el olor de este hombre y aparté un poco los ojos.

El haz de luz se detuvo sobre él y empecé a estudiar al hombre con detalle y descaro. Recorrí con la mirada su pecho, desde el cuello hasta la barbilla. Evalué su nitidez, sus pómulos expresivos, la curva de sus labios, su nariz uniforme...

Levanté la vista hacia sus ojos y me di cuenta de que mi amiga tenía razón. Me estaba mirando. Y no se avergonzaba de mi escrutinio. Y yo era valiente por el alcohol que había bebido. Y en general. Después de Jacob, pensaba que todos los hombres eran unos cabrones. Los despreciaba a todos.

Levantó una ceja, como diciendo: "¿Has visto suficiente?". Me encogí de hombros y giré la cabeza hacia Noe.

—No quiero esos ojos. Aún no necesito a ninguno de ellos. Vamos a bailar —me bebí otro chupito, me levanté y, con una ligera sensación de niebla en la cabeza, tiré de mi amiga conmigo.

¡Al diablo con los hombres! ¡Con todos ellos! Solo quería olvidarme de mí misma. El alcohol, mi amiga y la música bastaban para ello.

Al bajar a la pista de baile, seguía sintiendo las miradas con mi piel, pero no levanté la cabeza. Me alegraba que el club estuviera tan oscuro. Por mucho que me convenciera, estaba excitada. Pero él no lo vería. Le di la espalda al hombre y empecé a bailar.



2. Liam

Aparqué el coche junto a un enorme edificio en forma de cubo sin ventanas. Busqué mi carpeta en el asiento del copiloto. Hoy era lo peor. Mi estado de ánimo rondaba la centésima parte en una escala de diez. Lo último que quería era acabar en un club ruidoso. Pero Steve me pidió que dejara los papeles hoy, y en cierto modo se lo debía un poco. Últimamente me había hecho un buen favor.

Caminando hacia el club, pensé en hacer una entrega rápida y dirigirme a casa. Una vez dentro, me sentí sofocada y molesta. La música me martilleaba los oídos. Me hice una pregunta: ¿debía mandarlo todo al infierno y emborracharme?

Hacía demasiado tiempo que no me relajaba. Aún no me había dejado ir y seguía siendo un asco. Hoy la única chica a la que quería de verdad se había casado con el que fue mi mejor amigo. La situación... ¡Sí!

Y luego, me había llamado desde el lavabo de la administración, donde había firmado y hecho un juramento con otro, y me pidió que la recogiera. ¿Una situación? ¿¡Sí!?

Estaba temblando mucho. Todavía no podía determinar qué era lo correcto. Naturalmente, no fui. Nunca me habían atraído estas situaciones ambiguas.

Steve me explicó dónde encontrarlo, así que esquivé a los jóvenes que se agolpaban en la pista de baile y subí las escaleras hasta uno de los balcones VIP. Oí:

—¡Liam! —Entrecerrando los ojos, encontré a Steve mirándome.

Se levantó de la mesa y me saludó. Estaba contento y borracho, y sentí envidia. Había cuatro personas en la mesa. Conocía a todos en mi empresa. Pero en la reunión de hoy no estaba yo. Y faltaba uno de nuestros colegas. Se fue hace mucho tiempo. En cierto modo, compartíamos... Él era de Rachel... Y yo era de los amigos...

—¡Hola! —Desabroché la chaqueta y extendí la mano para estrecharla.

El ambiente estaba insoportablemente cargado. Steve apestaba a alcohol, como todos los que estaban en la mesa. Coloqué la carpeta en el borde, moviendo el vaso de alguien.

—Aquí están los documentos que me pediste.

Steve y yo trabajábamos juntos. Cada uno tenía su propio despacho. Él tenía un montón de subordinados. Y probablemente había personas en las que confiaba lo suficiente como para dejar que rebuscaran en su despacho para encontrar la carpeta adecuada. Por lo visto, no quería que sus subordinados le vieran divirtiéndose. O quizá buscaba una excusa para atraerme aquí. ¡Disípate!

Seguro que me estaba muriendo de aburrimiento y pensando desde qué piso tirarme. Y estaba... y estaba... vacío y asqueado. Pasaría. Sabía que pasaría. Tenía que darme tiempo.

—Gracias, colega. Gracias.

Steve me llamó la atención y me dio una palmada en el hombro. Mis amigos se preocupaban por mí. No me dolió que se reunieran en mitad de la semana para apoyarme.

—Estupendo. Me voy —miré las caras, cada una de las cuales mostraba distintos grados de pesar por mi situación, y me volví hacia Steve.

—Ven con nosotros, Liam...

No me soltaba. Súplica, apretándome el hombro con más fuerza. No iba a beber ni a llorar. Tampoco iba a cagarme en Rachel.

—Mañana tengo una reunión con un cliente poderoso. No quiero sentarme delante de él con la cara hinchada.

No era una santa, pero presentarme a reuniones con gente importante con alcohol no era mi estilo.

—Siéntate una hora. No te entretendremos... —insistió un amigo.

Dudé un poco. Lo más probable era que me quedara sentada una hora y no me hicieran ni puñetero caso. Pero exteriormente, estuve de acuerdo.

Ante los alegres gritos y aplausos, me quité la chaqueta. La tiré al sofá y me agarré los puños de la camisa para remangarla un poco. Tres manos llamaron al camarero. Cuando se acercó, empezaron a pedirme lo que iba a beber. Frené al chico cuando se alejaba. Sujetándole por el codo, le pedí:

—Trae agua, eso es todo, gracias.

—¿Quieres a alguien? —me preguntó.

Steve se acercó a mí y me empujó con el hombro. Había conseguido emborracharse aún más desde que llegué. Le brillaban los ojos. Se notaba que se lo estaba pasando bien. Y lo estaba, y lo seguía estando. Con una excepción.

—¡Baila de maravilla! —señalé con la cabeza a la chica que me había llamado la atención mientras seguía sentada en el balcón frente a nuestra mesa.

Al principio, gesticulaba enérgicamente y le demostraba algo ferozmente a su amiga. Luego tomaron un par de chupitos y bajaron a la pista de baile. Se veía que bailaban para sí mismas, no para atraer a alguien. Pero, aun así, te llamaban la atención. Desesperadas. Pero sobre todo, la más expresiva era la que tenía esos ojos.

Tenía un rostro inusual. Expresiones faciales vívidas. No sabía cómo no podías mirar a alguien así.

—Mira eso.

Steve captó la dirección de mi mirada y se quedó mirándola también. En ese momento, la chica levantó los brazos. Los dobló por los codos y movió lo que debían ser muslos elásticos en forma de olas. ¡Preciosa!

Quizá sentía nuestra observación, quería ver si la observaban. Giró la cabeza y nos miró. La capté. No iba a apartar la mirada. Me parecía que había más resentimiento en ella que deseo de seducir a alguien. Pero no podía apartar los ojos de ella. Allí, como un imán, seguía queriendo mirar. Sin duda, era de mi tipo.

—¿Qué te parece si nos la repartimos, hmmm? —Steve volvió a darme una palmada en el hombro; me ofrecía algo así como con excitación—. ¿Pedimos un cóctel y nos conocemos?

Me sonaba tan sucio que me acobardé.

—Follarse a una chica mientras tomamos un cóctel no es una distracción.

Girando la cabeza hacia mi amigo, lo miré atentamente.

—¿A cuál quieres? Te gustan las rubias, ¿no? —Steve, el observador, bromeaba conmigo.

Pero antes me gustaban "no rubias, sino rubios". Ahora eso estaba en el pasado.

—Cálmate.

Le di una palmada en el hombro al estratega borracho; esperaba que dejara pasar la idea.

Deja que las pequeñas se diviertan. Algo me decía que no eran del tipo de predatoras, que no estaban sentadas en la barra esperando a que alguien les invitara a una copa. Un poco exageradas; dejándose relajar demasiado sin la supervisión de alguien que interviniera si ocurría algo.

—Yo también me dejaré llevar por la oscuridad. Por tu bien, compañero...

La conversación empezaba a ser molesta poco a poco. Si Steve abordaba el tema, le sugeriría de forma enfática que volviera a la mesa y siguiera emborrachándose. Algo le distrajo.

Miró hacia abajo; luego acompañó a alguien por las escaleras con la mirada. Seguían siendo las mismas chicas. Volvían a la mesa. La chica de los ojos se aferraba a su amiga. El vestido que había elegido le sentaba bien. Era muy corto. Tenía las piernas desnudas casi hasta la ropa interior, pero no era vulgar y no parecía disponible con él.

—¿Así que estos son nuestros vecinos...? —se preguntó Steve alegremente.

Levantó la mano y llamó al camarero, y yo continué observando el lado opuesto. Las chicas se dejaron caer en el sofá. Sonrojadas. Estaban acaloradas. Se rodeaban con los brazos. Sonreían; hablaban de algo. Me preguntaba de qué.

—Amigo, ¿podrías llevar una botella de champán a esa mesa de ahí? —le preguntó Steve al camarero, y yo apenas pude contenerme para no poner los ojos en blanco—. ¡Más caro... por favor!

—Vale, jefe...

De nuevo, me lo estaba pasando en grande mientras los dos idiotas se tomaban otro chupito en la mano. No nos metamos en líos, idiotas.

—¿Les digo que es de tu parte?

—Diles que es de parte de los fans del otro lado de la mesa.

Su idea apestaba. Mi postura era la de no tener nada que ver con esta estupidez. Supongo que si las liquidan esta noche, aprenderán una lección. Pero más vale que tengan resaca.

Parecía que tenía el control, pero mi corazón reaccionó cuando llegó un mensaje de "Rachel" a mi móvil. ¿Quién sabe por qué no la había bloqueado? No hacía falta leerlo. ¡Que le den! Lo sabía muy bien. Pero sin demora, leí: *"Cometí un error. Perdóname. ¿Me perdonas?"*

Maldije el día en que la conocí. ¿Qué quería esa zorra de mí? No me apuntaba a ser su amante. Tenía que respetarme a mí mismo. Exhalé ruidosamente, eché la cabeza hacia atrás y conté los latidos de la sangre en mis sienes.

—Perdona, te han pedido que vuelvas... —Me sobresalté bruscamente al oír las palabras del camarero dirigidas a mí.

Por alguna razón, se inclinó y colocó la botella en la cubitera frente a mí. Quizá, a diferencia de Steve, yo parecía más adecuado.

—Dicen que los tíos adultos deberían saber que no se puede rebajar el grado. —Asentí al camarero, giré la cabeza y me encontré con los ojos de la chica mirona.

Había conseguido recogerse el pelo en un moño. Ahora su cuello parecía aún más delgado. Sus rasgos eran más brillantes. Cogió el vaso de chupito y se lo bebió de un trago. ¡Idiota!

Me gustaba su rechazo. Sonreí. Pidió que enviara un paquete de zumo que las niñas pequeñas deberían conocer: su ración. Dejé que el camarero se fuera con un gesto de la cabeza. Volví a mirar mi teléfono. Luego miré a las chicas. Vi que ya tenían su comida. Eso era. Mejor que comieran.

Me repuse y bloqueé a Rachel. Maldije para mis adentros. Me levanté y cogí mi chaqueta.

—Eh, ¿adónde vas? Estamos a punto de comer algo. —Steve estaba borracho, pero me miraba como si estuviera sobrio.

Encontré un paquete en el bolsillo interior y lo hice girar entre los dedos.

—Fumaré y volveré...

No esperé ninguna aprobación ni me ofrecí a fumar juntos. No estaba contento con esta noche. Me puse la chaqueta y bajé las escaleras. Respiré el aire normal de la calle y me alegré de que los sonidos de la música hubieran quedado atrás. Mis oídos descansaban después del desenfreno sonoro. Estiré el cuello y me hice a un lado. Encendí el mechero. Estaba enfadado conmigo mismo. Hacía cinco años que no fumaba.

Disfruté de unos hermosos minutos de silencio condicional, y entonces oí el repiqueteo de unos tacones detrás de mí, pero no le presté atención.

¿Qué debía tener una mujer en la cabeza para estar enviando mensajes de texto a otro hombre en su noche de bodas? No tuve tiempo para responderme a mí mismo. La chica de los ojos grandes vino a mi lado, presionando su muslo contra la barandilla. Cruzó sus hermosas piernas desnudas, se encogió con el viento, apartándose del hombro su hermoso cabello, tan voluntarioso como su dueña.

Sacó un cigarrillo delgado de su paquete y preguntó sin pretenderlo:

—¿Me das un mechero?

—¿Tú también fumas? —Respondí a la pregunta con otra pregunta, escrutando de nuevo a la chica a corta distancia.

Vi que lo primero que quería hacer era mandarme a la mierda, pero se contuvo. Incluso sonrió, ladeó la cabeza, agitó las pestañas...

—Me apetece...

Respondió vagamente, y no supe si estaba coqueteando o burlándose. ¿Qué tenían estas mujeres en la cabeza?

—¿Esta noche te apetece ir por todas?

Por extraño que parezca, ella se limitó a asentir. Apretó el cigarrillo con los labios y se inclinó hacia mí. Lo encendí. Ella dio una hermosa calada y soltó el humo de la misma forma que yo lo

hice un poco antes: hacia el cielo. Miré fijamente su cuello largo y delgado. Quería apretarlo. Saborearla con los labios. Pensarlo así me puso repentinamente cachondo.

—Un día terrible.

Admitió la chica, bajando la mirada y frunciendo el ceño. Me miró a los ojos sin timidez. Apareció en mi mente una sensación como si nos conociéramos desde hacía mucho tiempo. Ese olor, esos grandes ojos oscuros...

Pensando brevemente si sermonearla o dejarlo, acabé asintiendo y cediendo:

—No me lo digas. Yo mismo estoy en shock.



3. Liam

—¿La persona con la que saliste durante cinco años también te engañó? —Al oír mis palabras, no arruga la nariz ni resopla. Hace la pregunta como si lanzara un desafío. ¿Quién tiene más posibilidades?

Y empieza a gustarme su aspecto, su voz, su atrevimiento, incluso el brillo de sus ojos. Está borracha, pero no tanto como yo pensaba. Espera una respuesta sin dar más caladas. Aprieta la mano contra la barandilla y deja que el cigarrillo se evapore lentamente. Me quedo paralizado al verla, luego vuelvo a mirarla a la cara.

—Casi. La chica a la que amo desde hace cinco años se ha casado hoy con mi mejor amigo.

—Zorra... No creía que hoy nadie pudiera superarme...

La chica bromea, pero de vez en cuando hay en sus ojos una mirada nada divertida. Lo entiendo. Y el enfado por lo frívolas que están siendo ella y su amiga retrocede.

—¿Cuánto tiempo llevas fumando? —pregunté, aunque no fuera asunto mío en absoluto.

Solté el humo, volví la cabeza hacia la chica y observé que estaba ligeramente avergonzada. Se mordía la comisura de los labios, pensando si mentir o no.

—A partir de hoy... —se encogió de hombros con indiferencia.

Y yo sonreí. Me llevé la mano a la frente y me froté la piel con el nudillo del dedo índice. ¿Qué era ese impulso de autodestrucción? Bueno, te he engañado, gilipollas: escúpele encima. Quizá así no estarás sola. Elige a un tío normal.

—No haces más que gastar cigarrillos...

Volvió a resoplar, cambiando de postura. Sus firmes nalgas se apoyaron ahora en el parapeto. Se acercó y giró la cabeza, levantando la barbilla. Odia su culo y descarga su rabia conmigo.

—¿Cómo te llamas? —pregunté, volviéndome hacia ella y acercándome un poco más.

Mi mirada se dirigió a sus hombros. Vi pequeños granos en su piel, tenía frío. Me quité la chaqueta y se la puse sobre los hombros desnudos. Una mano frágil se asomó bajo ella. Llevaba una manicura pulcra, corta y de color natural, y un par de anillos en sus largos y hermosos dedos.

—Cat. Catherine. ¿El tuyo?

—Liam. Liam Fork —la pinché ligeramente, sonriendo. Y luego más fuerte, porque Catherine volvió a resoplar. Eso significaba que podía meter mi "Fork" muy, muy adentro.

Le apreté la mano y se la estreché dos veces. Se quedó congelada. Primero baila, después suda. Luego se echa alcohol y se lanza a la aventura: aire fresco.

—Bailas muy bien, Catherine —dije en respuesta a mi cumplido, sin avergonzarme.

Tarareó y miró al cielo. Y yo volví a fijarme en su cuello. Sus clavículas. Sexy, me dije. Más abajo... La chaqueta estaba abierta. Podía ver más, bajo el vestido, sin ropa interior. Los pezones sobresalían. Sus pechos eran perfectos.

—Lo sé —contestó con indiferencia, y a duras penas volví a acercarme a su cara.

Me dije mentalmente que esta noche íbamos a tener una noche sin tonterías. No sería mala idea que ella también se animara.

—No bebas más... —le pedí, y Cat me lanzó una mirada escéptica. ¿Hablas en serio?

—¿Por qué? Bebes, y es fácil enseguida... No te sientes como una mierda...

—¿Qué tiene que ver contigo? Él es la mierda, tú no le engañaste —obviamente le gustaron mis palabras.

Miró vengativamente delante de ella, probablemente imaginando la cara de su ex, con suerte, ya ex. Luego a mí:

—¿Has engañado alguna vez a una mujer? ¿O te has acostado con la que se ha casado hoy?

Permanecí en silencio mientras seguía estudiando a la chica. Era interesante, y también quería odiarme. Podía ver directamente las palabras "todos los hombres son gilipollas" brillando en su cabeza. Necesitaba que le confirmaran su teoría.

—No la engañé. Pero me acosté con ella cuando ya estaba con mi amigo.

Una sonrisa curvó los labios de la chica.

—¿Y cómo es eso de saber que estás arruinando la vida de alguien? —Se refiere, por supuesto, a las chicas con las que se folló su novio.

Se ve que sigue queriendo a su ex e inconscientemente intenta justificar y repartir la culpa entre el mundo. Yo también intenté convencerme de que todas las excusas de Rachel tenían algún sentido significativo. Pero en realidad...

Si las personas quieren, hacen que funcione.

—En realidad, me importa una mierda la vida de los demás en este momento —dijo Cat bruscamente.

—Eso está bien... —estuve de acuerdo.

Eché un vistazo a la entrada del club. No quería volver y no quería que Catherine regresara.

—Llama a tu amiga. Dile que salga. Yo te llevaré. —Cat reaccionó a mi oferta con auténtica sorpresa.

Parecía serio y sus cejas se levantaron. Vaciló, esperando que estuviera bromeando. Pero no bromeaba. No volvería a ver a esos dos tontos en mi vida, pero quería saber que hoy no se habían metido en líos. Lo que ocurriera mañana no era mi problema.

—Gracias, pero no me voy a casa.

Catherine me enfadó con su terquedad. Recordé que todo el mundo tiene derecho a elegir y a ser responsable de sus actos... Pero preferiría que estuviera de acuerdo.

—¿Qué vas a hacer? ¿Beber más chupitos y vomitar en el baño? ¿O esperar a que venga alguien y te eche un polvo consentido en el váter?

Me di cuenta de que mis palabras sonaban groseras. Era su comportamiento lo que me cabreaba. Catherine no esperaba tanta sinceridad y un tono tan duro. Se puso pálida y seria, pero se recompuso rápidamente.

Se enderezó y dio un paso hacia mí, cruzó los brazos sobre el pecho y me miró de arriba abajo.

—Quizá quiera que me invites a tu casa. ¿Qué te parece esa opción?

Genial, la verdad. Me apetecía mucho. Pero en mi cabeza ya lo había descartado diez veces. Era un error. Pero deseaba mucho a Catherine y no podía contenerme.

Busqué su cuello. Le acaricié el cuello con los dedos, subiendo hasta su barbilla, deslizándome sobre su piel, apretándome ligeramente... Vi un destello de excitación.

Solo quería estar desesperada esta noche. Si no aceptaba, buscaría aventuras de todos modos. Era una excusa tonta para mí, y no me hacía gracia. Pero estaba harto de ser razonable. Exhalando, me detuve.

—¿Llegará la compañera sola?

Cat pensó rápidamente, temiendo que mi humor estuviera cambiando. Sentí el pulso latiendo en su delgado cuello. Se aceleraba... Ella asintió hasta donde mi mano se lo permitía.

—Vete a por tus cosas, entonces. Yo esperaré aquí. Te doy diez minutos. Si cambias de opinión, no salgas.

Retiré la mano y la miré atentamente.

Ahora mismo, lo ideal sería que sacara a su amiga, se metieran juntas en un taxi y se fueran a casa a dormir la borrachera. Y mañana, y durante otros seis meses después, rememorarían cómo Cat engañó a un hombre dispuesto a follársela borracha.

Pero no fue eso lo que hizo. Un pequeño bolso asomaba por debajo de mi chaqueta. Miré lo que había bajo mi chaqueta y luego volví a mirar a los ojos de la chica. Ella sonrió. Hubo una pausa, cada uno sopesando la situación. Ella interrumpió el prolongado silencio.

—La llamaré desde el coche.

—Te has hecho mucho daño, ¿verdad? —le pregunté. Cat asintió sinceramente.

—Quiero acabar con todo y ponerle fin...

Por la expresión de su cara, me di cuenta de que estaba confundida. Pero la lástima no era un sentimiento que surgía al mirarla.

Pensé, y luego decidí: a la mierda... ¡Esto es lo que queremos!

—Vamos. Esta noche es una gran noche para poner los puntos sobre las íes...



4. Catherine

Si estuviera sobria, nunca le habría ofrecido a un desconocido lo que le ofrecí. Alcohol e ira corriendo por mis venas... Una mezcla peligrosa. Jacob tuvo el morro de llamarme. Ni siquiera desde su propio número, sino desde uno desconocido. Me ordenó que le dijera dónde estaba. También exigió hablar conmigo. ¡Dios mío!

Ese cabrón me estaba pidiendo oficialmente que me casara con él. Y yo quería cortarle las pelotas. Salí volando para tomar el aire.

Vi a ese hombre tan guapo, el de enfrente. Me arrimé a él. De cerca, me parecía perfecto. Y me sentía atraída por él. Llegamos a conocernos. El olor de su perfume masculino también era divino, me erizaba la piel. No soy de las que dejan entrar a la gente en mi espacio personal de inmediato, pero me sentía tranquila y segura con él.

El peso de su chaqueta me sentaba bien sobre los hombros. Inhalé su aroma. Estaba bien peinado. Y también fumaba de forma maravillosa. Esta imagen me hipnotizaba.

Nunca había mirado a los hombres como objetos sexuales. Mi ficticia situación sentimental se interponía entre el sexo opuesto y yo. Pero ahora... La situación era inusual para mí. Estaba quitando los fusibles y admitiéndome a mí misma: Liam me gustaba como miembro del sexo opuesto. Y podía sentir lo mucho que le gustaba yo. Lo suficiente como para limpiarse los ojos en mi piel en el club. Y lo suficiente para contemplar seriamente mi propuesta y finalmente decir que sí.

Caminamos hasta el coche y él abrió la puerta del reluciente todoterreno negro. Me ayudó a subir al asiento del copiloto.

—¿Has bebido? —Solo tarareó en respuesta a mi pregunta.

Eché un vistazo a mis rodillas que llamaban la atención. Me estaba acalorando, pero me sentía a gusto. Lo principal era evitar que mi estúpido cerebro se encendiera. Esta noche solo quería

olvidarme de mí misma con un hombre que me gustara. Quería tener el placer y el deseo con el que soñaba desde hacía mucho tiempo. Y luego no pensar en nada y no tener remordimientos.

—No, Cat. A diferencia de ti, yo estoy completamente sobrio. Y eso me hace más responsable de los acontecimientos posteriores —podría discutir, pero me mordí la lengua.

Rodeó el coche y se acomodó en el asiento del conductor.

—Abróchate el cinturón, por favor...

Solo habló del cinturón, y una sexy cadena lógica se acumuló en mi cabeza. Un calor recorrió mi cuerpo. ¡Qué bonito! Una sonrisa rompió mi seriedad. Mi teléfono volvió a zumbiar. Estaba sonando otra vez desde un número desconocido. Una nueva dosis de rabia irrumpió en mi torrente sanguíneo. Quería descolgar el teléfono y gritarle que no volviera a llamar... y que no me buscara nunca: me iba a follar a otro.

Pero en lugar de atreverme a pensar, colgué el teléfono y puse el número en la lista negra. Giré la cabeza y estudié al hombre que había elegido para mi gran noche. Intenté averiguar si me repelía. ¿O era el alcohol?

Recordé haberle tocado el cuello... Inconscientemente, apreté las rodillas y lo noté. Miré mis manos sobre el volante, se me calentó el bajo vientre.

—5LFK5777 —dijo algo y no lo capté enseguida.

Fruncí el ceño y volví a preguntar:

—¿Qué es eso? —Levanté la mirada hacia el perfil de Liam. La sostuvo durante unos segundos y luego sonrió. No me miraba a mí, solo a la carretera.

—La matrícula del coche en el que te metiste, Catherine. Quiero castigarte. En serio...

Estaba enfadado. Su comentario era más que apropiado, pero tuve que contener de nuevo una sonrisa. Por la mañana me sentiría fatal, por supuesto. Pero ahora mismo, cerca de él, no me preocupaba.

Aproveché que estaba absorto en la carretera y lo miré fijamente.

—Avísale a tu compañera para que no se preocupe...

—¿Por qué? No pareces un maníaco. Le envié un mensaje diciendo que no volvería al club y me fui contigo. Ya basta...

Por los labios del hombre me di cuenta de que no creía que lo fuera. Pero, ¿qué me importaba lo idiota que pensara que era un hombre que solo quería sexo conmigo?

Si además lograra que el primer sexo fuera placentero, eso sería mágico... Mejor no pensar en eso ahora.

—Gracias. Me siento halagada, pero haz lo que te digo.

Puse los ojos en blanco y lo hice de verdad. También le mandé un mensaje a mi hermano diciéndole que ya estábamos cansadas con Noelle, que íbamos a pedir un taxi y nos iríamos a su casa. Eso era mentira. No me gustaba mentirle, él siempre cuidaba de mí en lugar de mis padres.

La pantalla se iluminó con un mensaje de Noelle: "¿Qué?! ¿Te fuiste con él?! Por la mañana, en cuanto te despiertes, ¡llámame inmediatamente! ¿Entendido?". Sonreí y me sonrojé.

No contesté. Guardé el móvil y me incliné, cruzando las manos en señal de obediencia.

—Cumplido, mi señor...

Liam bajó la mirada, tomándose un momento para establecer contacto visual. Sabía que se había quitado el vestido y podía suponer hasta qué punto eran visibles mis pechos. Pero su mirada no se quedó ahí para siempre. Viajó de nuevo hacia arriba, hasta mis ojos.

—Recuerda la pose. Me gusta.

El calor se disparó por mis mejillas y desde mi plexo solar hacia abajo. Volví a apretar los muslos y me giré hacia la ventana para controlarme. De repente, el coche empezó a sentirse cargado. Me rodeé con los brazos y me tranquilicé lentamente.

Ahora me parecía perfecto. Un poco engreído. Un poco condescendiente. Me di cuenta de que era inteligente. Si te fijabas, también tenía éxito. Seguro que no le seguían tirando chicas de discoteca todo el tiempo. Me gustaba pensar que yo era la única con la que había hecho una excepción.

Atravesamos casi toda la ciudad. A través de la ventanilla destellaban calles familiares. Estaba tan relajada que no seguía la carretera, solo disfrutaba de las vistas que había perdido durante mis estudios.

A mi hermano le gustaría que me quedara en Nueva York después de graduarme. Siempre le pareció que allí estaba la mejor vida para mí. Probablemente pensaba que allí estaría más segura. Pero volví. ¡Tonto! Volví a casa en alas del amor. Y aquí nunca hubo amor.

La barrera se levantó delante de nosotros. El coche de Liam entró en la urbanización. Después, rodamos por la carretera en silencio durante un rato. Entramos en el aparcamiento subterráneo. Liam se desabrochó el cinturón de seguridad con un clic. Tenía muy claro que ahora podría cambiar de opinión. Pedir que me llevara a casa. ¿O pedir un taxi? Me examiné. No, no quería parar. Quería volver a sentir su tacto en mi piel.

Liam se mostró galante. Mientras me desabrochaba el cinturón, rodeó el coche, abrió la puerta a mi lado y volvió a ofrecerme la mano. Cuando salí del coche, me soltó. Y yo deseaba que siguiera sujetándome.

En el ascensor subimos en silencio. Liam mantenía la mano en la barandilla que cruzaba el espejo de la parte trasera del ascensor, y yo permanecí en el centro. Miré delante de mí, pero aún podía verlo estudiándome en el reflejo. No se podía decir que estuviera listo para abalanzarse. Estaba perfectamente controlado. O tal vez percibía que no iba a ninguna parte. Me dio un empujoncito en la espalda cuando el ascensor se detuvo en una de las plantas superiores.

Mientras caminábamos por el pasillo, la mano de Liam se detuvo discretamente en mi espalda. Una vez en la habitación, entrecerré los ojos debido a la luz que incidía sobre ellos, pero enseguida me acostumbré.

El lugar era, como era de esperar, bonito, elegante y moderno. Estaba ordenado y olía agradablemente a perfume. Liam puso su teléfono en la estantería. Ahí fueron sus llaves.

—¿A qué te dedicas? —pregunté, dándome la vuelta y entregándole su chaqueta. Él sonrió.

Caminó a mi alrededor y me hizo señas para que lo siguiera. Tiró la chaqueta en el sofá del salón. Se dirigió a la barra y yo seguí mirando a mi alrededor.

—Soy abogado.

—Un buen abogado —añadí. Su coche, su piso, su aspecto lo gritaban. Pero él mismo reaccionó con tranquilidad a la frase.

—Soy testarudo. Si me ocupo de algo, hasta que lo termino, no lo suelto.

Me sonrojé y sonreí. Si intentaba asustarme con eso, perdía el tiempo. No iba a correr histérica hacia la puerta principal para tirar de la manilla de la puerta cerrada. Al contrario, fui al salón. Primero levanté el pie derecho, abrí la cerradura y me quité la sandalia. Luego la izquierda. Caminé descalza por el suelo liso, directa hacia la gran ventana. Quería contemplar la ciudad encendida de luces.

—¿Y tú? —preguntó Liam con retraso, poniendo hielo en los vasos y sirviendo whisky. Se dio la vuelta y me miró.

—Estoy estudiando, fui a la universidad Juilliard —estaba confusa en ese momento, no quería recordarlo.

Me rodeé con los brazos y miré al hombre con una sonrisa. Liam dobló los labios como si la información le infundiera respeto. Cogiendo dos vasos en sus manos, se acercó a mí.

—Juilliard requiere talento.

Me reí, llevé el vaso a los labios y le di un sorbo. En realidad, ojalá pudiera pedir agua, pero que así fuera. Más niebla en la cabeza, menos pensamientos. Sobre todo porque ahora solo bebíamos los dos. Él le dio otro sorbo al vaso. Después, se acercó a mí. Acercó sus dedos a mi cara. Deslizó el dorso de su mano por mi mejilla. Sentí pequeñas agujas por todo el cuerpo.

Me escuché a mí misma. Me recorrió el pómulo hasta la sien, volvió a subirme a la mejilla y me pasó la yema del dedo índice primero por la comisura y luego por debajo del labio, presionando contra ellos. Abrí un poco la boca y le besé el dedo. Era la primera vez que lo hacía. Con Jacob siempre había sido tímida.

La mirada de Liam parpadeó con una intensa excitación, y me calenté por un momento, pero él la apagó rápidamente. Deslizó el dedo hacia abajo. Me apretó la barbilla y tiró un poco de ella hacia abajo, abriéndome la boca. Me miró descaradamente, como si estuviera contemplando una exposición. Mi escote, mis clavículas, mi cuello, mis labios.

Cuando llegó a mis ojos, se puso serio:

—Hablemos enseguida para que no haya más malentendidos. Te deseo. Te deseo mucho. Me sorprende. Pero si no estás preparada, dímelo. No te obligaré, te lo prometo.

—No tienes por qué obligarme —corté sus palabras. En ese momento, me parecía meticulosamente juicioso.

Su mano bajó hasta mi hombro. Me acarició la piel, poniéndome la carne de gallina. Me miraba a la cara. Si tuviera alguna experiencia con los hombres, diría que yo también le deseaba. Pero no entendía lo que me estaba pasando ahora. Nunca había tenido este estado...

—Enséñame el documento.

Me quedé paralizada. Su exigencia me sorprendió. Me repuse rápidamente. Era razonable. Quería asegurarse de que no se involucraba con una menor que podría causarle problemas en el futuro. Lo tenía bajo control.

Había dejado el bolso en la puerta. Tenía que ir a buscarlo. Cuando volví, saqué la tarjeta y se la di a Liam, clavando el dedo en el apellido. No quería meter a mi hermano en problemas, ese apellido era demasiado conocido por aquí. Liam no cogió el documento. Pasó los ojos por encima y canturreó.

—No mentiste. Ni siquiera en tu nombre...

Lo tomé como un permiso para guardar el documento. Volví a tirar el bolso en el sofá. Miré las copas sin terminar que había sobre la mesa baja. Sinceramente, ya había bebido suficiente alcohol por una noche. Mi primera vez sería buena para recordar. Di un paso hacia Liam. Apreté las palmas de las manos contra su pecho y me puse de puntillas.

Enseguida encontré apoyo: las manos del hombre se aferraron a mi cintura y apretaron. Mi vestido subió un poco más. Mis palmas subieron más. Estaba tal y como imaginaba: duro y caliente. Ahí abajo, también...

—¿Sabes cómo lo quieres? —me preguntó mientras buscaba su boca con los labios entreabiertos. Quería besarle ya, pero fui más despacio y negué un poco con la cabeza. ¿Cómo iba a saberlo si nunca lo había probado?

—¿No tienes suficiente experiencia? —dijo, perspicaz. Tragué saliva y asentí con la cabeza.

Esperaba ser una de las pocas afortunadas que perdían la virginidad sin dolor ni sangre. Si no, tendría que dar explicaciones.

—Habéis salido durante cinco años...

Era un poco molesto porque, a diferencia de mí, él era razonable. Hacía preguntas. Y extraía conclusiones.

—Como puedes imaginar, no nos veíamos mucho. Yo estudié en Nueva York y él vive aquí.

Sonrió débilmente. Sus manos se pusieron en movimiento. Se movieron más abajo, apretando mis nalgas. Apreté mi cuerpo contra él. Froté mis pezones contra su pecho a través de la seda de mi vestido, sintiendo el calor del cuerpo de un hombre. Una polla caliente se apoyaba contra mi estómago.

—Es un imbécil... —Liam hizo una elegante valoración de mi ex, acercándose lentamente a mis labios. Pude sentir su aliento en mi boca.

Era mi primer beso de adulta, y no era con Jacob. Pero en lugar de rechazo, un agradable escalofrío recorrió mi cuerpo. Pasé los dedos por sus hombros hasta el cuello, abriendo yo también más la boca, dejando entrar la lengua de un hombre al que apenas conocía.



5. Catherine

¿Dónde? —preguntó Liam.

—En la cama.

Asintió y me cogió por debajo de las nalgas. Sentí miedo y excitación al mismo tiempo. Enrollé las piernas alrededor de su torso, apretando todo mi cuerpo con fuerza.

Me reí en su cuello, rodeando con mis brazos sus anchos hombros. Me estremecí al sentir sus suaves caricias en mi trasero desnudo. El vestido estaba subido, y debajo solo llevaba un tanga. Es decir, nada.

Cuando Liam me dio un azote, grité de sorpresa, pero no intenté zafarme; al contrario, me acurruqué más. Después, se oyó otro chasquido y se encendió la luz de la otra habitación. Me tumbé en la cama. Liam se cernía sobre mí, con las palmas de las manos sobre la colcha, a los lados de mi cabeza.

Observaba. Estudiaba, como en la sala. La cara. El cuello. Las clavículas. Más abajo.

—Quítatelo —me ordenó, presionó brevemente mis labios, luego se apartó.

Se desabrochó el cinturón, sacó el dobladillo de la camisa y observó atentamente mis acciones. Me senté, doblé las piernas y me subí el vestido. Es difícil describir con palabras la sensación de que te miren el cuerpo con deleite y codicia. Liam hacía exactamente eso, incluso se congeló por un momento ante uno de los botones. Yo crucé los brazos delante del pecho y me incliné. Me encantaba nuestro juego.

—Hecho —mostré la punta de la lengua y casi inmediatamente volví a caer sobre la cama porque Liam se quitó la camisa y se hundió encima de mí.

No presionaba, pero podía sentir su calor. Toqué suavemente con los dedos el vientre del hombre y me moví hacia arriba. Pasé los dedos por su piel suave y caliente y me excité aún más.

Si fuera más valiente, lo saborearía con los labios. Sentí el alivio en su pecho, apretando de nuevo sus hombros tensos.

Separé las rodillas y apreté suavemente los costados del hombre. Palpitaba entre mis piernas. Sabía que cuanto más excitada y relajada estuviera, más posibilidades había de que esto saliera bien.

Me sorprendí a mí misma pensando que esta era la noche que quería recordar con él. No volvería a ocurrir. Separé la nuca de la colcha y alargué la mano para besarle. Liam no se volvió codicioso. Me besó, encendiéndome. Inocente al principio, solo en los labios. Luego, una y otra vez, más largos y profundos, empujando su lengua dentro de mí.

Su palma se apoyó en mi vientre y descendió. Se sumergió bajo mis bragas, acarició mi pubis. Mi temblor se intensificó, gemí, y entonces volví a caer sobre la colcha, sintiendo cómo sus dedos bajaban, rozando los pliegues. Me quedé paralizada.

—Mal ejecutado. He dicho que te lo quites todo —refunfuñó Liam, forzando mis caderas hacia arriba y quitándome él solo la ropa interior. Me cubrí la cara con las manos por la luz brillante.

Pensé ignorante que me bajaría el tanga y volvería a cubrirme con su cuerpo. Pero no. Se quedó encima de mí. Apretó las rodillas y las separó más.

Volvió hacia mí, puso la mano en mi pubis y empezó a acariciarme de nuevo. Oí sonidos que despertaban un extraño cóctel de vergüenza y lujuria. Intenté relajarme y me quité las manos de la cara.

Inmediatamente, sentí los dedos de Liam acariciando mi entrada.

—Chica modesta Poussey... —dijo, y mis mejillas se enrojecieron.

Liam habló con una leve sonrisa mientras yo, mojada, me movía sin vacilar hacia los movimientos de su mano.

—Relájate —no preguntó, apartándose de mis labios. Creció de nuevo, miró mi cuerpo expuesto desde arriba, buscó una almohada, ordenó—. Levanta las caderas —y luego bajó él mismo.

Primero sentí un aliento cálido en mi entrepierna. Luego un beso. Luego la lengua de Liam, y me estremecí de deseo. Obedientemente, abrí más las piernas y sentí... Me sentí bien. Me excitaba. Los movimientos de su lengua parecían suaves al principio, pero poco a poco se volvieron más insistentes. Mi cuerpo respondía con una pequeña sacudida.

Poco después, ya me movía hacia él.

No solo sentía su lengua, sino también las ligeras penetraciones con sus dedos. Era agudo para mí. Liam cubrió mi clítoris con sus labios y lo atrajo hacia sí con su boca, y yo exploté. El

fogonazo me hizo perder el conocimiento por un momento. Me di cuenta de que era la primera vez que me corría con un grito y de forma tan vívida.

El orgasmo llegó en oleadas. Quería agarrarme las rodillas, acurrucarme, descansar, pero él no me dejó. Puso la palma de la mano en mi entrepierna y me la acarició. Me besó el hueso de la cadera, el vientre, las costillas, las clavículas, el cuello, la barbilla...

Se acercó a mis labios, que abrí y lamí obedientemente la lengua que acababa de darme un placer inolvidable. Acaricié al hombre desde los pómulos hasta el pelo. Quería darle las gracias. Sentía que nos habíamos conocido muy bien.

Pasaron unos minutos, que claramente me había dado de respiro, y luego se alejó un poco, mirándome atentamente...

—Lo he disfrutado mucho —mi confesión probablemente sonó ingenua. Liam sonrió irónicamente, pero no hizo ningún comentario. Dejó de mover la mano de debajo. Solo la calentaba. Y yo empecé a explorarle de nuevo con los dedos. Los hombros. Su pecho. El vientre.

Le desabroché el botón del pantalón y le bajé los calzoncillos. Le toqué la polla por primera vez en mi vida. Estaba agradablemente calurosa. Era dura y gruesa. Me parecía perfecta. La acaricié, sintiendo las venas en la palma de la mano. Abrí la cabeza, la toqué a lo largo de ella...

Liam me dejó jugar un poco con ella. No había admitido mi inexperiencia en vano. Me daba un poco de ventaja. Pero tras un minuto de mis ingenuas caricias, el hombre retiró la mano de mi polla y se bajó de la cama.

Me sorprendió que se hubiera dado cuenta y hubiera cambiado de opinión. Observé cómo se despojó de los pantalones y la ropa interior. Los músculos de su espalda se dibujaban expresivamente. La diferencia entre sus hombros anchos y sus caderas estrechas era muy masculina.

Me hipnotizaba la tensión de las nalgas de un hombre y el relieve de su espalda; era tan hermoso. Exhalé.

Fue un momento, y lo siguiente que supe fue que mi corazón latía con fuerza. Se acercaba el momento de la verdad. Ese momento. No tenía ninguna duda de que quería llegar. Estaba emocionada porque también quería no defraudar.

Observé con avidez cómo Liam se arrodillaba en el borde de la cama. Al captar mi mirada, sonrió, bajó los brazos y se acercó a mí. Volví a apretar sus costados con las rodillas y me deslicé más arriba, sintiendo la presión en la entrada. No entró de inmediato. Me recorrió los labios vaginales con la cabeza, provocándome, excitándome más, y mi sensibilidad volvió a calentarse...

Me besó la barbilla, me acarició el cuello y me lo arañó con los dientes. Descendió hasta mi pecho y lo recorrió con la lengua... Se sentía increíblemente bien. Noté cómo una nueva tanda de mi lubricante sobresalía en la polla presionada contra mi entrepierna.

—Eres muy sensual, Catherine...

Asentí con la cabeza y lo apreté contra la nuca. No tenía suficiente. Quería más. Me lamía los pechos y apretaba su polla. La cabeza entró, inconsciente de la agudeza de la sensación que producía, y retrocedió...

Estaba incluso un poco llena, pero quería más. Quería más. Sentía saliva en el pecho, respiraba hondo y con frecuencia, apretaba los hombros del hombre y confiaba. Volvió a acercar su cara a la mía y empujó su lengua en mi boca. Penetró su polla bruscamente y aparentemente profundamente. Me preparé para el dolor y, en cambio, gemí.

Había una sensación de ardor debajo y sentía como si algo totalmente extraño hubiera entrado en mí, pero Liam se movió... Y gemí de nuevo. Me estaba proporcionando un placer doloroso.

—Muy... caliente... —creo que lo estaba elogiando. Volvió a empujar y penetró de nuevo. Se tomó su tiempo. Apartó los labios, los miró. Y entonces volvió a correrse. Sentía el dolor, pero al mismo tiempo aumentaba el placer.

Estaba tumbada boca arriba, a la deriva, buscando un punto de apoyo. Lo encontré en él. Capté el ritmo de sus movimientos. Intentaba adaptarme. Creía que era más placentero para los dos.

Liam me animaba con un beso y más empujones. Le rodeé con los brazos y le clavé las uñas en la espalda. Me llenaba una y otra vez, pero el miedo a hacerme daño con sus movimientos se desvanecía poco a poco. Volvía a desear algo. Más. Sentía pesadez en el bajo vientre. Noté que empezaba a chisporrotear.

No sabía por qué, pero se me saltaron las lágrimas...

Quería estar más cerca. Entrecerré los ojos y apreté la frente contra el hombro de Liam, respirando su aroma. Me sentía envuelta en su calor. Me sentía segura.

Liam se frenó. Pensó que probablemente estaba haciendo algo mal, y lo único que pude hacer fue sacudir la cabeza.

—Me estás volviendo loca... —La nueva confesión de Liam salió en un susurro.

Continuó moviéndose de la misma manera, despacio y al mismo ritmo. Me di cuenta de que empezaba a tener un arrebató. Agarré la espalda de Liam y arqueé la mía. Dios mío. No me lo podía creer.

Eché la cabeza hacia atrás, incapaz de contener un gemido residual cuando Liam reanudó sus movimientos. Se dio cuenta de que ya estaba allí. Ahora sus embestidas eran más espaciadas y

agudas. Me relajé y me entregué.

Quería que se corriera vivamente. Dejé de concentrarme en mí misma. Intenté atrapar su estado de ánimo. El deseo. De nuevo el ritmo.

Me froté la barbilla con placer. Me apretaba las mejillas de forma bastante dolorosa, provocándome escalofríos, pero era placer. Estaba perdiendo el control.

Abrí la boca y dejé que me besara apasionadamente. Me penetraba profunda y rápidamente. Gemí en silencio con sus movimientos. Me di cuenta de que era como si quisiera llegar aún más profundo. Esperaba su orgasmo como si fuera el mío.

Liam se congeló dentro de mí y luego empujó con más fuerza. Se endureció. Se separó de mis labios y apoyó la cara en mi cuello. Su aliento me calentaba. Tenía los labios apretados.

Y tenía una sonrisa tonta. Me relajé, calmando mi respiración y acariciando su espalda.

No tenía ni idea de lo que ocurriría a continuación. No me arrepentía de lo que había hecho.

Liam se apartó y salió de mí. Me sentía aliviada y un poco avergonzada.

El corazón me dio un vuelco. Temía estar a punto de darme cuenta de todo. Entrecerré los ojos. Pero no lo parecía. Silencio, todo iba bien.

Volvió a tumbarse encima de mí, pero no empujó; se dio la vuelta para que yo estuviera sobre su pecho. Apoyé la cabeza contra él y miré hacia arriba.

Intentaba averiguar si me había parecido tan guapo desde el principio, o si era porque acababa de correrme con él dos veces.

Acerqué los dedos a su cara, acariciándole las cejas.

—¿Lo tienes? —me preguntó pasándome las palmas de las manos por los muslos. Yo sonreí.

—Sí... —por primera vez dos veces. Se lo diría a mi amiga, se pondría celosa, pensé.

—¿Puedes hacer más? —Mis ojos se abrieron de par en par. Un sonido indeterminado salió de mi boca debido a la sorpresa.

—No lo sé... —Respondí con sinceridad. Me ardía un fuego entre las piernas. Me había sentido inolvidablemente bien, pero no tenía ni idea de lo que sería capaz de hacer a continuación.

Solo que no le conté estos argumentos. Caí obedientemente sobre su pecho mientras él me apretaba el cuello desde atrás.

Sentí un beso en el pelo.

—Pero lo intentaremos —me sonrojé y sonreí.

Me di cuenta de lo que acababa de vivir.



6. Catherine

Estoy en la ducha y miro mis pies. Cuando las primeras gotas de agua caliente corren por mis muslos, adquieren un ligero tinte rosado. Así que, después de todo, había sangre. Aparentemente, no mucha, así que Liam no se dio cuenta. Pero ya no, todo está limpio.

Las únicas sensaciones que me quedaban eran un ligero dolor entre las piernas y los labios hinchados. Dicho esto, me di cuenta de que si Liam me pidiera que continuara, sin duda le diría que sí. Disfrutaba mucho del sexo con él.

Al acostarme anoche, estaba segura de mi plan para el futuro próximo: presentar a Jacob a mi padre, conocer a su familia, que hiciera lo que iba a hacer: pedir mi mano en matrimonio, casarme sin estúpidos aplazamientos y perder mi virginidad con él en nuestra noche de bodas. Tener una familia completa con el hombre que amaba.

Pero la mañana lo puso todo patas arriba. En resumidas cuentas, perdí mi virginidad con un desconocido borracho. Punto final. Mis estúpidos pensamientos volaban por el precipicio.

Eché la cabeza hacia atrás y parpadeé mucho. No me arrepentía de nada, solo volvía a sentir la amargura de la traición. Para evitar sollozar bajo el agua como una tonta, exprimí gel de ducha en la palma de la mano y me lo pasé por el cuerpo.

Todavía podía sentir las caricias de Liam en mi pecho, en mi estómago, en mi cuello. No quería quitármelas. El fondo de mi estómago aún se sentía pesado ante la idea de "volveremos a intentarlo".

De hecho, había aprovechado para quedarme sola en el baño, no tanto para asearme, sino para ordenar mis pensamientos sobre lo que venía a continuación.

No tenía ni idea de si era normal holgazanear después de un sexo tan mágico, pero fugaz, sobre el pecho de un hombre al que no conocía hace tres horas.

Me gustaba su olor. Confiaba en él por alguna razón. No me avergonzaba lo ocurrido. Tiré de la palanca vertical, deteniendo el flujo de agua y sumiendo el cuarto de baño en el silencio.

Saqué la toalla mullida de la repisa y pisé las baldosas cálidas y secas. No me había mojado la cabeza, tenía el pelo recogido en la nuca. Me miré en el espejo, contenta de tener mejor aspecto del que pensaba. No se me había corrido el rímel.

Me sequé y miré el vestido que colgaba del gancho. Ahora parecía piel de serpiente desechada. No me sentía cómoda llevándolo ahora. No quería marcharme. No estaba segura de que su camisa me hiciera quedar bien. Por otra parte, me la dio cuando fui al baño.

Bueno... Me la puse y acaricié la tela, y mis costados a través de ella. Sonreí un poco, recordando el sexo que tuvimos.

Vengativamente, pensé que habría sido peor con Jacob. Con él no habría disfrutado tanto. Estaba segura de ello. Jacob era un gran egoísta, y Liam... acaba de darme mi primer orgasmo. Hizo todo lo que pudo con el segundo, y si yo fuera una chica mejor, sin duda intentaría agradecérselo, pero me daba demasiada vergüenza darle las gracias.

Salí del baño y me quedé inmóvil un segundo. Liam había conseguido entrar en la ducha de los invitados, vestido con sus pantalones de casa. Estaba de pie detrás de la cama, mirando su teléfono móvil. Era muy sexy. Con los dedos ardiendo, recordé haber acariciado las almohadillas sobre su espalda firme, los músculos de sus hombros...

Y era alto. Mantenía la espalda recta. Irradiaba fuerza y sensación de superioridad, incluso cuando estaba relajado, como ahora. Liam giró la cabeza y me miró. Era de esperar, pero me ruboricé de todos modos. Mi mirada se dirigió hacia abajo, hacia la cama que nos separaba.

—Perdona mi impertinencia, ¿por casualidad no tendrás una pastilla para el dolor de cabeza, verdad?

Lo primero que hizo fue soltar una risita, avergonzándose más. Esperé algún comentario, pero se guardó las palabras para sí. Asintió, salió de la habitación y volvió con un vaso de agua.

—Gracias —dije mientras se acercaba y me observaba atentamente mientras bebía.

Cogió el vaso, lo dejó sobre la cómoda, no se apartó. Esperaba. Sabía lo que estaba esperando. Levanté la barbilla, le miré a los ojos.

Era complicado. Claro que me avergonzaba. No podía evitar pensar en lo que le había hecho a mi cuerpo... su lengua, su polla, sus dedos. Magia poderosa.

—Tengo que ir a la oficina y a una reunión importante por la mañana, Cat —empezó a hablar Liam y yo ya me daba cuenta de lo que quería decir, asintiendo con la cabeza. Por dentro, todo se

enfrió. No tenía ni un solo motivo para sentirme ofendida por él. Ni siquiera para sentirme molesta. Pero lo hacía. Me adelanté a él.

—Pediré un taxi. No hace falta que me lleves —farfullé, arrepintiéndome de haber optado por la camiseta y de haber juzgado mal su aspecto hogareño. Solo quería acompañarme a la salida y a la cama.

—Te llevaré donde me digas por la mañana.

Al oír las últimas palabras de Liam, levanté la vista. Ladeaba la cabeza y sonreía, un poco sarcástico. No podía evitar preguntarme si se había dado cuenta de que estaba tratando con una virgen. Sabía que no se habría callado si se hubiera dado cuenta.

—Te recojo a las seis. ¿Te parece bien?

—Por supuesto. Necesito estar en el mismo sitio —no especificaba, pero no mentía. Mi hermano me había prometido presentarme a su abogado por mi asunto.

—Si tienes hambre, hay algo en la nevera.

—No, yo...

Me escuché e intenté averiguar qué quería realmente. En primer lugar, que desapareciera el dolor de cabeza. En segundo lugar... contacto físico con él. No tenía por qué ser sexo. Tumbarme a su lado, piel con piel, olerlo.

—...Quiero tumbarme —dudé en decir la verdad, pero asentí hacia la cama—. Se me irá el dolor de cabeza, luego pensaré en ello.

—Ojalá no hubiera bebido...

Me mordí la lengua en respuesta al comentario de Liam. Claro que habría sido mejor. Pero si no hubiera estado bajo los efectos del alcohol, nunca habría ido a perder la virginidad con un hombre al que no conocía bien. Solo que aún no me arrepentía.

Me metí descaradamente bajo el edredón, me envolví en él prácticamente hasta la nariz e inhalé dulcemente. La cama olía a Liam. Empezaba a adorar ese olor.

Me sentía cálida y segura. Liam accionó el interruptor de la luz superior. Avanzó en la penumbra. Observé cómo rodeaba la cama y se tumbaba al otro lado. Sabía que no respiraba. Esperaba...

¿Me daría la espalda o...?

No creía estar preparada para hacerlo de nuevo, pero la penumbra me daba valor. Me dispuse a acurrucarme, pero no hizo falta. La mano de Liam se deslizó bajo mi cuerpo y tiró de mí. Quería sonreír. Tampoco quería resistirme en absoluto. Me apreté contra su cuerpo caliente, poniendo la rodilla sobre el estómago del hombre.

Sentía la palma de su mano sobre la piel desnuda de mi muslo. Cerré los ojos y saboreé las caricias.

Era demasiado maravilloso para ser solo una relación de una noche. Estaba tibia, agradable, caliente por mi reciente ducha y cansada por mis dos primeros orgasmos. Estaba casi dormida cuando oí lo inesperado:

—Si alguna vez piensas en perdonar a tu gilipollas, prométeme que no lo harás.

No tenía ni podía tener ese pensamiento, pero la piel de gallina me recorrió los brazos. Sonreí y eché la cabeza hacia atrás. La piel de gallina se puso aún más grande. No quería que sintiera lástima por mí.

—Entonces prométeme que no volverás con tu serpiente. Que te engañe, pero no contigo.

No me había olvidado de su serpiente, por supuesto. También estaba celosa. ¿Cómo rechazar a un hombre así? Desechando pensamientos innecesarios, me di cuenta de que todo giraba en torno a lo atractivo que era físicamente y lo listo que era sexualmente. Los pensamientos se estaban metiendo en mi cerebro.

Quizá ahí podría haber empezado lo nuestro. Me di cuenta de que no pudo ser. Solo aceptó follarme. A ayudarme a vengarme. Liam giró la cabeza, me miró fijamente durante unos segundos, igual de serio, y luego tarareó. Su mirada se dirigió hacia abajo, hacia sus labios.

Se adelantó un poco, y yo adiviné el impulso: alcé la mano para encontrarme con él. Nos besamos, dejando ambas peticiones sin respuesta. Lentamente. Explorando. Disfrutando del sabor.

Mi bajo vientre volvió a palpar. Liam se separó primero. Alargó la mano y tiró de la goma elástica de mi pelo. Se deshizo y seguro que le hacía cosquillas en la piel desnuda.

—No volveré —dijo Liam, dándome un motivo para sonreír.

—Entonces yo tampoco.

Hice una promesa completamente sin sentido y volví a hundir la oreja en su hombro. Nos separaríamos por la mañana y nunca comprobaríamos si habíamos cumplido las promesas que nos hicimos.

—Vuelve a dormirte, yo te despertaré.

—Gracias, gracias, Liam —su nombre me hacía cosquillas agradables en la punta de la lengua. Repitiéndomelo una y otra vez, me dormí lentamente.

Me desperté aún a oscuras, sin saber qué hora era. Pero no me sentía perdida. Recordaba exactamente dónde estaba y con quién estaba.

Liam también estaba dormido. Había rodado un poco hacia atrás mientras dormía, o él me había empujado, pero ahora estábamos tumbados sobre lados separados, sin que mi cabeza presionara su pecho.

Poco a poco me acostumbré a la oscuridad y miré atentamente al durmiente. Esto no estaba bien, no nos conocíamos de nada. Podría estrangularme en su cama. Podría limpiar su piso ahora mismo.

Ahora tenía miedo del despertador. Estudiaba el rostro de Liam, intentando respirar tranquilamente. No quería asustarle. No quería despertarle.

Yo era la única que tenía una reunión con mi hermano por la mañana, y luego todo el día libre para dormir. Probablemente no dormiría hasta la noche siguiente.

Me gustaban sus labios. Recordé cómo la barba incipiente de su barbilla y sus mejillas me producía un agradable cosquilleo en la piel, y alargué la mano con mis dedos. Primero sentí el cosquilleo con ellos y luego los acaricié suavemente...

Supuse que mi cuerpo no estaba preparado para un nuevo sexo, pero cuando Liam abrió los ojos, mi entrepierna todavía estaba caliente. Quería probar más.

Su mano interceptó la mía. Los dedos de Liam apretaron mi mano con fuerza. Me paralicé. Observé cómo se llevaba la palma a los labios y la besaba, con los ojos muy claros, como si no hubiera dormido.

Su corazón estaba en calma y el mío empezaba a salir volando. Liam no me soltaba la mano y seguía cerrándola, moviéndose por la cama. Apreté los omóplatos contra el colchón y él cubrió mi cuerpo con el suyo, rodeándome también con los brazos, llevándome las manos detrás de la cabeza.

Trencé mis piernas alrededor de su torso. Era una postura perfectamente acogedora. Podía sentir la excitación de Liam a través de la tela de sus pantalones caseros. Acercó su cara a la mía y abrí los labios para encontrarme con los suyos. La barba incipiente me erizaba la piel. Volvía a sentirme bien...

Liam interceptó mis dos muñecas con una mano, dejándolas por encima de mi cabeza, mientras la otra recorría mi cuerpo. Me acariciaba los pechos a través de la tela de la camiseta, metiéndose por debajo y acariciándome el muslo, apretándome la nalga, haciéndome cosquillas en el estómago, otra vez los pechos... Me intimidaba cuando me caía.

Rezaba por una cosa: que no sonara el despertador mientras Liam me acariciaba, empujando ligeramente sus caderas y besándome profundamente. No sabía si él lo sentía, pero mi pulso se aceleraba.

Se colocó sobre mí, bajándose la ropa. Cuando bajó y presionó de nuevo, temblé de impaciencia y por el repentino aire frío.

Hacía calor. Su primer movimiento me expulsó de la cabeza pensamientos estúpidos. Creía que había tenido tiempo de comprender mis sensaciones durante las penetraciones, pero me equivocaba.

Ahora sentía mucho dolor. Sentía que era demasiado grande. Y el deseo me salpicaba junto con el dolor. Liam salió, yo gemí...

Entrecerré los ojos y me mordí el labio. Sabía que me estaba mirando, pero no quería que parara, aunque ahora sentía más dolor.

Volvió a acercarse a mis labios, y yo abrí los míos obedientemente, al encuentro de su lengua. Abrí más los muslos. Quería volver a sentir placer.

Lo deseaba con todas mis fuerzas. Nos besamos, Liam se aceleraba, mi respiración también se aceleraba...

Intentaba concentrarme en las cosas placenteras: la piel, el cosquilleo en mi mejilla, mi barbilla mientras él las recorría a besos, la agudeza de las sensaciones en el momento. Su polla salía de mí, aliviándome y golpeando puntos sensibles.

Pero esta vez seguía siendo más difícil extraer placer. Él lo sentía. Liam se detuvo y me miró a la cara.

—¿Qué? —Frunció el ceño y preguntó secamente. Me di cuenta: la leve irritación no iba dirigida a mí. Era una pena que mi inexperiencia hiciera necesaria la interrupción.

—Me duele —confesé, mirándole a los ojos—. Mucho sexo...

Tres veces más que cualquiera de las noches de mi miserable, no relación. Pero no hablé de eso. Prefería que pensara que me follaban poco.

Vaciló brevemente, luego dejó escapar una larga exhalación y apoyó la frente en mi clavícula. Se quedó en silencio unos segundos. Temía que me sugiriera que me fuera a dormir.

Pasé las palmas de las manos por sus antebrazos venosos, sus hombros tensos... Sentía una oleada de excitación por lo bien que me sentía al acariciarlos.

Liam se levantó de nuevo, con semblante serio, y yo lo saboreaba mientras podía.

—Tendré cuidado —me susurró Liam al oído.

Asentí rápida y repetidamente en respuesta al compromiso perfecto que me ofrecía.

—Sí, quiero hacerlo. No pares.

Sentí sus labios en los míos mientras su polla se deslizaba lentamente dentro de mí. Ya no me embestía con dureza. Se estiraba, equilibrando perfectamente el dolor con el placer.

Aguantaba y penetraba una y otra vez, sin cambiar el ritmo, la profundidad o el ángulo. Mecía muy suavemente mi sensualidad. Suavemente. Como si fuera de cristal. Y exploraba su cuerpo con los dedos, acariciando y arañando.

Los movimientos de Liam empezaban a ir acompañados de esos sonidos húmedos familiares. Empezaba a desear la agudeza con la que había empezado.

Apreté las uñas en los costados de Liam y empujé hacia él, captando su respiración acelerada con los labios. Lo tenía todo calculado: ahora aceleraba. Se movía más despatarrado, y yo gemía, pero no de dolor.

—Eres una chica muy caliente, Catyyyyy...

Lo sabía, pero el susurro contra mis labios seguía haciéndome sentir agradecida. Me derretía al pensar que le gustaba conmigo. Ahora mismo, no me importaba por qué Jacob me había rechazado. Mientras Liam no dejara de hacerlo.

Como si oyera mi petición y la dictara al revés, el móvil de la mesilla empezó a sonar. Nuestro despertador. Mierda.

Volví a gemir e ingenuamente me hundí con más fuerza en el torso de Liam. Creía que moriría si se detenía.

Mis dedos se deslizaron obedientemente por los costados de Liam y se soltaron. Pasaron un par de segundos, el teléfono dejó de sonar y Liam volvió hacia mí. Miró mi cara, mi cuerpo. Acarició mi vientre, se inclinó hacia mis pechos y pasó su lengua por mi areola.

Arqueé la espalda y gemí, subiendo mis pechos al encuentro de su boca. Los dedos de Liam se posaron en mi clítoris y yo me empujé contra ellos.

Ya no me importaba si me corría por su polla o por sus dedos. Simplemente me sentía increíblemente bien.

Liam jugaba un poco con mis pechos y me acariciaba por debajo. Se cernió de nuevo sobre mí, presionando la cabeza contra la entrada. Le miré a los ojos. Pude ver la codicia que había allí. Un escalofrío recorrió mi cuerpo, tan fuerte... No era suficiente. No era suficiente... Gemí al sentir la penetración. Mis emociones se dispararon inmediatamente hacia donde estaba el puro placer. Me contraía, acompasando el ritmo de los empujones agudos y hambrientos.



7. Catherine

El tercer orgasmo marcó un punto en nuestro insomnio con Liam. Para mí, fue absolutamente la primera noche loca de mi vida. Liam tampoco había perdido la suya. No podía evitar sonreír al recordarle apretando todo su cuerpo contra mí, presionándome, acariciándome el cuello. No me había dado cuenta de que había tantas cosas que disfrutar en el sexo. Y podía sentirme orgullosa de que me hubiera ocurrido a mí.

De mala gana, pero con una conciencia enfermiza de lo inevitable del momento, me puse el maldito vestido de noche. Me miré en el espejo y me horrorizé. Anoche actué como una idiota. Es peligroso. Tengo suerte de que Liam no se aprovechara de mí. La venganza se traga los restos de la razón.

Liam salió del baño, pasándose las manos rápidamente por la cabeza, intentando secárselas. Las gotas me salpicaron. Me puse de pie, sin saber cómo reaccionar. No se disculpó. Me dio la espalda, abrió el armario y se quitó la toalla de los muslos.

Me quedé mirando. Liam cogió uno de los trajes y lo tiró sobre la cama. Se puso los calzoncillos y se dio la vuelta.

Arqueó una ceja inquisitivamente y yo sonreí.

—¿Te gusta el orden?

No tenía ni idea de si mi comentario era apropiado, pero Liam respondió.

—No puedo mirarte con ese vestido. Quiero arrancártelo y vestirme decentemente.

—Yo también elegiría otra cosa hoy.

Lancé las manos al aire, sonando completamente sincera. Dudaba de que "accidentalmente" hubiera ropa de otras mujeres en el piso de Liam. De ninguna manera iba a ponerme la de otra persona. Prefería parecer una zorra que llevar la de otra mujer.

Liam no parecía haberse dado cuenta de lo importante que fue la noche que pasamos. Se estaba vistiendo. Justo después de abrocharse los puños de la camisa, volvió a levantar los ojos hacia mí. Sus ojos estaban clavados en mí. Puede que me lo estuviera inventando, pero ahora mismo cada mirada parecía abrasadora y tenaz.

—¿A mí me gusta el orden y a ti te gusta el caos?

Nuestras conversaciones ya carecían de sentido porque esta noche había terminado. No ahogarse en el silencio.

—A mí también me gusta el orden. Recuerdo a mi madre ordenando así el armario de mi padre cuando era niña. Recuerdo muchos trajes. Colgaban en tonos, de claro a oscuro. Es estéticamente agradable.

Sonreí, pero estaba triste. Se lo había dicho a Liam en vano.

Él frunció el ceño, ladeó la cabeza...

—¿No tienes mamá?

No sabía de dónde sacaba esa perspicacia, pero no tenía por qué admitirlo. Me limité a asentir y miré hacia otro lado durante unos segundos.

—Papá tampoco.

Mi hermano y yo llevábamos solos diez años. Y por mucho tiempo que había pasado, dolía.

Pero había aprendido a recuperarme rápidamente. Así que cuando Liam dijo:

—Lo siento.

Sonreí sin tragedia en los ojos.

—Yo también.

Antes de salir del dormitorio, le miré por última vez porque quería recordar cada momento.

Liam nos preparó café, abrió la nevera y la miró con cara de confusión. Miré para prepararme el desayuno.

Me negué y sentí su alivio.

Me tomé un delicioso café con leche, Liam un expreso, sentados en las sillas altas. No había tensión entre nosotros. No hablamos de nada, de las últimas noticias, del tiempo, de libros. No nos detuvimos en nada. De vez en cuando, Liam se distraía con su teléfono, tecleando o desplazándose tranquilamente.

Yo me levanté primero de la mesa. Cogí mi bolso. Me puse las sandalias. Estirándome, miré hacia fuera. Cortinas translúcidas y ventanas panorámicas sobre la ciudad. La vista era hipnotizante. Me di la vuelta, estaba a punto de salir del piso, pero me tropecé con el pecho de Liam.

Llevábamos media noche follándonos y su repentina proximidad seguía afectando a los latidos de mi corazón. Aparté la mano de su pecho duro, caliente incluso a través de la tela de su chaqueta, levanté los ojos y tragué saliva.

Tenía una mano en mi cintura, el teléfono desbloqueado en la otra. Me miraba a los ojos. El corazón me dio un vuelco...

—Deletrea tu número, por favor —pidió Liam, poniendo especial énfasis en el "por favor". Mi pecho vibró, controlando las comisuras de mis labios para que no se me escapara una sonrisa. Bajé la cabeza y rebusqué en mi bolso sin intención de sacar nada. Me di tiempo para calmarme un poco. Me temblaban las manos a traición.

Corría el riesgo de que no llamara. Observé de pasada que había recibido varios mensajes de Noé, y también había tenido llamadas de varios números desconocidos y mensajes de ellos. Eran los psicópatas de Jacob. Que te jodan. La ira me hizo cambiar de opinión.

—Escríbelo... —dije, orgullosa de que mi voz sonara profesional. Liam asintió, y yo me estremecí. Mi teléfono móvil cobró vida inmediatamente en mi mano. Era otro número desconocido, pero si sonaba desde él, seguro que lo cogería.

—¿Vas a casa?

—No, a casa de un amigo.

Liam asintió, se guardó el teléfono en el bolsillo y salió del salón. Desapareció, y me di unos segundos para animarme. Incliné la cabeza hacia atrás y sonreí.

—Catherine... ¿Por qué Cat? —gritó, me acerqué y él me abrazó inmediatamente.

—No lo sé, solo la gente cercana me llama así. En latín significa "cattus", "gato salvaje", y "Catherine" en griego significa "pura". Es una combinación de cosas que no encajan.

Así me llamaba también mi madre. Pero lo guardé para mí.

Me sentí aliviada al volver a ver a Liam. Mientras estábamos en el ascensor, tecleé el nombre del nuevo contacto.

—Liam Triple O. —Le di la vuelta al móvil y se lo enseñé a Liam. Lo miró y sonrió, pero no hizo ningún comentario.

Solo sentí su mano moverse desde la barandilla a mi espalda hasta mi culo y abofetearlo ligeramente. El calor golpeó inmediatamente mis mejillas y fluyó hacia mi bajo vientre.

Apenas podía contenerme para no darme la vuelta y abrazarle.

Entramos en el coche. Me abroché el cinturón sin recordárselo. Me acomodé en el asiento, exhalándome felizmente. Envidiaba a la mujer con la que él elegiría vivir.

Detuve el impulso de pedirle que volviéramos a vernos. No lo hagas. Tiene el número. No puedo imponerlo, no son mis normas. Si quiere verme, es diferente.

Noé estaba despierto, esperándome a mí y a mi historia. Pero no estaba contenta de conocerla. Estaba triste por haber roto con Liam. No quería mostrárselo.

Para distraerme, miré perezosamente los mensajes que Jacob me había estado enviando toda la noche desde distintos números. Estaban llenos de palabras tiernas, remordimientos y súplicas, como escribir una serie de televisión. Y nada me conmovía. Era completamente plano. Me daba un poco de asco.

El amor de mi vida, me reí. La traición. Un día de lágrimas. Una noche de sexo. Y el abismo entre nosotros.

—Gracias por todo —dije cuando llegó lo inevitable de la despedida.

Liam detuvo el coche en la entrada de Noé. No quería despedirme, pero me repuse. Me desabroché el cinturón, me di la vuelta en la silla y sonreí.

Dejé que el hombre me mirara. Dejé que permaneciera en mi interior un rato. Me gustaba recordar lo bien que me sentía estando con él.

—Si decides emborracharte otra vez y vengarte de algún gilipollas, márcame —bromeó Liam.

Me guiñó un ojo y luego sonrió cuando le di una suave palmada en el hombro. No quería apartar la mano. Quería apretarla y acariciarla. Como por la noche. Liam me cogió la mano, abrió la palma, la recorrió con el pulgar y luego tiró de ella hacia él. Tanto su mano como yo.

Me impulsé y sentí sus labios sobre los míos. Sentí la punta de su lengua deslizarse entre ellos, pero rápidamente me escondí hacia atrás. El tiempo. Me di cuenta.

Le acaricié el pelo corto de la nuca. Le miré a los ojos. Llené mis pulmones con el aroma de su perfume.

—Di algo más...

Liam levantó las cejas. Sus dedos se apretaron alrededor de mi muñeca y la acariciaron también. Cuando el tiempo apremiaba, retiré mi mano de su nuca. Un segundo. Otro. Quería pensar que él también sentía lo que yo sentía.

—¿Qué puedo decirte? —dije sin responder a su pregunta con vergüenza.

Había diez posibilidades sobre diez de que no volviéramos a vernos. Se quedaría sin aliento. Probablemente yo también me enfriaría esta noche. Podía que incluso me arrepintiera. Pero no ahora.

—Que no soy suficiente para ti. Y que soy adorable.

La mirada de Liam centelleó.

—Eres preciosa, Catherine. Y muy insuficiente para ti.

Me cogió la mano, presionó brevemente sus labios en mi palma y asintió hacia la entrada. No tenía sentido retrasar el momento.

Di un portazo y me alejé rápidamente. No me di la vuelta para no enfadarme, pero oí que el coche se alejaba de todos modos. Sentí un desagradable dolor en el pecho.



8. Liam

Dejé a Cat y salí corriendo a hacer recados. En realidad, eran muchos. Podría haberlos cancelado, lo habría hecho. Lo primero era la oficina. Subí a nuestra planta y saludé al director de la oficina.

—Liam, lo siento, Steve acaba de llamar, me ha pedido que te encargues tú mismo de la reunión del seguro.

Vi una mirada de auténtico pesar en los ojos de la chica. Parecía que fue ella quien no pudo salir a tiempo del club anoche, no Steve.

—Ya veo... vale. No es crítico.

Asentí con la cabeza. Pedí otro café y fui directamente al despacho.

Ahora tenía una llamada rápida. Tenía una reunión a las tres. Una hora más tarde, una reunión con Drake Colin. No había horario previo, solo el hecho en sí.

Era mi primer gran cliente personal. Por aquel entonces acababa de contratar a un abogado. Tuve un gran desencuentro con el abogado principal con el que trabajaba en Roller. Yo siempre he sido un espíritu libre, él siempre ha sido conservador. No estábamos de acuerdo.

Dejé un bufete de abogados de primera, estúpidamente, dando un portazo. Confiado, orgulloso y narcisista. Solo que en un mundo de mucho dinero y gente inteligente, no se puede ser orgulloso. De hecho, es un gamberro con una ambición desmedida.

Tras varios intentos fallidos de venderme por encima del valor de mercado, estuve a punto de volver arrastrándome. Habría sido aceptado y tratado con comprensión. Yo mismo había aceptado de vuelta más de una vez a quienes lo habían intentado en otras empresas y habían fracasado. El orgullo no me permitía admitir el fracaso personal.

El concepto de "desesperación" no existía para mí. Me arriesgué.

Recogí materiales, me preparé, me esforcé, pedí una reunión con un gran empresario que necesitaba poner en marcha una gran construcción, y había muchos problemas con el papeleo. Era un gran escándalo.

No se consigue un trabajo así sin un nombre. Había un gabinete famoso trabajando allí, y paralelamente a ellos, intervenían contactos útiles, conexiones, sobornos. Pero de ninguna manera. Luego estaba la muerte de los principales inversores. Era complicado, no era fácil.

Pude ver la desconfianza en los ojos del joven Colin. Incluso capté esos momentos en los que sus cejas se alzaban, sus labios temblaban por contener la risa... Se preguntaba en su fuero interno por mi audacia. Pero algo le convenció. Como dijo más tarde, una enorme ambición, como la que él había tenido cuando era más joven.

Era diez años mayor que yo, quizá más. Realmente quería parecerme a él, tranquilo, razonable, a pesar de toda la tragedia de su familia. Se ve que es duro para él, pero no se rinde. Ahora tiene encima todo el imperio empresarial familiar.

Al final, di lo mejor de mí y demostré mi capacidad. Después de eso, siguió rodando.

Ahora tengo muchos clientes como Drake Colin. Tengo suficiente dinero, contactos y clientes para supervisar mi propia consulta en una empresa creada por personas con ideas afines. Por respeto al hombre que cambió mi vida hace diez años, Colin, nunca jamás rechazo nada.

No somos amigos, pero sin duda confiamos el uno en el otro.

No he entendido muy bien de qué tema quería hablar hoy en persona. Normalmente, si no es sustancial, envía a uno de los suyos. Luego nos reunimos informalmente, como en un restaurante. ¿Y hoy en persona en la oficina? Interesante.

No hay problema. Iré a escuchar. Puede que solo sea un pequeño detalle. Me uní a la reunión en Zoom. La escuché mientras revisaba mi correo. Tomando café. Mirando la hora. En un momento dado, me recliné en la silla y le di vueltas al teléfono. Pensé en Catherine. Era perfecta, no le había mentado. Si no lo fuera, la habría mandado a un taxi por la noche. Su apodo es raro, Cat.

Por lo demás, era brillante. Apasionada. Era un pasado. Hacía tiempo que no experimentaba algo como lo de anoche. Sexo ordinario, básicamente. Incluso podría llamarse primitivo. Pero estaba enganchado y no podía dejarlo.

Las emociones se entrelazaron entre nosotros. Mirándola desde arriba mientras se retorció en la pista de baile, no podía imaginar que dos horas más tarde estaría retorciéndose debajo de mí.

No era ni mucho menos la primera vez que practicaba sexo espontáneo a mis treinta años. Normalmente follábamos en el baño. El que está de visita hace las maletas y sigue con su vida.

Esta vez no quería soltarla.

Pero no podía pedirle a Catherine que lo hiciera. Dio la casualidad de que me quedé a pasar la noche.

Es una sensación extraña. Me desconecté completamente por la noche, me olvidé de todo, me transformé en Cat. ¿Por qué limitarse a una sola vez? ¿Quién lo dice? Debería invitarla a cenar.

Es interesante. Tiene una lengua afilada. Tiene una visión amplia de todo. No soy juez para tacharla de frívola. Los dos follamos consensuadamente. Una hermosa pareja.

Soy mayor que ella y tengo claro que solo es una chica sincera y profundamente dolida. Y realmente deseo que sus tonterías se limiten a mí. ¿De dónde ha salido eso? ¿Por qué no?

Abrí el messenger, busqué entre mis contactos. Nuestro diálogo estaba vacío. Me pedía que le enviara un mensaje. Pero primero fui a su perfil. Miré su foto, me estiré con los dedos...

Labios sonrientes, exhalé. Steve la deseaba. Tenía sus manos pegajosas sobre mi Catherine. Y su ex tampoco la quería. No podía imaginarme qué clase de idiota tendría que ser para no quererla. Ahora tenía un enorme complejo al respecto, escarbando en sí misma.

Miré su perfil, y como a cualquier veinteañera, le encantaba hacerse fotos. Imágenes del cuerpo entero y de su cara. En color y en blanco y negro. Sesiones profesionales y selfis. Era demasiado fresca y guapa para mí. También era deliciosa. A veces se avergonzaba, pero se entregaba apasionadamente. Empecé a teclear:

—¿Tienes planes para esta noche, Catherine?

—Liam, por favor, dime, ¿tenemos...?

No conseguí enviarlo a tiempo. Aparté el teléfono y me acerqué a la pantalla del portátil para escuchar la pregunta. Había olvidado por completo que estaba en una reunión al oír el sonido.

—Hola, el Sr. Colin está esperando —dijo la nueva joven sentada en la sala de espera de Colin. Se parecía un poco a Cat, pero su pelo era más claro. Durante diez años, siempre me había recibido una mujer adulta. Drake Colin era, después de todo, un hombre de fuertes apegos. Una vez que elegía a su gente, intentaba no separarse de ella. Pero toda regla tiene sus excepciones. La chica era rubia y guapa, y sus ojos ardían de entusiasmo.

Le di las gracias y me dirigí hacia la puerta que necesitaba. Al entrar, recordé que no había terminado mi mensaje a Cat. Lo enviaría cuando saliera.

—Buenas tardes...

—Saludos, Liam.

—Saludos...

Colin estaba al teléfono con alguien, pero en cuanto entré, se despidió rápidamente y dejó el teléfono en el escritorio. Tenía un muy buen aspecto. En forma. Alto. Nobles canas en algunas partes. Colin se acercó a la mesa y me tendió la mano para que se la estrechara. Se la estreché con gusto. Me dio una palmada en el hombro y sonrió.

Este hombre tenía una energía poderosa. Antes lo quería como un hermano mayor, un mentor. Ahora me había dejado llevar. Ya me había acostumbrado. Yo también había crecido. Pero seguía admirando sinceramente su forma de hacer negocios y su franqueza. Al trabajar con Colin, siempre intentaba aprender de él.

—¿Cómo estás? —Colin me miró atentamente.

Hacía unos seis meses que no nos veíamos. Hace poco me invitó a un evento suyo, pero lo rechacé. No tenía tiempo para eso.

—Despacio, Drake. Gracias. ¿Qué hay de ti? Veo que das a los jóvenes la oportunidad de brillar —respondí con la cabeza hacia donde estaba la chica asustada, pero posiblemente responsable, al otro lado de la puerta.

Colin dudó un momento y luego frunció el ceño. Suspiró pesadamente, frotándose el puente de la nariz.

—Mi Brida me dejó. Dijo que los nietos necesitaban atención. No está acostumbrada a las cosas nuevas. Esta niña es buena, Brida le enseñó, pero yo estoy mal, regañándola.

Mis labios se crisparon ligeramente. Sinceramente, aún no entendía estas preocupaciones. Me alegraba que había cambios hasta ahora.

—A veces la llamo por error. Ella jura, pero ¿cómo voy a aprender en un mes? Es todo automático...

Colin movió las manos, pero yo asentí con la cabeza, comprendiendo.

—¿Quieres un café o un té?

—Gracias, ya lo he hecho —decliné con una sonrisa, echando un vistazo a la oficina, sin notar ningún cambio en particular.

Era increíble cómo un hombre conseguía ser tan innovador en los negocios y tan conservador en su vida personal. Solo se había casado una vez. Tras la muerte de su mujer y su hija, no volvió a casarse. No pregunté, no me entrometí en el dolor ajeno.

—Bien. Veo que se amplía cada año. Me alegro por ti. ¿Y a título personal? —Los ojos del hombre se entrecerraron ligeramente. Se iluminaban con curiosidad. Todavía era joven, después de todo, podría tener más de una familia.

—Eso es, Liam... ¿Es complicado?

—Variable —agité la mano.

De hecho, quería creer que me esperaban cosas mejores que un vergonzoso drama con mi ex. Creo que me ha tocado. Gracias a Catherine por el punto gordo y jugoso. Cenaremos con ella...

—Te falta coherencia —resumió Drake, sacudiendo la cabeza, mientras yo ni siquiera intentaba discutir.

—Estoy trabajando en ello, Colin.

Por su mirada, supe que mi respuesta le satisfacía. La parte introductoria ya estaba hecha.

—¿Qué puedo hacer por ti? —pregunté, sintiendo el cosquilleo en la punta de los dedos. Me encantan los casos complejos. Es un reto para mis habilidades. Colin me proponía de vez en cuando algo así, así que estaba entusiasmado.

—¿Recuerdas a mi hermana Cathrine? —Colin volvió a frotarse el puente de la nariz y se aclaró.

—Sí, claro. ¿Cuántos años tiene ahora? ¿Quince? —No me acordaba, pero no pretendía hacerlo.

Realmente intentaba recordar y contar. La vi una o dos veces aquí, en la oficina, mientras él y yo discutíamos algunos asuntos. Fue hace mucho tiempo.

En aquel momento me pregunté qué hacía la niña en la oficina. Pero no hice ninguna pregunta, por supuesto.

—Veintidós años. ¿Te imaginas cómo vuela el tiempo?

Me di cuenta de que la cara de Colin incluso se iluminaba cuando hablaba de su hermana. La quería. La adoraba. No parecía tener a nadie más que a ella.

—Catherine es una chica lista, pero tiene un problema legal. ¿Puedes ayudarla?

—Claro —asentí con convicción. Mi interior se estremeció un poco al oír el nombre de Catherine. Pero no le di mucha importancia. Te ayudaré. No hay nada complicado.

—¡Aquí está, Catherine! —agita la mano y me doy la vuelta. La cabeza me da más vueltas.

Una chica sonriente entra en el despacho. Me saluda. Va vestida muy elegantemente. Tragué saliva convulsivamente. No podía apartar la mirada de ella. Sentía como si nos conociéramos. Colin tenía los mismos ojos grandes y marrones.



9. Catherine

Llevaba toda la mañana con una sonrisa de oreja a oreja. También me atormentaba la sensación de algo maravilloso. Liam no había prometido nada, pero estaba segura de que llamaría. Yo no lo haría. No porque fuera orgullosa, sino porque quería que él fuera el primero en dar un paso hacia mí.

Quería sentirme la chica que desean. Cada vez más... Necesitaba pensar en mi próxima reunión con un abogado importante, y no podía. Solo podía pensar en Liam. Me daba miedo decírmelo a mí misma, pero sentía que estaba enamorada. Estaba volando.

—Buenas tardes, vengo a ver a mi hermano —saludé a la secretaria, que me reconoció y asintió rápidamente.

—¡Catherine! ¡Hola! El Sr. Colin me ha dicho que estarías aquí. Tiene una visita en este momento...

—Lo sé. Tiene que ver conmigo.

—¿Te aviso? —la chica me miró con aprensión. Mi hermano es un hombre amable. Pero sabe infundir un noble terror. Sentí un poco de lástima por ella.

—No hace falta, lo haré yo misma —rechacé la sugerencia y me dirigí a la puerta.

Al girar la cabeza, miré de pasada mi reflejo en el espejo. Estaba guapísima. En casa de Noé, había tenido tiempo de cambiarme y arreglarme. Llevaba unos pantalones clásicos beige acampanados y una blusa sofisticada. El pelo suelto, perfumado. Los ojos ligeramente maquillados. Un brillo rosado en los labios.

Dando un paso, me persuadí de que ahora era necesario recogerme y hablar de negocios de forma madura, y no revolotear en las nubes. Llamé a la puerta, empujé el picaporte, tosiendo para que mi voz no sonara ronca. Sonreí.

Drake fue la primera persona que vi. Me miró, con una flor en los ojos. Inmediatamente, me invadió el calor y el amor. Todo el amor que debería dirigirse a su hija y a su mujer se dirigía ahora a mí. Tenía suerte de tener a Drake, quien había sustituido a todos: a mi padre, a mi madre, a mi sobrina. La única pena era que no era rival para él. Y me apoyaba en todas mis locuras. Le adoraba.

—¡Aquí está Catherine! —agitó la mano, presentándose al otro hombre de la oficina.

Desplacé mi mirada de mi hermano a él, diciendo con confianza:

—Hola... —y lo siguiente que recordé fue que mi mente iba en cámara lenta.

Porque el hombre giró la cabeza y me di cuenta de que era Liam el que estaba delante de mí. El mismo con el que nos habíamos estado tirando toda la noche. Por fuera, seguía sonriendo. Pero tenía los pies pegados al suelo, la garganta seca. Y en mi pecho, el corazón me golpeaba las costillas.

¿Se había enterado de alguna manera de quién era y había venido a casa de mi hermano? ... ¿Qué? ¿No existen las coincidencias?

—Buenas tardes, Catherine —la mirada de Liam se oscureció de un segundo a otro, pero solo yo podía verlo. Su voz, en cambio, era tranquila. Su rostro no cambió. Giró todo su cuerpo hacia mí y se alejó.

Era como si estuviera en un sueño, quería retroceder, hacerme a la idea, abrir la puerta y salir corriendo. Pero no podía, porque estaba en un sueño. Me tendió la mano y yo la miré fijamente, aferrando la mía a mi bolso.

—Liam Fork. Encantada de conocerte...

¿Por qué? ¿Por qué no recordé el apellido cuando Drake me habló del mejor abogado de Los Ángeles? me pregunté, desencajé los dedos y puse la palma de mi mano en la de Liam. Sentí su calor. Sentí un hormigueo, igual que la noche anterior. Encontré fuerzas para mirarle a los ojos.

—Igualmente...

Por su mirada, me di cuenta de que Liam estaba enfadado. Lo comprendía y no era culpa mía. Pero, ¿qué hacer? Aún no lo sabía.

—Cat, Liam es lo mejor de lo mejor.

Nuestra atención se desplazó hacia mi hermano. No tenía ninguna duda de que era el mejor de los mejores en todo. Saqué la mano, me la puse detrás de la espalda y me la froté como si me hubiera quemado. Giré la cabeza hacia mi hermano.

Sentía el pulso en los oídos, escuchaba, pero me resultaba difícil. Era imposible concentrarse. Pero tenía que hacerlo. Lo intentaba. Lo que era aún más difícil es que, mientras miraba a mi

hermano, Liam seguía mirándome fijamente.

Sabía que mi piel estaba manchada de rojo. Tenía mucho calor, hasta el punto de marearme. Y él me miraba y me miraba. Y cada vez estaba peor.

—No he tenido tiempo para explicarle cuál es tu problema. Creo que será mejor que se lo digas tú misma.

—Sí —forjé otra sonrisa para mi hermano y asentí con la cabeza. No veía cómo podía explicarle nada. Sentía que Liam esperaba otras explicaciones.

Y mi mente volvía a la noche y a los momentos en que podríamos haberlo descubierto todo. Si no hubiera apretado el nombre, me habría ido a casa a dormir. O recordaba lo que Drake me dijo de él. Probablemente pensara que fue a propósito.

—Puedo dejarte en mi despacho si quieres. O si puedes...

—Si hay una sala de conferencias disponible, sería estupendo.

Liam no terminó de escuchar a su hermano y hizo una contraoferta. Había mucho en su voz. ¿Qué tenía que adivinar?

Mantenía la calma. Pero cuando estuviéramos solos, no creía que habláramos del caso. El caso no importaba ahora, la verdad. Mi problema ya no parecía tan grande.

—¿Interfono? Claro... —mi hermano pulsó un botón del interfono y pidió acceso a la secretaria. Mientras la chica se registraba, teníamos un par de minutos más los tres.

El despacho estaba en silencio. Miraba fijamente a la nada, olvidándome de parpadear. Necesitaba recomponerme. Empezar a pensar.

Drake nos miraba a Liam y a mí. Parecía complacido. ¿Y si se había enterado? Me estremecí al pensarlo.

—Estoy seguro de que los dos trabajaréis bien juntos. Catherine es brillante más allá de su edad, estoy seguro de que tú también, Liam.

—¡Genial!

Oí la ironía en la respuesta. Miré el perfil de Liam. Vi que se le movía la papada. Jesús, no era culpa mía.

—No le hagas daño.

Liam no tuvo tiempo para responder. Llamaron a la puerta del despacho. No cambiaba nada, pero me sentí aliviada.

Di un paso atrás para que no me golpeará la puerta. Fijé la mirada en el rostro de la chica que asomaba al interior, concentrándome en ella. A diferencia de mi hermano y mi amante, podía... Al menos podía mirarla.

—Los acompaño fuera, Catherine y el señor Fork. —Asentí con la cabeza, siguiendo a la secretaria por la puerta.

—¡Catherine! —miré hacia atrás cuando oí una fuerte llamada.

Busqué en mis ojos la mirada de mi hermano, pero tropecé con Liam. Consiguió estrechar la mano de Drake y avanzó hacia mí. Miró... Mi corazón se detuvo. Estaba ceñudo y prometedor. Pero en absoluto como la noche anterior. No esperaba nada bueno.

—¡Sí, Drake!

Gastando las últimas migajas de autocontrol para fingir soltura y entusiasmo delante de mi hermano.

—Dilo todo, no seas tímida. Liam es su propio hombre.

Exhalé y dejé de respirar cuando el Liam que se acercaba presionó con la palma de la mano la parte baja de mi espalda. Igual que en la noche en el ascensor. Empujándome hacia arriba.

Solo que entonces quería follar más deprisa. Ahora sentía que me mataba.

—¿Vienes más tarde a casa o vuelves a mi casa?

—A casa, hermano.

—De acuerdo... Entonces me lo contarás toda esta noche. No te guardes los detalles. A los abogados les encanta eso.

Drake se rió de su propia broma, extendiendo las manos. Sonreí y doblamos la esquina del pasillo. Liam ni siquiera se dio la vuelta. Estaba hirviendo lentamente. La mano de un hombre me picaba la piel a través de la tela.

Seguimos al director de la oficina. Me entraron ganas de correr por uno de los pasillos. Pero lo tenía claro: no iba a huir de esta conversación.

Mi corazón dio un vuelco cuando miré de reojo la cabeza de Liam. Me miraba:

—Gracias por no delatarme... —dije casi en silencio.

Sentía que debería ser un paso hacia la comprensión, pero la mirada de Liam volvía a destellar de ira. Me ahogaba con ella. Liam se inclinó hacia mí.

—¿Sabes de qué me arrepiento ahora mismo?

Sacudí la cabeza tan sinceramente como pude.

"Debería haber tenido un documento en mis manos" —pronunció Liam, creciendo de nuevo y empujándome hacia la habitación con las puertas abiertas.

Entré, permitiendo que una emoción real se reflejara en mi rostro por un segundo: desesperación.

Liam cerró la puerta mientras yo me dirigía hacia el interior. Tras la conmoción inicial, la ira empezó a apoderarse también de mí. Porque algo que no es solo culpa suya, también lo es mía. Y me duele saber que la magia de la noche que iba a atesorar con todo mi corazón, Liam está dispuesto a olvidarla tan fácilmente. Sin arrepentirse.

El aire en la sala de reuniones era denso. Ahora me sentía incómoda en ese espacio reducido, a solas con Liam. Completamente diferente de la noche frente a la puerta de su apartamento cerrada con llave. No sabía qué decir ni cómo actuar.

—Reunión inesperada —comentó, dándose la vuelta.

Oí claramente sus palabras cargadas de ironía. Me di la vuelta y vi cómo se acercaba a una larga mesa, dejaba su maletín sobre ella y sacaba un portátil delgado y oscuro. Lo abrió, pulsó el botón de encendido y me miró.

Sabía perfectamente que habíamos venido allí para hablar de mi caso, pero, zorra, esto es horrible. Entrecerré los ojos. Ayer desataba la pasión entre nosotros, ahora era ira.

—Para mí también —repliqué con la verdad.

Me costaba soportar la mirada directa de Liam. Me sentía incómoda, algo doloroso se agitaba en mi pecho todo el tiempo. Sentía como si todo se viniera abajo. ¡No quería!

Liam levantó una ceja y yo me sonrojé.

—¿Me estás acusando de algo? —me enfurruñé.

Quería coger un montón de papeles de la mesa y agitarlos. Me enfadaba incluso tener que justificarme.

—Ante todo, me culpo a mí mismo —pronunció Liam.

Para mi sorpresa, me había preparado para oír una respuesta diferente. Pensé que Liam intensificaría el juego de las culpas. ¿Qué, gritaríamos y...? Pero cuando oí esas palabras, solo pude abrir y cerrar los labios como un pez unas cuantas veces.

Me acerqué a la ventana. Miré a los pájaros. Quizás me calmara y encontrara una razón para culparle. Solo había tenido tiempo de creer en los accidentes felices. Liam y yo teníamos un muro entre nosotros. Y yo también debería lamentar que básicamente nos conociéramos ayer, pero no podía. Sentía como si algo importante se me escapara. No lo quería y no podía aferrarme a ello. Liam no lo haría.

—Catherine... —Pasó un momento y se dirigió a mí con una voz tranquila, como si estuviera ligeramente cansado. Me mordí la comisura de los labios y bajé la mirada. No quería mirar hacia atrás.

¿Podíamos rebobinar todo hasta nuestra reunión de esa noche? No iría a ella. Le diría a mi hermano que el problema ya estaba resuelto. Encontraría algún abogado por mi cuenta. No necesitaba al mejor de los mejores. No a este precio.

—Catherine... —Liam volvió a llamarme, y me sacudió el hombro como si fuera a tocarme. Pero no estaba, ni estaría.

Entendía que básicamente no iba a tocarme ahora.

—Hablemos primero de tu caso. El resto, después.

¿Lo demás? ¡Ah, vale! La oferta conciliadora de Liam resonó en mí con pesar. Lo primero que quería hacer era resoplar y decirle con la barbilla levantada que no necesitaba sus servicios, pero me contuve. En general, ¿cuánto peor podría ser? Pero era importante que no fuera un idiota irritable e inestable en su mente. Respiré hondo, enderecé los hombros y me di la vuelta.

Liam me observaba acercarme a la mesa. En ese momento, sentía que él también lo estaba pasando mal. Quizás solo quería pensar eso. Me miraba a la cara. Cuando apretó el respaldo de una de las sillas con los dedos, tragó saliva. Estaba furiosa. Quería que me deseara.

Me senté, sin dejar de coger los papeles. Observé cómo Liam se sentaba frente a mí. Ajustó su reloj, levantó una ceja y cruzó una pierna sobre la otra. Se preparó para escuchar.

Y tenía que sacudir la cabeza para no dejarme llevar por los sueños. Y para no echarme a llorar.

—Soy músico y mi trabajo de fin de carrera es un videoclip sobre el jazz moderno.

—Lo recuerdo —no necesitaba que me interrumpiera, pero Liam sí.

Se hizo el silencio en la habitación. Nos miramos fijamente. No tenía ni idea de lo que pasaba por su cabeza en ese momento, pero la sensación de pérdida no me abandonaba.

Liam parpadeó primero. Tosió.

—Siento interrumpir. Continúa. No volveré a hacerlo.

Creía que estaba negociando consigo mismo. Negociando y decidiendo una y otra vez que una aventura conmigo no valía la pena. Pensar en ello me hacía daño.

—No lo digo por presumir, mira —le dije, y le tendí el portapapeles. Liam asintió.

—Es mi página. En ella publico sobre todo mis trabajos cortos. Demos. Experimento con nuevas ideas, me descubro a mí misma. Intento hacer trabajos sobre temas sociales que exigen atención. La dirección, el texto y la música son todos míos. Pongo significados en la música. En general, mi trabajo de fin de carrera fue reconocido como plagio. A la comisión le gustó mi estilo, pero después de la exposición en un foro público, escribió que elementos y partes del trabajo se usaron en otro videoclip, que se estrenó antes. Cuando estaba realizando esta obra, me

di cuenta de su complejidad, me inspiré en muchas cosas. Pero sin duda puedo decir que la obra es mía.

—Estilo de música: R&B, soul y jazz. Popular ahora, como Amy Winehouse. ¿La conoces?

—No me interesa.

¿Qué? ¿Estaba insinuando una diferencia de edad? Me estaba poniendo nerviosa. Eso no impidió que tomáramos café por la mañana y folláramos por la noche.

—Acabaron acusándome de robar, suspendiéndome de la escuela, además de una demanda de una empresa europea que tiene los derechos de la música.

Recomponiéndome, miré sus ojos pensativos. Estaba hojeando mi tableta. Con calma, sin prisa, mirando muy pensativo la pantalla. Encendí el sonido cuando terminé de hablar. Liam escuchó algunas pistas y me miró. Continué.

—No hice nada de lo que me acusan. Y por eso, estoy aquí.

—A Juilliard le gustaría terminar. Allí, ya sabes lo estrictos que son con el plagio. Y recuperar el nombre, ganar un pleito.

Mi discurso se volvía incoherente.

—¿Cuál es el problema? El comité del desafío y... —ofreció Liam, inclinando la cabeza.

Yo, en cambio, sonreí sin disimulo.

—El caso ya está en los tribunales por plagio de música. Demanda por infracción de derechos de autor. La empresa afirma que posee los derechos de distribución de la música.

—¿Pero tú no la has copiado? —Me di cuenta de que cualquier abogado haría la misma pregunta. Es un tecnicismo, pero viniendo de Liam, dolía. Me despedí, intentando no llorar.

Tosí.

—Estoy seguro de que no lo he robado. Llevo mucho tiempo trabajando en este proyecto. Lo he cambiado mucho. Quería hacer una película original.

Liam me miró fijamente durante unos segundos más, y luego asintió.

—No soy especialista en cosas de autor, sobre todo en ideas musicales. Soy más de finanzas. Pero eres la hermana de Colin, así que me ocuparé de tu caso.

—Gracias —suspiré aliviada.

—Básicamente, no es tan crítico. Solo tenemos que hacer una prueba forense. Si confirma lo parecido, mal, tendremos que pensar más. Si lo refuta, podemos exhalar. Si estás segura de que tu música es original...

—Sí, estoy seguro —lo interrumpí bruscamente. No quería que dudara.

—Estupendo. ¿Hay algo más que deba saber?

—Creo que no.

—Prepárate, esto puede ser un intento de sacarte dinero, no descarto esa posibilidad.

Asentí con la cabeza. Parecía que ya estaba preparada para todo. Miré hacia abajo, a mis manos temblorosas, y luego a la mesa. Liam estaba tecleando algo en su portátil. Me quedé mirando sus dedos, sus hermosas manos. Las venas que sobresalían. Me entró fiebre.

—Envíame todas las copias del papeleo. Tendremos que firmar un acuerdo de asistencia jurídica.

Liam sonrió de nuevo. Sus pensamientos sobre mí eran irónicos hasta la médula. Y él para mí... Nada gracioso.

Volví a enfadarme.

—Ahí está mi nombre. Se trata de mi reputación. Estoy pensando en mi futuro.

Con cada palabra que decía, la mirada de Liam se volvía más seria y fría.

—Ayer no estabas pensando realmente en tu futuro...

Y me reprendió de forma totalmente injusta. Jadeé.

—Ayer estaba borracha... —susurré, sabiendo perfectamente que no debería tener que justificarme.

—No lo estaba.

No supe qué responder. Simplemente no dije nada. Ahora ni siquiera tenía nada que decir.

—¿Te das cuenta de que eso lo cambia todo, Catherine?

Miré fijamente a los ojos de Liam, sin pestañear. Quería entender lo que estaba pensando. Tenía la opción de averiguarlo, conversando. O de no hacerlo.

Elegí la primera opción.

—No. No lo entiendo.

Liam se levantó y se frotó la frente.

—A veces hay que saber rebobinar, Catherine. Es una habilidad útil...

No necesitaba su moralina, así que me encogí de hombros con desdén. Estaba segura de que, con su serpiente, había tenido una buena racha.

—Di lo que quieras decir, no me enseñes la vida.

Liam recibió mi puja con una sonrisa. Me di cuenta por el fuego de sus ojos. Una noche conmigo era ahora una circunstancia no deseada para él. Cogió la goma de borrar, me miró a los ojos y borró dolorosamente.

—Ningún sexo, ni siquiera más..., Catherine, vale...

—¿Pelear con un cliente rico? —No quiero oír el resto. Es humillante.

—No merece la pena arriesgarse. Lo siento.

Resoplé, ocultando que su decisión me rompía el corazón. Me sentía como una absoluta mierda. Ayer descubrí que durante quince años me habían engañado. Hoy, no merecía el riesgo y la posible pelea con mi propio hermano. La rabia y la agresividad me estaban afectando. Y estallé.

—De acuerdo. ¿Y ahora qué? Yo también lo creo... Has estado bien, pero nada especial...

Era estúpido, pero al menos quería golpearle en su hombría. Liam respondió a mi puya con una risita. Asintió con la cabeza. Dejó que me reafirmara, zorra.

Empujé mi silla hacia atrás con fuerza para no romperme delante de él y me puse de pie. Extendí la mano, levanté la barbilla y le dirigí una mirada seca.

—Si puede ayudarme, Sr. Liam, mi hermano se lo agradecerá generosamente —lo miré a los ojos con el último freno que me quedaba, y él me apretó la mano.

Era importante para mí saber lo que estaba pensando. Pero ahora no lo averiguaría. Había dicho todo lo importante con la boca, no con los ojos.

No te necesita, Catherine.

—Envíame los documentos, Catherine, por favor. Lo estudiaré todo y prepararé el contrato.

—De acuerdo.

Retiré la mano, me di la vuelta y me alejé. Froté la palma contra la pernera del pantalón como si me diera asco.

Puede que me lo estuviera inventando otra vez, pero sentía una mirada entre los omóplatos. ¿Pero qué sentido tenía mirar ahora?

No iba a pasar nada con él. Liam me folló. Me folló como yo quería que me follaran.



10. Catherine

Solo pasé media hora en el baño. No lloré. Solo me senté en la tapa del váter y miré fijamente la puerta. Me sentía vacía.

No tenía nada por lo que enfadarme, pero las emociones son irracionales. Sabía que tenía que desprenderme de mis sentimientos, pero no había algoritmo.

Como Liam y yo... Trabajábamos juntos, no lo sabía. Era difícil para mí. Y a él... no me importaba.

Respiré hondo y entrecortadamente. Mis hombros se levantaron y luego volvieron a caer con impotencia. Liam había despertado muchas emociones en mí, más que Jacob. Me dolía demasiado que no me quisiera. ¿Qué quería? Solo una noche y ya era casi un extraño para mí.

Salí de la caseta, convenciéndome de que lo superaría. Era una fase de crecimiento. De experiencia. Si quieres divertirte, tienes que darte cuenta de que te diviertes. Eso es normal.

No busques el amor en un hombre que te hizo correrte tres veces. Aunque sea perfecto. Aunque pienses que el sexo entre vosotros fue de puta madre. Aunque sea tu primer hombre, aunque él no lo sepa.

Ahora me sentía mal. Era peor que ayer, y era temporal. Pasaría y todo iría bien. Ahora, manos a la obra, necesitaba su dirección de correo electrónico.

Mientras pensaba en él, dudando entre marcar o enviar un mensaje, mi teléfono empezó a vibrar. Era un nuevo número desconocido, del que ya estaba harta.

Jacob era un idiota. ¿De qué otra forma podía enviarle un mensaje? Para que lo entendiera: no quería discutir, ni enterarme, ni mucho menos perdonar.

Solo estaba asqueada. Lo quería fuera de mi vida. El mayor honor que esperaba de él era que me dejara en paz. Pero no podía. Y yo no podía hablar con él. Me daban náuseas.

Dejé de llamarle. Pedí un taxi por teléfono y me dirigí a los ascensores.

Esperaba que Liam ya hubiera salido del edificio. Porque yo tampoco tenía ganas de verle. Volvía a estar desequilibrada.

Una vez abajo, pensé en cómo iba a llegar a casa, ponerme el pijama y ver la serie. Me dolía, como debe ser.

Salí del edificio y me concentré en cómo encontrar un taxi y zambullirme en el coche.

—Catherine —vino de algún lado, y también un segundo, pero no reaccioné con rapidez. Me sobresalté cuando sentí que me agarraron del codo.

Era tan repentino que mi cuerpo no tuvo tiempo para reaccionar. Me hicieron girar. Perdí el equilibrio, di un paso atrás y casi me caí.

El primer susto pasó rápidamente. Lo siguiente fue la rabia.

—¡Vete al infierno, gilipollas!

Me sacudí, soltándome de los dedos de Jacob.

La ira se convirtió en rabia. Solo había un pensamiento en mi cabeza: arañar su cara sonriente, no escucharle. Destruirle físicamente.

—Catherine, espera, hablemos...

Intentó agarrarme de nuevo, me zafé del brazo y le miré fijamente.

Un gran escalofrío me golpeó de asco. Le odiaba y le despreciaba hasta la náusea.

Miré su apuesto rostro, ahora con cara de arrepentimiento. Pero no lo lamentaba. Lamentaba que estuviera en mi vida. Mi mirada bajó de su rostro. Llevaba flores en la mano. Era un ramo enorme. Probablemente sea pesado incluso para él.

Sabía que me encantaban las rosas. Me las enviaba probablemente después de cada vez que había follado. Había tenido muchas flores en mi vida con él.

—¿Qué haces, chaval? —Jacob hizo otro intento de tocarme, y puse la mano delante de mí. Si me tocaba, le daría un puñetazo en la cara.

En público. Le daría una bofetada, le llamaría puta ruidosa y me iría. Le dejaría a su aire. Más o menos como hice ayer todo el día.

Esperó. Tragó saliva, con las cejas fruncidas.

—¿Dónde estabas anoche, Catherine? ¿Qué clase de niñería es esta? ¿Sabes lo preocupada que estaba, cariño? ¿Te han contado cosas absurdas?

—¿Absurdas? —Me asombraba la arrogancia del bastardo. Tanto que entablé la conversación. Intentaba regalarme flores y yo lo empujé.

Salimos juntos hace cinco años. Me cabreaba aún más.

—¿Has visto siquiera a un venereólogo después de tus putadas, cerdo?

Lo llamé así a propósito. Quería que fuera más ofensivo.

—Catherine, no lo hagamos en público. Subamos al coche, almorcemos y tranquilicémonos.

—¡A la mierda tus almuerzos!

Le escupí en la cara y estaba a punto de darme la vuelta de nuevo. Jacob no me dejaba. Dejó el ramo en el suelo y me agarró por los codos. Intenté liberarme, pero ahora no podía.

—Si no lo haces, gritaré. Estamos en el edificio de mi hermano, ¿lo entiendes? Te aplastará.

—Subamos a hablar con él. Ya estoy preparado. Te he estado esperando.

Me reí histéricamente. Preparada... Dios... He estado esperando...

—¡Me da igual! Vete con los tuyos... Ava, Isla, Abridgel —disparé.

Jacob no me soltaba. Se tensó cuando dije los nombres de sus novias. ¡Idiota!

—Catherine... —Me sacudió ligeramente, y yo resoplé.

—No te acercarás a mi hermano. Te arrepentirás si lo haces. Y a mí... aléjate.

No estaba amenazando. Y no creía que mis palabras fueran vacías. Quería decir algo, pero no dijo nada. Tiré de sus manos y me solté.

Le golpeé el pecho sin tocarlo.

—Se acabó. ¿Me has oído? No vuelvas a aparecer en mi vida...

—¿Hay algún problema?

No me dio tiempo para terminar. Me fulminó el sonido de una voz familiar.

Liam se acercaba a nosotros desde un lateral. Se acercó y hizo una pregunta, mirando fijamente a Jacob. Solo después de estudiarlo desvió su mirada hacia mí.

Así que aún no se había ido. Probablemente había venido a hablar con su hermano sobre los honorarios. Me reí entre dientes. Otro gilipollas.

La rabia residual hacia Jacob se multiplicaba en resentimiento hacia Liam.

Liam soportaba mi mirada desdeñosa con firmeza. No mostraba sus emociones. Observaba y esperaba. Y yo me llené de rabia.

—¡Mierda! No hay ningún problema. Y si los hay, no son tuyos.

Liam no era idiota. Lo entendía perfectamente.

Vi que empezaba a enfadarse, los pómulos pétreos, la mandíbula apretada. Luego volvió a mirar a Jacob. Luego volvió a mirarme a mí.

No necesitaba explicarme quién era. Anoche nos hicimos una promesa: no volveríamos sobre nuestros errores. Y yo no volvería atrás, estaba segura, pero ya no era asunto suyo.

—Ya veo... —Pronunció, bajando la mirada durante medio segundo.

Luego le dijo a Jacob:

—No agarres a la chica por los brazos. Te escuchará si quiere, pero con calma.

Enseñaba al frustrado prometido, y me dejaba con fiebre hasta el punto de tiritar. Al diablo con esta vistosa defensa. Al diablo con la caballerosidad. Hace media hora me lo había dicho sin rodeos: había disfrutado follando conmigo, pero no podía esperar más. ¿A qué venía todo esto?

—Estoy esperando tus papeles, Catherine.

Jacob estaba un poco sorprendido, mirándome a mí y a Liam.

—¿Os conocéis?

Y no tenía ganas de contestar. Ignoré a Jacob, pero miré a Liam. Quería decirle: "¿Por qué estás enfadado?", pero no podía.

Me presionaba con su calma. Anoche nos prometimos que los puntos irían seguidos de un nuevo párrafo. Pero luego resultó que la noche se reinició. Así que las promesas también lo hicieron.

Miré el ramo, lo cogí del suelo y me di la vuelta.

—Las flores servirán. Sigue pensando en cómo vas a disculparte...

Dejé a los dos atrás. Sabía que nunca perdonaría a Jacob por muy retorcido que se pusiera. Pero quería que Liam se pusiera al menos un poco celoso. Me dirigí con confianza hacia la salida. No me exhalé hasta que estuve fuera.



11. Catherine

E staba mirando por la ventanilla del coche, pensando en mis cosas, cuando oí:
—¿Por qué estás tan triste, Cat?

Suspiré, giré la cabeza hacia mi hermano y pasé los dedos por la gruesa tela de su chaqueta, desde el codo hasta la mano. Él apretó los míos en su gran palma, y yo bajé mi pesada cabeza sobre el hombro más seguro del mundo.

Cerré los ojos y sonreí.

La mala suerte podía perseguirme en cualquier cosa, pero en lo esencial, sin duda había ganado con un hermano que se preocupaba más de lo que uno podía imaginar.

Ahora íbamos de camino a algún lugar secreto para una visita sorpresa. No tenía ni idea de adónde.

Su deseo de sorprenderme con regalos se había exacerbado desde que mi madre, mi hermano, su mujer y su hija de tres años murieron en un accidente de coche. Creo que piensa constantemente que al menos materialmente debe compensar la pérdida.

Yo no quería todo eso, pero no me arriesgaba a decir que no. Nos haría daño a los dos. También había sido duro para él.

La verdad es que ambos sabíamos que no podíamos hacer nada para tapar ese agujero. Pero si le hacía sentir mejor, no iba a decir que no. El deleite de todos sus regalos y ofrecimientos era siempre genuino a mis ojos.

Me di unos momentos para sintonizar con las emociones positivas, y solo entonces respondí:

—No estoy triste, estoy pensando. Emocionada por este caso, ¿recuerdas?

Mi hermano asintió y me sentí mejor.

De hecho, ahora me preocupaba menos el plagio. Si Liam Fork estuviera en el caso, teníamos una buena oportunidad. Pero aparte de eso...

¿Por qué cogí aquel maldito ramo de Jacob? ¿Por qué me comporté como una niña pequeña con Liam? Ahora estaba disgustada, pero no podía arreglarlo. Igual que no podía dejar de pensar en Liam.

Jacob seguía intentando reconquistarme, y él no me importaba. Pensaba en Liam.

—No te preocupes, Cat. Estoy seguro de Liam.

—Sí —respondí y me mordí el labio inferior.

Lo último que quería era arruinar la impresión que mi hermano tenía de Fork. No quería que Drake pensara mal de él.

—¿Estás bien con él?

—Sí —respondí. Y pensé para mí, todo claro y al grano... ¡Para mi desgracia!

Pero no se lo diría a mi hermano. Liam había puesto los límites y estaba claro que no los iba a cruzar. Ojalá pudiera controlarme así y olvidarme.

—Cariño, cerremos los ojos...

La sugerencia de mi hermano me sorprendió y despertó mi interés. Nunca discutiría en mi vida. Hice rebotar mi oreja en su hombro. Me enderecé en el asiento y dejé que me vendara los ojos con un hermoso pañuelo verde amarillento especialmente preparado.

Me lo ajusté un poco e intenté acostumbrarme a las sensaciones. Eran extrañas. Me ponían nerviosa.

—No vas a tirarme por el puente, ¿verdad? —Intenté relajarme. Me devolvió la risa, apretándome más fuerte la palma de la mano. Su preocupación se percibía en cada palabra y en cada acción.

—Por encima de mi cadáver. Tu seguridad es lo primero.

Sonreí. También ardí un poco de vergüenza. Si mi hermano supiera cómo ignoraba a veces mi propia seguridad...

Volví a enfadarme conmigo misma. No podía pasar ni cinco minutos sin pensar en Liam. Pensaba en la noche. Apreté las rodillas. Quería volver a hacerlo. Deseaba tanto su contacto.

Ahora mismo empezaba a sentir un ligero cosquilleo.

—Voy a salir a ayudarte ahora, ¿vale? —Me soltó suavemente y se acercó al asiento.

—¿Qué tal si me quito el pañuelo?

Se rió, pero no me dejó. Salió dando un portazo.

—¿Tal vez puedas darme una pista, Manuel? Te prometo que no la daré.

No dudaba de la lealtad del chófer de mi hermano. Solo bromeaba para relajarme. Él respondió con la misma risa que mi hermano.

—Lo siento, Catherine. Con todo el amor que te tengo, enfrentarme a Colin sería lo peor que podría hacer.

Decía algo completamente inofensivo y mi interior daba un vuelco. Eso es lo que pensaba Liam. ¿Por qué un hermano estaría en contra? Es posible que el propio Liam no creyera que hubiera ninguna perspectiva para nosotros. Pensaba que saltaría de su cama a la siguiente. Creía que era una niña mimada.

—Dame la mano...

Levanté la palma de la mano, sentí que mi hermano la apretaba y me ayudaba a salir para que no me golpeará la cabeza contra la puerta.

—Ahora van a ser tres pasos —me advirtió.

Di tres pasos con cuidado, frenando cuando me lo pedía. Caminaba cuando me lo pedía. Mis talones golpeaban primero las baldosas. Me sentía como una marioneta, y entonces entramos en el ascensor.

La intriga crecía. Las opciones en mi cabeza eran innumerables. ¿Un restaurante alto con unas vistas preciosas? ¿Nos sentaríamos a beber vino y a hablar del futuro? Sinceramente, estaba pensando incluso en un helicóptero. Pero ya habíamos estado allí.

El ascensor se puso en marcha con una sacudida. Apreté con más fuerza la palma de la mano de Drake. Me estremecí con la brusca parada y un breve pitido.

—¿No puedes ir más lejos?

—Solo un poco más, Cat. Espera...

Me resigné. Confiaba en mi hermano.

Nos detuvimos, oí el tintineo de las llaves y las cerraduras abriéndose. Para abrir la puerta, me pidió que retrocediera un poco. Luego me empujó hacia delante.

—¿Preparada?

Asentí con la cabeza, noté cómo me desataba el nudo, cómo se me caía la cinta de los ojos, pero los mantuve cerrados unos segundos más.

—Me gusta tenerte en casa. Me encanta volver a una casa que no esté vacía. Pero hace tiempo que creciste... Y toda tu vida está aquí, después de todo.

—Drake, te lo estás inventando, me parece bien...

—Me alegro, Catherine... Me alegro. Pero estos apartamentos son tuyos. Más cerca de la civilización, no ahí arriba en las montañas. Abre los ojos...

Los abrí y se me puso la piel de gallina. Mi hermano y yo estábamos de pie en un pasillo amplio y luminoso que se extendía por toda la habitación. De él salían varias puertas y arcos.

Era un espacio enorme. Por alguna razón, me vinieron inmediatamente a la mente recuerdos de la casa de Liam. Antes de empezar a mirar, me di la vuelta y rodeé a Drake con los brazos. Me puse de puntillas y le rodeé el cuello con los brazos.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Un apartamento propio nunca había sido uno de mis sueños más preciados, pero la atención de Drake no tenía precio. Y era cierto; tardé medio día en conducir hasta Noe.

—Gracias, Drake...

—De nada, chaval. A ver... Tengo que estar en una reunión dentro de cuarenta minutos.

—Claro —me despecué, me di la vuelta de nuevo y me adentré.

Acaricié la pared con las yemas de los dedos. Miré a la primera habitación grande: era el salón. Una enorme ventana panorámica se extendía a lo largo de la pared exterior.

Mi hermano era un pedante increíble. Se aseguró de que mi pie ya estuviera en el apartamento, listo para vivir. Me mostró la puerta de otra habitación. La abrí y quedé sin aliento. Allí estaba mi pequeño estudio de grabación, insonorizado. ¡Dios, se me llenaron los ojos de lágrimas de emoción!

—Puedes mudarte cuando quieras, Cat. No tengo prisa. Si algo no te gusta, dímelo y lo reharemos.

—Me gusta todo, Drew...

Aún no lo había visto, pero miré a mi alrededor y me convencí. Entré en la otra habitación y giré sobre mi eje. ¿Cómo podría no gustarme? Todo aquí era perfecto. Y las vistas...

Me encantaba mirar las vistas por la ventana. Así que avancé hacia ella, toqué la ligera cortina translúcida y miré hacia fuera... Primero, el corazón se me aceleró. Luego, mi cerebro empezó a sospechar algo. Entrecerré los ojos y tosí, porque tenía la garganta repentinamente seca. Pasé los dedos por el material resbaladizo para tener un mejor acceso a la vista desde la ventana...

Me congelé junto a mi corazón. Me ruboricé. Un desmayo recorrió mi cuerpo. Tengo memoria fotográfica y estaba convencida: lo había visto antes. Solo que de noche.

—¿Cómo se llama el complejo? —pregunté, tosiendo ligeramente.

El nombre no me dijo nada. Giré la cabeza y fruncí el ceño. Bajé la cortina, pero mis emociones no me dejaron.

—Sky Line.

—¿Y el piso?

—Vigésimo...

Solo uno o dos pisos más abajo, pensé. De repente, el piso me pareció estrecho y sofocante. Necesitaba seguir maravillándome, y lo único que podía hacer era desviar la mirada, intentando averiguar si esto era bueno o malo. ¿O solo otra casualidad?

¿Debía mudarme o al diablo? ¿Envenenar mi alma o ni siquiera nos cruzaríamos nunca? Demasiadas preguntas. Necesitaba recomponerme y pensar.

—Te dejaré las llaves. Te enseñaré a cerrarla y a poner la alarma. Echa un vistazo...

Rechacé la oferta de mi hermano. Sacudí la cabeza.

—No. Voy contigo.

—¿No te ha gustado? —revoloteé al oír su pregunta. Me miró a la cara con una ligera tristeza. Y yo seguía sumida en una vorágine de pensamientos sobre lo que no debía.

Recomponiéndome, sonreí y volví a abrazarlo.

—Mucho, hermanito. Es muy inesperado.

—Bien, entonces...

Pasamos unos treinta minutos en el piso. Drake me contó cómo funcionaban las cosas por allí, y poco a poco recobré el sentido y empecé a reaccionar de forma más adecuada. ¿Y qué si ahora éramos vecinos de Liam? Eso no cambiaba nada. Probablemente ni siquiera se enteraría pronto. Y lo más importante para mí era no verlo traer a otra chica una noche por puro placer.

—El ascensor funciona con llave —siguió explicando mi hermano mientras cerrábamos el piso y salíamos—. Si quieres visitar a uno de los vecinos, tendrás que reunirte en la recepción. Solo llegarás al tuyo.

—Eso está muy bien...

Así que, aunque me emborrache, no estaré en la puerta de Liam pidiendo otro polvo. Y no creo que él me lo pida.

Mi hermano y yo bajamos las escaleras. Miré fijamente a través del espejo de la ventana y pasé las palmas de las manos por la barandilla. Retrocedí en el tiempo hasta cuando subía con él. Entonces él abriría la puerta. Luego miraría hacia atrás. Luego...

Vuelvo a estremecerme cuando el ascensor emite un pitido. Salgo con paso rápido, sonriendo al guardia de seguridad sentado tras el mostrador. Salgo primero a la calle y bajo rápidamente los escalones. Camino hacia el coche sin mirar a mi alrededor. Ahora no tengo los ojos cerrados y puedo llegar con seguridad sin la ayuda de mi hermano.

No oigo los pasos de mi hermano detrás de mí. No sé por qué va más despacio. Podría haberse distraído con su teléfono. Si es así, esperaré en el coche. Calmaré mi corazón.

Le hago un par de señas a Manuel para que no corra alrededor del coche. Puedo abrir la puerta yo misma. Empujo la manilla y solo entonces me giro para ver el motivo del retraso de mi hermano. Me doy cuenta de que mi corazón no descansará hoy. Porque mi hermano sonríe y mira un poco el reloj. Yo también lo miré...

Liam camina hacia él desde allí. Tengo que terminar lo que he empezado: colarme en el salón y deslizarme por el sofá. Prohíbo mirar, incluso a través del cristal tintado, pero no puedo. Una vez más, estoy congelada ante el hecho de que no puedo moverme.

Liam se acercaba a la entrada de su casa a paso lento. Era difícil apartar la mirada de sus movimientos. El corazón me saltó a la garganta al recordar que se movía desnudo por la habitación.

Él no podía oír mis pensamientos, pero como si fuera una señal, giró la cabeza en ese preciso momento y me miró. Una descarga eléctrica me recorrió el cuerpo.

Su mirada era pesada sobre mí. Me sobresalté, me di la vuelta y entré rápidamente en el coche. Di un fuerte portazo, me apreté contra el reposacabezas y respiré hondo.

Después me arriesgué a mirar en dirección a Drake. Hablaron durante un rato, una eternidad para mí. Me había dado cuenta, por las conversaciones anteriores a conocer a ese hombre en persona, de que Liam estaba tremendamente entusiasmado con él. Toda nuestra familia parecía ser un poco fan suya.

Drake sonreía, hablaba con entusiasmo y parecía atento. Y Liam, como de costumbre, se mostraba reservado. Incluso creí que miraba a Drake con melancolía. Si era una reacción a la noticia de que éramos sus compañeros de piso, entonces mi autoestima había recibido otro golpe demoledor.

"Es solo una coincidencia... Es una coincidencia de nuevo...", pensé. Por tercera vez, se daba la casualidad de que coincidíamos. Antes de despedirnos, mi hermano le entregó algo a Liam. Intenté convencerme de que no me interesaba.

Cuando me dieron la mano, me preocupé como cuando era niña. Liam no se escondió inmediatamente en la entrada. Miró la espalda de mi hermano. Luego miró el coche. No podía verme, pero seguía sintiéndome incómoda.

—Vámonos... Ya llegamos tarde. Estás divagando... —mi hermano le dio una palmada en el hombro a Manuel mientras subían casi sincronizadamente al coche.

—¿Te puedes creer que Liam y tú sois vecinos a partir de ahora?

Mi hermano fue el primero en hablar. Estaba falsamente sorprendido.

—¿Vive aquí? —pregunté, avergonzada.

—Sí. Él compró el piso hace un año. Dice que si necesitas ayuda, es tu vecino.

—Sí.

Asentí con la cabeza, mirando hacia abajo, a mis palmas abiertas.

—Bueno, ahora me sentiré mejor... —había tanto alivio genuino en la voz de Drake que no pude soportarlo; giré la cabeza y miré su cara sonriente.

—¿Por qué? —le pregunté. La verdad es que se me revolvía el estómago. Quería decir cosas desagradables.

—Es un buen hombre. Es de fiar. Le pedí que te vigilara...

—Drake... —rara vez le llamaba por su nombre de pila. Volví a sentirme incómoda. Quería esconderme. Me daba miedo pensar lo que Liam estaba recordando cuando recibió esa petición.

—Lo siento, Cat. Sé que eres adulta. Pero me sentiré más seguro, ya que hay alguien en quien confío viviendo a dos pisos de ti.

—¿Y tú no confías en mí? —hice una pregunta infantil y tonta, llena de un resentimiento sin sentido que ni siquiera concernía a mi hermano.

Pero mi hermano no se ofendió, no se agravió, no se enfadó. Se acercó a mi mejilla, acariciándola suavemente:

—Me preocuparé por ti el resto de mi vida. Lo siento, pero no podemos hacer nada.

Todo se debía a esa tragedia. La seguridad de mi hermano era lo primero. Menos mal que aún no tenía guardia.



12. Catherine

Nos llevaron a Noe y a mí a nuestra mesa. Observamos cómo el camarero disponía cuidadosamente la tetera, las tazas, los amplios platos con postres bellamente decorados.

—Gracias —agradeció Noe con una sonrisa, pero en cuanto el tipo nos dio la espalda, empezó a moverlo todo.

Era gracioso; me reí entre dientes y recibí una seria mirada de advertencia.

—¡Es en nombre del arte, Srta. Colin! ¡Eres una esteta! ¡Deberías entenderlo!

Noe me barrió con su lógica. No tenía argumentos en contra. Me recosté en el sofá y observé con una sonrisa cómo mi amigo hacía una foto, grababa un vídeo, lo revisaba... y seguía y seguía.

Su arte era una bella storis, pero si intentaba decir algo despectivo sobre él, recibía toda una charla sobre la importancia de la autoexpresión.

Incluso me alegré de que Noe estuviera un poco ocupada. Pude apartar mi mente de la vista que había fuera de la ventana y pensar en la mía propia. Hace exactamente seis semanas perdí la virginidad en un piso situado en un edificio del mismo complejo, en la decimoctava planta. Hace exactamente un mes que vivía en el vigésimo.

Esa noche iba a celebrar una especie de modesta fiesta para dos con una amiga. Podría haberme pasado antes de que llegara Noe y haber preparado un pedido para llevar a casa, pero sabía que mi amiga estaría encantada de sentarse a la mesa. Y yo seguía queriendo hacer feliz a la gente.

—Eso es, puedes probarlo...

—Gracias —sonreí y cogí el tenedor.

El chocolate crujió en mis dientes y luego chocaron contra el soufflé aireado... Estaba delicioso, pero no me entusiasmaba. Noe, en cambio, estaba entusiasmada. Lo probó y sacudió la cabeza.

—¡Dios, es fantástico!

—Sí.

Me metí otro bocado en la boca e intenté saborearlo... Pero no había explosión de sabor. Los recuerdos de una noche en particular parecían un jugoso punto brillante, y el resto... gris. Me tranquilicé, era solo la vida.

—¿Viene aquí? Es muy acogedor...

Noe sabía lo mío con Liam. Estaba dispuesta a escucharme quejarme, aunque me guardaba casi todo para mí. Le llamaba "él" y esperaba que las cosas se movieran entre nosotros. Pero sabía que no sería así.

—Supongo. No le he visto por aquí.

Me encogí de hombros. De hecho, apenas le había visto en ningún sitio. Ni en el ascensor, ni entrando ni saliendo de la entrada.

—¿Y nunca se ha puesto en contacto?

Moví la cabeza de un lado a otro. Vi el pesar en los ojos de Noe. No quería ser patética.

—Solo cosas del trabajo. Él... Mm-mm... Profesional.

Liam me ponía en un aprieto con su frialdad cada vez que me hablaba. Nunca volvimos a vernos en privado. Solo en presencia de personas ajenas, secretarias y asistentes.

—¿Y Jacob? —Inmediatamente, puse los ojos en blanco al pensar en mi ex. Noe se rió.

Cada día estaba más convencida de que había hecho lo correcto. Y tenía que dar las gracias a esa idiota que me envió por mensaje directo un interesante relato sobre su historia de amor y la de Jacob. Luego hice una rápida investigación y encontré unos cuantos grupos más. Luego pedí a un conocido que abriera su messenger. Mi sorpresa fue inigualable.

No me interesaba su vida amorosa. Pero me alegraba infinitamente haber descubierto la verdad sobre él antes de la boda. Sufrí rápidamente. Solo que cambié, por desgracia, no a una relación normal, sino a un nuevo sufrimiento.

—Todavía me llama, ¿te imaginas? Exige saber dónde vivo. Si te escribe...

—Ya me escribe.

Mis historias sobre la ineptitud de mi ex no impedían que disfrutara de su tarta. Sonreí.

Desde mi regreso, Noe y yo nos habíamos mezclado en nuestras vidas como si nunca me hubiera ido. Encontramos temas el uno con el otro, nos escuchamos, nos apoyamos.

Si alguien es importante para ti, siempre buscas y encuentras oportunidades. No hay razones para decir que no. Liam, por desgracia, no estaba interesado en buscar oportunidades.

—Cuando leo los mensajes de Jacob sobre ti, Cat, me dan ganas de llorar. Solo quiero preguntar: "¿Por qué le metiste la polla a todo el mundo con tanto amor?".

Tampoco tenía respuesta a esa pregunta. Y no sentía el mismo resentimiento hacia él.

—No te contengas, bloquéalo. Yo lo autorizo.

—Creo que está recorriendo tu lista de seguidores y enviando mensajes a todos.

Yo también lo veía así. Lo que estaba haciendo era una auténtica salvajada. No lo llevaría a ninguna parte, pero era un inconveniente.

—Estoy esperando que se canse. No lo entiendo, no es que yo no le gustara. No me quería. Ahora es libre, puede hacer lo que quiera. ¿Para qué me necesita?

Era una pregunta que ni Noe ni yo podíamos responder. Nos miramos y ambos nos encogimos de hombros.

—¿Aún no ha venido?

—No. Solo mi hermano y ya sabes adónde me he mudado. Intento no revelar nada a propósito. Sobre todo con las ubicaciones.

Noe se lo pensó brevemente y luego asintió.

—Y Liam también sabe... —no sé por qué lo dije.

Pero las palabras salieron, y dejé caer la mirada hacia mi plato. Ahora mismo sentía que aquella noche había cometido un error. No quería sufrir por él. No quería sufrir en absoluto. Quería sentir y disfrutar de la vida.

Para evitar que mi amiga reaccionara a mi frase anterior, cambié bruscamente de tema.

—Me he apuntado a un gimnasio. ¿Ya te lo había dicho? Tengo que ponerme en forma y volver a entrenar danza.

Levanté la cabeza, miré hacia arriba con una sonrisa, como si estuviera llena de entusiasmo atlético. Pero Noe no se dejó engañar; suspiró pesadamente al principio, luego sonrió también.

—Yo no. Pero no pasa nada. Yo también sigo preparándome...

—Subamos al piso, te lo enseñaré...

Mi amiga lo prometió, jugando con sus cejas, y yo, sinceramente, le di un respingo. Pasaríamos ese sábado solas. Pediríamos panecillos para la noche, y había preparado dos botellas de vino espumoso. Me emborracharía y lloraría sin control. Noe me acariciaría la cabeza y comería sus pasteles malsanos favoritos.

Mi teléfono, apartado en el sofá, empezó a zumbiar. Lo abrí y miré la pantalla. Desde entonces, lo primero que pensaba era que podría ser Liam. Y siempre me decepcionaba.

Ahora estaba firmado de otra manera. Ya no era "Liam y las Tres O", sino "Liam. Abogado de mi hermano". Otro número desconocido. Tarde o temprano, Jacob se iba a arruinar con esto.

—Entendido...

Hacía tiempo que dejé de cogerlo. Los bloqueaba inmediatamente. Ya no guardaba el teléfono, lo tiraba. Quería expresar mi indignación a Noe. Pero en cuanto me entraba aire en los pulmones, todo se me iba de la cabeza. Reconocía ese olor entre mil otros. A él. Su olor. El olor de Liam.

Un escalofrío me recorrió la espalda cuando un hombre pasó por delante de nuestra mesa. Miré fijamente su espalda. Oía cada latido de su corazón. Liam no me veía. Había venido a tomar un café.

Era un día libre, así que no iba vestido de traje como solía hacerlo, sino con vaqueros y camiseta. Creía que era muy sexy así. Se acercó al mostrador. La chica que tomaba los pedidos se levantó y sonrió. Y él ni siquiera se dio cuenta. Paseó su mirada por la escritura a sus espaldas.

—¿Es él? —No respondí a la pregunta de Noe cuando se volvió para seguir mi mirada. Me limité a mirar como una idiota.

—Un expreso doble para llevar.

Recordé el expreso doble. Recordé su voz. Y me costaba apartar la mirada.

Prácticamente, meforcé a apartar la mirada de la espalda de Liam. Me avergonzaría que se diera la vuelta, me viera y me ignorara.

Sentía vergüenza delante de Noe.

—No te preocupes —Noe cruzó la mesa y me acarició la mano. Me sonrió. Yo también le devolví la sonrisa, pero desastrosamente tensa. Toda mi atención estaba puesta en Liam.

Liam estaba tardando demasiado en preparar el maldito café. No podía apartar los ojos de él durante mucho tiempo. Así que sería mejor que me fuera rápido. Mientras la camarera se apresuraba, se formaba una pequeña cola detrás de él.

Veía sus hombros anchos y relajados. Observaba cómo guardaba una mano en el bolsillo y con la otra ponía el móvil en el terminal de lectura...

Cuando una mano se posó en su hombro, sonrió. Liam, por su parte, se dio la vuelta. Miró un poco hacia abajo, enarcando una ceja.

Era una chica rubia. No la conocía, pero ya la odiaba. Tenía entre cinco y siete años más que yo. Dijo algo, y la mirada de Liam se deslizó hacia la raja de su blusa. Casi sentí náuseas...

—¿Quieres irte?

Negué con la cabeza y seguí mirando.

Liam estaba coqueteando. Movía los ojos de la misma manera que yo solía hacer. Pero ahora me parecía repugnante. ¿También le parecería tan aburrida? ¿Actuaría igual en la cama con ella?

La rubia sacó el teléfono del bolso y lo hizo girar, clavando los ojos en Liam. Me moría de miedo. No quería saber lo que le estaba diciendo.

Liam desbloqueó el teléfono y marcó el número de una chica que no conocía, a la que quería llamar "zorra". Cerré los ojos y me volví hacia la ventana.

Podría haber hecho esto un millón de veces en esas seis semanas. Hacer amigos. Divertirme. Follar con otras personas. Pero una cosa era arder de celos cuando te lo inventas tú misma, y otra muy distinta cuando lo ves con tus propios ojos.

Podía oír la voz desagradable y chillona de la zorra. Pero lo importante era que parecía una ganadora.

Y una nueva historia de su encuentro espontáneo pasaba ante mis ojos. Sabía exactamente lo que ocurría a continuación.



13. Catherine

Resulta que a Liam se le acercó nuestra vecina de la panadería. Es una rubia soltera de 27 años que vive en el quinto piso. Al parecer, le ha echado el ojo al abogado desde hace meses. Tiene una opinión sobre cualquier tema que surja en el chat de la comunidad: el coste del mantenimiento de la casa, los gritos de los niños, su coche cerrado en el aparcamiento, el acceso al tejado... Es una persona desagradable, una molestia para todos. Y lo soy doblemente.

Siempre me han gustado los deportes y bailar. Quizá así sublimaba mi falta de sexo. Ahora pasaba todos los días en el gimnasio como una loca. Iba más a menudo de lo que debería. Me llevaba al límite y, aunque me daba un bajón, también me despejaba la cabeza.

Pasé media hora en la primera planta, observando a los que iban al gimnasio en la planta baja. Se me olvidó de agradecer a mi hermano por el regalo. Me gustaba todo aquí, excepto el barrio.

Bajé a la planta baja y miré el gimnasio. Quería que todo mi cuerpo ardiera, que mi mente y mi alma estuvieran despejadas. Me senté en la máquina de ejercicios y empecé a hacer flexiones con furia. Ya había pensado varias veces que era hora de seguir adelante. ¿Qué sentido tenía esperar algo? Sabía que no iba a pasar nada.

Deseaba a Liam hasta la locura y, al mismo tiempo, tenía miedo. No podía cortarlo sin más. Había una pequeña parte de mí que aún creía en los milagros. Enfadarme conmigo misma me permitía aumentar mis cifras de entrenamiento. Ahora mismo me sentía asombrosamente decidida. Sentía cómo se apretaban mis omóplatos, casi sentía puro placer. Justo en ese instante, el mundo se congeló mientras giraba la cabeza hacia un lado.

Primero me congelé y luego solté lentamente las asas del aparato, desinflándome como un globo. No había mucha gente en la habitación. Lo vi a él y a su novia rubia. No podía apartar los ojos de él. Caminaba despacio, dando sorbos a su botella.

Aún recordaba lo bien que me sentí al tocar su piel. Recordaba cada detalle de sus hombros esculpidos y sus costados firmes al fundirse con los míos. Entrecerré los ojos y me di la vuelta para recuperar el aliento. No tenía ningún deseo de ver a esa gallina bailando alrededor de Liam. Y bailaba. Murmuraba algo, bromeaba, se reía. No quería pensar que él era igual con ella que conmigo. Sacudí la cabeza.

Cuando recuperé el sentido, volví a mirarlos y me quedé paralizada. Liam me estaba mirando. Tomó su tiempo para sonreír y saludar. Solo me miraba, intensa y oscuramente. Durante una eternidad. Y entonces asintió lentamente, saludándome. Respondí, convulsivamente, y volví a apartar la mirada. Fingí estar ocupada, pero en realidad no podía mirarlo. Me temblaba todo el cuerpo, y no era por el esfuerzo del ejercicio.

Me levanté de la máquina y me acerqué a la ventana. Miré fijamente hacia fuera, bebiendo a sorbos lentos. Al principio pensé que sería mejor dar por terminado el día. Y luego... ¿qué demonios? Era mi gimnasio. No iba a pasarme la vida corriendo a algún sitio solo para evitarlo. Simplemente, tenía que ignorarlo. A los dos. Y disfrutar de la vida.

—Jovencita, disculpe...

Me estremecí al oírlo muy fuerte detrás de mí. La palma de la mano de alguien se apoyó en la tela de mis mocasines altos. Giré la cabeza...

Era un tipo que no conocía. Era mucho más alto. Me miraba y sonreía... Guapo, joven...

—Si quieres coger la máquina, ya he terminado...

Asentí con la cabeza al asiento libre, pero él no se fue.

—Llevo observándote... Desde hace días... No puedo resistirme a conocerte.

Debería alegrarme. Sobre todo al darme cuenta de que me estaba coqueteando y Liam podía verlo. Me sentí como volando por un precipicio.

El tipo inclinó la cabeza y sonrió aún más.

—Me llamo Jean y me gustaría invitarte a un café.

Parecía tener acento francés. Y era muy conmovedor.

—Gracias, yo... tengo pareja —mentí, avergonzada. No solo delante de Jean, sino también delante de mí misma.

Desvié la mirada, me dolía el corazón. Liam no parecía mirarnos. Su rubia también estaba haciendo algo en la máquina de al lado.

Fork es un hombre cruel. Incluso desde aquí, se podía ver que la técnica de la rubia era un desastre. Estaba destinada a hacerse daño. Pero el caballero no tenía ningún deseo de salvarla.

—Qué pena...

No sabía qué más decirle a Jean, así que simplemente sonreí y separé las manos.

"Eres idiota, Catherine. Una gran idiota."

Observé cómo el tipo caminaba hacia la máquina que había dejado para mí. Ahora tenía dudas. Quizá debería haber dicho que sí. ¿Qué podía perder? ¿Una noche? No iba a seguirle, era estúpido. Seguía enfadada. Conmigo misma, pero sobre todo con Liam. ¿Cómo se suponía que iba a tener una relación ahora que me había pasado esto?

—¿Estoy haciendo lo correcto? —Cuando oí la pregunta chillona de la rubia, no pude evitar poner los ojos en blanco—. ¡Menos gilipolleces, idiota!

Seguía aguantando. No era asunto mío. Tampoco era el suyo, así que no me iba. Iba a aprender a contenerme. Ignorarlos. Dejar que hicieran lo que quisieran.

Me acerqué al banco y puse unas pesas. No parecía una atleta, pero tenía suficiente fuerza y rabia en mí, así que cogí pesas más pesadas. Me tumbé, apoyé los talones y puse las palmas de las manos sobre la superficie rugosa.

—Espera, te apoyo...

Lo dijo en voz baja, pero lo oí como si estuviera bajo mi piel. El calor me recorrió el cuerpo, la adrenalina subió a mi torrente sanguíneo... Todo estaba en su voz. Liam se acercó a paso ligero. Se detuvo sobre mí. Sus palmas se hundieron bajo la barra.

—No te lo he pedido.

Le miré enfadada, él me devolvió la mirada con calma. El corazón me latía de prisa.

—No hace falta que me lo pidas...

Mi respiración se aceleraba, aunque aún no había hecho nada. Retiré las manos de la barra, me senté en el banco y miré a mi alrededor.

—No necesito tu ayuda. Gracias.

Intenté hablar y parecer fría y distante, como solía ser él. Estaba aprendiendo. No había nada entre nosotros, ¿verdad? Entonces, ¿por qué me tocaba? Quizá siempre había querido ponerme una barra encima.

—Si quiero que alguien me ayude, lo pediré.

A Liam no le gustó lo que dije. Me costaba mucho esfuerzo no mirar por debajo de su cara. Quería tocarlo. Estaba enfadada por ello.

—Estoy prestando atención. Cola de ayudantes...

Mis mejillas se encendieron cuando él asintió débilmente en la dirección donde estaba Jean. Así que no era tan indiferente como pensaba. Quizá también me vio en aquel café. Y en el teatro con la rubia. Lo odiaba.

Volví a agarrar la barra, sintiendo cómo la textura rugosa se burlaba de mi piel. Me tensé y empujé hacia arriba. Y entonces quise jurar. Porque las palmas de un hombre estaban debajo de la barra.

Le importaba una mierda lo que yo decidiera. Lo hacía a su manera. Era un maldito protector. Prefería morir a que viera mi debilidad. Intenté abstraerme de su presencia. Exhalé mi rabia contra él cada vez que alejaba la barra de mi pecho.

Me di cuenta rápidamente de lo que me había pasado con el peso. A la tercera repetición ya estaba luchando. Pero tenía que hacerlo. Podía hacerlo. ¿Cómo había planeado? Le miré a los ojos, apretándole los dientes.

Liam levantó la barra en la décima repetición. Justo cuando estaba a punto de dejarla caer. Solo que era la única en mi vida que no le daría las gracias por salvarme. No admitiría que me había equivocado al rechazar su ayuda.

Devolvió la barra a su sitio, y yo me sacudí las manos y volví a sentarme de espaldas a él. Sentía con los omóplatos que estaba de pie. No se había ido. Apenas podía contenerme. No podía evitar lanzar un estúpido y resentido:

—¡Vete ya!

Había más emoción en mí ahora que cuando un tipo extraño y simpático me invitó a tomar un café. ¿Por qué?

—Si no estás segura de lo que puedes hacer, pídele a alguien que te apoye.

La admonición de Liam era todo lo que necesitaba. Puse los ojos en blanco ante el comentario y volví a mirar a mi alrededor:

—Eres tú el que está inseguro de mis habilidades.

Mi mirada lanzaba relámpagos, pero no podían atravesar la gruesa piel del mejor abogado. Liam solo me miraba fijamente, con los labios apretados.

—¿Cómo te lleva tu hermano...?

Su siguiente comentario me sacó de mis casillas. Quería decir tantas cosas, pero no quería mostrar debilidad. Así que simplemente cogí una toalla, agua y me puse de pie.

—No es asunto tuyo. Vuelve a tu gallina... —siseé, señalando con la cabeza a la rubia que nos observaba desde la distancia. Esperaba que le echara la bronca por salir corriendo a salvar a una chica. Quería hacerle daño.

—Si te he ofendido de alguna manera, Catherine...

Cada vez que lo decía, temblaba más y más. Por Dios, cállate... calla... Sería perfecto reírme en su cara ahora mismo, pero era incapaz. No quería ser patética a sus ojos. Eché un vistazo a la

habitación y di un paso hacia él.

La combinación del olor de su colonia y el sudor puro del hombre me producía una oleada de calor por todo el cuerpo. Dejé de pensar. Le toqué el hombro con los dedos, como si le sacudiera el polvo de la camiseta, y le miré a los ojos.

—¿Cuál es el rencor, Liam? —le pregunté—. Están pasando demasiadas cosas en mi vida como para detenerme en una corta noche...

Observé su reacción y noté que no le gustaba mi respuesta. Se puso rígido. No pasaba nada. Que pensara en cuánta gente me había acostado después de él. Y dónde estaba él...

—Ya veo.

Mi mano se movió hacia fuera, Liam se retiró. Se dio la vuelta y volvió a su rubia. Le había hecho sentir mal y tenía ganas de llorar. Sentía que me ardía el pecho.

El incidente del gimnasio me había arruinado el humor del día. Continué mis diálogos internos con Liam mientras me duchaba, hacía la comida, pintaba y veía el programa. Al final, no estaba completamente satisfecha con nada.

Ahora estaba tumbada en la cama, dándole vueltas al teléfono entre las manos. No le enviaría mensajes ni le llamaría. Tampoco pensaría en él. Tomé una bocanada de aire y abrí la aplicación de citas.

Era hora de aceptarlo.

Establecí una pequeña distancia de búsqueda y navegué por los perfiles. Algunos me daban ganas de reír. Otros me daban ganas de seguir por vergüenza. Algunos parecían simpáticos, pero yo seguía deslizando a la izquierda. Lo negaba.

No sentía placer. Tampoco sentía anticipación. Solo tenía que hacerlo. Elegir a alguien. Me sobresalté un poco cuando, tras otro deslizamiento hacia el rechazo, vi una foto del mismo chico que se me había acercado hoy en el gimnasio.

Se llamaba Jean. Y tenía muy buen aspecto. La misma sonrisa. Con veinticuatro años. Un informático.

No me importaba nada de eso, pero nada iba a cambiar si me quedaba sentada y sufriendo. Y no quería hacerlo.

Así que deslicé el dedo hacia la derecha. Sonreí. Éramos compatibles.

Fui a la sala de chat y vi que él también estaba conectado. ¡Qué bien!

—¿Has cambiado de opinión? —me preguntó.

Sinceramente, no, pero Fork no me dio la oportunidad, así que le respondí:

—¿Me invitarás otra vez?



14. Catherine

—¿Qué haces esta noche?

—Leí el mensaje de Jean y no sentí nada. Habíamos cambiado la comunicación de una aplicación a un mensajero privado y salido un par de veces. No me gustó. Era guapo, y en 5-7 años podría convertirse en el hombre de los sueños de todas las mujeres. Tenía sentido del humor, pero me era indiferente. Me aburría hasta lo previsible.

Ayer nos besamos fuera de casa cuando Jean me acompañó. Pero no sentí nada al tocarlo, solo una reacción diferente. Cuando lo miré, vi a Liam. Él, en cambio, fingió no darse cuenta de nuestra presencia. Después de eso, me alejé de Jean. Esa situación me hizo sentir mejor. ¿Y qué? ¿Le di a Liam una razón para estar celoso? Aunque lo estuviera, me haría sentir peor.

Decidí no volver a salir con Jean. No era justo para él. Jean se esforzaba mucho. No quería hacerle daño a nadie. Pero era mejor ahora que dentro de seis meses o después de tener sexo. Él esperaba más, y yo sabía a ciencia cierta que no podría seguir así mucho tiempo.

Era especialmente deprimente ahora que mi madre no estaba. Le pediría consejo, pero no podía hablar con mi hermano de estas cosas. Exhalé y empecé a teclear.

—Jean, eres bueno, pero no va a funcionar. Quiero a otra persona.

Revisé el mensaje con la mirada. Quería ser sincera, sobre todo conmigo misma. Sabía a quién quería, pero él no me quería a mí. Pensé en Jean, imaginándome que probablemente estaría angustiado ahora mismo. La pantalla reflejaba que me estaba escribiendo un mensaje.

—Lo siento, pero espero que tengas mucha suerte encontrando otra cosa.

Así es de simple y sencillo. Guardé el teléfono con tristeza. No quería sufrir. Al final, se me ocurrió la idea de encontrar otros tres candidatos adecuados hoy.

A partir de las decisiones que había tomado, decidí encerrarme en mi estudio y escribir música. De nuestra casa de campo, trasladé todo lo que necesitaba. Debido a la situación de litigio, la

inspiración no había llegado durante mucho tiempo. Pero solo sentarme y empezar... Era horrible sentirse acusado de plagio. Estaba enfadada, apática, todos los miedos del mundo me invadían. No estaba preparada para volver a recibir juicios y miradas comprensivas.

Pero incluso eso no me parecía tan duro ahora como pensar en Liam. Él era la razón por la que sentía que todo saldría bien. Y eso me daba confianza. Es decir, él iba a demostrar que esta era mi pista original. Y luego...

Y luego nos separaríamos, nos cruzaríamos y nos saludaríamos fríamente con la cabeza. Él dejaría a su rubia y yo conocería a un tipo realmente agradable.

Estaba metida de lleno en mi trabajo con los auriculares puestos, tomando notas en mi tableta, y no me enteré inmediatamente de lo que estaba pasando cuando sentí vibrar mi móvil en el bolsillo. Eché un vistazo a la pantalla y perdí la esperanza de que dijera "*Liam. Abogado de mi hermano*". Si tenía preguntas sobre un caso, prefería comunicarse por correo electrónico. Casi me había acostumbrado a su indiferencia.

No era Liam, era Jacob otra vez. Normalmente ignoraba todas las llamadas y mensajes de Jacob, pero hoy, sin darme cuenta de por qué, me acerqué el teléfono a la oreja.

—¡Escucha!

Hubo silencio al otro lado del teléfono, parecía que él mismo no esperaba que contestara. Un suave mugido y luego una profunda exhalación. Me acerqué a la ventana y miré fijamente hacia fuera, recordando a Liam aquella primera noche. Sonó el teléfono.

—Catherine, amor...

Inmediatamente, sentí náuseas. Los "amores" no engañan sistemáticamente.

—¿Qué quieres, Jacob? Puedo escribir una denuncia a la policía y luego acudir a una organización de protección contra los maltratadores. ¿Crees que a tu padre le gustaría?

Solo había visto a su padre una vez y me pareció un hombre muy serio y sabio.

—¿Qué tontería es esa, querida?

Me di cuenta de que esta era una conversación completamente inútil.

—Dime tu dirección e iré a verte.

Al oír su exigencia, suspiré, frotándome la punta de la nariz y sin saber cómo poner fin a esta tontería. Ya me estaba arrepintiendo de haber cogido el teléfono. Miré los pliegues de la cortina y los dibujos del estampado.

—No te lo diré y olvídalos. Nunca pasará nada entre nosotros, ¿lo entiendes?

Se quedó en silencio, quería pensar que estaba resignado.

—¡No, no lo entiendo! ¿No te dan pena los cinco años que estuvimos juntos?

La rabia empezó a subir en mí y mi sangre comenzó a hervir. Subí el tono de mi voz.

—¿Qué hubo? Ninguna pena porque no había nada... Ni respeto, ni amor...

—¡Quiero estar contigo y lo haré!

—¿Qué?

Me giré para gritar, pero me detuve. Porque por la ventanilla lo vi. Liam salía del coche y caminaba rápidamente hacia la entrada. Creí que no tardaría mucho, tal vez solo iría a cambiarse o a coger algo, porque el coche no estaba en el aparcamiento.

Por un momento no oí lo que decía Jacob por teléfono. Así que le dije tranquilamente.

—¡No te lo devolveré! Acéptalo.

Jacob seguía intentando interrumpirme y decir algo, pero no podía evitarlo.

—Me acosté con otra persona. Borracha en un club, recogí a un hombre, me llevó a su casa, nos acostamos. No me dolió, me sentí muy bien. Me corrí tres veces con él, no podría haberlo hecho contigo.

—¿Estás mintiendo?

—¿Quieres detalles?

—Y te arriesgas a comprobarlo después de que yo haya tenido otras. Me gustó tanto que no me detuve solo en él. Vamos, contaré diez u once. Sabía que disfrutaría del sexo, y los compañeros parecían muy experimentados.

—Basta.

De una voz dulce, pasó a un tono amenazador. Pero no me detuve.

—Lo disfruté mucho. Y ahora entiendo tu punto de vista, ¿cómo ibas a detenerte en una? Hay tantas opciones ahí fuera. El sexo de cada hombre es diferente. Seguro que no es solo con pollas.

Por fin, oí colgar el teléfono. Y solté la cortina, pensando que Liam ya estaba en el edificio. Volví al estudio e intenté trazar las líneas compositivas, pero nada funcionaba.

Apagué el portapapeles y me hice un ovillo en el sofá. No sé por qué, pero esperaba que el timbre sonara. Me di cuenta con la cabeza de que Liam no podía entrar a mi piso sin mi llave. Tenía ganas de llorar en el hombro de alguien.



15. Catherine

—¿Ahora bromeas? —preguntó Noe, tras una pausa en nuestra conversación telefónica.

—Mientras tanto, miraba la estantería de licores de la tienda y sonreía.

—No, Noe, hablo en serio, es un idiota casado que me dice: "*¿Quieres que te haga un cunni?*"

Volví a tener un ataque de risa histérica, no podía contenerme. Al otro lado de la línea, Noe se reía a carcajadas. La alegría desenfrenada hacía que se me saltaran las lágrimas y me dolieran los pómulos. Me rodeé con los brazos para calmarme. Me ardían las mejillas y tenía calor, aunque el vestido que llevaba era demasiado corto, el mismo con el que conocí a Liam.

—¡Estoy en shock! —me llegó a través del teléfono.

—¡Y lo estoy yo! ¿Te lo imaginas, "coño-la-ya"! —me burlé imitando a mi pretendiente frustrado.

La risa me relajaba y me calentaba el corazón.

—¡Ewww! —Noe reaccionó a mi "*coño-la-me ya*", un poco tarde debido a su ataque de risa.

—¡Noe, quiero emborracharme para olvidarme de este hombre casado al que le gusta dar coñazos! ¡Es tan asqueroso!

Interrumpí, recordando lo lujurioso, desagradable y hortera que era con sus idioteces subidas de tono. Recorrí con la mirada la estantería de botellas, pero mi mirada no conseguía fijarse en nada. Por supuesto, ningún Paul casado me interesaba, y apenas pude contenerme para no darle un puñetazo en la cara. Hice lo que tenía que hacer: primero fui al baño y luego ya no volví.

—¡Ponte más fuerte, Gato, el ron, por ejemplo, el vino no te ayudará en este caso! —La voz de Noe me apartó de recordar el idiota incidente.

—Bien. Me beberé mi pena. ¡Ha sido una noche tan arruinada! Tendré que darle una colleja a su mujer.

Y de nuevo me entró un ataque de risa. Cogí una botella de ron por el cuello, no recordaba si la había probado alguna vez o no. Me di la vuelta y caminé hacia la estantería de los zumos.

Di un paso y me tropecé con un pecho. Mi cuerpo fue el primero en reaccionar, piel de gallina, un olor familiar en mi nariz, mi corazón empezó a acelerarse. Solo entonces mi mirada se encontró con los ojos de Liam.

Sentí calor. No oía lo que decía Noe en mi teléfono. Miraba a Liam y pensaba con miedo en lo que habría oído.

Su mirada decía basta. Estaba tan serio como siempre, y solo podía adivinar lo que pasaba por su cabeza. Me di cuenta de que me sujetaba el codo y su mirada recorría mi cara de arriba abajo y luego todo mi cuerpo, sin parar.

Estaba sin sujetador y notaba cómo se me endurecían los pezones. Y no hacía frío, Liam estaba demasiado cerca. Capté su mirada allí, pero la aparté bruscamente.

—¡Ya te llamaré, Noe! —me exprimí, mis manos se clavaron en el teléfono y luego cayeron impotentes—. ¡Buenas noches!

La tensión aumentaba y ya podía sentir las descargas eléctricas entre nosotros. Tenía miedo, no sabía de qué. Y él no tenía prisa por contestarme. Creía que estaba analizando: ron en la mano, maldito vestido corto, maquillaje brillante.

Pero por fuera se mostraba indiferente, y yo pasé de la calidez a la frialdad. Me sentía como una niña culpable delante de él. Pero, ¿qué era él para mí?

—¡Buenas! —saludó Liam y por fin me soltó el codo. Vi que me miraba los pies descalzos. Tenía una incipiente esperanza de que estuviera a punto de ponerse celoso de mí, pero todo se vino abajo en el instante siguiente.

—No te olvides de comprar pastillas. Tu cabeza es tu punto débil.

Su mirada estaba fija en mi rostro y no había ni una pizca de humor en ella. ¿Qué había sido eso? ¿Un insulto?

Se hizo de nuevo el silencio entre nosotros, luego se dio la vuelta bruscamente y se dirigió al fondo de la tienda, llenando su cesta. Y yo lo miraba, confundida ante el fuerte latido de mi corazón.

Después de mi cita con Paul, quería hacer una pausa. Ya está. El deporte no ayudaba, ir de bares me aburría y salir con desconocidos me dejaba un sabor amargo y una sensación de suciedad que me hacía querer ducharme más rápido después. Encontrarme con Liam al azar en una cafetería,

en el gimnasio o en una tienda era un gran calvario para mí. Mi vida se había convertido en una carrera en territorio desconocido.

Empecé a buscar algún tipo de trabajo en Los Ángeles para mantener la mente ocupada. Prometí a mi hermano que estaría bajo su cuidado hasta que se aclarara mi caso. Y, por supuesto, él estaría muy en contra de que empezara a trabajar de camarera en algún sitio. Aún no tenía ningún contacto con la música.

Antes del problema del plagio, ya había empezado a pensar en mi futuro, casi había terminado mis estudios, mi carrera estaba en marcha y pensaba en casarme con Jakob y tener hijos, pero todo cambió exactamente en la dirección contraria.

Ya no quería divertirme, pero quedarme sentada en casa no era una opción. Aún no me había decidido por un trabajo. Así que me rendí cuando Noé me dijo que esta noche daban una fiesta en el club y que estaba invitada de su parte.

Me vestí con modestia y elegancia. Después del incidente en la tienda con Liam, cuando me dio un buen consejo sobre mi cabeza, tiré ese vestido. No quería que ningún otro recuerdo me lo arruinara. Llevaba el pelo suelto, los ojos maquillados, me gustaba. Pero a él, a Liam, ¡no! ¿Por qué no? ¿Qué me pasaba?

El ambiente del club me dio energía y me divertí, pero esa noche no iba a beber. Dejé el ron que había comprado sobre la mesa sin abrir, recordándome que a los ojos de Liam seguía siendo una menor de edad a la que le gustaba emborracharse y vivir aventuras con el culo al aire.

Jacob no podía creer que me hubiera acostado con diez hombres, pero Liam parecía creerlo. Bailábamos con Noé, yo bebía un mojito sin alcohol, cuyo olor me recordaba a cuando era estudiante. A cada intento de conocernos, decíamos que no.

Capté ese momento de ligereza y simple felicidad, quería recordarlo y prolongarlo todo lo que pudiera. El taxi nos llevó a casa a las tres de la madrugada, primero a Noé y luego a mí. El coche era cálido y silencioso, me mareé. Cuando llegué a casa, ni siquiera quería salir. Solo quería volver a mi apartamento.

En cuanto entré en el vestíbulo del edificio, oí el ruido del motor de un coche que se acercaba. Pensé que era una alucinación y me dio un vuelco el corazón.

No me lo creía y me di la vuelta. Vi una silueta familiar que se acercaba a la puerta principal. Si entraba rápidamente en el ascensor, evitaría este encuentro. Y mi primer impulso fue exactamente ese, querer desaparecer. El otro pensamiento fue: ¿por qué voy a huir de él?

Pasé lentamente junto al mostrador y caminé aún más despacio hacia el ascensor. El calor me recorría la espina dorsal, una corriente eléctrica me atravesó cuando escuché su silencioso y

cansado "¡buenas noches!".

Ese no era él para mí todavía. Y yo respondí:

—¡Buenas noches!

Empecé a sentir pena por mi lentitud. Las puertas del ascensor se abrieron, y entré. Oí que otro ascensor se levantaba a mi espalda, pero bajé la cabeza y me adentré en la cabina. Podía sentirlo. Mordiéndome el labio con fuerza por el esfuerzo, me di la vuelta.

Liam entró al último momento y nuestras miradas se cruzaron.



16. Liam

Este mes había sido francamente el más difícil en los años. Incluso para mí, había sido palpable. El trabajo era un océano insuperable. Todo el mundo estaba agotado y nervioso, y era contagioso. O quizá era solo yo, que no estaba organizado y todo me molestaba. Eso se transmitía a toda la cadena y luego me afectaba a mí.

Dormía mal, apenas dormía. Hoy salí de la oficina a las cuatro de la mañana para ducharme y ponerme ropa limpia. Estaba bien en el coche, conducir siempre me resultaba relajante. Olía bien y las luces centelleaban fuera de la ventanilla.

El sexo también era malo. Sentía que me follaban, no es que yo follaba. El teléfono no dejaba de distraerme con mensajes, y me agitaba nervioso.

Mi vecina se me acercó y me dijo:

—Llámame Tracey, por favor.

Me arrepentí diez veces de haberle dado mi teléfono. Debería haberme dado cuenta enseguida de que era una idiotez, de que tenía problemas en la empresa. Necesitaba ayuda, y yo me quedé con las orejas colgando.

Tenía muchos problemas, pero su falta de tacto era el más importante. Quería descargar su problema en uno de mis abogados, pero me exigió que fuera yo quien la atendiera. No me interesaba, ¿no me interesaba en absoluto!

Pero la otra sí. Me prohibía incluso pensar en ella. Y siempre estaba delante de mis ojos. Su hermano ni siquiera sabía lo que hizo cuando me dio las llaves de su apartamento. Dijo: "por si acaso".

En aquel momento, pensé que superaría lo de Catherine muy rápidamente. Tuve toda una relación con Rachel para darme cuenta de que los sentimientos se pueden entrenar. La razón era

lo primero. Incluso me sentí orgulloso de mí mismo la noche que traje a Cat a mi casa. De cómo me alejé del pasado.

Me alejé del pasado y me adentré en el presente, y aún más en el futuro. Aunque en la situación de Rachel, no era duro, pero era divertido. ¡Qué idiota fui! Ella estaba en el pasado y Cat estaba ahora en mi cabeza. ¡Todo el tiempo! ¡Y ahora tenía una sensación mala y desagradable en el alma!

Entonces, en el despacho de Drake, tomé intuitivamente una decisión y pensé que era la correcta: no pasaría nada en el futuro. Pero ahora la deseaba, hasta la locura. Una realidad que dictaba sus propias reglas. ¡Y no me resistía!

Cuando la miré en la sala de reuniones, me sentí mal, dubitativo. Podía verlo y sentirlo. Pero pensé qué pasaría, que era ahora, que sería más fácil. Aún era tan frívola y joven. A su edad, todos los sentimientos deberían pasar al día siguiente o a la noche siguiente.

Pero cada vez que nos veíamos y sus acciones me demostraban que había hecho lo correcto. Dolorosamente cortado, pero lo correcto. Y ni siquiera era su hermano, era la propia Catherine.

Era impulsiva en todo. Gracias a ella, aquella noche dormimos juntos. Lo que pasó entonces fue un accidente, pero la siguiente vez que nos vimos, no.

Catherine se vengaba de su ex con el primer chico que veía, y luego aceptaba flores de él. Me enfurecían sus aventuras y sus fiestas.

Era demasiado hermosa para ser descuidada. Se me secaba la garganta solo de pensar en ella. Cuando la veía, no sabía lo que hacía. La conocía y quería estrangularla o encerrarla en mi apartamento. Y luego follármela, no, amarla para que gimiera y me suplicara.

A veces me parecía que me provocaba a propósito, se ponía un vestido que le pedí que tirara, hablaba de sus citas en toda la tienda. Eso hacía que mis manos apretaran aún más el volante.

Pero, por otro lado, ella accedía a todo. Pero, por alguna razón, aquella noche todo me parecía especial, una rara exclusiva. Incluso se me pasó por la cabeza que probablemente sería feliz con ella. Era inteligente, sabía de lo que hablaba. Y para ella, esa noche era normal... ¡Putá!

Estaba cansado, así que no aparqué en el garaje, dejé el coche delante de la entrada del edificio. Primero vi el taxi y luego a ella. Mi cabeza se oscureció, estaba aún más furioso.

Ella no me debía nada, Colin me pidió que la vigilara, pero mis sentimientos no eran de custodia. Por fin, lo admití, estaba celoso de ella como un adolescente.

Todo el tiempo. No tenía derecho a estarlo, pero no podía contenerme.

Salí del coche, tomando profundas bocanadas de aire para no explotar. Era mejor que se hubiera ido antes de que yo entrara. Lo pensé, pero mis actos dijeron lo contrario. Tenía prisa.

Podría haber ido más despacio en el vestíbulo, pero no lo hice. En mi cabeza sabía que no podía estar cerca de ella. Era peligroso.

Una luz roja parpadeaba en mi mente, pero la ignoré. La olí, su perfume, saludó al guardia, ella miró a su alrededor. Le di la oportunidad de irse, tal vez en el próximo encuentro. Era lo mejor para todos, pero el aire a nuestro alrededor se calentó. La seguí hasta el ascensor.

Catherine se dio la vuelta y me miró fijamente. Y estaba furioso. Se me aceleró el corazón. Su mirada no era lo que esperaba. Estaba llena de adoración. Aparté los ojos. Al profundizar, ella se puso de lado, y yo puse la mano en la barra.

¿Qué ocurría? ¿Cómo lo hacía? No lo sabía, pero sentía la tensión. En cuanto la veía, no quería dejarla ir a ningún otro sitio. Ella presionó su piso, yo puse la llave en el mío. Podía ver su cuello, oler su estimulante aroma, sin alcohol.

No hablamos. No sabía de qué hablar. Pero tenía muchas ganas de aguantar el momento, de saborear esta extraña intimidad.

—¿Es demasiado tarde? —no reconocí mi voz. Un reclamo, como si tuviera derecho a ella.

Ella se quedó inmóvil, recorriéndome con la mirada; eso me hizo chisporrotear aún más. Un recuerdo pasó por mi mente, de mí acunándola aquí mismo, gustándola, besándola. ¡Pero eso no iba a ocurrir! Mi cuerpo se electrizó aún más.

Catherine simplemente me miró con una mirada sincera, y me dio una salida.

—¿Y para ti?

Me calmé un poco, debería haber estado preparado para esto. Igualdad. Pero con ella quería algo diferente, quería tratarla con condescendencia, cubrirla con mi cuerpo. Y solo con mis reglas.

Pero eso nunca ocurriría. Demasiado libre.

—No compares.

Me salió un poco duro. Pero no funcionó con ella, la hizo aún más confiada.

—¿Por qué?

Preguntó entrecerrando los ojos. No quería otra discusión. Catherine ya había demostrado que todas mis palabras, mis peticiones, le eran indiferentes. Las promesas que hicimos no existían.

—¿Eres machista?

Lo dijo muy en serio, transmitiéndome su indiferencia. No intentaba ofenderme, decía los hechos en voz alta. Creo que en relación con ella, sí.

Entendía su comportamiento: ella quería distanciarse, pero yo quería acercarme, sacudirla, devolverla a su estado de aquella noche. Creía que lo tenía todo planeado.

—Mi machismo tiene un lado bueno.

No me contuve. Catherine se tensó, no lo entendía. Apreté aún más la barandilla. Pero entonces recordé el taxi, el vestido y la conversación en la tienda.

—No siempre cumplen. ¿Sí? Deberías esforzarte más, no quedarte ahí tirada como un tronco...

—mi tono estaba empapado de más veneno del que quería.

Catherine no se lo esperaba, la vi abrir la boca y luego apartarse completamente de mí. Y el ascensor no podía llegar a mi piso lo suficientemente rápido. Vi su respiración, se aceleraba. ¿Por qué? Me arrepentí de lo que había dicho, quería calmarla. Di un paso y me froté la nariz.

Ella extendió la mano. Miró a su alrededor.

—Lo siento...

Como un niño, como un idiota. Hice un esfuerzo por cogerle la mano. La puerta se abrió en mi piso, pero no salí. Me quedé con ella. Vi que apenas podía contener el llanto. Intenté cogerle la mano, pero ella se apartó. Cuando se abrió la puerta, se bajó en su piso. Yo me quedé, conduciendo de vuelta a mi piso.



17. Catherine

El sueño se desvaneció al entrar en el apartamento. Me limpié las lágrimas, pero ya no lloré. Lo odiaba con toda mi alma. Me arrepentía de haberlo conocido, deseaba que aquella noche nunca hubiera ocurrido. Pero era culpa mía, no sabía elegir a los hombres.

Intenté dormir, pero no podía. Me fui a la cama, incapaz de detener mis pensamientos. Una vez más, estaba convencida de que tenía que irme. Mis manos alcanzaron el teléfono, no sabía por qué. Mi único sueño en ese momento era irme a dormir. Mañana sería más fácil.

La ira se enfrió poco a poco y me quedé helada, sudando. Algo en mi pecho se apretaba y me producía un profundo dolor. Al fin y al cabo, era yo quien estaba haciendo esto, quien me dijo en el gimnasio que esa noche no significaba nada para mí. Pero sus palabras...

Aquella noche con Liam fue mágica para mí. Solo quería volver a hacerlo con él. Soñaba con que volviera a estrecharme contra su pecho, sentir sus besos, sus manos sobre mi piel. Aún pensaba en él como en algo perfecto.

Y aquí, él lo destrozaba con sus palabras. Para él, yo era una chica que se limitaba a tumbarse y disfrutar. Eso era todo. No le satisfacía sexualmente.

Mi cuerpo y mi alma estaban tan marcados. No quería oír esas palabras ahora. Las lágrimas volvieron a salir. Aquella noche me sentí desgraciada por él. Pero, ¿por qué mintió? Dijo que yo era divina. ¿Soy una tonta ingenua por no saberlo por mi comportamiento? Creía que no estaba conmigo porque no quería estropear las cosas con su hermano, y él... Empecé a sollozar. No estaba lo bastante buena en la cama para él.

Sonó el timbre, no me di cuenta de qué era para mí. Miré el reloj. ¿Quién sería? No tenía ni idea. ¿Quizá los vecinos?

Me levanté y me miré en el espejo. Tenía los ojos rojos. Estaba en pijama, ni siquiera recordaba habérmelo puesto. Me alisé un poco el pelo, pero en general tenía bastante buen

aspecto para haber pasado la noche en vela.

Deslizándome entre los brazos de mi traje acolchado, me dirigí lentamente hacia la puerta. Y al mirar la pantalla, me quedé atónita ante lo que vi. Al otro lado de la puerta estaba Jacob y tenía otro ramo de flores. ¿Cómo había conseguido mi dirección? ¿Cómo había llegado al piso?

No le tenía miedo, pero estaba aterrorizada. Realmente esperaba que contarle mis muchas aventuras sexuales lo detuviera. Pero no...

Abrí la puerta.

—Catherine.

Parecía sorprendido de que hubiera abierto la puerta. Lo miré completamente tranquila. Se acercó a mí para darme un beso, pero le hice una señal con la mano para que se detuviera.

—Esto es para ti —cedió.

Miré el ramo. Brillantes rosas, naranjas y blancas, dispuestas en un arreglo muy bonito. Lo sentí por el ramo, iba a ir a la basura. Volví a darme cuenta de que todo era culpa mía. Le había dado esperanzas a Jacob de que seguiría viniendo a mí cuando acepté las flores de su parte.

Bruscamente, cogí las flores y fui a la cocina, enviándolas a la papelera. Cuando volví, vi a Jacob: ya estaba dentro del apartamento. Mierda, debería haber cerrado la puerta. Me quedé mirándolo con los brazos cruzados sobre el pecho, sintiéndome incómoda. Él, por su parte, miraba hacia el interior de la cocina, esperando ver qué había pasado con las flores.

—¿Cómo has entrado aquí?

—Tenemos que hablar, cariño.

Se acercó a mi mejilla, me asqueé y esquivé. Me sorprendí un poco. No tenía miedo de tocarme después de lo que le había dicho. Le recordé amonestándome sobre la decencia y la pureza de las mujeres.

—No hace falta que nos lo digas. Solo dinos quién te dio la dirección y te subió al piso.

Jacob se me echó encima, pero yo retrocedí. Después de lo que dijo Liam, me daba asco que alguien me tocara.

—Sentémonos y hablemos, Catherine, por favor, como gente moderna.

Jacob miraba alrededor de la habitación buscando un lugar donde sentarse. Me di cuenta y no quería que se entretuviera ni un minuto.

—No hace falta que nos lo digas, te lo repito, vete.

No estaba asustada, se lo dije con calma. Pero por dentro, estaba furiosa. Empezaba a ver destellos de rabia delante de mis ojos.

Odiaba a todos los hombres.

Sonó el timbre y me sobresalté por la sorpresa. Miré fijamente la pantalla y mi corazón dejó de latir.

—¿Quién es? —preguntó Jacob, y ya había conseguido olvidar su presencia.

Al otro lado de la puerta estaba Liam. Me habría reído en otra situación, pero ahora mismo no me hacía ninguna gracia.

—Atrás —le lancé bruscamente a Jacob. Podría no haber abierto la puerta. Pero tenía muchas ganas de decirle a Liam que se apartara. Que todo el mundo se alejara de mí, maldita sea.

—¡Hola!

Hoy iba en chándal, estábamos a mitad de semana. ¿Por qué no estaba en el trabajo? Iría directamente a su piso en el quinto con Trini, o como se llame.

No parecía muy seguro de sí mismo, como un gato culpable. Pero no le creía, lo que dijo en el ascensor me dolió y estaba segura de que era verdad.

—Buenas tardes, señor Fork. ¿Quería algo? ¿Alguna pregunta?

Su mirada se movió a mis espaldas, y la irritación destelló en sus ojos. Me di cuenta de que Liam había visto a Jacob salir de detrás de mí. La irritación se convirtió en ira.

Probablemente pensaba que había llamado a mi ex para vengarme de él por lo que dijo. Pero eso era una ilusión suya, es que él y yo tenemos muchas situaciones coincidentes.

—Si no es nada urgente...

Me hacía sentir náuseas, no quería esta pelea. Miré a Liam, y Liam miró a Jacob. Y entró en el apartamento.

—Me estás inundando.

Sorprendida, me eché hacia atrás. ¿Cómo? Después de todo, él tenía el apartamento dos pisos más abajo.

—¿Cómo? —repetí en voz alta.

Avanzó, y mi espalda se apretó contra la de Jacob. Al sentir su mano en mi muslo, Jacob aprovechó la situación y le arranqué la mano con rabia. Nada de esto concernía a Liam, pero podía ver por su mirada que se daba cuenta de cada detalle.

—¡Me estás inundando! —repitió Liam.

—Tus apartados...

No terminé, Jacob entró en juego.

—Catherine, ¿quién es? —Jacob nunca me llamaba Cat, como mucho Kat. Así que no me molestó que se dirigiera formalmente a mí.

¿Por qué lo hacía? Sabía que no habría respuesta.

—Ven, te lo enseñaré.

Me cogió con fuerza del codo y me empujó hacia la cocina.

—Eh, eh, ¿adónde la llevas?

Nadie prestó atención a Jacob.

—¿Estás loco? —siseó a Liam.

Me empujó a la habitación y cerró la puerta, la puerta de mi apartamento. Mi compostura se evaporó, la rabia de la impotencia se apoderó de mí. ¡Zorra!

—¿Qué haces? —solté, fulminándolo con la mirada.

Los ojos de Liam se dirigieron al cubo de las rosas. Ignoró mi pregunta. Sacudí la cabeza y continué.

—Lárgate de aquí. Vete con alguien con quien te sientas bien, alguien que te satisfaga. No tienes que preocuparte por tu hermano. No se enterará.

—Catherine, esto no tiene nada que ver contigo. Tiene que ver conmigo.

Se acercó y me apretó los hombros. Una corriente eléctrica recorrió mi cuerpo, y la ira me acechó. Quería cerrar los ojos y quedarme hasta que acabara. Las lágrimas estaban en camino. Estaba indignada.

—Vete de aquí. Vete, por favor.

Vi la mirada de Liam, paseándose por mi cara como si buscara una respuesta.

—Cat, ayer dije una estupidez, lo siento. —Quería creer sus palabras, pero no podía, ayer me dolió demasiado.

—No me importa. Vete. Déjame en paz. Yo también lo olvidaré. No quieres tratar con una zorra inepta, ¿verdad? No quiero...

—No creo que lo seas, ayer rugí...

No le dejé terminar.

—Me da igual.

Alargué la mano hacia el pomo de la puerta, pero él interceptó mi mano y la apretó, helándome el alma. Él también estaba enfadado. Y me di cuenta de que no podía hacer más daño.

—Echa a ese idiota. No te mereces que te trate así —me susurró Liam al oído.

—Dios, para, por favor.

Le arrebaté la mano.

—¡No te metas en mi vida! No quiero que ningún gilipollas me diga cómo vivir mi vida —grité.

Me ardía el pecho. Salí y me topé con Jacob. Tenía una expresión de interrogación en la cara, esperando una explicación.

—¡Y tú vete! —le señalé la puerta.

—¡Salid todos! ¡Dejadme en paz!

Solté un chasquido; en cuanto me alejé de Liam, la ira volvió a hervir en mi interior. Sería el final perfecto si ahora los dos salieran corriendo en silencio. Pero Jacob abrió la boca.

—¿Quién es ese hombre? ¿Catherine?

—Jacob, no vuelvas a acercarte a mí. Iré a la policía, conseguiré la grabación del circuito cerrado de televisión en la que te acercas a mí a hurtadillas. Y luego llamaré a tu padre. Ya te lo he dicho.

—Cariño, cálmate, tranquilízate.

Estaba fuera de control, temblando. Los dos hombres en mi habitación no me oían. Me ignoraban. Uno se acercaba para besarme, el otro me agarraba las manos. Y me dolía el pecho.

—Démonos otra oportunidad y, por el bien de nuestro amor, intentaremos perdonar.

—¡No quiero! No quiero perdonarte. Y no necesito tu perdón. ¿Qué tienes que perdonarme?

—Bueno, no creo en tus diez. Con uno podrías.

—Cállate, por favor.

Me di cuenta de que Liam estaba oyendo todas estas tonterías y podía sentir sus ojos en mi espalda.

—¡Me he enterado de que hay cirugías que devuelven la virginidad!

Jacob lo dijo con tanto entusiasmo, que me sobresalté y me ardió la cara.

—Jacob, cállate.

Pero el idiota continuó.

—Lo restauraremos todo, Catherine. Te coseremos. Nadie lo sabrá, salvo yo.

—Vete.

Me hundí en el suelo junto a la pared y me tapé los oídos con las manos. No podía soportar más la situación. Estaba agotada, y las lágrimas me ahogaban. Vi que Jacob intentaba levantarme. Pero a mi derecha noté la mano de Liam apoyando mi codo y sentí que se hundía a mi lado.

—¿Quién es?

Otra vez esa voz de Jacob en mi cabeza. Ya no entendía nada, solo sentía a mi derecha el calor de Liam. Esperaba que Liam no hubiera oído ni entendido lo que decía ese maldito Jacob. Apoyé la cara contra sus piernas.

—¡Y eres tú, eres tú, gilipollas! El que se aprovechó de la situación. Viste que no era adecuada. Se peleó conmigo, se asustó. ¿Tienes que meterte en nuestra relación?

—¿Ella te invitó aquí?

Liam fingió no oír las preguntas de Jacob. Se levantó del suelo y se dirigió hacia Jacob. Yo quería desaparecer.

Estaban dispuestos a destrozarme como a una cosa. Uno me desgarró, el otro quería coserme. Levanté la cara de las rodillas y vi una situación que desearía no haber visto nunca.

Liam se acercó a Jacob y lo agarró de las manos. Los dos salieron juntos y cerraron la puerta con un portazo. No oí lo que pasaba detrás de la puerta y ni siquiera quería saberlo.

Me levanté y cerré la puerta con todas las cerraduras. Apreté la espalda contra la puerta y volví a deslizarme hasta el suelo. Lágrimas silenciosas rodaron por mis mejillas, podía sentir las. No intenté detenerlas.



18. Catherine

Parecía que había pasado una hora, pero había perdido la cuenta del tiempo. Me fui al baño y aún estaba sacudiendo las lágrimas. No quería ser patética, no podía permitírmelo.

El engaño de Jacob había sembrado dudas en mí. ¿Quién era realmente? ¿Por qué me consideraba una persona tan indigna de amor? ¿Por qué estaba bien que me hicieran esto?

Seguía intentando encontrar respuestas dentro de mí. Mi estado era de altibajos. Me derrumbaba y las lágrimas volvían a rodar por mis mejillas. Me lavaba la cara y, una vez más, decidí que tal vez una ducha fría me devolvería la calma. Me puse bajo el agua helada y no sentí el frío.

También quería ser indiferente, como Liam. No quería que nada me afectara. Quería ser la mujer sin emociones que él veía en mí, fácil y fría.

Después de que Liam sacara a Jacob, pensé que volvería y llamaría al timbre. Pero no podía moverme. Decidí que no hablaría con él ni lo vería nunca más. Me asearía y reservaría un vuelo a Nueva York.

Pensé en mi hermano y sentí gratitud por todo lo que había hecho por mí. Quería abrazar a mi madre, oler su aroma, acurrucarme y sentirme segura. Otra lágrima cayó mientras me envolvía en una bata cálida y me metía bajo la manta.

Lloraba audiblemente cuando oí que alguien giraba la llave en la cerradura. Intenté calmarme un momento, salté de la cama y me miré en el espejo; no quería que mi hermano me viera así. Era el único que tenía las llaves de mi piso.

Mis ojos lloraban, pero ya estaba en el pasillo y esbozaba una sonrisa. Pero me sentí como si estuviera otra vez bajo una ducha fría al ver a Liam de pie delante de mí.

—¿Tú? —Viendo cómo cerraba las cerraduras y caminaba con maestría hacia adentro, guardándose las llaves en el bolsillo, me quedé aturdida—. ¿De dónde coño has sacado las

llaves?

—Hablemos —dijo él en tono amistoso al entrar en el salón.

—¡A la mierda tu charla! —grité, asqueada, alejándome de él—. Eres un puto abogado, ¿lo sabes? ¡Intruso!

Liam se mantuvo completamente tranquilo, pero yo no quería más dolor. Quería que se fuera, como si nunca hubiera estado en mi vida.

—Decía la verdad, ¿verdad? —La pregunta en voz baja me dejó aturdida. Me paralicé como si hubiera escuchado algo terrible. El pulso me retumbaba en los oídos, mi mente se vació y mis ojos volvieron a llenarse de lágrimas. Me las quité rápidamente.

—No es asunto tuyo —las palabras salieron tímidas y patéticas.

Liam respiró hondo y se tapó los ojos. Yo aparté la mirada, no quería seguir hablando con él. Me di la vuelta bruscamente y me dirigí al baño, pero subestimé su determinación. Liam me agarró rápidamente la mano, luego interceptó la otra y me las llevó a la espalda. Sentí que mis dos manos cabían en una sola de las suyas. Me agarró con fuerza y presionó su pecho contra el mío, dejándome menos posibilidad de moverme.

Dejé de respirar. Intentaba liberarme, pero todos mis esfuerzos eran inútiles. Solo conseguía que me sujetara más firmemente. Estaba desesperada y no sabía dónde poner los ojos.

—Por favor, cállate —me pidió, casi ordenándome. Su otra mano empezó a acariciar mis hombros y su nariz rozó la piel de mi cuello. Empecé a temblar, no me quedaban fuerzas para resistirme. Sentía su calor, quería relajarme, no luchar.

—Suéltame —hice otro intento. Saqué un brazo y le golpeé en las costillas, pero no le importó. Me cogió el brazo y me lo devolvió a la espalda. Sus labios se acercaron a mis pómulos y bajaron por mi cuello. Me besaba suavemente, apenas rozándome. Su tacto enviaba una oleada de deseo por todo mi cuerpo.

Era un horror andante. Creía que era fácil, y yo lo deseaba...

Temblé y comencé a llorar. Liam me acarició con el rostro y soltó mis manos.

—Soy un gilipollas, lo siento. Lo siento mucho.

No quería escucharle, pero sus palabras me calmaron. Ya no me resistí.

—Vi sangre, pero pensé que era cosa de mujeres, como siempre. Soy idiota. Lo siento.

Al oír sus palabras, sentí un apretón en mi pecho y permanecí en silencio.

Empecé a llorar aún más, de resentimiento, de mi propia estupidez. Sentí que me ardía la cara. Ahora tenía miedo. Y no quería que él lo viera. Me cogió suavemente en brazos y yo me acurruqué en su cuello sin oponer resistencia.



19. Liam

Estaba sentado en el sofá del salón de Cat, aspirando su olor con la nariz. Estaba por todas partes. El ambiente era muy acogedor.

No me daba cuenta del daño que le había hecho a Catherine, pero sabía que tenía que conseguir que me perdonara. Solo ahora me daba cuenta de que seguía siendo ingenua y despreocupada, como siempre a su edad. Me recordaba a mí mismo, yo era igual, descontrolado en mi cabeza.

Mis consideraciones no anulaban el hecho de que la quería como mujer. Pensaba en ello y sonreía con infelicidad.

Ella lo sentía y se apretaba aún más contra mi pecho, y sus caderas contra mi ingle. Mi mano bajaba por su espalda y ella la arqueaba aún más. Cat cogió mi mano y la deslizó bajo su bata. Tal como sospechaba, no llevaba nada debajo. Sus gestos hablaban por sí solos: no te detengas.

Me uní al juego y le pasé suavemente los dedos por las costillas, recorriéndolos por las vértebras de su espalda, luego giré la palma y repetí el movimiento con los nudillos. Al mismo tiempo, levanté la cabeza del sofá, me acurruqué en su cuello y le di ligeros besos. Su olor llegaba hasta mis fosas nasales. La recordaba muy bien. Quería olvidarla, pero no podía y no quería.

Nuestra situación ahora no era del todo buena. Pero tenía que admitir que mi estrategia probada había fracasado. Yo tampoco había sentado la cabeza y ella tampoco. Teníamos que encontrar una nueva solución.

—¿De dónde has sacado mis llaves? —preguntó de repente. Me alejé de ella para ofrecerle una explicación.

—Me las dio tu hermano. Me las dio cuando nos encontramos aquí en la entrada. ¿Te acuerdas?

Ella asintió.

—Me doy cuenta de que debería haberme negado. Pero cuando dijo: *"Te confío mi posesión más preciada. Me sentiré más cómodo sabiendo que está a tu cuidado"*. Lo cogí, fue mucho después de decidir que no iba a pasar nada entre nosotros. ¿Sabes?

Al principio las llevaba conmigo. Me ponía de los nervios tenerlas. Cada vez que cogía el ascensor, tenía dudas. ¿A qué piso ir? Me contenía.

Luego, decidí llevarlas a la oficina para no tener que pensar en ello. Por eso tardé tanto en llevarlas.

Mi monólogo se alargó, y ella se arrebujó en mi hombro mientras escuchaba.

—¿Por qué te las has llevado? No me necesitas, ¿verdad?

Podía percibir resentimiento y algo más en su voz. Me di cuenta de que era una tonta.

Volví a acercarme a su cuello y le aparté el pelo. Besé el lugar donde latía su pulso. Empecé a lagrimear de deseo.

—¿No podrías decirle que no a mi hermano?

Catherine respondió a su propia pregunta. Suspiré.

—Quiero renunciar a ti, pero no puedo.

Se apartó y me miró con ojos serios. No habría llorado así si yo no lo hubiera dicho ayer en el ascensor. Y lo hice, sabía dónde golpear. Pensé que así sería más fácil para ella.

Me acerqué a su cara para secarle las lágrimas. Ella parpadeó muy rápido e intentó apartar la mirada.

—No lo hagas. Me das miedo.

Murmuró en voz baja y apartó la mirada. Luego dijo algo que me dejó helado.

—Yo también lo siento. No dije nada mejor en el gimnasio el otro día.

Hice memoria y asentí con la cabeza. Recordaba perfectamente todos nuestros enfrentamientos, hasta los detalles. Y ayer, recibí unos celos contundentes que todavía ahora hacían llorar a Cat.

—¡Lo siento, olvida lo que te dije!

Me miró y sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas, aparentemente muy dolida.

Catherine consiguió echar la cabeza hacia atrás y entonces la vi sonreír. Como el sol en mitad de la noche. Me hizo sentir calor.

—Claro que te lo has inventado. Soy increíble.

Por fin vi ese maldito brillo atractivo en sus ojos. Al mirarme, me veía reflejado en ellos.

—Te ha gustado, ¿verdad?

—¡Hasta la locura!

Cat sonrió satisfecha. No podía apartar la mirada. Empezó a deslizar sus delicados dedos por mi cuello, acariciándolo, luego mi pelo. No entendía cómo había ocurrido, pero el resultado fue que mis labios cubrieron los suyos entreabiertos. Nuestros besos eran salados y muy dulces.

Noté su respiración acelerada, se estremecía y se apretaba aún más contra mí. Dejó entrar mi lengua. Mi mano en su vientre, me di cuenta de que no podía bajar ni subir, no había nada allí.

Retrasé el momento en que tenía que parar. Pero Catherine ya era lo bastante valiente como para meter la mano bajo mi camiseta, tocarme las clavículas, exhalar y gemir.

Notaba su sinceridad, su sensualidad. No podía evitar responder y contenerme durante mucho tiempo. A la cuenta de diez, encontré fuerzas para apretarle la cintura y apartarla de mí.

No podía apartarme de sus labios, pero tampoco de su mirada. Sus mejillas estaban carmesí, había un brillo en sus ojos. Elegí una táctica.

—¡Tú también te equivocas, Cat! Debería haberle dicho que eras virgen.

Sabía muy bien que no le gustaba que la reprendieran.

—Y entonces... no habría pasado nada. ¿Verdad? —se apartó un poco más.

Pasé a la ofensiva.

—¿Y ahora?

—No me gusta sufrir, estar enferma —añadió tras una pausa—. Por tu culpa...

Estaba aturdido, los dos estábamos atrapados. Estas revelaciones no aportaban nada a nuestra situación.

—¿Qué le hiciste a Jacob?

Esperaba mi respuesta, parpadeando a menudo de nuevo, aparentemente recordando la situación. Yo, en cambio, me acordé del idiota y empecé a enfadarme.

—Dime su apellido.

—No necesito nada. Yo me encargo.

Admiraba su nobleza, pero no lo creía. Me daba cuenta de que me estaba pasando de la raya. Veía en sus labios comprimidos que no estaba de acuerdo.

Ella creía que no era tan crítica. Yo pensaba lo contrario, que era demasiado tarde.

Siguió sin decirme su apellido. Me miraba con obstinación y no decía nada. Yo también guardaba silencio, intentando poner en orden mis pensamientos.

Ella me buscó con los labios y se encontró con los míos. Empezamos a besarnos de nuevo. Intentaba tener cuidado de no dejarme llevar y parar en cualquier momento. Pero Catherine no me dejaba elección. Se curvaba y se frotaba los pechos, me pasaba las manos por los hombros.

¿Qué clase de idiota no se da cuenta de que es virgen? Todas sus caricias eran tan conmovedoras, y sus besos eran tentativos.

Catherine entraba aún más en el juego, gemía, tiraba de mi camiseta, quería quitármela. Me detuve, cubrí sus manos con las mías, apretándome y apartándome por segunda vez.

Quería rendirme a sus encantos una vez más, pero no podía hacerlo. En mi cabeza, ya le había quitado esa suave bata, había alcanzado sus pechos. Pero eso no estaba bien. Había que probar otra cosa. Catherine me miraba con incompreensión y volvía a parpadear rápidamente.

—¿Quieres cenar conmigo?

—¿Qué, una cita?

Asentí alegremente. Parecía que mi estrategia había pillado desprevenida a Catherine. Sus labios se doblaron en forma de "O". Empecé a sonreír, esperando que me entendiera bien.

—Tuve una cita. No me gustó —empezó a responder.

Definitivamente, esta noche no íbamos a tener sexo. Eso ya lo había decidido. Ya veríamos el resto.

—Te habría gustado hablar conmigo.

Con valentía. Pero ella también esbozó una sonrisa.

—¿Te acuestas con esa rubia?

—No.

Ella asintió, de acuerdo. Eso estaba bien. No le estaba mintiendo.

—¿Me deseas?

Sus preguntas eran muy directas y me llevaban a un lugar que aún no comprendía. Me perdía. Necesitaba reconducir la conversación en la dirección que quería.

—Quiero reencontrarme contigo. Así es como lo expresaría.

Ella asintió, vaciló y entonces reapareció la sonrisa.

—Estoy locamente enamorado de la hija de un importante cliente mío. Me está arrancando toda mi hombría por ella.

—¿Te gusta mucho?

Me acarició la barbilla, luego pasó sus labios por los míos y su mirada se desvió hacia abajo. Tal vez quiera oír palabras románticas y debería cenar con ella.

—¿Qué tal mañana? ¿Ocupado?

¿Por qué vacilaba, sacudiendo los hombros?

—Iba a coger un billete y largarme de aquí.

—¿Mañana?

Me sorprendió, como siempre. Mi ceja se arqueó y sentí que aparecían arrugas en mi frente.

—Quedemos mañana y luego tú decides. Y te prometo que no me reprimiré.

Pero probablemente no volvería a soltarme, lo haría lo mejor que pudiera. Y luego ya nos veríamos.

Me preguntaba qué pensaría ella de mí. Quizá solo fuera la hermana malhumorada de Colin. No lo creía probable.



20. Catherine

Acepté la propuesta de Liam. No pretendía tener una cita con él, desconfío de Liam. Tenía mis dudas.

Quería averiguar dónde estaba la verdad. Tal vez esta noche fuera una dulce compensación por aquellas horribles palabras. Sabía que Liam se arrepentía de ellas. Pero no quería que se arrepintiera de mí. Quería que me deseara de verdad.

También estaba la diferencia entre nosotros, más de diez años. Él y yo teníamos orígenes e intereses diferentes. Pero lo único que teníamos en común era, sin duda, el sexo. Y un hermano, lo cual era una ventaja y una desventaja. En fin, me preparé para una cita como para un gran acontecimiento.

Noe y yo hicimos un casting de vestidos. Elegí uno beige, sofisticado y no demasiado revelador. Me llegaba hasta las caderas y luego se abría para dejar ver una abertura cuando caminaba. Me puse lencería de encaje, me peiné y me maquillé.

Se lo enseñé todo a Noe, que asintió con aprobación y me pidió que le informara de la cita con todo detalle. Acepté y desconecté. Entonces recibí un mensaje en mi teléfono: *"Estoy abajo"*.

Vi el coche en la penumbra y sentí que mi cara se iluminaba con una sonrisa.

Cuando vi a Liam, aceleré el paso. Al mismo tiempo, me sorprendí a mí misma dudando si mirarle a los ojos o no. Aparté los míos, pero antes de hacerlo, noté su mirada de admiración. El tiempo que había pasado arreglándome no había sido en vano. Nos saludamos con un simple roce de mejillas.

Subí al coche, oliendo las flores. Liam cerró la puerta tras de mí. Mi pierna permaneció desnuda. Cuando Liam la vio, no apartó la mirada. Sentí una descarga eléctrica. Miré fijamente su perfil, que me dejó sin aliento. Apartó su mirada seria de mis piernas y dijo:

—¡Eres muy guapa!

—Lo sé —respondí simplemente, aunque sentía que un calor se extendía por mi corazón.

—Abróchate el cinturón, por favor.

Hice lo que me dijo. Y también, por el rabillo del ojo, me fijé en un enorme ramo de rosas. Mejor que el de Jacob.

—¿Adónde vamos?

Ni siquiera podía aventurar una respuesta. Esta mañana le pregunté qué ropa iba a poponerse. Dijo algo bonito.

—A la ópera.

Oí, pero mis pensamientos se detuvieron. Esperaba una señal suya de que esta broma era una broma. Liam, en cambio, estaba absorto en la carretera.

—¿Hablas en serio?

—¿Te importa?

—No. —Intenté escucharme a mí misma, para ver si había alguna contradicción. Pero mi voz interior se congeló.

Volví a pensar en cuándo nos conocimos y dudé. ¿Éramos exactamente el tipo de personas que necesitaban la ópera?

—¿Estás segura?

—Sí, he visto la crítica, no está mal montada. Aunque me duerma, me despertarás.

Me di cuenta de que quería hacerlo bonito. Le toqué el hombro y él me cogió la mano y me la besó. Luego sus ojos bajaron hasta mi rodilla desnuda.

Aparcamos y nos mezclamos con la multitud de verdaderos entendidos. Me reí de esta acción porque toda la gente parecía estar actuando y nosotros también. Podría apostar a que ahora mismo estaríamos los dos en su dormitorio bajo las sábanas frescas. Casi nunca hablábamos, y si lo hacíamos, era solo de arte.

Por supuesto, este era mi espacio. Aquí tenía mucho que decir.

Después de la actuación, ambos fuimos a un restaurante, satisfechos. Tenía hambre. Ya no necesitaba el alcohol para ser valiente. La realidad hacía añicos todas mis dudas. Nuestros toqueteos infrecuentes se volvían cada vez más picantes, y esperaba con impaciencia la continuación.

Trajeron platos deliciosos y la habitación zumbaba con las voces de las conversaciones ajenas y una agradable música de jazz.

Me olvidé de todo, del hecho de que la gente que conocía pudiera vernos. Quizás mi hermano viniera a este restaurante. Claro que se sorprendería, y no le gustaría nuestra conversación

informal. Pero esta noche, aunque alguien nos viera, no me importaba.

Después de pagar al camarero, subimos y nuestras manos se rozaron. Sentía un calor abrasador. Caminando hacia el coche, Liam me abrió la puerta trasera y me entregó un hermoso ramo de rosas de color rosa claro. Eran divinas. Divinas.

—Gracias, son muy bonitas.

—Como tú.

Sonrió significativamente y yo, tímidamente, mostré la raja de mi vestido. No pasó desapercibida. Miró allí y luego a mi cara. Vi que sus pensamientos se aceleraban. Me di cuenta de que solo le apetecía salir por la noche.

Me volví hacia la ventana y miré las señales. Había soñado con esta noche. Pero no quería imponerme, aunque ardía por dentro de deseo por su contacto. Quería más sinceridad. Él no era suficiente para mí esta noche.

—¿Puedes ayudarme con las flores? Por favor —le pedí a Liam jadeando mientras apagaba el motor en el aparcamiento—. Son pesadas.

—Sí, claro.

Liam cogió el ramo, con la cara fuera de mi vista desde detrás de él. Yo, en cambio, me adelanté para llamar al ascensor.

Nos colocamos contra la pared del fondo y nos miramos fijamente en el reflejo del otro. Atrapé su mirada y un escalofrío recorrió mi cuerpo.

Alargué la mano hacia él, pero me detuvo con la mirada. El ascensor se detuvo en mi planta. La excitación me acaloraba. Abrí el piso, pero sentía a Liam con todo mi cuerpo. Estaba muy cerca.

—Por aquí, por favor —le invité a entrar y le hice un gesto hacia el salón.

Me repetía a mí misma que no quería imponerme, que no lo haría.

Sabía que ahora se iría, que Liam no se quedaría, que no se derrumbaría. Era muy bueno controlando las cosas. Y me enfadaba que no pudiera controlarme.

—¡Gracias por esta noche, Catherine! —se acercó a mi cara y me apretó la mejilla, no los labios. Sentí cómo su barba raspaba mi piel.

—Gracias a ti también —solté.

Me di cuenta de que iba más despacio porque su mano seguía en mi cintura. Su aliento me hacía cosquillas en el cuello. El corazón me latía desbocado. Y lo desafié. No tenía sentido que se resistiera; después de todo, al principio conoció a una chica frívola.

Cogí sus manos y las deslicé por mi pecho. Mis labios llegaron a su cuello y lo recorrí con la lengua. Él se desvió y nos encontramos con la mirada; su expresión oscura me detuvo.

—Quiero una pequeña historia —mis palabras eran humildes, pero mi mente era un torbellino de la palabra "quiero"... Quiero que me llame. Quiero que vuelva a llamarme. Quiero. Lo dije en voz alta.

—Estás atrapada en mi cabeza, nunca he estado con nadie así. No puedo sacarte de mi mente.

Cuando terminé de hablar, el silencio se cernió sobre nosotros. Me oprimía la cabeza, el alma y el corazón.

—¿No funcionó? —preguntó Liam roncamente. Su mirada ya no divagaba, sino que se centraba en mis labios.

—¡No!

Volvió a haber silencio, que resonaba en mis oídos.

—Y fracasé.

Cortó esos sonidos en el silencio. Mis hombros se relajaron. Nuestros labios estaban a un milímetro de distancia y sus manos aferraron mi cintura con fuerza.

Ante la embestida, retrocedí contra la pared. Sus manos se sumergieron rápidamente bajo mis rodillas y Liam me levantó. Envolví mis piernas alrededor de su cintura, hundiendo mis dedos en su pelo. Su lengua me penetró, sentía su mano en mi muslo. ¡Era divino!



21.Liam

La besé como un loco. Ella temblaba de deseo. Mi propia mente se asombraba de cómo pude estar tranquilo a su lado durante tanto tiempo. La deseaba tanto.

Mi cerebro me gritaba muchas cosas. Así que las apagué, dejando solo sentimientos y sensaciones.

Descendí por su pierna, aplastándolo todo a mi paso. Apreté su nalga desnuda, exigiéndole que levantara la rodilla. Y Catherine obedeció.

Me acariciaba la nuca y el cuello. Su lengua se rendía a mí.

Pasé la mano por el encaje de sus bragas y ella gimió cuando me detuve en su pubis. Di algunas pinceladas sobre la tela. Ella cedía al movimiento, como suplicando que no parara. Se separó de la pared, pero usé una mano para sujetar su garganta y ella retrocedió. Estaba seguro de que no estaba herida. Se excitaba aún más y se clavaba las uñas en mi piel.

Ahora estaba encima de mí. Solo me aparté brevemente de su boca para asegurarme de que estaba bien. Ella gimió. Continué.

Metí la mano bajo su vestido. El tacto de la humedad hizo que mi excitación se disparara. Pasé la mano por sus labios con presión, luego deslicé la tela a un lado y llegué a su clítoris. Ella gimió y se arqueó aún más. Utilicé los dedos para bajar y alcanzar su interior.

Abrió la boca de placer, pero la tapé con los labios. La besé de manera exigente, pero sin prisa. Catherine temblaba de deseo e impaciencia. Se retorció y se bajaba el vestido. Aproveché el momento y empecé a moverme hacia abajo. Empecé por su barbilla, bajando hasta su cuello. Y bajé aún más, apartándole el pezón con los labios e introduciéndole ya dos dedos. Ella empujaba sus caderas para salir a mi encuentro.

Mis movimientos se aceleraban. Le acariciaba el clítoris. Ella lo disfrutaba. Le acariciaba los pechos y mis movimientos con los dedos de abajo se intensificaban.

—Más, más —gritaba sin controlarse.

Apreté los labios contra su cuello, pasé la lengua y la mordí. Mis dedos seguían dentro y ella se arqueaba aún más, con los ojos muy abiertos. Cat empezó a apretarse los pechos.

Nuestras lenguas se entrelazaban. Me detuve. Me miró inquisitivamente y se dio cuenta de por qué lo había hecho.

Intentó desabrocharme el cinturón, pero aparté sus manos torpemente. Lo hice yo mismo. Me bajé el bóxer y vi sus ojos extraviados. Y solo vi un deseo salvaje en ellos.

La cogí por debajo de las nalgas, la elevé al aire y la penetré. Ella gritó. Retrocedí y la penetré más lentamente. Me clavaba las manos en los hombros. Empecé a sujetarla con una mano, encontré su clítoris con la otra, empujé y entré aún más fuerte.

Ella gemía, mi polla dentro de ella palpitaba y no estaba dispuesta a detenerse. No le di tregua y hundí mis dientes en la piel de su cuello, besándola, mordéndola y follándola al mismo tiempo. Estaba hambriento y furioso, no necesitaba su ternura. La tomé sin reservas.

—No es así como lo quiero —susurré contra sus labios.

Me detuve y entramos juntos en el dormitorio, desechando por el camino toda la ropa interior innecesaria.

Ella trenzó mi torso desnudo con sus piernas, y mi polla se deslizó de nuevo en su calor húmedo. Me sentía tan jodidamente bien. Hice algunos movimientos lentos, pero luego volví a enloquecer. La besaba y me la follaba.

Catherine empezó a gemir de nuevo. Tanteé su cuerpo y ella me clavó las uñas en la espalda. Quería detenerme, pero no podía. Echó la cabeza hacia atrás, exponiendo su cuello a mis labios. Fuera del control, la marca permanecía. Sus pechos también me volvían loco, coloqué mi palma allí y profundicé aún más en ella. Gritó, y empezó a tragar aire con la boca. Su orgasmo llegó de repente y con fuerza.

Después, no pude controlarme más, apretándome a su hombro. Gemía como un animal salvaje. Su mano en mi pelo. Respiraba. Había humedad entre nosotros; podía oír los latidos de su corazón.

Tenía la cabeza vacía, el cuerpo cansado. Pero me sentía bien, caliente, y ella seguía aferrándose con sus piernas. No se soltó cuando quise apartarme.

La miré inquisitivamente. Menea la cabeza, con los ojos brillantes.

—¿De verdad, me has echado de menos? —me preguntó. Y, sin esperar respuesta, continuó—. Claro, no hay otra forma de explicar lo que acabas de hacerme.

—Sí —le sonreí.

—Si tanto te excita la ópera, yo no...

Justo entonces, recibí una sonora palmada en el culo. Salí gateando de ella y me tumbé de lado. Ella me echó las piernas por encima y se acurrucó, besándome el pecho mientras yo le acariciaba la espalda.

—¿Te quedas en mi casa?

No estaba preparado para la pregunta.

—Te preparé el desayuno —continuó.

Fue entonces cuando vi los demonios en sus ojos.

—¡Mejor mamada!

Nos reímos, y ella se acurrucó en mi pecho. Nos abrazamos. La besé suavemente en los labios, sujetándole la barbilla y luego me separé de ella.

Vi que notó mi cambio.

—¡Esto no está bien, Catherine! —le acaricié la mejilla.

—Ahora no te disculpes...

—Tengo miedo de hacerte más daño y no entiendo qué esperas que haga.

—Estarás conmigo y con nadie más —la pregunta sonó como una afirmación.

—Sí, es demasiado tarde para cambiar nada. Estoy enganchado —no quería que hubiera más dudas entre nosotros.

—¡Tú a mí también!

Suspiré, dándome cuenta de la complejidad de la situación.

—¿Puedo usar tu ducha?

—Si te quedas.



22. Catherine

Estaba cachonda, sacada de mi sueño por Liam, que me estaba acariciando allí. Me retorcí, sintiendo la palpitación entre mis piernas, y me di cuenta de que no estaba soñando con las caricias.

No desperté a Liam con una mamada solo porque él se había despertado antes. Estaba tumbada de lado, desnuda. Mi espalda y mis nalgas calentadas por el cuerpo de Liam. Ya notaba la presión en el bajo vientre. Y los dedos de Liam estimulaban mi clítoris. Mi cuello y mis hombros estaban cubiertos de besos. Gemí.

Liam se frotaba contra mi piel, excitándome aún más, y lentamente, sin agresividad, entró en mí, penetrándome cada vez más profundamente. Ya estaba temblando sin control, suplicando y gimiendo.

Girando los labios, Liam me besó. Su palma, empapada de mi humedad, se apoyaba en mi pecho y apretaba. Sus movimientos se aceleraban, su respiración se aceleraba.

Yo me corrí primero, y Liam me dejó recuperar el aliento, ralentizando su ritmo. Abrí los ojos y levanté la mano para besarle apreciativamente. La mirada de Liam recorría un calor por todo mi cuerpo, me parecía peligroso y a la vez tan deseable.

—¡Te deseo por detrás! —oí susurrar a Liam. Me ruboricé.

Le dejé hacer lo que quería.

Me puso de rodillas y empezó primero con sus caricias. Sentí un hormigueo con sus besos en mi espalda, luego a lo largo de mi columna vertebral. Me besó los muslos y las nalgas.

Cuando entró en mí, ya estaba lista para más placeres. Arrugué la tela con los dedos. Me gustaba parecer viciosa ante él. Arquee aún más la espalda. Sus manos apretaban mi cintura y controlaban el ritmo. Se aceleraba y un gruñido de placer me llegó desde la niebla.

Liam me convirtió en un ogro en la misma posición que sus dedos. Me desperté de aquellos momentos mágicos ya sobre su pecho. Me acariciaba suavemente el pelo. Y quise darle las gracias, paseando por su cara.

—¿Tienes que irte? —le pregunté mientras me levantaba por la barbilla, besándome suavemente y sin prisas.

—Sí. Tengo media hora más.

—Lo conseguiré.

Me levanté de un salto, cogí mis cosas y corrí a la ducha. Lavándome las señales de amor del cuerpo, me preguntaba qué le iba a dar de comer. Se lo había prometido. No tenía ni idea de lo que le gustaba: carne, pescado; tal vez fuera alérgico.

Salí de un salto y le abrí paso a Liam. Estaba en la cocina preparando bocadillos calientes, huevos revueltos y beicon. Puse en marcha la cafetera y me acordé del batido. Pero el tiempo se acababa, y Liam, vestido de traje pero sin chaqueta, se acercó a mí. Tenía un aspecto increíblemente fresco. Me encantaba. Hasta los dedos de mis pies se apretaban de placer.

—¿Va todo bien?

Giré la cabeza y sonreí. Estaba preocupado.

Desayunamos con mucho apetito. Compartimos planes para el día. Él tenía mucho trabajo. ¿Y yo? Estaba triste.

—Puede que me pase por casa de mi hermano —lo dije sin pensar.

El rostro de Liam se volvió pensativo y mi pecho se rascó.

—Verás, Cat, no podemos ocultarlo durante mucho tiempo.

Liam apartó el tenedor. Yo hice lo mismo. Suspiré. Miré las flores que Liam me regaló ayer, sonriendo. Luego miré a Liam.

—Lo comprendo. Pero no quiero que vuestra relación vaya mal. Sé que no tiene buena pinta.

—Me van a matar trozo a trozo. ¿Qué tiene eso que ver con las relaciones? —Liam intentó hacer una broma, pero no acertó.

—Estoy bien. Dale tiempo. Se sorprenderá, eso es un sí —no creía que un hermano pudiera interferir en nosotros de ninguna manera. Un hermano enfurruñado podría, pero Liam era un profesional. Y no tenía intención de arruinar su relación comercial.

—De acuerdo —aceptó Liam—. Ya tenemos bastantes problemas. Si no quieres precipitarte, de acuerdo.

—Sí, quiero.

Quería apresurar a Liam, ser indispensable para él, pasar tiempo con él, planificar el futuro.

Le vi coger el tenedor y me olvidé de mí misma por un momento. Le miré.
Aparté todo lo demás de mi mente y viví el momento. Nada más importaba.



23. Catherine

Abrí los ojos y sonreí. El dormitorio estaba iluminado. Liam había abierto las cortinas. Giré la cabeza y pasé la mano por la almohada. Liam no estaba en el piso, pero inhalé su olor de todos modos y me tapé aún más la cara con el edredón.

Le llamé, pero nadie respondió. Exhalé, convencida de que no había nada por lo que enfadarme. Habíamos pasado un fin de semana maravilloso.

Ya me movía perfectamente por el apartamento de Liam, que no me había puesto ninguna restricción. Pisé descalza la suave alfombra y caminé por el parquet hasta el baño. Sentía bien los pies. Y la piel se me puso de gallina porque estaba desnuda.

Mi cuerpo se tensó cuando pisé las baldosas, pero se relajó en cuanto me puse bajo la ducha caliente. Me sentía realmente bien. Cogí el champú y me di cuenta de que ya había llenado todos los estantes. Había un gran número de tarros diferentes. También en el dormitorio, entre el orden de sus cosas, había algo de mi caos.

Llenaba su espacio sin encontrar ninguna protesta. Llevábamos dos meses de relación. Y no era como mi anterior relación con Jakob. Él me mantenía a distancia, pero yo me sentía atraída por Liam. Sabía cómo confesar mis deseos. Nuestra franqueza era una excitación salvaje.

Era extraño pensar que había una brecha entre nosotros. Ahora creía que éramos del mismo planeta. Terminábamos frases, adivinábamos deseos, coincidíamos en muchas cosas, en gustos. Ya estábamos haciendo planes para el futuro próximo.

Cerré el grifo y me sequé los pechos mojados con una toalla. Me miré con atención. Veía los moratones en mi muslo. Me dolía un poco. Pero me sentía bien, no me importaba, aunque Liam se había pasado un poco. Terminé de arreglarme en la ducha, me puse la ropa de casa y fui a la cocina.

Podría ir a casa, pero estaba bien en casa de Liam, rara vez dormía en mi propia cama. No éramos una familia, y era demasiado pronto para pensar en ello, pero nuestro hogar era compartido.

Nuestra nevera estaba llena de alimentos. Comíamos fuera lo que yo pedía o cocinaba dependiendo de mi estado de ánimo, y a veces salíamos a un restaurante. Pero muy discretamente. Los fines de semana íbamos juntos al gimnasio de abajo. Puse la taza en la cafetera con un ruido metálico y pulsé el botón sin mirar.

Envié un mensaje a Liam:

"¡Buenos días!"

Miré fijamente la pantalla.

"¡Buenos días! ¿Por qué llegas tan temprano?"

"¡No puedo dormir sin ti!"

"Conmigo es peor". Fijé la respuesta.

Sí, a Liam le encantaba su trabajo. Mi juicio estaba en marcha. Depositaba mi confianza en Liam y hasta ahora no me arrepentía de nada. No pensaba en perderme. Estaba haciendo música para el alma. Trabajaba en un nuevo concepto.

No olvidaba a Noé ni a mi hermano. Cuando pensaba en esto último, suspiraba involuntariamente. Como una señal del espacio exterior, recibí una llamada. Contesté un poco más despacio.

—¡Buenos días! —escuché, parecía que iba hacia el coche.

—¡Ja, buenos días, Cat! ¿Estás despierta?

—No, ¡estoy tomando café!

—¿Me preparas un poco? —hizo una pregunta inocente y yo me tensé.

—¡Claro!

—¡Estaré allí en 20 minutos!

—Estupendo. Te espero, hermano —dije, saliendo ya del apartamento de Liam. Pensaba en eliminar la presencia de Liam en mi piso, ya que aún no estaba preparada para contarle nuestra relación con él.

Le saludé casi tranquilamente, con el exceso escondido.

Es un hombre muy serio, pero cuando me ve, no intenta ocultar su alegría. Soy su pilar central. Le invité al apartamento, se quitó la chaqueta y la colgó. Mientras tanto, fui a encender la cafetera.

Volví a echar un vistazo al espacio y me sentí culpable por haber creado un misterio injustificado.

—¡Tu casa es preciosa! —dijo mi hermano, sentándose en el taburete alto en el que solía sentarse Liam. Yo, en cambio, parpadeé rápidamente y preparé café para ocupar mis pensamientos. Saqué unos caramelos y una caja de bombones sin abrir.

Mi hermano se tomó su tiempo, desviando la mirada hacia las flores. No sé por qué no las puse a cubierto. Esperaba que Drake no hiciera demasiadas preguntas. El ramo era precioso. Ya le había dicho a Liam que no era necesario que me colmara de regalos, pero Liam no dejaba de sorprenderme.

—¿Fans? —preguntó mi hermano con una sonrisita burlona.

Yo, en cambio, me sonrojé y sacudí los hombros. Nunca hemos hablado de intimidad, aunque él ha iniciado el tema algunas veces. En esos momentos, echo muchísimo de menos a mi madre. Le contaría todo a ella, pero con mi hermano...

Permanecí en silencio, esperando que el tema se calmara.

—¿O un admirador? —continuó después.

Esbocé una sonrisa un poco forzada.

—Admirador —esperaba mentalmente que mi hermano se diera por satisfecho con mi respuesta.

—¡Ah, gatita! ¿Cuánto has crecido?

—¡Hace mucho tiempo! —Sonreí tristemente.

—Pero ten cuidado. ¿Quizá puedas presentármelo?

—¡Quizás más tarde! —reaccioné un poco más bruscamente de lo que había planeado. Vi el ligero disgusto en la mirada de mi hermano.

Guardamos un silencio incómodo. Me pareció una eternidad.

—¿No se llama Jacob? —preguntó mi hermano.

—¿Qué? —Hice como si no lo hubiera oído. Cogí un vaso de agua. De repente se me secó la garganta.

El imbécil no había desaparecido por completo de mi vida. Ya no me molestaba en persona, pero me escribía de vez en cuando. No le contestaba y no se lo había dicho a Liam. Creía que era una estupidez, que me dejaría en paz.

—Un chico me pidió conocerte. Se presentó como Jacob. Dijo que quería hablar de ti. Intento comprender...

No sabía qué decir. Pero sabía que quería llamar a ese imbécil y gritarle. No entendía por qué era tan importante para él en ese momento. Desde luego, no quería meter a mi hermano en esta mierda.

—Es un idiota. No le hagas caso, por favor. Solo es un conocido. Escribe estupideces. Es un fan loco. Le he dicho más de una vez que se retire.

Mi hermano se quedó pensativo un momento.

—Quizá deberías llamar a seguridad, Cat. No quiero que te moleste.

Oh, Dios, seguridad, Liam y yo. No le tenía miedo a Jacob, solo estaba harta de él. Negué con la cabeza y cogí la mano de mi hermano. Sonreí.

—No te preocupes. Si lo necesito, me aseguraré de decírtelo.

—Vale, es persistente.

Asentí con la cabeza.

—Le he bloqueado, así que no se deja ver. Molestarte es el colmo...

—Y tú eres como mi mujer, Cat. Ella también me ha estado construyendo hacia ella.

Me encantaban las historias de mi hermano sobre su relación. Él se ponía a recordar y yo me lo imaginaba joven en mi cabeza. Veía que le temblaban un poco las manos, sabía cuánto le dolía. Pero no podía ayudarlo. Yo también me acordaba de todos todo el tiempo. Todos los días.

No tenía sentido llorar, nos estábamos envenenando el alma.

—Cada día te pareces más a tu madre.

Era el mayor cumplido para mí. Sonreí. Dejamos de hablar. Quería ser sincera con él, pero no sabía qué me lo impedía.

—¿Qué pasa con Liam? ¿Tu caso?

Una descarga eléctrica recorrió mi cuerpo.

—Está bien. Liam es un gran profesional.

—Sí, lo sé, si él se encarga...

Me acordé. No lo soltaría hasta que lo hiciera bien.

Nos despedimos y me pidió que me pasara por allí si era posible.

—Quizá incluso con alguien. Tengo suficiente café.

Me quedé helada, asustada. Como si fuera a volar por un precipicio.

—Claro, Drake. Algún día y con alguien —me mordí el labio y me despedí de él con un abrazo.



24. Liam

No le mentía a Cat, siempre tenía mucho trabajo. No le ocultaba nada y confiaba en ella. Fue una sensación nueva para mí. Antes era como estar en un volcán; nunca sabía cuándo despertaría. Con Catherine, todo era diferente. Aunque éramos muy distintos y habíamos tenido experiencias diferentes, con ella entendía por primera vez lo que era una relación sana, algo que quería mantener.

En ciertos aspectos, incluso estaba aprendiendo de ella, como a no sacar conclusiones precipitadas. El ascensor se detuvo en la planta baja de mi centro de negocios. Tenía una reunión enfrente con Dean, un viejo amigo de la universidad. Aunque ahora éramos competidores, mantener una relación humana no estaba de más. Necesitaba su consejo profesional.

Entré en la cafetería y miré a mi alrededor. Dean estaba sentado junto a la ventana, absorto en su teléfono. Me acerqué y lo saludé. Se despejó del teléfono, se levantó y sonrió. Nos dimos la mano, sin ocultar la alegría del encuentro.

Pedimos la comida y Dean volvió a mirar su teléfono.

—¿Puedo felicitarte? —pregunté.

No respondió enseguida. Luego me miró y sus ojos se iluminaron.

—Sí, felicidades. La niña es Lucía —dijo, mostrando una foto en la pantalla.

Veo a una niña pequeña.

—En cuanto tenga un minuto libre, te pediré que me la descontéis. No sabía que pudiera ser así.

Me quedé sentado, sin nada que responder. Esperaba descubrir pronto cómo era ser padre. Ante Dean, asentí con la cabeza.

—¿De qué estamos hablando? —Dean colgó finalmente el teléfono.

Suspiré, recuperando el aliento.

—Tengo un caso de autoría. Parece un divorcio. Un músico talentoso de un grupo poco conocido hizo una película genial y se disparó en los índices de audiencia. Le acusan de plagio y lo demandan por un montón de dinero. Es su trabajo de graduación en Juilliard. No está acreditado, naturalmente, por la reputación y todo eso. Ya sabes lo estrictos que son allí con el plagio.

—¿Y qué es exactamente, música, poesía? ¿Qué se llevaron?

—¡Música!

Le tendí los papeles, los miró y los leyó. Estaba tan nervioso como en la primera reunión.

Sabía que mi Catherine no había robado. Había una similitud si quitabas el arreglo y añadías el bajo, pero ella ni siquiera podía dormir. Acababa de empezar su carrera, y ya nadie quería trabajar con ella. Cuando empezaba a hablar con ella, se ponía rígida. Se lo prometía, se lo garantizaba.

Dean terminó de estudiar los papeles. Levantó la vista, se arregló las gafas y se aclaró la garganta. Me tensé.

—Por mi experiencia, todo depende de la pericia. Si es un plagio, consigue otra opinión. Ve hasta el final.

Asentí con la cabeza.

—Mejor graba otro videoclip. Retira este.

—Ya lo han retirado. Y es la opción fácil. Pero necesito una victoria.

Pensé en mi gata. Necesitaba creer en mí mismo y en ella, que hiciera lo que le gustaba hacer.

—Porque...

—La música y las letras fueron escritas por una joven talentosa que no puede ver el mundo sin una carrera en la música. No se lo merece.

—¿Eres voluntario?

—No, me paga su hermano.

—¿Y quién es? —preguntó Dean.

—Colin, y ella se llama Catherine.

—Vaya —Dean tosió.

Estaba seguro de que pensaba que quería presumir ante un cliente tan importante. Dean no tenía ni idea de lo complicado que sería.

Nos trajeron la comida y acortamos la conversación. No volvimos a abordar el tema. Hablamos de negocios, de cosas importantes, de la familia. Me di cuenta de que él y su mujer también tenían una diferencia de edad, más o menos la misma que la nuestra y la de Catherine.

—¿Conocías a la tuya desde la infancia, verdad? —le hice una pregunta difícil a Dean.

—Sí, conocí a tu hermana desde la infancia. Su madre llamó y pidió ayuda. No la llevaban a ningún sitio para hacer prácticas.

—Sí, en el trabajo... —bromeé con Dean. En realidad, no veía nada malo en ello.

—A cada uno lo suyo. Aquí tienes una para proteger a las chicas cascarrabias de los clientes importantes —Dean se rió a carcajadas.

—No es malhumorada, tiene talento.

—Sí, no lo discuto. Espero que no sólo le prometas ganar, sino que también la prepares para perder.

Eso hizo que me retorciera por dentro. No quería prepararme para lo malo. Cerré la cuenta y caminamos hacia la salida.

—Por cierto, si no tienes planes, entonces el 23 nos encantaría tenerte a ti y a Catherine en nuestra celebración.

—Oh, ¿a qué se debe?

—Una boda. Amigos íntimos y un restaurante.

—Una buena ocasión.

—Te enviaré los detalles —me dio una palmada en el hombro y nos separamos.

Pensé que estaría bien, pero sólo había un pero: para salir, tendríamos que dar a conocer nuestra relación delante de Colin. Sonreí ante el hecho de que Dean se había dado cuenta sin preguntar. Quizá mi expresión facial delatara mi relación con Catherine.

Al entrar en casa, el olor a carne asada me envolvió de inmediato. Al ver a Cat en la cocina, me quedé helado. Estaba tan creativa como siempre, revoloteando, escuchando música y bailando, moviendo las caderas seductoramente. Igual que la primera vez que nos conocimos. Tenía un vaso lleno en la mano.

Recordar aquella noche me hizo estremecer al pensar en lo que podría haber pasado si Catherine no me hubiera elegido. Miedo de perderla.

Catherine me vio y esbozó una sonrisa. Di un paso hacia el fondo de la sala y la tomé en brazos. Mis dedos recorrieron su pómulo, enredándose en su pelo. La atraje aún más hacia mí y presioné mis labios contra los suyos.

Sentí que mi tensión desaparecía con ella. Nuestra situación no era ideal, pero no quería pensar demasiado en eso en ese momento. También me acarició el pelo. La química entre nosotros había

comenzado. Nos compenetrábamos muy fácilmente, y sabía que esa noche tendríamos un sexo estupendo, pero antes, cenaríamos.

La miré y sentí puro placer.

—Creo, Catherine, que deberíamos decírselo a tu hermano. No creo que su reacción sea tan crítica —le dije sinceramente, mirándola a los ojos. Cat dibujaba patrones imaginarios en mi pecho.

—Cuando te dio las llaves de mi piso, ¿te especificó si podías follarme o no? —preguntó, medio en broma, medio en serio.

Me quedé perdido, sin saber si estaba bromeando o no.

—Bueno, si no, entonces no hay ningún problema —dijo riéndose, y le di una palmada en los muslos.

—Tenemos tensión, tu hermano, eso hay que abordarlo, no aliviarlo así —le acaricié la espalda. Respiramos sincronizadamente y empezamos a comer. Nos dimos tiempo para pensar en ello.

—De todos modos, tú y yo hemos sido convocados a una boda.

—¿Y has dicho lo nuestro? —La vi sobresaltarse.

—He consultado nuestro caso. Es un colega mío.

—¡También hay un caso! —Catherine bajó la vista hacia los cubiertos. Miró el plato y no pestañeó.

—Venga, después de la reunión, vamos a verle juntos. Querrá saber cómo ha ido... —Quise animarla, pero no encontraba la forma de sacarla de su estupor.

—Sí. Se sorprenderá —dijo, levantándose y enderezando la espalda.

Tenía fe en el juicio de Drake; era como un hermano mayor para mí. Le guiñé un ojo.

—Estaré más motivada para ganar.

Seguimos comiendo, después de que yo hiciera algo más de trabajo, y Cat continuó a lo suyo.

Me tumbé en la cama y la esperé. Salió de la ducha y se sumergió conmigo bajo las sábanas. Nos encontramos y nos besamos. Le apreté los pechos bajo el pijama, su pezón estaba afilado y me alejé de sus labios, bajando más. Acariciándola brevemente, la puse boca arriba y la penetré, ante su respiración acelerada. Empezó a gemir. Subí las rodillas y la penetré más profundamente.

—Si no me hubiera acercado a ti entonces y me hubiera ido con otro, ¿te habrías ido con otro? —su voz se entrecortaba con los movimientos. Le devolví la sonrisa y la besé. No preguntó más, tal vez temiendo que no respondiera o dijera la verdad.

—No te habrías ido con otra. No te lo habría permitido.



25. Catherine

Mi presencia en la reunión no era necesaria. No se me convocaría ni se me daría la palabra. Hoy no se me preguntaría mi opinión. A pesar de ello, estaba nerviosa. Me preparé con mucho cuidado, me recogí el pelo y me maquillé un poco. No tenía apetito para desayunar. Sólo bebí café, que me dio un poco de náuseas.

Apenas hablamos con Liam. Se anudó la corbata y repasó su discurso frente al espejo. Luego se abrochó los gemelos en los puños. Intenté respirar hondo mientras metía los platos en el lavavajillas. Estaba tensa como una cuerda y subí al coche. Y cuando, unos minutos más tarde, la mano de Liam descendió sobre mi rodilla, me estremecí. Me obligué a mirarle, pero no pude decir nada.

Hemos hablado de este proceso muchas veces. Liam dijo que nunca se resuelve nada en la primera reunión. Hasta que haya una decisión, podemos arreglar las cosas. Liam me acarició la rodilla y me relajé un poco. Tenía tanto miedo de perder a Liam que el proceso perdía importancia para mí. Algunas noches me despertaba y me tumbaba a su lado sin respirar, temiendo estropear ese momento.

Entonces empezaba a sudar frío. ¿Y si conoce a otra? ¿Y si se aburre de mí? No mañana, sino algún día. Me dolía pensarlo. Liam me llevó la mano a la cara y me besó, primero la muñeca, luego los dedos. Con tanta ternura que un calor se extendió por mi cuerpo.

—No tienes por qué preocuparte. Si no, empiezo a preocuparme por ti.

Me mordí el labio y suspiré.

—Tienes razón, estoy protegida por ti.

Vi que los pómulos de Liam se tensaban y fruncía el ceño.

—¿No digas eso?

—¿Por qué? —pregunté, sin entender su tensión.

—La defensa está prevista en el código penal, y no quiero que te veas en esa situación. Ahora mismo, sólo soy tu representante.

Asentí con la cabeza.

—¿Qué está más jodido? —preguntó Liam, girando la cabeza.

Sonreí.

—No. Difícilmente voy a convertirme en una criminal.

En la entrada del juzgado, nos reunimos con el resto de los músicos que participaron en la sesión de grabación. Liam y yo manteníamos las distancias y no mostrábamos nuestra relación. Nos registraron el carné de identidad, mi bolso, y nos turnamos para pasar por el detector de metales.

La secretaria me invitó a la reunión, y estaba decidida a conseguirlo. Observé los procedimientos, absorbiendo cada palabra que decía Liam, admirada. Me sentí victoriosa, incluso sonreí ante algunos de los argumentos de Liam.

Pero mi corazón se detuvo cuando oí las palabras del juez.

—Hoy el tribunal ha recibido el informe del perito...

Me paralicé, pero intenté seguir asimilando la información. El juez vaciló.

—Existen técnicas de autor en la música. Pero la pieza utilizada no es la original, sino una reelaboración.

El tiempo se detuvo. No me paralicé. Me desequilibré.



26. Liam

El resultado del examen fue como un hachazo ensordecedor: "Ritmo totalmente coincidente y más del 15% de la melodía". Había tenido más derrotas, pero la de hoy fue especialmente dura. Era doloroso mirar a Catherine, estaba electrizada.

Cuando salimos, juró que no había robado nada. Se disculpó y lloró, delante de sus músicos y de otros desconocidos. Ahora, en el aparcamiento del juzgado, llorando en silencio, podía oír sus sollozos. La abracé, le acaricié la cabeza, pero no sabía qué hacer.

Estaba enfadado, muy enfadado. ¡Con todos, con el juez, con el perito, con el mundo entero!

—Yo no he robado, yo no he robado —volvió a llorar más fuerte, y más fuerte la estreché contra mí.

—Lo sé —intenté responder con calma, aunque no tenía claro qué hacer a continuación.

—Ahora nadie me creerá. Y yo...

Se sentía tan mal que temblaba.

—Aún no ha terminado. Nos convenceremos. ¿Me oyes?

Había perdido la compostura. Busqué sus labios y sentí sus lágrimas saladas como una señal de mi fracaso.

—¿Cómo demuestro que lo he escrito yo? Ya no tendré mi nombre.

—Todo lo tendrás. Pediremos que se revise el comportamiento de los compañeros. Es un centro diferente. Habrá una nueva audiencia.

—¿Y si no lo hacemos? —dijo mientras nuevas lágrimas corrían por sus mejillas. Yo también me las limpié.

—Aún podemos hacer pruebas forenses en las fuentes de hace años.

Cat asintió.

—Creía que habías dicho que no había garantías.

Lo recordaba todo. Volví a atraerla hacia mí. Quería consolarla, pero no sabía cómo. Quería decirle que era joven, con talento, que aún le quedaba mucho por hacer. Pero sabía que iba a empeorar antes de mejorar. Había visto su trabajo, su escritura. Se transformaba, pasaba de ser una luchadora a una tranquila esclava de las notas.

Se retiró y dijo con confianza:

—Me he calmado —se enderezó, cogió una botella de agua, tosió y se arregló el maquillaje en el espejo.

—¿Nos vamos?

Sólo asintió como respuesta. Nos dirigimos a encontrarnos con su hermano. Catherine miraba la carretera sin pestañear, perdida en sus pensamientos. Intenté no halagarla demasiado. Mis manos descansaban ociosas sobre mi regazo.

Al llegar al lugar, Cat se pronunció:

—¿Liam? —me di cuenta de cuál sería la petición y no me iba a gustar.

—Esta noche no.

Cerré los ojos y tragué saliva. Estaba enfadado.

—De acuerdo —respondí.

Colin nos esperaba en la mesa. Se dio cuenta enseguida, se centró en Catherine, frunció el ceño y luego esbozó una sonrisa. Ella también reaccionó ante su hermano, y mi mano descendió desde la parte baja de su espalda, sin tocarla, como si Catherine corriera hacia su hermano.

—Gatita —murmuró Colin—. ¿Qué te pasa? —la cogió por la barbilla y la miró a la cara. Catherine esquivó la mirada.

—Sólo...

Intervine:

—Buenas tardes, Sr. Colin —di un paso y le tendí la mano, apartando la atención de Catherine.

—¡Buenas tardes, Liam!

Vi que a Catherine se le saltaban las lágrimas.

—Bueno, ¿puedo felicitarte? —preguntó Colin.

—Venga, sentémonos —me di cuenta de que Catherine se sentó más cerca de Colin. Estaba intentando recomponerse, necesitaba tiempo. Y yo también me sentía mal, porque ella se sentía mal.

—Bueno, háblame.

—Es demasiado pronto para felicitarte, las cosas se han complicado —por la cara de Colin, me di cuenta de que esperaba otra respuesta. Dejó de sonreír.

—¿Por qué?

Vi que Catherine se retorció las manos. Quería apoyarla, rodearla con mi brazo, pero no podía.

—Por desgracia, los forenses no nos han dado el resultado que esperábamos.

—¿Qué quieres decir? —Colin miró a su hermana, sin comprender.

—Drake, te juro que no lo he robado.

Colin se acercó a su cara y le secó las lágrimas. Le cogió la mano y se la acarició.

—Posibles opciones de corrección. Sobornar a un experto sigue siendo muy posible.

—¿Por qué no sobornamos a nosotros mismos? —Colin se enfadó. Me di cuenta de que su hermana estaba llorando.

—Drake —Catherine miró a su hermano. Y Colin cedió.

Tenía la garganta seca.

—Es culpa mía y lo arreglaré.

—Bien. Eso espero, por ti —Colin respondió simplemente.

—Liam no es un dios para arreglar las cosas. Soy yo quien ha causado el problema...

Colin se sorprendió.

—Sé que no es omnipotente, pero es el mejor —Colin asintió y soltó a Catherine.

La mesa se quedó en silencio. Catherine miraba por la ventana, crujía los dedos. Colin estaba pensativo. Yo tomé el pedido del camarero; Colin lo había hecho con antelación.

Empezamos a comer, mi Catherine sólo fingía comer. Colin y yo hablamos de negocios. La tensión disminuyó.

Catherine se levantó en un momento dado.

—Voy al baño —dijo y se fue. La miré, incapaz de apartar la mirada.

—Preciosa —comentó Colin, y me sentí atrapado.

—Muy guapa —respondí, cogiendo mi vaso de agua.

—Es mi orgullo —Colin me miró fijamente. Y pensé que quizá yo misma me había dado cuenta.

—Tienes mucho de lo que estar orgulloso —intenté entablar conversación con la mayor naturalidad posible.

Sabía que Catherine era abierta, directa, sensual. Era pura suerte haberla conocido.

—Después de la tragedia, estoy locamente preocupado por ella. Es lo único que me queda. Mi hija tendría ahora la edad que tenía Catherine cuando ocurrió el accidente. Ha sido duro para ella. Y para mí. Pero gracias a ella, he encontrado un sentido. Ver sus lágrimas ahora me mataría. No te lo tomes como algo personal.

—Lo entiendo, por supuesto.

—Y luego está ese tío...

Me tensé. Tenía la mirada perdida en el rostro de Colin, y mi corazón se aceleraba.

—¿Te puedes creer que pida conocerme? Quiere hablar con Catherine sobre la boda. Insistente.

—Mmm —es todo lo que pude decir—. ¿Qué dice Catherine?

No tenía derecho, pero aproveché la situación. Estaba tenso al máximo. Colin vaciló, mirándome con una sonrisa burlona.

—Dice que no lo necesita. Pero el otro...

Cerré lentamente los ojos, exhalé, los abrí. Silencio.

—La conozco bien, Liam. Veo que está enamorada. Me ha olvidado por completo, pero sus ojos arden. Me alegro.

No sabía qué responder, así que permanecí en silencio.

—Lo más importante para mí es que ha elegido a un buen hombre.

No sabía cuál era la definición de Colin de un buen hombre.

—Echamos de menos a nuestra madre —Colin sacudió la cabeza—. De un modo femenino, ¿sabes? Yo sustituyo a su padre, pero... —Colin apretó los labios y se calló—. Pensé en ponerle a alguien que la vigilara.

Asentí con la cabeza y sonreí con recato. Sabía cuánto echaba de menos a su madre. La idea de la vigilancia me aterraba.

Las revelaciones de Colin se vieron interrumpidas por la aparición de Catherine. Sabía que Jacob iba a venir a ver a su padre, pero no me lo dijo. Me enfadé.

—Hija, tengo que irme. ¿Vienes conmigo?

La observé atentamente, tal vez fuera lo mejor, una charla sincera.

—Si Liam se va a casa, prefiero ir con él.

—Sí, a casa.

—Entonces voy con él. ¿Vale? ¿Sin rencores?

Se despidieron un rato más.

Di un paso adelante, pero Colin me llamó para que volviera.

—Liam, gracias —me dijo contento mientras yo iba más despacio para despedirme de él.

—¿Por qué?

—Por mi tranquilidad. Al menos no estoy tan preocupado por Catherine, sabiendo que hay una persona de confianza cerca.

Sentí sangre en la boca, al parecer de mordirme el labio. La expulsé tosiendo y asentí con la cabeza.



27. Catherine

Me fui con Liam a Palm Springs ese fin de semana. Unas vistas preciosas, un aire diferente. Después del juicio y de ver a mi hermano, necesitábamos una liberación. Me encantó el hotel, pero me surgieron preguntas. ¿Había venido ya Liam aquí? ¿Había venido con alguien? Me di cuenta de que no podía borrar el pasado, pero soy posesiva. Liam y yo acordamos que no hablaríamos del juicio. Ya lo había impugnado y ahora estábamos esperando otra vez.

Mientras conducíamos hacia el hotel, hablamos de todo y de nada.

—¿De qué hablabais cuando fui al baño? —pregunté de repente. Había apoyado los pies en el salpicadero y Liam miraba la carretera. No tenía prisa. ¿Quizá dudaba? Y empecé a preocuparme.

—Tu hermano está muy orgulloso de ti.

Ante su respuesta, suspiré. Grabé vídeos de lugares bonitos, y Liam puso música de jazz. El riesgo de encontrarme con alguien que me conociera era mínimo. Pero seguía siendo emocionante cuando llegamos a la recepción. Nos acompañaron a nuestra habitación. El lugar era muy inspirador. Oí el sonido de la puerta al cerrarse y sentí a Liam acercarse detrás de mí.

Sonreí al sentir sus manos en mis caderas, cubriéndome con las suyas y acariciándome. Sus labios contra mi cuello y ya estaba electrizada. Era perfecto. Cerré los ojos y saboreé el contacto. La mano de Liam ya me presionaba el estómago y luego me apretó los pechos a través de la tela de la camisa. No era suficiente para él y pasó la mano por debajo de la tela. Giré la cabeza y planté mis labios sobre los suyos.

Me di la vuelta, ayudándole a quitarme todo lo que llevaba puesto. En el proceso, intenté desnudarle a él también. Ya había aprendido a agarrarle bien el cinturón, y ya no me apartaba las manos. Le bajé los calzoncillos y envolví su polla caliente y dura con la palma de la mano,

moviéndola sin prisa. Sentí que Liam llegaba a mis pliegues húmedos, y sus dedos se deslizaron sobre ellos. Otra palma en mi nalga, amasando, animando. Ensanché aún más las piernas.

—¡Chica lista! —su voz sonaba agresiva, pero yo sólo obtuve una sonrisa lujuriosa. Era un juego y nos gustó.

Sentí el bajo vientre muy caliente. Y el propio Liam hizo un movimiento con sus caderas hacia mi palma. Aceleré mis movimientos, pero él se detuvo. Colocó sus palmas sobre mis muslos.

—Me encanta cuando gritas.

Me dio la vuelta y me inclinó ligeramente. Mis palmas se apoyaron en el suave respaldo del sofá. La mano de Liam se apoyó en mi estómago y sus dientes mordisquearon el lóbulo de mi oreja. Grité cuando sentí la penetración aguda.

Cenamos, bebimos buen vino, dimos un paseo y nos fuimos a la cama. Por primera vez en mucho tiempo, me desperté de repente. No quería despertar a Liam, así que dejé una nota diciendo que iba a desayunar. Llevé el teléfono conmigo para ver si Liam se despertaba y llamaba.

Busqué un café y un cruasán con mermelada. El teléfono vibró, lo miré, pero era otro número desconocido. Por mucho que corriera, Jacob necesitaba que le hablaran. O bien Liam se encargaría él mismo, cosa que yo no quería hacer en absoluto. Esperaba de verdad no tener problemas con él cuando habláramos.

Miré alrededor del restaurante. Hoy estaba inundado de luz, y ayer en la cena el ambiente parecía íntimo. Ayer no vi a nadie más que a Liam. Ahora veía a una pareja mayor, una familia con niños y un grupo de jóvenes. Miré al último grupo, joven, ruidoso, divertido, de mi edad. Había una energía que emanaba de ellos. Observé desde la barrera.

Se reían, se gastaban bromas. Estaba segura de que si estuviera con Jacob, sin duda nos haríamos amigos. Con Liam no, quiero fundirme con el otro. Me lo pensé, mirando a la compañía. Uno de los chicos me llamó la atención. Me miraba fijamente, sin apartar la vista. Le sonreí levemente y volví a mi cruasán. Justo entonces, llegó un mensaje de Liam. "Ahora voy". Sonreí al teléfono y empecé a comer con gran apetito. Busqué con la mirada a Liam y lo oí a mi lado.

—¡Hola! —giré la cabeza y vi al mismo chico.

—¡Hola! —le respondí amablemente. Tomó asiento frente a mí. No protesté, no quería parecer histérica. Y él estrechó la mirada, estableció contacto visual e inclinó la cabeza. Me hizo gracia. Me mordí el labio y enarqué una ceja.

—Russell —me tendió la mano desde el otro lado de la mesa. Y yo le di la palma.

—Cat. Catherine.

—Puedes unirme a nosotros si quieres —me ofreció suavemente y señaló con la cabeza a la compañía.

—No estoy sola. Estoy esperando.

—¿Tienes una amiga? —Un destello de esperanza en su voz.

Negué con la cabeza.

—No.

—Ya veo... —me di cuenta de que mi mano seguía en la suya. Intenté soltarme. Su compañía se había callado y nos observaba.

—Qué pena —dijo Russell sin ofenderse.

Estaba muy engreído. Pero no necesitaba su insistencia. Y no pensaba discutir con él. Me encogí de hombros.

—Nos vamos de excursión a las montañas. Hay sitio, únete a nosotros.

—¡Genial!

—¡Puedo darte mi número de teléfono si quieres venir! —demasiado descarado incluso para mí.

—No, gracias. Que tengas un buen día, Russell.

Me fulminó con la mirada y volvió a lo suyo ante las suaves burlas de sus compañeros. Justo entonces, oí la voz de Liam.

—¿Quién es? —me estremecí porque no podía ver cuándo se acercó. Pero se inclinó hacia mí con su barba incipiente y me besó. Me relajé. Y estaba mirando a Russell. Celoso. Complacido.

—¡Viajero!

Liam me miró y levantó una ceja.

—Los chicos me invitaron a las montañas.

—¿Y a ti?

—¿Y yo qué? Estoy con vosotros. ¿Qué excursiones?

Liam no respondió nada, sólo pidió su desayuno. Estábamos compenetrados, los extraños ya no nos interesaban. Recostado en su silla, Liam miraba algo en su teléfono. Mi mirada se dirigió de nuevo al ruidoso grupo. Sentí los ojos de Russell clavados en mí. Pero no me importaba.

—¿Cat?

—Sí —volví a dirigir mis pensamientos a Liam. Estaba frunciendo el ceño, mirando su teléfono. Inmediatamente, pensé en malas noticias para mi hermano o en nuestro caso.

—Tengo una urgencia laboral. No puedo posponerlo. No estaré allí por mucho tiempo. Si quieres, puedes ir con los chicos.

—No, prefiero ir al balneario —negué con la cabeza, sonriendo, por supuesto. Me preocupaba por Liam, por asegurarme de que él y yo estábamos bien. Ya me entretendría yo.

—Gracias, querida. Me lo curraré —dijo contra mi mejilla. Me sonrojé y bajé la mirada.

Me di cuenta con la mirada de reojo de que la ruidosa compañía se alejaba de nosotros. Pero no volví la cabeza. Por decisión propia, no me cabía duda. Fui al balneario, disfruté de las piscinas y las saunas, sintiendo cómo mi cuerpo se llenaba de energía. También me gustaría un masaje, pero esperé a Liam.

—Gira la cabeza —oí una fuerte súplica. Pero me di cuenta de que no era la voz de Liam. Mis ojos se encontraron con los de Russell. Tenía el teléfono en la mano y estaba sentado en el borde de la piscina. Tenía las piernas caídas y el móvil en la mano.

—¿Por qué?

—Para la foto. ¡Eres preciosa!

Puse los ojos en blanco y me alejé de él nadando en dirección contraria. Oí reír a Russell. Salí del agua y me di cuenta de que mi bata se había quedado al lado de Russell. Me miraba fijamente sin apartar la vista. Supuse que era su problema, no el mío. Me limpié y miré el teléfono. Me di cuenta de que Liam aún no había salido. Quería volver a la habitación para ocuparme de Russell. Pero no quería huir del problema. Me acomodé en la tumbona y cerré los ojos.

—¿Todavía? ¿Cómo te encuentro en Internet?

Giré la cabeza y le miré cabizbaja. Él, en cambio, esbozó su amplia sonrisa. Y se acomodó en una tumbona cercana, tendiéndome un cóctel. Russell sostenía su teléfono en la mano, esperando mi reacción.

—¿Para qué lo quieres? Te lo dejé claro, como...

—Dijiste que no estabas sola. Y lo parece —sacudió la cabeza y extendió las manos. Captó la indirecta y empecé a enfadarme.

—Tomarme un descanso de ti de vez en cuando... —dijo descaradamente, y me quedé de piedra.

—¿No estás de acampada? ¿Has decidido ligar conmigo en su lugar?

—En realidad, he cambiado de opinión.

—Por favor, déjame en paz —lo dije y me reí. Vi su cara y supe que no lo haría.

—Vale, el viaje se canceló. Pero si estuvieras conmigo, nunca te dejaría.

Y me lanzó una mirada. Probablemente buscando un indicio de mis dudas.

—Pero no estoy aquí contigo...

—Al menos dame un insta.

Puse los ojos en blanco y pensé: caso difícil. Respiré hondo.

—¡No!

—¿Y si te dijera que apuesto lo que quieras, a qué te hago cambiar de opinión? ¿Te daría pena?

—No es de hombres cargar tus problemas sobre los hombros de una mujer.

Fingió quemarse conmigo.

—¿Eres tan dura con todo el mundo? —Una sonrisa apareció en los labios de Russell. Yo también me reí.

Y comprobé mi fortuna. Sí, era fácil y despreocupado estar con él. Era joven, carismático, enérgico. Pero no me atraía. Porque no era yo.

Russell se resignó a su derrota, y yo me relajé. Aunque seguía sonriéndome con su expresión despreocupada. Le devolví la sonrisa.

—Dicen que aquí el masaje es bueno.

—¡Que pases unas buenas vacaciones, Cat!

Mi intuición me dijo que me diera la vuelta. Vi a Liam y se me encogió el corazón. Caminaba en mi dirección, mirando al mismo tiempo su teléfono. Esperé que no nos hubiera visto hablar. Entonces me di cuenta de que era por Liam que Russell se rindió tan rápidamente. Le sonreí, sin apartar la mirada. Liam me miró atentamente. Me senté en la tumbona. Su mano se apoyó en mi nuca y me levantó un poco. Me besó, no apasionadamente, pero noté la agresión.

Me separé de Liam, mirándole a la cara. Él, en cambio, me miró con una mirada errante.

—¿Has terminado? —Alargué la mano hacia su mejilla y le acaricié los pómulos. Noté cómo apretaba la mandíbula.

—Sí. ¿Qué quería éste?

No contuve una carcajada. Había dos sentimientos en mi pecho: me complacía que Liam estuviera celoso y no quería imponer mis límites a él ahora mismo.

—¡Apostó con sus amigos que conseguiría mi número de teléfono!

Las cejas de Liam se levantaron. Miró hacia la puerta por donde había desaparecido Russell.

—¡Idiota!

Alargué la mano y besé sus labios apretados.

—Vamos al sauna. Ya fui antes, pero quiero ir otra vez contigo.

Lo quería todo con él. Me pesaba el bajo vientre. Estaba celoso, me di cuenta de que me quería sólo para él.

—Vamos.

Ya no tenía que cuestionar mis necesidades. Sentía mi individualidad. Me acordé de Noe y le mandé un par de fotos del fin de semana. Había una foto de la piscina en la que estábamos tumbados juntos en el sofá. Era un pasado.

Tenía los dedos de los pies metidos hacia dentro cuando Noe me respondió que éramos el uno para el otro. Oí cerrarse de golpe la tapa del portátil de Liam y lo dejó a un lado sobre la mesa auxiliar. Se acercó a mí por detrás y entonces su mano se posó en mis tobillos cruzados, subiendo para hacerme cosquillas bajo la rodilla. Me reí, pero no me moví.

Apartó el teléfono. Sentí cómo mi hombre me cubría con su cuerpo. Me tumbó boca arriba. Nuestros ojos se encontraron y volví a enamorarme.

—Da miedo dejarte sola, ¿sabes?

La forma de pensar de Liam no me sorprendía. Me miró fijamente y esperaba una respuesta. Y yo estaba perdida.

—¿Por qué? —le pregunté. Sentí cómo su mano se sumergía bajo mi ropa y se posaba sobre mi vientre. Liam me acarició y se sintió muy bien. Le besé. Él se apartó.

—Hay alguien a tu alrededor todo el tiempo. Te aferras. Lo sé por experiencia.

—No necesito a nadie.

Me di cuenta de que era una declaración de amor y celos. Liam sonrió. Y me molestó que no confiara en mí.

La palma de la mano de Liam subió más y me apretó el pezón con los dedos. Arquee la espalda. Se acercó más a mí y me besó la cara. No se daba cuenta de cómo me dejaba completamente desarmada. Me hormigueaba la piel mientras me acariciaba el vientre, las costillas, jugando con mis pezones.

—Desvístete tú también —empecé a desnudarle, pero me detuvo.

Me rechazó y sentí una oleada de calor.

Se levantó y fue a la mesa, donde había un juego de aceites del hotel. Desató el lazo, mirándome, y tragué saliva. Se me puso la piel de gallina de anticipación.

—Prometí trabajarlo. Túmbate boca abajo —me ordenó.

Cerré los ojos y obedecí. Sabía que me iba a sentir muy bien. Atenuó las luces y el altavoz empezó a reproducir música sensual.

Cayeron gotas sobre mis nalgas y mi espalda. Me estremecí, Liam presionó sus palmas contra mi piel y me empujó hacia arriba con una embestida.

Me mordí el labio, el palpitar de mi bajo vientre se intensificaba. Intenté limitarme a respirar. Liam me amasó el cuello y los hombros expertamente, con diferentes presiones. Era un éxtasis. Mis pezones rozaban la tela, sentía que Liam descendía hasta mis nalgas, tocando el interior de mis muslos con las yemas de los dedos. Fuerza y ternura, un contraste que me hacía doler hasta el punto de querer gemir. Había un fuego entre mis piernas. Mi cuerpo pedía más.

Sus palmas alcanzaron mis pechos, sentí un beso en mi cuello. Quería que se corriera dentro de mí más deprisa. Ahogada en placer, jugaba con mis pezones. Luego volvió a bajar hasta mis muslos. Cedí, abrí más las piernas y me incliné.

—¡Tócame ahí! —le susurré a Liam.

Sus labios volvieron a mi cuello y sus dedos tocaron mis labios, encontrando mi clítoris. Lo rodeó suavemente y acarició a lo largo de la entrada. Levanté más las nalgas, apoyé la cara en la almohada y gemí. Me estaba volviendo loca. Lo quería rudo, picante. Y él me estaba torturando con su ternura.

Liam me acarició la entrepierna unas cuantas veces más y luego cambió el ritmo, los movimientos eran más bruscos y la presión más fuerte. Me moví al encuentro de sus dedos. Me apreté los pechos y susurré:

—Más, sí, más...

Liam se apartó un momento y sentí frío. Me agarró por debajo del vientre, haciéndome arquear aún más el trasero. Me veía desde fuera, como una zorra, y eso aumentaba mi deseo.

Sus dedos seguían acariciándome desde abajo. Me mordí los labios. Liam retiró la palma de la mano y yo gemí de deseo irrealizado.

Empezó a acariciarme de nuevo, los muslos, las nalgas. Volvió a besarme la parte baja de la espalda, las costillas, los omóplatos.

—Déjame correrme. Por favor —le supliqué a Liam, y no me avergoncé en absoluto.

Él tragó saliva, pidiéndome que le diera mis labios. Y lo hice. Mientras nos besábamos, se quitó la ropa. Luego, bruscamente, me dio la vuelta, caí de espaldas sobre las sábanas de seda y me penetró con fuerza y hasta el fondo.

Sentí su pecho caliente. Nos besamos como si lo hiciéramos por última vez. Y Liam me penetraba hasta el fondo, como si fuera la última vez. Arañaba y gritaba, arqueando la espalda mientras respiraba con avidez. Pero él no se detuvo. Me penetró con la lengua, con la misma furia que con la polla. Respiraba entrecortadamente. Me besó el cuello. Me penetró aún más, con más fuerza. Me apretó los pechos y recorrió mis costillas. Me apretó el cuello. Me miró a los ojos.

—Te quiero —le dije. Pero no pregunté. Capté un nuevo brillo en sus ojos. Se congeló, aflojó la presión, buscó mis labios y pronunció:

—Y yo a ti.

La tensión se rompió, sus labios esbozaron una sonrisa. Se apartó y me sentí vacía sin él. Se arrodilló y se pasó el puño por la polla. Me di cuenta de que lo deseaba. Yo también lo quería.

Me levanté sobre el codo y lo guié por su miembro.

—Más fuerte.

Lo intenté hasta que sentí el chorro. Su semilla cayó sobre mis dedos, sobre mi cuerpo, mi pecho, mi vientre.

Esparcí sus rastros por todo mi cuerpo. Subió, me acarició los pechos. Y de nuevo más arriba. Su pulgar presionó mi barbilla, y lo intercepté y chupé su dedo salobre.

Vi que le estaba complaciendo. Me sentí como una mujer necesitada.



28. Catherine

Después del sexo, nos tumbamos relajados. La ducha ni siquiera me ayudó. Sentía el pecho vibrar con los ecos de nuestro encuentro. Estaba a punto de llorar por la sobreabundancia de sentimientos. Me incorporé sobre los codos para mirar a Liam y me estremecí un poco.

—¿Y si acepto ir de acampada con ellos? —Pregunté, dándome cuenta de lo estúpida que era la pregunta.

—Gracias por no aceptar —respondió.

—¿Es una prueba? —Dios, ¿por qué estoy haciendo esto?

Liam arqueó las cejas, pero siguió sonriendo. Exhalé aliviada.

—Podría retenerte en mi casa. Es ilegal —bromeó.

Quería decir algo en respuesta, pero Liam continuó.

—Me hace sentir bien que me elijas. Aunque a veces pienso que probablemente algún día elijas a otro.

Busqué sus labios y apreté la palma de mi mano contra su mejilla, acariciándolo y besándolo sin pensar.

—Yo también tengo una pregunta para ti... —dijo Liam, separándose un poco.

—Adelante.

—¿Por qué no os acostasteis?

Aparté la mirada. Mi ex y yo no tenemos nada en común, y prefería pensar en él lo menos posible. En aquel entonces, en el club, me sentí herida, pero ahora me daba igual.

—Siempre quise probar el sexo. Creía en Jacob y no dudaba de sus sentimientos. Si hubiéramos tenido sexo, tal vez habría sentido más dolor.

Liam se inclinó hacia mí, no me interrumpió, así que continué.

—Creo que todo tiene que ver con la familia de Jacob. Su padre es muy religioso, honra la tradición. Y Jacob tiene que hacerlo. Siempre decía que no debía enfadar a su padre. Yo me reservaba para Jacob, respetando las leyes de su familia. El plan era que, cuando volviera a Nueva York, nos conoceríamos mejor. Pero en lugar de eso, ya sabes...

Permanecí en silencio, no quería seguir hablando de este tema.

—¿Trajiste aquí a tu exnovia? —pregunté.

También sentía celos, no del presente, sino del pasado. Liam sonrió.

—Sí, salimos en secreto. Huimos, follamos y luego nos peleamos. Y luego todo otra vez. Nos reconciliamos, follamos, nos peleamos. Pero nunca vinimos aquí juntos.

Había una pregunta más que me atormentaría si no la hacía.

—¿Estás en contacto con ella ahora? —preguntar me hizo contener la respiración.

—¿Por qué? No, claro que no.

Me di cuenta de que Liam era perfecto.

—Te abandoné tan fácilmente. Ni siquiera Jacob quiso dejarme ir. ¿Cómo es que te rechazaron?

Ahora tenía más confianza, con una maleta llena de experiencias coloridas. Solo quería que todo se solucionara rápido. Mi hermano era el punto principal, pero luego estaba Jacob. Decidí que era mejor empezar por el segundo. Desbloqueé el teléfono y marqué a mi ex porque no veía el sentido de aplazarlo más.

Liam se fue temprano en la mañana, y yo ensayé el discurso en mi cabeza. Jacob sugirió un restaurante elegante. Lo conocía, estaba cerca de la oficina de mi hermano. Dudaba si ir o no, pero pedí un taxi. Este fin de semana me había dado aún más confianza.

Quizás Jakob pensaba que se encontraría con mi hermano por casualidad, o que haríamos las paces y luego iríamos a conocer a su padre. Me daba igual lo que estuviera planeando.

También me preocupaba Liam. Me daba un poco de vergüenza, pero llamé para asegurarme de que estaría en su despacho. Actué con la mayor naturalidad posible al hablar con él.

Al entrar en el restaurante, me asusté por la decoración tan cara. Me acompañaron a una mesa. Jakob se levantó en cuanto me vio y me entregó un enorme ramo de rosas rojas brillantes. Eran preciosas. ¡Me encantan las flores!

Jacob también estaba de traje, bien peinado, lo cual le era aún más molesto.

—¿Me puede traer un poco de agua, por favor? —le pedí al camarero. Cuando se fue, arremetí contra Jakob—. ¿Qué haces? ¿Por qué todo este teatro?

—¿Por qué me llamaste? —respondió tranquilamente Jakob, sin que le molestara mi tono indignado. Alargó la mano para besarme, pero lo impedí. No cogí las flores, aunque eran preciosas. Las dejó en la otra silla, junto a nosotros.

—Aquí está muy bien —dijo Jacob, encogiéndose de hombros.

No podía contenerme a su lado.

—¿Lo elegiste porque la oficina de tu hermano está cerca? —Hice un gesto hacia el centro de negocios.

—Me lo aconsejó mi padre —su tono tranquilo me irritaba aún más.

—¿Qué más te aconsejó tu padre? ¡Que se joda todo el mundo! —rompí a gritar, dándome cuenta de que una conversación tranquila no iba a tener lugar.

—Me dijo que admitiera mis errores.

Me di cuenta de que no tenía sentido continuar la conversación, así que empecé a levantarme de mi asiento. Jacob saltó rápidamente de su silla y me agarró del brazo. Quise apartarme, pero no me dejó. No quería llamar la atención, así que me acerqué y le susurré a Jakob.

—He venido a decirte que no necesito que confieses tus errores. Solo quiero que me dejes en paz de una vez por todas.

Jacob siguió abrazándome, y pensé que Liam se habría puesto furioso al oír aquello.

—Ese hombre es una mala influencia para ti.

—Ese hombre es mi hombre. ¿Lo entiendes, Jakob? Nuestra relación contigo es el pasado.

No comprendía lo que estaba pasando y me senté de nuevo en mi silla con impotencia.

—No —las palabras de Jacob me inquietaron aún más.

No sabía cómo reaccionar. Su comportamiento insolente me hacía sentir incómoda. Jakob cogió algo de la silla y colocó una caja de color rosa pálido sobre la mesa. Se dio cuenta de que no la cogería, así que él mismo pulsó el botón.

La caja se abrió y había un anillo. Me puse histérica, no sabía si llorar o reír. Miré la cara de Jakob y sentí asco. ¿Quién se creía que era? Me calmé bruscamente.

—Jakob, tú y yo no vamos a volver a estar juntos. Y no deberías meterte con mi hermano ni con mi familia.

—Le he hablado a todo el mundo de ti. Mis intenciones son serias —Jacob continuó como si no oyera mis palabras—. Cinco años, Catherine, he esperado esto. No puedo tirarlos así por la borda. Y todo el mundo tiene crisis en las relaciones.

—Jakob, no te quiero. Y ahora me doy cuenta de que casi nunca te quise.

Golpeó la mesa con el dedo, poniéndose nervioso. Se enfadó.

—Me has hecho daño, te has vengado. ¿Y quizá eso sea suficiente?

Se me hizo un nudo en la garganta, frustrada porque me di cuenta de que había malgastado cinco años con él y seguía haciéndolo. Y él solo se preocupaba por sí mismo, no por mí. Bebí agua. Me tranquilicé, pero tenía los nervios a flor de piel.

—Si no lo entiendes, no es asunto mío.

Vi que se enfadaba más. Tenía lágrimas en los ojos. ¿Cómo había podido quererle? Me rodeé los hombros con los brazos. Sabía que si decía una palabra, lloraría.

—Catherine —oí mi nombre y me quedé helada. Mi hermano se acercaba a la mesa y... justo detrás de él, Liam. Creía que había dicho que estaría en el despacho. Me di cuenta de que mi mentira era mucho peor.

—Cat, ¿va todo bien? —preguntó mi hermano, deteniéndose junto a nuestra mesa. Asentí con la cabeza.

—Sí, ¿vais a comer aquí? —pregunté con voz natural, forzando una sonrisa. Miré a Liam. Quería ver sus ojos, pero solo me dirigió una mirada borrosa. Era como una ducha fría. Vi que Liam se fijaba en todo: las flores, el anillo, miraba a Jacob y tragaba saliva.

—Estamos aquí por negocios. Estoy en medio de una emergencia. Y Liam no descansó en todo el fin de semana.

Asentí y bajé la mirada. Me di cuenta de que Liam había estado trabajando para mi hermano todo el fin de semana. Oí toser a Jacob. Quería azotarle en la cara con esas rosas afiladas. Miré a Liam por debajo de la frente, queriendo explicarme, pero dudé que quisiera escucharme.

—¿Hemos interrumpido algo importante? —intentó preguntar mi hermano en tono indiferente. Miró interrogativamente a Jakob y luego a Liam.

—Jóvenes, ¿verdad, Liam? Cuando yo tenía su edad, solo miraba lugares como este desde lejos.

Me di cuenta de que mi hermano nos ponía a Jacob y a mí de un lado y a Liam del otro. Me callé para no empeorar la situación. Giré la cabeza hacia Jacob y le fulminé con la mirada, diciéndole que no se atreviera. Pero me di cuenta de que era inútil.

—Señor Colin, ¿se acuerda de mí? —se armó de valor y se dirigió a mi hermano.

—Por supuesto —interrumpió mi hermano.

La tensión aumentaba. Liam permanecía en silencio, sin dejar de observar nuestra actuación. No me miraba, pero podía ver cómo se tensaban sus pómulos.

—Si no recuerdo mal, mi hermana te dejó claro que no le interesaban tus atenciones.

Al oír a mi hermano, me di cuenta de que lo decía por mí. Asentí con la cabeza.

—Sí, lo sé, y espero redimirme.

Las palabras de Jacob me hicieron empezar a temblar. Un tirón de confianza.

—¡No, no funcionará! —dije bruscamente.

—Cat, pero fuiste tú quien me invitó.

En ese momento, quería morirme. Nunca me había llamado Cat. Liam me quemaba con la mirada.

—Te invité para poner fin a tu acoso —levanté y cerré de golpe la funda del anillo—. Y en eso también... no.

Hervía de rabia. Mi hermano me apretó el hombro. Le agradecí su apoyo.

—Jovencito, ya has oído lo que te dice Catherine. Espero que no seas estúpido y no necesites repetirlo.

Mientras mi hermano hablaba, intenté captar la mirada de Liam. Cuando la encontré, estaba fría. Me di cuenta de que era más complicado de lo que pensaba. Exteriormente, Liam era completamente indiferente, como si no estuviera escuchando nuestras disputas familiares.

Pero estaba segura de que estaba furioso. Oí que mi hermano ya estaba amenazando a Jacob con mecanismos legales para que me dejara en paz. Vi que Jacob me miraba de un lado a otro y luego a Liam.

—Cat, estás cometiendo un error.

Me maravillaba ante el descaro y la audacia de mi ex.

—Aun así, no es asunto tuyo, jovencito —dijo mi hermano con calma. Lo admiraba por lo tranquilo que estaba. Y volvía a tener miedo.

Silencio.

—¿Tenemos un trato? —preguntó mi hermano a Jacob.

Él no respondió nada, solo asintió con la cabeza. Mi hermano se volvió hacia mí y me preguntó.

—¿Has terminado o sigues esperando el postre?

—Quiero irme.

Me levanté de la silla y vi que Jacob intentaba empujar de nuevo el ramo. Mi hermano le dio la mano. Jacob se lo tendió a Liam, pero ni siquiera lo sacó del bolsillo.

—¿Y a quién te gustaría ver al lado de tu hija? —gritó mi hermano, que ya me había cogido del brazo y me daba la vuelta para marcharnos. Idiota, era la única palabra que le cabía ahora mismo.

—Alguien que la haga feliz.

Oí decir a mi hermano. Me volví hacia él.

—Me he olvidado el bolso.

Antes de hacerlo, vi que Liam se inclinaba hacia la cara de Jacob y le susurraba algo. Solté a un Jacob pálido. Caminé hacia Liam. Podía sentir su frialdad a la distancia. Jakob me miró.

—¿Quieres decir que no lo sabe?

—¡No es asunto tuyo! —le susurré.

Mi mente era un completo caos. Salimos fuera y nos despedimos de mi hermano.

—¿Quieres entrar? —me preguntó asintiendo con la cabeza hacia el centro de negocios.

—No, tengo que hablar de negocios con Liam.

Miré y vi la mirada indiferente de Liam. Me entró un escalofrío. Me daba miedo este frío. Le miré suplicante. Él dirigió una mirada de sorpresa a su hermano.

—Hagámoslo en otro momento, Catherine. Hoy estoy ocupada.

No me sentía yo misma. No tenía fuerzas para insistir. Estaba agotada.

—Por supuesto. ¡Lo siento!

—Y tú a mí.



29. Catherine

Hasta esta noche, no encuentro dónde estar. Quiero llamar, escribir, ir a su despacho, pero me detengo. Es mejor en persona y sin testigos. Espero que se calme. Solo quiero explicarme ante Liam y ver la calidez en sus ojos. Preparo la cena, sin saber qué más hacer. Hemos hablado de contratar a una asistente para que no tenga que hacer estas cosas, pero aún no me resulta difícil. No puedo concentrarme en nuevos proyectos. Al menos así me distraigo. Nuestros planes para el futuro eran realistas.

Es casi medianoche y Liam aún no ha llegado. Siempre me avisa si llega tarde a la oficina. Estoy sentada en el sofá y creo que me he quedado dormida. Me despierto con el sonido de la cerradura. Miro el móvil: las dos de la mañana. Me asusto al recordar lo que ha pasado. Tengo frío. Camino por el suelo desagradablemente frío, abrazándome a mí misma, intentando mantener el calor.

Veo a Liam en el vestíbulo, solo y sobrio. Está de espaldas a mí. Toso, dándome cuenta de que no tengo frío, sino que sigue enfadado. Liam no reacciona ante mí, y me siento infinitamente culpable.

Saca agua de la nevera y bebe.

—Si tienes hambre... —empiezo.

—No, gracias —me interrumpe—. Te he despertado. Perdona.

Camina hacia el dormitorio. Le sigo como a un perro. Le veo quitarse la chaqueta, el reloj, desabrocharse el cinturón. Llevo todo el día preparándome para esta conversación. Le veo ir a la ducha, quitándose la camisa por el camino. No me mira.

Siento una pesadez en el pecho. Me siento en el borde de la cama. Cierro los ojos e inspiro y espiro. Oigo cómo se abre el agua de la ducha, le imagino metiéndose bajo los chorros. Me sentiría mejor si estuviera gritando, culpándome. Pero se contiene.

Siento una vibración y veo el teléfono de Liam. Está enviando un mensaje... Me invaden los celos. Quizá sea spam o cosas del trabajo. Pero me cuesta controlar mis intensas emociones. No puedo quedarme de brazos cruzados. Voy al baño y me meto en la ducha con la ropa puesta. Lo abrazo por detrás para mantenerlo despierto.

Liam no lo vio venir. Incluso se sacudió, pero luego se quedó inmóvil. Me aprieto más contra él.

—¡Lo siento!

—Cat... —Cubre sus manos con las mías—. Saldré y hablaremos.

Su voz es tranquila y adecuada, pero no puedo esperar más para hablar. Empiezo a murmurar.

—Hemos concertado una reunión. Estoy harta de su insistencia. Incluso ha empezado a husmear sobre mi hermano.

Liam detuvo el agua.

—Cat, ¿por qué me enteré de esto ahora? —El tono de Liam está muy enfadado. Los pelos de mis brazos empiezan a moverse—. ¿Por qué no dejaba de acosarte?

Le obedezco, pero él no se cansa. Me sujeta la barbilla con una mano para que no desvíe la mirada. Veo que tiene los ojos desorbitados, las pupilas enormes y las fosas nasales dilatadas con cada respiración.

—¿Te seguía mandando mensajes? ¿Llamándote? ¿Sí?

—Sí —susurré en voz baja.

—Y en lugar de decírmelo, le invitaste a salir a un restaurante, ¿verdad?

Me doy cuenta de que Liam tiene derecho a estar enfadado. Cierro los ojos para no llorar.

—Debería haber hablado con él. Es mi problema.

—Tú... no lo entiendes, Catherine. Conozco a gente así. Es peligroso...

Le empujo el pecho, temiendo oír todas sus sucias suposiciones. Y él sigue mirándome fijamente, todavía sujetándome la barbilla. Al mismo tiempo, tiene los labios muy apretados.

—No me compares con tu ex. Si hubiera querido estar con él, lo habría hecho.

—Es bueno tener un respaldo.

Tiene algo más que quiere decir, pero no termina. Desvío la mirada. El puño de Liam golpea la pared de azulejos.

Intento zafarme, pero Liam no me deja. Ahora mismo quiero huir. No quiero que me vea llorar. Pero me aprieta más contra él. No puedo soportarlo. Las lágrimas corren por mis mejillas. Respiro hondo para calmarme.

—No lo hagas, Cat.

Liam empieza a abrazarme y a acariciarme. Yo, por mi parte, le paso la mano por el pelo, intentando calmarme.

—Me avergüenza que haya ocurrido esto. Sé que me he equivocado. Pero no pienses que soy una zorra. Soy adulta, llevamos cinco años con Jacob resolviendo nuestros asuntos de alguna manera. Quiero resolver mis problemas por mí misma, no creártelos...

Le miro, todavía enfadada.

—Tampoco me has dicho qué le pasa a tu hermano.

—Así que no tienes por qué preocuparte. Lo de tu hermano sigue siendo un tema candente. Salió como salió. Pero el comportamiento de Jacob no es aceptable. Y la gente así es peligrosa. ¿No lo ves?

Con su preocupación maníaca, en este momento, me recuerda a mi hermano.

Liam me abrazó tan desesperadamente, tan fuerte, que me crujieron los huesos. Me besó la parte superior de la cabeza mientras lo hacía. Luego bajó más, me agarró las nalgas con la mano, apretándolas dolorosamente. Sus labios bajaron hasta mi cuello y me mordió.

Me relajé, eché la cabeza hacia atrás y dejé que me besara el cuello y las clavículas.

Liam se apartó de mí.

—Y con Drake, lo alargamos de forma realmente estúpida.

Se me hundió el corazón. Empecé a asustarme de nuevo. Pero recordé la palabra “hermano”, la que me hace feliz. Es Liam. Todo va a ir bien. Me doy cuenta de cómo lo dirá, aunque sea ahora por la noche.

—Vale —asentí.

—Vayamos primero a la boda de unos amigos. ¿Al día siguiente a su casa?

Le abracé aún más fuerte. Y él empezó a frotarme las nalgas con más fuerza y abrió la ducha. Me quitó la ropa mojada y me besó cada parte del cuerpo. Luego cogió el gel y deslizó sus manos por todo mi cuerpo. Nos acariciamos.

Besándonos, le apreté fuerte el cuello y le rodeé con las piernas. Liam, por su parte, me lanzó bajo sus muslos. Nuestras respiraciones se aceleraron.

Liam salió de la ducha conmigo, me puso una toalla sobre los hombros y nos dirigimos al dormitorio. En la cama, no le solté. Me agarré con más fuerza, le besé y no le solté.

Me acarició la barbilla y el cuello con su barba incipiente, y luego me alivió con los labios. Me acarició el vientre tembloroso y humedeció mis pezones. Descendió. Me presionó el pubis. Pasé las manos por su pelo húmedo. Abrí las piernas sobre la cama, arqueando la espalda. Sentí el contacto de sus labios, de su lengua. Suave, burlona, luego insistente, explícita.

Estaba excitadísima. Me volví loca con sus movimientos. Cuando Liam enganchó sus dedos, me llevó al orgasmo. Grité, sintiendo que le arañaba la espalda, se tumbó encima de mí.

Empezó a moverse lentamente, dejándome experimentar mi orgasmo. Cuando volví en mí.

—Sin piedad, por favor.

Él cumplió. Bruscamente, entró y continuó al mismo ritmo. Grité de placer cuando Liam se corrió con un gemido prolongado. Le abracé con todo mi cuerpo, tanto con los brazos como con las piernas. Éramos como uno solo.

Giré la cabeza y pasé los dedos por su hombro. Los pelos de su brazo se erizaron. Sonreí.



30. Liam

—¡Cat! —Llegamos tarde, pero me di cuenta de lo importante que era esa noche para Catherine. —Sólo un minuto más —respondió ella con una sonrisa nerviosa.

Se estaba esforzando mucho. Era nuestra primera salida juntos, conocer a gente que me conocía desde hace mucho tiempo. Cat estaba emocionada, quizás incluso más por lo de mañana por la noche, cuando tendría que hablar con su hermano. Olí su perfume favorito.

—¿Cómo va todo? —me preguntó.

La miré y necesitaba agua urgentemente porque tenía la garganta seca. Llevaba un vestido modesto, pero le quedaba muy sexy, con el pelo recogido. Unos pendientes que resaltaban su esbelto cuello. Mi mirada se detuvo en sus labios carnosos.

—No te calles... —se sonrojó. Me acerqué a ella y le puse las manos en la cintura. La miré fijamente. Le costaba quedarse quieta. Entonces su mirada se calmó y se centró en mí.

—¡Es tan malo que no puedas hablar! —asentí con la cabeza y ella se rió. Quise besarla, pero ella me esquivó.

—Ahora no, o se manchará. Y llegaremos completamente tarde.

—¿Qué tal si no vamos a ninguna parte? —le sugerí. Vi que tenía la piel de gallina. Ya no me apartó y la besé.

Me di cuenta de que dudaba. Podría haber insistido más y me habría dicho que sí.

—Eres muy guapa —le dije para que no dudara. Ella respondió echándome los brazos al cuello y besándome.

Al fin y al cabo, salimos. Durante todo el camino, Cat se preguntaba adónde íbamos. Le hablé de Dean, de cómo nos conocimos. Me preguntaba si conocería a los amigos de Cat y cómo sería. La diferencia de edad tenía sus problemas, pero los superaríamos.

¿Quién iba a pensar que una chica de 22 años podría enseñarme a tener una relación normal? Cuando la vi con Jacob, me asaltaron todas las dudas.

Durante todo el día no quise volver a casa. Sabía lo buenas que son las mujeres mintiendo y manipulando. Pero me equivocaba. Cat llenó mi pasado de nuevas sensaciones.

Paramos delante del restaurante. Catherine estaba nerviosa, exhaló convulsivamente. Al aparcar, le puse la mano en la rodilla. Me acerqué a ella y le susurré:

—Si quieres relajarte, puedes hacerme una mamada rápida y nos vamos...

Ella se rió y me tocó el hombro con el puño, relajada y sonriente. Caminamos cogidos de la mano, con flores en mi otra mano para la mujer de Dean.

—¿Qué tal una mamada?

—Demasiado tarde, la oportunidad está perdida.

Murmuré, pero sonrió. Entramos en una sala con grandes mesas decoradas con flores. Las ventanas ofrecían una vista panorámica de la ciudad. Iba a haber una puesta de sol preciosa.

—Liam —me oí decir. Sentí que Cat me apretaba la mano con más fuerza. Dean y su mujer, Sandra, se acercaron a nosotros. La mujer de mi compañero era preciosa. Tenía un aspecto poco convencional. Su piel era oscura, pero era rubia, no teñida, y sus ojos también eran azules. Una combinación poco frecuente. También parecía una niña con un vestido blanco de encaje.

La felicitamos. La saludamos. Le presenté a Catherine. Ella no se confundió y felicitó a la dama de la ocasión. Estaba orgulloso de ella. Dean me apartó un poco.

—Perdona. Tu Rachel también está aquí.

Al principio fruncí el ceño, luego me fijé en ella. Levantó la copa en mi dirección. Mi excompañera también estaba allí. También frunció el ceño porque me había visto. Le saludé con la cabeza, era mi amiga. Que arreglen lo suyo, no era asunto mío. Miré a Catherine.

La fiesta había resultado relajada. Comida deliciosa y conversaciones con viejos conocidos. Sandra estaba recogiendo un gran número de cumplidos. Vi desde lejos la facilidad con la que Catherine establecía contacto con todo el mundo.

Pude verla charlando con Victoria, la madre de Sandra. Se reían juntas. Vi cómo Victoria abría los brazos y mi Cat se zambulló en ellos. Me di cuenta de que a Cat le faltaba un hombro femenino en la familia. Entonces vio mi mirada y sonrió con culpabilidad. Se interesaba por todos. Ya estaba pensando en el final de la velada.

—Ah, ¿es él mismo? —de repente, vi a Steve. Sonrió y asintió a mi Cat.

Me resultó extraño que se acordara de Cat; él estaba borracho.

Aparté la mirada, no quería hablar de cosas personales con él. Y por trabajo, nos habíamos visto ayer.

—Rachel está en estado de shock, ¿lo sabías? —No me importaba.

—¡Vale! —No sabía qué quería de mí.

—La has puesto muy guapa.

—¿Qué esperabas?

—Pensé que seguro que uno de vosotros no vendría. Y aquí estáis juntos sin luchar.

Steve ya había bebido bastante y empezaba a molestarme más.

—¿Me lo debes?

—¿Por qué iba a deberlo?

Steve miró a Catherine satisfecho.

—Te la regalé. Me di cuenta de que estaba bromeando, pero no me hizo gracia. Empecé a asustarme.

Me dio una palmada en los hombros.

—Vale, no te asustes. Sólo estoy celoso.

Steve se alejó de mí. Estaba celoso de mí mismo. Justo cuando me estaba recuperando, vi que Rachel se dirigía hacia mí. Mostré todas mis emociones en mi cara, pero eso no la detuvo.

Se movía seductoramente, contoneando las caderas. Pero no me sentía atraído por ella. No sabía por qué me había enamorado de ella en primer lugar. La zorra era fría como el hielo.

—¡Hola! —sonrió. No respondí. Lo único que tenía en la cabeza era una serpiente. Soltaría su veneno antes de que me diera cuenta.

No se arriesgaría a tocarme.

—¿Cómo estás? —Tenía otro movimiento.

—Bien. Veo que tú haces lo mismo...

Se encogió de hombros, buscando entre la multitud a su marido. No me sorprendería que se divorciaran pronto. Ya no iba a entrar en su juego.

En silencio, sin saber de qué hablar, capté la mirada de Catherine. Me miraba y veía que estaba preocupada.

—¡Vamos allá a hablar! —Me cogió por el codo. Estaba tenso, pero no perdí el control.

—No tenemos nada de qué hablar. —Le solté la mano. Vi dos anillos en su dedo. Pensé en la situación de Catherine, con ganas de vengarme un poco.

—Si quieres decir algo, dilo ahora. —No sabía por qué me arriesgué. Y Rachel se aferró a ella. Ya me estaba arrepintiendo.

—No me gusta. —Poniendo cara de inocencia.

—No tiene por qué gustarte. Me gusta.

Rachel sorbió la champaña con avidez.

—Jovencita. ¿La has traído para tomarme el pelo?

El problema de Rachel era que creía que todo giraba a su alrededor. Y yo me acobardé.

—Vive tu vida. Déjame fuera de ella. Si quiero algo de ti, lo encontraré yo mismo.

—Te echo de menos. Antes, esas palabras me habrían hecho estremecerme. Ahora sentía lástima por ella. Aferrada. Su marido la miraba, luego a mí. No soporté caminar en dirección a Catherine. Al pasar junto a mi ex amiga, dije con los dientes apretados:

—Que se joda.

Sin esperar respuesta, me acerqué a Cat y la abracé por detrás. Se tranquilizó de inmediato. Estaba hablando con Victoria, que me vio y sonrió.

—¿Puedo robarte la cita? —Victoria se rió, asintiendo con la cabeza.

Llevé a Cat a la pista de baile y la hice girar maravillosamente antes de que empezara el baile. Nos reímos, luego nos acomodamos y yo coloqué mis manos en sus caderas y ella se acercó a mi cuello. Sentí la libertad en mi interior. Nos besamos. Nos separamos. Y la miramos a los ojos.

—¿Es ella?

—Sí —sonreí. Le acaricié la parte baja de la espalda y volví a acercarla.

—Estoy mejor —levantando la barbilla, me susurró.

—Sin duda.



31. Catherine

Podríamos habernos quedado, pero estaba muy cansada. Así que nos escapamos de la fiesta. En el coche, lo primero que hice fue quitarme los zapatos. Me relajé, con las rodillas separadas y las manos entre ellas. Había sentido la mirada de mi ex toda la noche, pero Liam no había reaccionado. Y eso me bastaba.

Liam me dio un ligero masaje en los hombros y la cabeza. Mi teléfono vibró en el bolso. Era un mensaje de mi hermano: "¡Hola, Cat! ¿Estás en casa? ¿Quedamos mañana?" Respondí con facilidad, por primera vez no me sentí tensa. "No, pero llegaré dentro de media hora." "Vale, mándame un mensaje cuando llegues para que no me preocupe."

Comprendía su ansiedad, pero no iba a discutir. Mañana era el plan. Guardé el móvil y miré a Liam:

—¿Te gustan las rubias? —Sonrió, mirándome.

Me pinté los labios, no sé por qué. Me subí el vestido para que mi lencería de encaje fuera claramente visible desde su lado. La mano de Liam se posó en mi rodilla. Sentí una descarga eléctrica. Sus dedos bajaron hasta el interior de mi muslo, estaba excitada. Me acarició la ropa interior. Mi mano buscó su pierna, luego bajó más. Mis dedos apretaron la tela de sus pantalones y subieron más. Miré a Liam, su caddie se agitó y sus manos agarraron con más fuerza el volante. Me emocionaba lo excitada que estaba.

—¿No hay camino a casa? —preguntó Liam, todavía intentando controlarse. Seguí moviéndome y ya estaba agarrando la hebilla. Liam maldijo en voz baja, encendió el intermitente y se salió de la carretera. Se me llenó la boca de saliva.

Sentía calor entre las piernas. Me recogí el pelo y bajé. Abrí la boca, me incliné y rodeé la cabeza con los dedos, calentándola primero con el aliento, rodeándola con la lengua y lamiendo una gota. Apreté y pasé la lengua por el eje, metiendo la cabeza con la boca.

Me palpitaba entre las piernas. Intentaba darme placer. La mano de Liam se apoyó en mi nuca. Acariciaba suavemente su pelo. Y yo lo tomaba más profundamente. Me excitaba la idea de cómo me veía desde fuera. Liam empezó a presionarme la nuca y yo le entendí sin palabras.

Liam retiró su mano y la movió por debajo de mi vestido, retirando la tela y encontrando primero mi pecho, arrugando mi pezón. Empecé a ponerme cachonda, deseando que me tocara más. Le apreté la polla y aceleré el ritmo. Cuando empujó sus caderas contra mí y su polla se hizo más gruesa, me di cuenta de que estaba a punto de correrme. Mis emociones se desbordaban aún más.

Después, fui consciente de lo que había pasado. Liam me puso de rodillas, me llevó a su boca, su beso fue agresivo, un deseo incontrolable. Sus manos tantearon mi espalda, desabrochando todo lo que podían. Oí mis gemidos roncós y su respiración profunda. Ahora lo quería llevar encima de mí. Me quitó la ropa interior, me levantó por las nalgas y me presionó. Luego se levantó de nuevo y me penetró. Fue una sensación divina. Le chupé el lóbulo de la oreja y le ayudé con las caderas.

Le froté la mejilla, le mordí la barbilla, le chupé la lengua. Y él seguía levantándose y poniéndome encima de él. Los dos estábamos a punto de corrernos. Liam encontró mi clítoris y lo estimuló aún más. Mis ojos y mi boca se abrieron de par en par. Aceleré, deseando que ese orgasmo fuera más rápido. Mis gemidos lastimeros llenaron todo el coche.

—Mírame a los ojos —reaccioné a sus palabras, acatándolas. Mi corazón se paró si alguien se interponía entre nosotros. Se me llenaron los ojos de lágrimas.

—Te quiero. Sólo a ti —oí, cerré los ojos y lo besé.

Mi cuerpo, tenso al máximo, estalló y se relajó. Sentí una palpitación en mí, lo que significaba que Liam también se estaba corriendo. Me desparramé sobre su cuerpo, le rodeé el cuello con los brazos y le acaricié la cara. Me acarició el semen. El coche estaba cargado y olía a sexo. No quería desconectarme de él. Me apreté aún más en su abrazo.

—De todas formas, estaba celosa de que estuvieras con ella —admití.

—Lo entiendo —y continuó acariciándome. Presionó sus labios contra mi sien—. Yo también tengo celos de ti. Incluso de mi hermano. Tengo miedo de que te alejes de mí.

—No lo hará.

Nos quedamos en silencio unos minutos, respirando. Luego nos aseamos y conducimos también en silencio. Le cogí la mano y se la apreté durante todo el trayecto. Estaba tan relajada que Liam lo supo por mis ojos. Cuando nos detuvimos, busqué perezosamente mis zapatos.

—No te pongas los zapatos.

Liam rodeó el coche y abrió la puerta a mi lado. Le rodeé el cuello con los brazos, sintiéndome como una niña pequeña.

—¿Es porque la mamada fue buena? —le pregunté al oído. No contestó. Mientras me llevaba al ascensor, apreté mi nariz contra su mejilla y luego mis labios. Le acaricié suavemente la nuca.

Mi niebla se disolvió cuando oí una tos. El corazón me dio un vuelco. Éste era el momento exacto en que deseaba desaparecer. O caer en el infierno.

Justo entonces vi a mi hermano en el garaje.

—¡Buenas noches, Cat! ¡Buenas noches, Liam!



32. Catherine

—¿Qué quieres, té o café, hermano? —pregunté, sintiendo las mejillas ardiendo y el corazón latiendo con fuerza.

No pude sostener la mirada de Drake, quien se veía pensativo. Tenía ganas de poner excusas, pero por ahora, me callé.

—Té, gracias.

Asentí y me mordí el labio inferior. Me daba vergüenza. Mi hermano se había enterado de lo nuestro de una manera muy diferente a la planeada. En lugar de un restaurante, fui a un aparcamiento. Un silencio sepulcral nos acompañó en el ascensor.

—Supongo que estáis juntos por algún motivo —dijo Drake, con un tono que me puso la piel de gallina.

—No, Colin, no somos un accidente —replicó Liam con firmeza.

Me sentí como una tercera extra, observada por ambos como si fueran animales dispuestos a abalanzarse el uno sobre el otro. Preparé un té para Drake y puse café para Liam. Me senté más cerca de Liam, pensando que era lo correcto.

—Sorprendido —comentó mi hermano lentamente. Su reacción no dejaba claro si era algo bueno o malo.

—Se suponía que íbamos a decírtelo mañana. Lo siento —dije, removiéndome en la silla.

—Es culpa tuya. No deberías venir sin avisar. Es peligroso... —bromeó o se enfadó, no lo supe. Miré a Liam en busca de apoyo.

—¿Y? ¿Cuánto tiempo? —preguntó Drake. Por alguna razón, sentí un nudo en la garganta.

—Sí —respondió Liam con seguridad.

—¿Puedo explicarme mejor? —Mi hermano tosió, tomó su taza de té, la miró pero no bebió.

—Fuiste tú quien nos presentó. Empezamos a charlar de negocios y... —comencé, pero me di cuenta de que no encontraba las palabras. Tomé aire y continué—: Liam me fascinó, empezamos a cruzarnos en el gimnasio, en la cafetería. Es el mejor, tenías razón.

Drake soltó una risita indicativa, volviendo a mirar el café. Hubo una pausa y decidí llenarla de nuevo.

—No queríamos comprometer a nadie, no estábamos seguros. Y entonces... —miré a Liam, que negó con la cabeza. Mi hermano sonrió, pero su sonrisa me encogió.

—Escucha, Cat, me he dejado el móvil en el coche. Ve a buscarlo, por favor. Me estoy haciendo mucho mayor.

Me sentí muy incómoda. Toda resistencia era inútil, lo sabía. Apreté la mano de Liam, quien me devolvió el gesto con un asentimiento. Liam no quería conflictos y yo tenía miedo.

—Seré rápida.

—Puedes tomarte tu tiempo. Prometo no pelear —bromeó mi hermano, pero hoy sus bromas me daban escalofríos.



33. Liam

Me di cuenta enseguida de que la verdadera conversación no se daría frente a Catherine. No estaba preocupado, pero en ese momento no me sentía en forma para negociar. Comprendía a Colin; para él, su hermana lo era todo, una diosa. Y yo me había entrometido sin preguntar, en silencio.

—Si vamos con ella a ese hotel de Palm Springs, ¿nos reconocerán? —preguntó Colin con una mirada que apenas delataba su enojo.

—Sí, estuvimos allí —respondí, consciente de que cualquier cosa que dijera podría enfadarle más.

No teníamos elección, teníamos que negociar. Colin tosió, se aflojó la corbata y finalmente dio un par de sorbos a su taza.

—Eso es mentira, Liam. Me has mentido a los ojos. Y mentiste sobre lo más importante que tengo. ¿Lo entiendes? —dijo con una voz calmada que preferiría haber cambiado por gritos y golpes.

—Lo comprendo. No estoy poniendo excusas. Sabía con quién me estaba metiendo. Sabía que no tenía que hacerlo. Pero...

—¡Pero me contactaste! —Colin levantó un poco la voz.

—Porque me enamoré.

Ante esta verdad, Colin carraspeó y comenzó a dar golpecitos nerviosos con los dedos sobre la mesa. Su tensión se transmitía a mí.

—Empezaste con una mentira.

—Me importa mucho nuestra relación con Cat —dije, sin intentar caerle bien. No quería poner a Colin en mi contra. Hicimos una pausa.

—¿Te he pedido que la vigiles? —preguntó Colin con la cara arrugada de nuevo.

—Pensé que podría hacerlo.

La tensión aumentaba. Frenamos para esperar a Catherine. Hicimos una pausa.

—¿Cómo quieres que confíe en ti después de esto? —Colin dio un manotazo en la mesa. Comprendía sus sentimientos. Yo en su lugar aún no actuaría así.

—Si quieres que remita tus casos a otra agencia...

—Sí, no me importan los casos —dijo con voz fuerte.

Esperé a que se calmara.

—¿Qué quieres de ella? ¿Que hablemos del pago?

—¿Qué...? ¡No!

Ahora me estaba enfadando. Pude ver su irritación.

—Quiero a Catherine. Y no necesito dinero.

Colin no me oía.

—Ella tiene veintidós años y tú treinta. No quiero que la destroces.

—Me conoces desde hace más de diez años. ¿Estoy haciendo experimentos humanos para ti?
—dejé de golpear la mesa con los dedos, y la habitación quedó en silencio.

—Te conozco como un buen abogado. Ni más ni menos, uno que me proporciona un servicio de calidad.

Sonreí.

—Tenéis una gran diferencia de edad. No quiero ver a un hombre a su lado.

—Pero esa persona la elige tu hermana.

Volvió a haber silencio. Oí girar la cerradura. Catherine había vuelto.

—Y debes respetar sus decisiones —añadí, dándome cuenta de que estaba perdiendo el tiempo. Colin observaba la expresión en el rostro de su hermana.

—No lo he encontrado —dijo Cat, dejando el teléfono sobre la mesa.

—¡Gracias, Cat! —fingió que, efectivamente, necesitaba el teléfono y lo hojeó. Miré a Catherine; estaba preocupada, asustada pero feliz. Me puso una mano en el hombro.

—Drake, me avergüenza cómo han salido las cosas. No pretendía engañarte. Tampoco Liam.

Se sonrieron, y vi a Colin ablandarse. Se levantó primero, y yo lo seguí. Colin abrazó a su hermana. La oí susurrarle:

—Es él, él es quien me hace feliz.

Colin la apretó más fuerte entre sus brazos y me miró fijamente.



34. Liam

Cat y yo volvimos al hotel, esta vez antes de la reunión en lugar de después. Parecía que ahora la experiencia estaba de nuestro lado. No hablamos con Colin. Por Catherine, manteníamos una relación neutral, con contacto mínimo. Ambos la queríamos, así que nos tolerábamos.

Miré las montañas desde el balcón y luego desde la cama. La vi, guapa y relajada, acababa de correrse. Ahora hojeaba su teléfono. Como si lo percibiera, captó mi mirada. Era perfecta para mí. La amaba y no la dejaría marchar hasta que ella dijera que se acabó.

Lo mejor era despertarse y verla conmigo. También, cuando ella se despertaba primero, ponía música, abría las cortinas y empezaba a bailar.

Y luego decía:

—Oh, te he despertado.

La admiraba. La tiraba suavemente de la mano y la metía en la cama. Ella se resistía un poco, pero luego cedía.

El fin de semana terminó. Mientras volvíamos, la tensión había desaparecido. Me concentré en la carretera. Sonó el teléfono de Cat, miró la pantalla y dijo:

—Te llamaré más tarde.

Sin pensarlo mucho, pregunté:

—¿A quién?

Ella no contestó. Lo entendí, era su hermano. No me metía en sus asuntos, pero sospechaba que no quería que nos cruzáramos. Nos mantenía a salvo.

—Podríamos parar, tú te apartas... —sugerí.

Ella negó con la cabeza y me tocó el muslo. La miré fijamente.

—El sábado es el cumpleaños de mi hermano —dijo.

Asentí con la cabeza.

—Si vas sola, no me ofenderé —dije, aunque sabía que no sería la mejor opción ahora.

—No quiero ir sola. Seguro que a mi hermano le encantaría vernos a los dos.

Sonreí tenso. Me di cuenta de que Colin necesitaba más tiempo. Había hablado de todo tipo de cosas sobre Jacob conmigo, me había confiado a su hermana. Y yo...

—No creo que deba estropearle las vacaciones, y no tiene por qué quererme.

Vi a Cat tensarse. Suspiró.

—Aún no sabe cómo nos conocimos de verdad —intenté bromear.

Cat se sonrojó y sacudió la cabeza.

—Dios, otra vez no...

Algo me arañaba el alma de forma desagradable.

—¿Un regalo? ¿Puedes darme una pista? —Le pregunté a Cat.

—Ya lo he encontrado, es un juego de cuchillos. Los colecciona. Le encantaría que se lo regalaras.

—Y luego te apuñalará con los mismos cuchillos.

Conocía la afición de Colin por coleccionar cuchillos.

—Déjalo. Voy a pedir.

Paramos en una gasolinera y ella llamó a su hermano. Salió del coche. Cuando volvió, dijo que su hermano vendría a tomar el té. Estaba un poco enfadado, no sabía ni con quién ni por qué. Tomaría el té y luego volvería conmigo. Pero seguía teniendo una sensación incómoda en el pecho.

A mi sugerencia de que se mudara conmigo, Cat dijo que sí al principio. Luego, al cabo de un rato, dijo:

—Mi hermano me pidió que me lo tomara con calma.



35. Catherine

Miré mis pies mientras bajaba las escaleras del juzgado, temiendo caerme de felicidad. Habíamos ganado. Y el mérito era de Liam. Refunfuñaba cuando empezaba a elogiarle. Liam era mi clave del éxito. Le miraba fijamente y me contenía para no abalanzarme sobre él de pura emoción.

Se apartó para contestar al teléfono. Me miró y levantó un dedo, indicando que era una llamada importante. Estuve de acuerdo. Parte de la banda también estaba allí, y el resto de la banda de Nueva York nos felicitaba. Aunque el juicio fue directamente contra mí, ellos me apoyaron. Y hoy no me avergonzaba de mirarlos a los ojos porque no había copiado.

Liam volvió y acordamos cenar para celebrar la victoria con mi hermano. Caminamos hacia el coche, todavía conteniéndome. Pero cuando Liam abrió la puerta, me tomé mi tiempo para entrar. Me puse de puntillas y busqué sus labios. Le rodeé el cuello con los brazos y me estremecí al sentirlo. Quería que sintiera lo mucho que había hecho por mí.

Me miré en el espejo, arreglándome el pelo revuelto. Estaba a punto de encontrarme con mi hermano, pero seguía preocupada.

—Cat, aún no ha terminado. Podrían recurrir. Así que tenemos que estar preparados. Necesitamos reunir todos los datos sobre las publicaciones pagadas.

En ese momento no tenía ganas de discutir con nadie. No quería represalias. Pero confiaba en Liam.

—Puedes pensarlo. No hay mucho trabajo y no hay tensión.

—De acuerdo. Lo consultaré con mi hermano —las últimas palabras salieron solas. Miré a Liam y se me estrujó el corazón.

Nunca me lo había dicho y nunca me lo diría, pero podía sentir que mi dependencia de mi hermano no le gustaba.

Caminamos hasta el edificio de mi hermano y tuve un déjà vu. Él salió a nuestro encuentro. Me abalancé sobre su cuello y le susurré:

—No pasa nada. Hemos ganado. Es gracias a Liam.

Me apreté aún más contra el pecho de mi hermano. Liam se alejó un paso de nosotros. Él esperó a que mi hermano y yo nos abrazáramos. Sólo entonces le dio la mano.

—Buenas tardes, Colin.

—Hola, Liam.

Vi que actuaban con formalidad. Mi corazón se apretó de nuevo. Era muy difícil con los dos. Mentalmente, me dirigí a mamá y papá: "Ayudadme, por favor".

—Gracias por la victoria, Liam.

—Collie, nunca tuvimos ninguna posibilidad. ¿Te lo puedes creer?

Mi hermano me miró cálidamente, buscando en su rostro la confirmación de que todo iba bien. Nos creíamos el uno al otro. Tenía miedo de romper nuestros años de confianza.

Pero, por alguna razón, tenía miedo. Eso me hizo seguir hablando.

—Estoy muy agradecida de que me presentaras a Liam específicamente.

Coloqué mi mano sobre el muslo de Liam y la apreté, inclinándome más hacia él. Y vi a mi hermano. Estaba convencida de que aceptaba a Liam sin ningún problema, así que no había ninguna reticencia. Balbuceé contando cada detalle del proceso, poniendo a Liam en un pedestal.

Los hombres se miraron. Vi que forcejeaban; el primero en bajar la mirada fue Liam.

Debido a la proximidad, la tensión y los sentimientos de gratitud sin límites hacia Liam, me perdí el momento en que me di cuenta de que el vector de la conversación había cambiado.

—¿Cuáles son tus próximos planes? —Mi hermano se volvió hacia mí.

—Oh, hemos cancelado algunos conciertos. Así que necesitamos volver a conectar.

—Estoy preguntando más globalmente.

Dejé de hablar. Fruncí el ceño.

—Continúa tus estudios, Cat.

Mis ojos se abrieron de par en par. Ya habíamos hablado de esto, pero seguía sorprendida. Miré a Liam. Estaba en el mismo estado que yo. Noté su cuerpo tenso. No tenía por qué preocuparse.

—Aún me queda un año en casa. Ya hemos hablado de esto, Drake.

—Sí, estoy de acuerdo. Pero vas a seguir adelante, ¿verdad? ¿Qué piensas?

Tenía algunas ideas, pero ahora mismo no estaba preparada para expresarlas. Quería estar con Liam, eso era lo principal. Y después todo lo demás.

—En la Guildhall School es donde querías ir, y recuerdo que vivías en Europa, ¿es ese tu sueño?

Empezaba a darme cuenta de adónde quería llegar mi hermano.

—Sí, pero ya he tenido bastante con la Juilliard School. Además, el proceso aún no ha terminado, podría haber demandas.

—Sí, pero ese no es tu problema, sino el de Liam y el mío. Tu problema es el futuro de la escuela. ¿Estoy en lo cierto, Liam?

Liam ya se había recompuesto y asintió ligeramente, sonriendo. Pero podía ver su melancolía interior.

—¿Ves? Todo el mundo piensa lo mismo.

Sentí la palma de la mano de Liam sobre mi muslo. Entonces me cogió la mano y me la apretó. Hablamos más tarde.

Volvió a haber un hueco entre los hombres; se miraron.

—Por el trabajo, pagaré lo acordado —mi hermano cambió el tema de la conversación.

—Gracias, Sr. Colin. Pero no hace falta. No aceptaré ningún dinero por este trabajo.

—Eso es encomiable. Pero un contrato es un contrato. Yo pago a mis abogados.

Observé el altercado, pero me mantuve al margen.

—Puedes hacer un donativo a una organización benéfica —sugirió Liam.

Era una gran oferta, pero me di cuenta de que a mi hermano no le gustaba.

—Soy un hombre de palabra. Haz lo que quieras con el dinero, pero yo pagaré.



36. Liam

El hermano de Catherine era un socio fiable, pero un oponente peligroso. Teníamos neutralidad gracias a Cat. Además de una victoria para Cat y el dinero en la cuenta. Su insinuación había sido clara, pero lo que realmente me interesaba era la propuesta de Europa.

Cuando empecé a hablar con Catherine sobre Europa, ella lo descartó, diciendo que era una posibilidad remota y que ahora no le interesaba. No podía ir con ella, pero tampoco podía dejar que se fuera. Estos pensamientos me volvían loco y me oprimían el pecho. Pero toda nuestra vida es una serie de elecciones. Me daba cuenta de que Drake quería lo mejor para su hermana.

Llegamos a la celebración antes que nadie. Hoy había pensado en pedir la mano de Cat, pero decidí no hacerlo. Lo único que quería era su atención. Así que no estropearía la fiesta.

Cat estaba resplandeciente junto a su hermano. La felicidad irradiaba de ella. Coleccionaba cumplidos, a veces avergonzada. A veces la saludaban personas muy famosas y adineradas. Delante de ellos, no podíamos permitirnos nada extra. Yo me mantenía al margen y sólo sentía celos. A veces me llamaba la atención y me sonreía.

Cogí un vaso del camarero y le di unos besitos. Pensé que pronto conocería a los invitados con su hermano y volvería conmigo. Le sentaba bien estar entre gente famosa.

Había música en directo, con un par de estrellas. Felicitaciones aburridas para Colin. Mientras la velada se calentaba, reservaba mis propias felicitaciones. Mantenía un perfil bajo, intentando no meterme en la cara del cumpleañero. Pero mantenía la mirada en Cat.

Miraba al escenario cuando sentí una mano en mi hombro. Me encontré con la mirada de Colin.

—Vamos a fumar, Liam —dijo, no como una pregunta, sino amablemente.

Me llevé la mano al bolsillo, sacando la cajetilla de cigarrillos. Acepté la invitación y la seguí al exterior. El aire fresco de la noche me despejó un poco la mente. Colin encendió su cigarrillo

primero, ofreciéndome fuego.

—Gracias —dije, aceptando el encendedor.

Fumamos en silencio unos momentos, contemplando la ciudad iluminada. Colin fue el primero en romper el silencio.

—Sé que quieres a Catherine. Y sé que ella te quiere a ti. Pero hay algo que tienes que entender, Liam. Mi hermana es joven, tiene un futuro brillante por delante. No quiero que la retengas.

Le devolví la mirada, entendiendo la preocupación en sus palabras.

—Colin, quiero lo mejor para Cat. Quiero apoyarla en todo lo que haga, ya sea quedarse aquí o irse a Europa. No quiero retenerla, quiero estar a su lado, donde sea que decida ir.

Colin asintió lentamente, apagando su cigarrillo.

—Eso es lo que quería oír. Sólo asegúrate de que siempre tenga la opción de elegir. No le quites sus sueños.

—Nunca lo haría —respondí con sinceridad.

Terminamos de fumar y volvimos al interior. Cat nos recibió con una sonrisa, como si todo en el mundo estuviera bien. Y en ese momento, supe que haría cualquier cosa para mantener esa sonrisa en su rostro.

La noche continuó con música y risas. Colin parecía más relajado, aunque seguía vigilante. Catherine, por su parte, seguía deslumbrando a todos a su alrededor.

Me acerqué a ella, tomándole la mano.

—¿Bailamos? —le pregunté.

—Claro —respondió, sus ojos brillando.

La llevé a la pista de baile y nos movimos al ritmo de la música. La sentí relajarse en mis brazos y, en ese momento, todo parecía perfecto.

—Te quiero, Cat —susurré en su oído.

—Y yo a ti, Liam —respondió, mirándome con esa mirada que hacía que todo valiera la pena.

Mientras bailábamos, supe que no importaba lo que el futuro nos deparara, siempre y cuando estuviéramos juntos. Y haría todo lo posible para asegurarme de que así fuera.

Dejé el vaso y supe que Cat estaba en el baño, así que seguí a Colin. Subimos en silencio y llegamos al balcón. Colin me dejó pasar primero.

—¿Buenas vacaciones? —preguntó, mirando al frente mientras se pasaba por delante de mí.

Estaba nervioso, no por mí, sino por Cat.

—Muy bien —respondí. Colin soltó una risita y miró hacia el jardín antes de lanzarme una pregunta que me hizo sudar.

—Cuéntamelo otra vez, por favor, Liam. ¿Cómo conociste a Catherine?

Su mirada se clavó en mí, y nos deleitamos con el espectáculo.

—¡Por casualidad!

Sonrió, cruzando los brazos sobre su pecho y recorriéndome con la mirada.

—Mientes sin parar. Y yo confiaba tanto en ti.

Me estremecí, pero seguí conteniéndome.

—Debería haberte echado hace diez años, cuando llegaste verde.

Las respuestas se agolpaban en mi cabeza. Apoyé la mano en la barandilla, apartando la mirada.

—Y perder diez objetivos más importantes —repliqué, devolviéndole la mirada a Colin.

Nos quedamos en silencio, taladrándonos con la mirada. Mi teléfono vibró en mi bolsillo, probablemente era de Cat. Estaba preocupada, aun sin saber lo que su hermano estaba haciendo.

—No te sobrees el tiempo —dijo ensordecedoramente. Pude oír la clara amenaza en su tono.

—He pensado mucho en no confiarte. Pero he observado, Cat brilla, eres correcto, honorable. No quieres el dinero. Le pides que se mude. Llevas flores, se la llevas a ella. Maduro, maduro, responsable...

Recordé aquel encuentro, con Cat en los brazos. No me importaba lo que pensara, mientras nos dejara en paz.

—Dices que amas... —continuó Colin.

—Porque la amo —mis palabras sonaron seguras. Vi que sus orificios nasales se ensanchaban.

—Lo que amas es el dinero. No te interesaba una relación estable. ¿Y ahora qué? En mi hermana. Sabías que no debías, pero te arriesgaste.

—Me metí en una relación con ella, no contigo. Ella es especial para mí.

—Especial... —repitió Colin.

Nos quedamos un rato en silencio. Entonces, Colin dio un paso hacia mí y me apretó el pecho con el puño.

—Especial, que no te saquen del club para follar.

Permanecí en silencio, porque cualquier sonido que hiciera desencadenaría su agresión.

—Eso es lo que me ha estado molestando. Está demasiado enamorada de ti. Perdonará cualquier cosa, hará cualquier cosa que le digas. Es ingenua. ¿Cómo podría no protegerla? Y Jacob me lo contó todo.

—¿Qué, exactamente?

Vi que el rostro de Colin se volvía pétreo.

—A diferencia de ti, Jacob pasó cinco años cuidando de ella.

Sus palabras hicieron que mis manos se cerraran en puños. Después de todo, había escuchado al cabrón y, lo que es más importante, le había creído.

—Bueno, nos peleamos, no es para tanto. El muy tonto decidió emborracharse... y tú aprovechaste el momento. Le quitaste la virginidad.

Sí, pensé para mis adentros, a Jacob no se le escapó nada, ni un solo detalle.

—Si Cat hubiera querido decírtelo, lo habría hecho. Pero te estás metiendo en los asuntos de los demás sin preguntar. Y estás dando la palabra a un hombre que se siente ofendido. Ese chiquillo ya puede decir muchas cosas por enfado.

El puñetazo de Colin no me sorprendió; me dio en el pómulos y en el labio. Me eché hacia atrás, no quería pelearme con él. Colin se sacudió la mano, su cara retorcida por la rabia.

—Está enamorada de ti, así que no ve la mierda que eres. La jodiste hasta hacerle daño. La echaste como a una puta. Y al día siguiente, cuando descubriste quién era, miraste la situación de otra manera. No tiene experiencia, la jodiste. No vas a recibir mi dinero, ni se te ocurra.

—¿Quieres decir que valoras tanto a tu hermana que sólo se la puede querer por dinero? — Sentí que el teléfono vibraba a menudo. Pensé que de ninguna manera iba a contarle esta conversación a Cat, sería demasiado para ella.

—Mi hermana es un verdadero tesoro. Y te prohíbo que la utilices.

En la mente de Colin, Catherine era una perra sin cerebro y me humillaba hasta una línea que no debería cruzar. Frunció el ceño y se alejó de mí.

—Te equivocas, no fue así —dije, tratando de contener la calma.

—Entonces dime, pero en los puntos básicos, todo es lo mismo. ¿Por qué cogiste las llaves entonces?

—No te metas en nuestra relación, por favor —dije, viendo a Colin acercarse a mí con una mirada amenazante.

—Te doy dos semanas para que abandones tu plan perfecto. Déjalo para que Cat no salga herida. ¡Tú eres el inteligente! Si no lo haces, te arrepentirás. La única razón por la que no te golpeo ahora mismo es porque ella te ama. Pero si no te vas, te destruiré.

Las palabras de Colin resonaron en el aire mientras se alejaba. Me quedé en el balcón, tratando de asimilar lo que acababa de pasar. Sabía que tendría que tomar una decisión pronto. Pero una cosa era segura: no dejaría que nada ni nadie me separara de Catherine.



37. Liam

El plazo de Colin era claro y estricto. Los primeros problemas comenzaron al cabo de una semana, y luego cada día fueron a más. Cada día me veía obligado a pensar en renunciar a Cat, pero lo que realmente quería era darle un puñetazo en la cara a su hermano mayor. No era una solución civilizada, lo sabía.

Desde luego, no iba a renunciar a Catherine, pero ya me había dado cuenta de que me iba a costar mucho. Tenía en mis manos un plan mensual con clientes regulares, cálculos y beneficios previstos. Al revisar la hoja, sentí un nudo en el estómago. Calculaba cuánto duraría mi inventario y pensaba que Colin todavía tenía más acciones contra mí.

Todos los clientes que Colin me recomendó me escribieron para informarme de la suspensión de la cooperación. Mi oficina podía cambiarse fácilmente a otra, pero la de Colin no. Ya había subido desde abajo una vez, y las dificultades no me daban miedo. Lo único que temía era perder a Catherine.

Miré el correo, otra cancelación de servicios. Salí con un cigarrillo al pasillo, mi personal evitaba mi mirada. La presión de la responsabilidad por mi gente pesaba sobre mis hombros. Podía soportarlo, pero estas personas habían depositado su confianza en mí. A ellos también les iba a tocar. Hice cuentas. Mi dinero duraría seis meses si recortaba gastos y pagaba el salario mínimo. ¿Quién estaría contento con eso?

Catherine también notaba el cambio; había vuelto a fumar. Intentaba averiguar qué me pasaba. Me hubiera gustado decirle la verdad, como: "Tu hermano está loco". Pero no podía.

Me envió un mensaje: "*¿Cómo estás?*".

Tecleé rápido: "*Ocupado como siempre*".

Catherine envió una foto, debajo: "*No abrirse delante de desconocidos*".

Miré a mi alrededor e hice clic. Vi a Cat en la cama, los labios entreabiertos, los pezones erectos, la mano en la entrepierna. Me empalmé y quise ir directamente hacia ella. Cinco segundos después, recibí un mensaje: "¡Nos vemos esta noche!".

Pensé que todo iría al infierno, que viviríamos y follaríamos sin trabajo, eso era todo lo que haría.

Me fui a casa. Tenía mis llaves, pero quería que ella me abriera. Estaba ahí de pie, tan caliente, mía, con los labios entreabiertos como en la foto. Busqué sus labios. Me tocó los hombros, el pelo con las manos. Introduje mi lengua entre sus labios.

Retiré los pantalones de seda del pijama y me di cuenta de que ni siquiera llevaba tanga. Eso me excitó aún más. Le acaricié las nalgas y le cubrí el pubis. Cat se echó un poco hacia atrás y se bajó la camisa de seda. Me desabroché la camisa, me incliné hacia sus pechos y se los besé.

Ella me agarró la hebilla del cinturón, me lo desabrochó y mi bóxer y pantalones cayeron al suelo. Cat se arrodilló y me miró a los ojos como pidiéndome permiso. Estaba hipnotizado por esta postura, tragué saliva y asentí con la cabeza.

Luego me tapé los ojos, sintiendo sus labios en la cabeza. El movimiento de su lengua sobre el frenillo. Y la forma en que su mano envolvía mi polla por la base. Le puse la mano en la nuca, entrando con más fuerza hasta que me corrí. Me di cuenta de que no era suficiente y ella tampoco.

La ayudé a levantarse y busqué sus labios. Nuestras lenguas se entrelazaron y la empujé contra la pared. Le quité el pijama y la levanté por las nalgas. La puse sobre mi polla, estaba mojada. Cat gimió, levantó el cuello y yo profundicé más y más.

La penetré una y otra vez, saboreándolo. Y, al mismo tiempo, flipando con la idea de perderla. Empujé, ella se arqueó y gritó. Se estaba corriendo.

Besé su cuello y reduje la velocidad. Seguí moviéndome, pero añadiendo ternura. Volví a sentir que estaba lista y aceleré. Y tuvimos el segundo orgasmo al mismo tiempo. Me apoyé en la pared, Cat rodó sobre mí y apoyó la cabeza en mi hombro. Respiré su pelo, su olor. La levanté por la barbilla y ella levantó la vista, sonriendo. Busqué sus labios y la besé brevemente.

—Salúdame siempre así.

—Me lo pensaré.

Tenía hambre, y ambos cenamos con gran apetito. Por la noche me prohibí pensar en los problemas del trabajo. Pero los pensamientos seguían apareciendo. Si Colin supiera lo felices que éramos, no se comportaría como un bicho raro.

Cuando nos tumbamos, sentí que Cat se inquietaba, luego se arrastró hacia mí y plantó el pie en mi pierna. Me besó el cuello. Y la oí suspirar suavemente. Me abrazó más fuerte.

Mi corazón se aceleró, adivinando que Cat quería decirme algo.

—¿Qué? —pregunté impaciente.

—Responde con sinceridad, por favor.

Mi corazón se aceleró aún más. Asentí con la cabeza. Ella dudó unos segundos más y luego lo soltó.

—¿Podemos pensar en mis estudios en Europa?

La pregunta me hizo cerrar los ojos. Y oí cómo mi mundo se desmoronaba por dentro. Allí vamos.



38. Catherine

—¿Está bueno? —La pregunta de mi hermano me sacó de mis cavilaciones. Levanté la vista de mi plato.

—Mucho. Lo he estado pensando. Lo siento.

Para confirmar mis palabras, pinché un trozo de carne y un tomate con el tenedor y me los llevé a la boca.

Mi hermano estaba contento, sonreía. Y yo masticaba con un crujido. La reunión con él se había programado específicamente para que Liam estuviera ocupado ese día. No quería avergonzar a nadie. Esperaba que las relaciones mejoraran, pero después de la fiesta de cumpleaños, seguían siendo frías.

—El hijo de Tracey va a ir a Oxford —dijo mi hermano con un poco de presión.

—Me alegro mucho por Mark —respondí. Conocía a la familia desde niña, pero desde la tragedia apenas hablábamos.

Estaba un poco de envidia de Mark, y me di cuenta de adónde iba a parar esta conversación. Sentí un nudo en el pecho.

Por mucho que quisiera, en el último mes no había podido quitarme de la cabeza los pensamientos sobre Europa. A veces incluso buscaba información en las páginas de Internet. Apartaba esos pensamientos porque mi relación con Liam era más importante que cualquier otra cosa.

Sólo una vez había iniciado una conversación sobre Europa, pero su reacción fue clara sin necesidad de palabras. Estaba en contra. De alguna manera, pensaba que si me iba, nos arruinaríamos. Y vivir dos vidas era duro. Mucha gente no podía soportarlo.

Liam quería que dejáramos de preocuparnos y no sacáramos conclusiones apresuradas. Pero no podía dejar de pensar. Me desplazaba por Internet, eligiendo temas. Mientras tanto, mi corazón

sangraba.

—¿Has hablado con Liam sobre el caso? —preguntó mi hermano sonriendo.

Levanté la mirada hacia Colin y también sonreí en respuesta.

—Sí, claro que lo he hecho. Pero Liam no quiere dejarme marchar. Me quiere mucho.

Al pronunciar la última palabra, mi hermano sonrió. Me cansé de fingir que no me daba cuenta y de no reaccionar. Me dolía que no aceptara a Liam.

Colin suspiró pesadamente y tomó su vaso. Su sonrisa irónica me quemaba el corazón, asintiendo como si esperara demostrar quién tenía razón. Estaba enfadada, pero me contuve. No era culpa nuestra estar solos, sólo mi hermano y yo, sin mamá, sin el otro hermano, sin su esposa y su hijo. Todo su amor estaba en mí. Ni siquiera se había buscado una mujer. Ahora teníamos que ser pacientes el uno con el otro.

—Ya sabes, cuando las cosas le resultan demasiado fáciles a alguien, deja de apreciarlas.

—¿Por qué dices eso?

—No nos lo ponemos fácil el uno al otro —protesté y me di cuenta de que me estaba enfadando aún más.

Mi hermano se dio cuenta de que había tocado un punto sensible. Nos quedamos callados un rato, y Colin llenó ese silencio.

—Sabes, Ani no me deja acercarme a ella desde hace más de un año.

Podía ver todo el dolor en sus palabras.

—Y entonces, entró en una espiral... Ella cedió.

Ya había oído esa historia y pensé que Colin había superado ese dolor. Pero seguía en él.

—Porque la quería. No puedo ir contra mi hermano, no puedo causarle más dolor.

Colin era sincero cuando pensaba en la familia, estaba dispuesto a dar su vida sin pensarlo dos veces. Y por mí también, yo era lo único que le quedaba. Las lágrimas brillaron en mis ojos.

—Si tuvieras que esperar, ¿esperarías?

Mis dudas salieron corriendo.

—Lo haría. No nos equivocamos de amor.

—¿Qué? —creí haber oído mal.

Así que esto es, según mi hermano. Liam y yo teníamos un "*amor equivocado*".

—Lo siento —me cogió la mano—. No era mi intención.

—No pasa nada —me di cuenta de que quería parar esta conversación antes de que fuera demasiado lejos.

—¿Postre? —preguntó Colin con fingida tranquilidad.

Contuve las lágrimas y asentí con la cabeza.

Yo y mis pensamientos despedimos de mi hermano. Mis pensamientos estaban con Liam todo el tiempo. Nuestra despedida sólo traería miseria. Dudaba. Temía tomar una decisión. Me arrepentiría.

Ahora necesitaba a Noe. Era la única persona que podía aceptarme y escuchar mis dudas.

Nos sentamos en una cafetería cerca de casa. Noe estaba haciendo fotos del postre como siempre, alegre y llena de energía. Yo, en cambio, parecía una mujer agotada por los problemas, perezosa y sin entusiasmo.

Intentaba escucharla hablar de sus estudios, de sus nuevos novios guapos, pero no conseguía captar lo esencial. Me hacía sentir aún peor. Me sentaba y tenía ganas de llorar.

—Me siento bien. Me he distraído. ¿Qué has preguntado? —me sorbí la nariz y tosí.

—Dame la mano —me pidió Noe inesperadamente.

No había resentimiento en sus acciones ni en sus palabras por no haberla escuchado. La miré a los ojos, no había disgusto en ellos. Le tendí la mano. Ella la estrechó.

—¿Estás embarazada?

—No, no lo estoy —la idea me calentaba el pecho—. Sí, quiero tener hijos, pero no ahora. Y si me quedara embarazada ahora mismo, probablemente me enfadaría.

—¿Estás segura? —Noe me miró fijamente. Asentí con la cabeza.

—Totalmente. Tomo la píldora —asintió. Pero no me soltó la mano.

—Entonces, ¿qué te pasa? ¿Otra vez Jacob?

—No, mi hermano sugiere que continúe mis estudios en Europa durante al menos dos años. Y Liam...

Dejé de hablar porque sentí que iba a echarme a llorar. Me di cuenta de que Liam tenía razón, no podíamos romper.

—Yo tampoco quiero dejarte marchar —me acarició el brazo. Me relajé—. Liam, yo también me doy cuenta de lo que es vivir sin ti. Ya lo había superado cuando te fuiste a Nueva York.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Por qué iba a hacerlo? ¿Por qué estar enfadada, pero esa sensación de haber sido traicionada?

—Lo siento —admití.

—Lo entiendo, Liam. Pero yo también te apoyo.

—Podría hablar, a veces es más fácil. Pero con Liam no puedo, siento que incluso pensándolo ya le estoy traicionando. No se merece eso.

—No hay nada malo en descubrir un mundo nuevo y aprovechar las oportunidades. No deberías avergonzarte —Noe me apoyaba, pero mi corazón seguía revuelto. También estaba mi hermano, intrigándome, recordándomelo y empujándome a ese abismo invisible.

Decía que podría perder mi oportunidad. Y Liam no decía nada. Me interesaba la relación, hacer feliz a Liam. Podía ver que él también estaba preocupado por su hermano, inquieto. Pero no decía nada.

—No seré feliz en una relación así, Noe. Lo sé de buena tinta.

—No lo sabes, solo lo piensas. Hasta que no hables y lo averigües, ¿cómo vas a saberlo?

Sus palabras me hicieron sentir mejor, y también vi alivio en los ojos de Noe.

—Lo importante es el deseo. ¿Por qué adivinar lo que va a pasar después?

—Lo único que me importa es Liam.

—Pues díselo. Lo entenderá.



39. Liam

El plazo de Colin se había vencido, y su advertencia había sido ignorada. Lo único que me mantenía en pie era que no iba a renunciar a Catherine. La amaba más que nunca, pero el precio a pagar era alto.

Ayer descubrí que mi cuenta personal estaba bloqueada. Aún no sabía por qué, pero estaba furioso. Eso me hacía desear aún más estar con mi Gata. Sentía sus muslos contra mis costados mientras la besaba. Ella envolvía mi polla con sus brazos, haciéndome morir dulcemente de las sensaciones. Sabía que tenía que luchar contra esto, pero la sensación de que algo se había roto no me abandonaba.

Así que mantuve mi peso sobre una mano y la penetré una y otra vez. Apreté sus pechos, me alejé de su boca y la miré a la cara. Volví a correrme con más fuerza, y me vi perdiéndola. Solté una mala palabra.

—¿Qué? —preguntó con voz quebrada.

Me di cuenta de que estábamos follando, pero no fusionándonos.

—Quieres irte a tu puta Europa —afirmé, sin rechistar. Sabía que la había herido, pero ya no podía callarme. Me senté en la cama, mirando la pared. Encendí la luz. Cuando me giré, estaba sentada con las rodillas pegadas a la cara y los ojos llenos de lágrimas. No sabía que su hermano fuera una persona tan terrible, dispuesta a arruinarnos a ambos.

—¿Liam? —Me llamó. Sabía que quería captar mi mirada.

—¿Qué? —pregunté y quise apagar la luz. Pero ella no me dejó.

—Hablemos —pidió Cat en voz baja y suplicante.

Cogí mi camiseta y me agaché para recoger los pantalones. Intenté calmarme, pero no servía de nada.

—No quieres hablar, quieres engatusarme. ¿Hay alguna diferencia?

Ella apartó la mirada. No sabía qué le pasaba por la cabeza, pero quería que se calmara.

—¿Eres el único que puede amar lo que hace? —sus labios decían que era su hermano.

—Hace dos meses, por alguna razón, no me querías —dije, dándome cuenta de que la estaba hirviendo con cada palabra. Ella también me hacía daño.

—Ni siquiera me escuchas.

Tomé aire, lo retuve, exhalé. No respondió. Crucé los brazos sobre el pecho.

—Habla.

Ella me miró, creyendo que podíamos solucionar las cosas. Lo haríamos si no fuera por su hermano.

—He soñado con esto durante la mayor parte de mi vida consciente. Te quiero mucho. Pero no puedo quedarme aquí esperándote desde el trabajo.

Pude sentir toda su amargura. Me sorprendía cómo veía nuestra vida juntos. Vi sus lágrimas.

—¿Quieres que te deje marchar?

Sacudió la cabeza, secándose las lágrimas.

—Quiero que dejemos de hablar de mis estudios en Europa así o así.

—Catherine...

—Espera. Podemos organizar nuestros horarios...

Exhalé ruidosamente, sin oír lo que decía. Di un paso hacia ella.

—Cat —le rodeé la cara con las palmas de las manos—. No vamos a poder ir, cariño. Lo siento, pero no puedo.

Tenía ganas de decirle que estaba a punto de arruinarme por algo en lo que llevaba años trabajando. Porque su hermano era un idiota. Pero no quería alterar más las cosas.

—No creo en las relaciones a distancia.

Se hizo el silencio tras mis palabras.

—No te engañaré —dijo Cat lastimeramente, buscando mi mirada. Por eso solo quise sonreír. Los dos estábamos celosos, sin saber en qué ocasión.

—Puedo serte fiel. Ya lo sabes.

—Sí, cariño.

—¿Lo sabías? —preguntó, mirándome fijamente.

—No se trata de ser fiel. Te acostumbrarás a la vida sin mí, muy rápido. Y yo voy a morir aquí.

Ya no contenía lágrimas. Cat tiró de la manta, se acurrucó y sollozó. Luego se levantó de un salto y corrió al baño. Mi corazón también lloraba. No fui tras ella, me contuve. Esperé sin moverme, escuchando los sonidos del cuarto de baño. Ella volvió.

—No llores. Me siento como un bicho raro —levanté la mano y le acaricié la mejilla. Ella bajó la mirada.

—Te quiero mucho.

—Y yo a ti —la rodeé con los brazos, apretándola contra mí, besándole el cuello. La sensación de pérdida era máxima.

Levanté a Cat en mis brazos y la bajé a la cama. Empezamos de nuevo. La besé, la miré a los ojos, le toqué el interior del muslo. Amaba cada centímetro de ella, dispuesto a besarla sin parar.

Perdí la noción del tiempo, el final era demasiado claro. Quería su orgasmo y me corrí una y otra vez.

Hoy he tenido una buena mañana. Había tenido varias reuniones y había conseguido convencer a un cliente muy importante para que no cancelara. Me sentía ganadora. Destruirme no iba a ser tan fácil con mis años de reputación impecable.

Lo único que me preocupaba era Catherine. No dudaba de sus sentimientos, pero tenía la sensación de que se me escapaba de las manos. Me dirigí al edificio de oficinas para reunir a todo mi personal y explicarles la situación y las perspectivas. No podía seguir ocultándoles lo que estaba pasando. Subí al ascensor y mi teléfono empezó a vibrar en el bolsillo. Lo saqué, esperando que fuera Cat.

Últimamente me costaba comunicarme con ella, me llamaba menos a menudo y por las tardes intentábamos evitar los temas difíciles. Me daba cuenta de que poner una elección por delante no era correcto en nuestra relación. Descolgué el teléfono y no era Catherine, sino Steve.

—¿Dónde estás? —sus palabras sonaron preocupadas.

—Subiendo a la oficina. ¿Qué ocurre?

—Estamos haciendo un registro —dijo y colgó. Me di cuenta de por qué habían venido. En ese momento comprendí que Colin llegaría hasta el final, por principios.

Al entrar en la planta de mis oficinas, me recibió un vestíbulo muy concurrido. En horas normales, estaba tranquilo. Más de diez personas que no conocía estaban de pie junto a Steve y mis otros abogados. Megan, mi jefa, me miraba desde detrás del escritorio con ojos grandes.

—¡Buenas tardes! —saludé a todos y me dirigí a Steve. Los hombres que habían entrado no parecían agresivos, sino tranquilos. Uno de ellos se volvió hacia mí y me tendió la mano. Le saludé. Me mostró las identificaciones. Recorrí las líneas, dándome cuenta del alto cargo que tenía ante mí.

Al mismo tiempo, Steve me entregó una copia de los cargos. La leí. Nada inusual: evasión, legalización, abuso de posición. Asentí con la cabeza.

Steve me tiró de la manga y me apartó.

—¿Sabes de qué va esto?

—No —sacudí la cabeza y le entregué la hoja, intentando guardar mis emociones.

—¿Por qué están aquí? ¿Tienen algo que hacer? —Steve se movía nervioso, con las manos crispadas.

Sonreí, observando a los agentes de la ley hacer su trabajo.

—Siempre puedes encontrar algo si quieres. Ya lo sabes.

Silencio. Era mejor estar de acuerdo con todo ahora, no fuera que empeorara.

Nuestros "invitados" se quedaron más de tres horas. Registraron todos los documentos posibles, conté con más de 15 personas. No firmamos lo que nos dieron a firmar. Me disponía a impugnar por un argumento sin fundamento.

Nuestra oficina estuvo paralizada durante un día, también las oficinas vecinas y socios como Steve. Fumé en mi despacho, mirando por la ventana e intentando pensar sin emoción.

Oí que alguien entraba en el despacho y se hacía el silencio. Giré la cabeza y vi a Steve.

—¿Me das un cigarrillo? —me preguntó.

Le tendí el paquete, luego el mechero. Me lo devolvió. No dijo nada, se quedó de pie a mi lado. No sabía qué se suponía que debía hacer a continuación. Agradecí que Steve no me acosara con acusaciones.

—¿Qué ha pasado? Sinceramente. No estamos ciegos, ¿verdad? —su voz era tranquila.

Todo el mundo se había dado cuenta, la rotación de clientes del último mes era enorme.

—No me he acercado a Colin, el hermano de Catherine.

Steve frunció el ceño. Lo suponía, lo sabía.

—Pero eso es inadecuado. Hoy en día no se hace eso. No vivimos en la Edad de Piedra —Steve estaba indignado y lo dejé desahogarse.

—Lo sé —me calmé, no necesitaba que otro hombre más se pusiera histérico.

—Liam, por favor, te apoyaremos, pero esto... No lo entiendo, y no quiero saber los detalles de por qué... Pero no es tu esposa todavía.

—Sí, soy idiota.

—Es decir, has quedado con ella para pasar la noche. Quizá sea más fácil decir que no.

No quería seguir escuchando a Steve. Apagué el cigarrillo.

—¡Quizá! —me di la vuelta y me dirigí a la puerta.

—Resuelve el problema, Liam. Todos nos hundimos, todos te pedimos...

Hice un gesto con la mano. Empujé la puerta y salí. Las cosas aún no tenían sentido para mí. Sin todo esto, me daba cuenta de que iba a romperme un poco más. Solo que no sería Colin quien lo decidiera, sino Catherine.



40. Liam

Me dirigí a la puerta, no llamando al timbre como solía hacer, sino abriéndola con la llave. Todo mi pecho estaba escocido y ensangrentado. Oía música, olía la cena. Me daba cuenta de lo aterrador que sería perderlo todo: llegar solo otra vez a un piso vacío, no oír su risa y despertarme solo. Se me hundía el corazón al pensarlo.

Dejé mi maletín de trabajo, ella se asomó al pasillo y me sonrió.

—Hola —dijo cautelosamente, con pánico en los ojos. Catherine se había vuelto más atenta, me escaneaba todas las noches, probablemente sacando conclusiones.

Estábamos juntos, pero ya en convulsiones de muerte. Inercia. Sonreí, moviéndome a su encuentro.

—Hoy llegas temprano.

Asentí con la cabeza, haciendo contacto visual.

—Me estoy duchando —dije, mirándola. Estaba divina, como siempre.

Caminé hacia mi habitación, desabrochándome los botones de la camisa por el camino. Sentía sus ojos clavados en mí, pero no sabía qué hacer. La ducha ayudó, salí hacia ella un poco más relajado. Ella empezó a tararear algo.

—Sabes, me han pedido que haga un anuncio —dijo, mirando ansiosa mi reacción. Sabía que había estado haciendo todo tipo de proyectos, pero últimamente no la entendía. Cuando hablaba, parecía que teníamos un siglo de diferencia de edad, no diez años. Música de marca, redes sociales, vídeos...

Había tensión en todo, si lo olías, había un escándalo. Me callé y asentí con la cabeza.

—Interesante.

—Te pedí tiempo para estar de acuerdo. Quería consultarlo contigo.

Intuí que no decía nada, veía cómo se sonrojaban sus mejillas. Pero no podía enfadarme, el miedo a perderla me había abandonado hoy.

—Lo harás bien.

Se acercó a mí y me puso las manos en los hombros. Nos miramos a los ojos. Catherine se acercó a mi cuello.

—¿Te apetece un masaje?

—Más tarde.

Sus dedos se congelaron.

—¿Qué ocurre?

No sabía qué responder. Sonreí. Le acaricié la mano. Me alejé y saqué del maletín una caja pequeña. La miré. Catherine también tenía los ojos bajos. Sentía que no respiraba. Lo abrí, pero ahora no la miraba.

Solo quería su primera reacción, el resto no importaba. Y fue de consternación.

—Liam...

Vio el anillo, pero no lo cogió ni empezó a chillar de alegría. Veía pesar y miedo en sus ojos.

—¿Quieres casarte conmigo? —Empecé este juego, aunque ya estaba claro.

Catherine se mordió el labio. Me dolía mucho lo que estaba pasando, pero estaba tranquilo, como un alivio. Steve tenía razón. No veíamos la vida de la misma manera. No podía exigirle sacrificios. Tenía mucho miedo de perderla, pero me daba cuenta de que ya la había perdido.

Ella vacilaba, pero yo ya no tenía miedo de perderla: un calor se derramaba por mi cuerpo. Esta era mi nueva experiencia. Quería que tomara su propia decisión, no la de su hermano. Veía que ella también estaba dolida.

—Te quiero —susurró.

—Sé que me quieres —respondí con una sonrisa.

Me besó las mejillas. Me quedé quieto.

—Quiero una familia, hijos contigo. Te protegeré, no te traicionaré.

—Lo tendremos todo —dijo con un resoplido.

—No soy suficiente, cariño. Lo quiero ahora, y sin ataduras. Tú eliges la perspectiva. Quieres estar allí, desarrollarte, tal vez incluso trabajar. No podemos. Te echarán para atrás y... acabará mal.

Siguió besándome, solo que había cerrado los ojos y lloraba en silencio. Veía que las lágrimas rodaban por su mejilla. Aún no había cogido el anillo. Cerré la tapa de golpe. Abrazando a Catherine, se acurrucó en mi cuerpo.

—No puedo renunciar a ti. No puedo. Todos podemos hacerlo.

—No podemos. Sucedió —noté cómo sus lágrimas empapaban mi camiseta. No podía manejar sus emociones, esperé a que se calmara.

Cuando se calló, la distancié.

—Vamos a intentarlo... el uno sin el otro. Sin llamadas, sin vernos... Si necesitas mi permiso, me parece bien —mis palabras se callaron.

Ella empezó a sollozar de nuevo.

—Catherine, eso no significa que se haya acabado, solo que lo intentaremos. ¿De acuerdo?

—Soy horrible, lo siento.

Besé su pelo, acaricié su espalda. Intentaba que se sintiera mejor.

—Solo eres inexperta y aún no sabes elegir. Lo intentaremos. Si podemos, entonces nos equivocamos. Si no, nadie nos impide volver el uno con el otro.

Catherine asintió. Me abrazó aún más fuerte. Se me rompió el corazón de que fuera la última vez.

—Eres la mejor —me susurró al oído y me besó, besó, besó.

—Te quiero tanto.

Me traicionaba a mí mismo ahora mismo al pensar en dejarla marchar. Dudaba que sobreviviera después de esto.



41. Catherine

— ¡Oh, has venido, Catherine! —exclamó Noe, apartando las flores y caminando hacia mí.

— Tenía lágrimas en los ojos.

— Son para ti —le dije, tendiéndole la bolsa de regalo.

Me atrajo hacia ella y me relajé un poco.

— ¿Estás bien? —preguntó, haciendo que mi corazón latiera con más fuerza. Había demasiados sentimientos como para describirlos en una frase.

— Bien —respondí, apartándome. Ella frunció el ceño. Lo sabía todo. Aunque fruncía el ceño, su sonrisa me calentaba el corazón. Mis problemas no debían contagiarse a los demás.

— No tardaré —dije con fuerza, conteniendo las lágrimas.

— Por supuesto, intenta relajarte.

Asentí con la cabeza. Sólo Noe sabía lo de nuestra pausa con Liam. Me acerqué a la mesa con las chicas. Al oír la petición de una de las amigas de Noe, sonreímos. Ella tomó unos chupitos.

— Chicas guapas...

Nos reímos.

— Tú descuéntalo, que yo lo subo —dijo Noe a su amiga.

Entonces Noe me miró, viendo lo rápido que pasé de la risa al estado contrario.

— ¿No te suena?

Fuera de mí, lo único que hice fue sacudir la cabeza.

— ¿No te sientes mejor?

Volví a sacudir la cabeza, temiendo que si decía una palabra, me echaría a llorar. Una vez tomada una decisión, se hacía más difícil. Mi mente estaba de acuerdo con la decisión, pero ¿por qué me dolía tanto? Aquella noche, Liam lo hizo todo como un anestesista experimentado. Pero la anestesia desaparecía poco a poco y se hacía insoportable vivir con el dolor constante.

No podía vivir sin él. No quería nada sin él. Si me llamaba, él me pediría que volviera a su vida. Claro que lo haría. ¿Y entonces qué? Volvería a cambiar de opinión dentro de un mes o un año. Así que me dije a mí misma que no tuviera prisa.

—¡Trae el champán, Cat!

Cogí la copa automáticamente.

—Relájate un poco, por favor.

Noe había hecho tanto por mí que no quería estropearle las vacaciones. Tomé un sorbo efervescente y dejé la copa a un lado. Noe estaba en alguna parte, había muchos amigos suyos en la fiesta, a algunos los conocía, a otros no. Todos me parecían amables y simpáticos.

Si no estuviera en este estado de ánimo, seguramente lo aprovecharía al máximo. Pero hoy estaba más observando que divirtiéndome. Me sentía fatal, como enferma. Cada llamada o mensaje de texto me hacía estremecerme, corriendo hacia el teléfono, pensando que era Liam. Pero era otra notificación, Noe había publicado una foto mía.

Busqué a Noe con la mirada, se estaba divirtiendo. Me hacía gestos para que fuera a la pista de baile. Le sonreí mientras miraba a los demás concursantes. Veía otro grupo alborotador, un puñado de mayores malhumorados. Me molestaban sus risitas y sus gritos.

Sentí una mirada sucia en mi cara. Intenté no mirar en esa dirección. Pero por el rabillo del ojo vi que se levantaba y me miraba sin timidez. Oía silbidos. Quería darle un puñetazo a ese capullo. Pero no podía. Estaban borrachos.

Hice lo posible por divertirme, intenté salir a la pista de baile unas cuantas veces. Pero los recuerdos me invadían, me detenía y volvía a la esquina. Sabía que Noe estaría aquí hasta mañana, pero ya no podía más. Todo me recordaba a Liam.

—Ya me voy, Noe.

La cumpleañera frunció el ceño, pero no discutió. Lo entendía.

—He reservado un taxi, está de camino.

Asintió y se despidió de mí con un abrazo.

—Creo que debería reconciliarnos —me dijo al oído.

—No nos hemos peleado. Pero no puedo soportarlo más. Le llamaré mañana...

—Eso es.

Noe me animó, y por eso le estaba eternamente agradecida.

Mientras caminaba hacia la salida, me invadía el miedo de perder a Liam para siempre. Eso era exactamente lo que temía. Fuera, mi teléfono vibró. Era un taxi.

—¡Buenas noches! Es un taxi. ¿Podrías bajarte al otro lado de la calle? Hay un accidente. Y si da la vuelta, es un gran círculo.

—Vale, dame una pista. No se me dan muy bien las indicaciones —le pregunté al conductor.

Intenté memorizarlo todo. Caminé hasta el lugar designado y la decisión que había tomado me hacía sentir como si me hubieran crecido alas. Exhalé. No quería esperar a mañana, quería hoy. Miré mi teléfono.

¿Quién decía que tenía que ir a Europa ahora? Podía ir más tarde, cuando fuera mayor. ¿Por qué su oferta me parecía un ultimátum? Podríamos arreglar las cosas.

Pulsé su nombre, pero estaba temblando de excitación y solté el teléfono. A lo mejor ya estaba dormido y no quería despertarlo. Volvería a casa, luego llamaría por la mañana. No quería que pensara que había sido el alcohol el que lo había decidido por mí.

Miré delante de mí y vi una pared, no sabía adónde iba. Miré a la derecha, miré a la izquierda, no vi a nadie. ¿Dónde estaba el pasadizo? No estaba allí, era un callejón sin salida.

Miré un poco más a mi alrededor, empezando a reprocharme que estaba en el lugar equivocado. Me di la vuelta.

Y oí un silbido, me dieron escalofríos.

—Chica.

Me estaba bloqueando la salida del callejón sin salida. Era el de la mirada lujuriosa del club. Intenté tranquilizarme, deseando que cada uno siguiera su camino. Cambié de trayectoria, pero iba directo hacia mí. Mi corazón latía frenéticamente.

—¿Por qué eres tan poco cooperativa?

Intenté pasar a su lado y aceleré el paso. Agarré el teléfono con la mano. El tipo me agarró de la muñeca y mi teléfono voló al suelo con estrépito.

—Suéltalo —le pedí, dándome cuenta de que la agresión era inútil.

Intenté sacar la mano, pero no podía, me dolía. Me apretaba la mano con más fuerza.

Me miró, su sonrisa me ponía enferma. No debía mostrar miedo, fingí estar tranquila.

—Vamos a conocernos —dijo, poniendo la mano en mi muslo.

—No lo quiero —respondí. Me apretaba más contra él. Podía oler su aliento de alcohol.

—Me gustas.

Sus palabras hicieron que mi respiración se acelerara. Intenté apartarme, pero me sujetaba la mano con fuerza y me guiaba el muslo con la otra.

—Suéltame. Gritaré.

Sonrió. Por el fuerte impacto contra la pared y la falta de aire en los pulmones, empecé a ahogarme. El pánico se instaló en mi cabeza. El tipo no perdió el tiempo y me apretó contra la pared con su cuerpo. Buscaba mi cara y me mordió el labio mientras le empujaba. Pero volvió a amontonarse encima de mí.

Empecé a sentir asco. Repetía como un loco.

—Vamos, vamos, nena, vamos a conocernos, vamos a...

Me arrugó el vestido, intentó bajarme las medias. Intenté recordar cómo comportarme en defensa propia. Le golpeé entre las piernas con la rodilla.

Gritó, me sentí libre, me agaché rápidamente para coger mi teléfono. Estaba destrozado, pero probablemente funcionaba.

En ese mismo momento recibí una patada en la espalda y caí al suelo. Grité por el dolor en las rodillas y el teléfono salió volando. El tipo me agarró del pelo y lo enrolló alrededor de su puño. Tiré y grité, con lágrimas en los ojos.

Esto no podía estar pasando, a 200 metros de un club muy concurrido. No podía ser...

—Zorra...

Me dio la vuelta, pero antes de que pudiera ver, a través de las lágrimas, una silueta. Y pensé que era Jacob. Tal vez deseaba que alguien me salvara.

—¡Socorro! ¡Socorro!

Un golpe en la cara me dolió, sentí sangre en los labios. Luché, pero mis fuerzas no me alcanzaban. Me apretaba el cuello, la sensación de impotencia me desesperaba. Intentaba quitarme las medias.

Me salieron lágrimas de los ojos. Grité:

—¡No!

Inmediatamente, recibí un golpe en la cabeza, el pánico se apoderó de mí. Oí una voz, me resultaba familiar.

—Eh, no estamos...

Aluciné, quería girar la cabeza, pero el cuerpo amontonado y la mano en mi cuello me impedían moverme.

—Quítate. He cambiado de opinión.

Solo veía una mirada sonriente y loca que se cernía sobre mí. Dios, esto no. No quería...

—Pórtate bien, relájate, los dos disfrutaremos. Nunca se me había quejado nadie.

Ya me ha arrancado las medias y ha llegado hasta mis bragas, intentando abrirme las piernas. Me retuerzo, llorando, suplicante. Rascando el suelo con las uñas, veo a través de mi conciencia

una roca, entrecierro los ojos, la alcanzo y la golpeo con todas mis fuerzas.

Quiero vivir.



42. Liam

O í vibrar mi teléfono, pero no pude abrir los ojos. Después de las decisiones que había tomado Cat, no tenía motivación para vivir. Había perdido el norte. Las llamadas no dejaban de molestarme. Odiaba a la persona de antemano. Hasta el momento en que me di cuenta de que podría ser Cat quien me llamaba.

Ella y yo no hablamos de una fecha límite. Me despegué de la almohada. Vi que era Colin. ¿A la una de la madrugada? No me jodas.

Apagué el sonido y volví a apoyarme en la almohada. Pero estaba completamente despierto. El corazón se me aceleraba en el pecho. ¿Y si lo hubiera hecho? Volví a coger el teléfono y fui a la lista de llamadas. Mi corazón latía con fuerza. Vi que hacia las 12 de la mañana la había llamado Catherine. No lo había cogido. La llamé y me dijo que estaba fuera de cobertura. Puta. Tenía miedo por ella.

Llamé a Colin. Contestó enseguida. No era una buena señal para mí.

—Me has llamado...

Me interrumpió, pero no reconocí su voz, que sonaba como la de un anciano.

—Liam, está con la policía. Necesita un abogado enseguida.

Entré en la habitación, y Colin se había quedado fumando. Era la primera vez que le veía así; empezaba a parecer un anciano. Y me daba miedo ver a Cat entre esas paredes. ¡Zorra!

Me condujeron a una habitación con barrotes en las ventanas altas y paredes raídas. Solo había dos sillas y una mesa. No se encajaban con mi Catherine.

Le quitaron las esposas y mi corazón se desplomó. Creí que me moría. ¿Por qué necesitaba esposas? Tenía sangre en las rodillas, el labio hinchado y una gotera cerca del ojo. Me dolía. Soy

un hombre que no pudo protegerla.

Se acercó y vi más moratones en su cuello. Tenía el rímel corrido bajo los ojos. Hice un gesto con la cabeza a la asistenta.

Cat miró a su alrededor con la mirada perdida, frotándose las manos.

Señalé su silla, tragando saliva, incapaz de pronunciar una sola palabra. Ella asintió, se sentó, puso las manos sobre la mesa y apretó.

Vio la sangre en sus manos, se sobresaltó y las escondió bajo la mesa. Su respiración se aceleraba, tenía lágrimas en los ojos.

—Catherine —la llamé, sentándome frente a ella. Esperé su mirada errante. Sentí una punzada. El miedo y la desesperación me miraban fijamente.

Se me contrajeron la garganta y el corazón, pero me di cuenta de que era el único que podía ayudar. Y ahora mismo, la palabra necesidad era primordial.

Tosí y exhalé, recomponiéndome.

—Si te parece bien, seré tu protector.

Me miró, con lágrimas rodando por sus mejillas. No se daba cuenta.

¿Cómo había podido ocurrir esto? ¿Cómo había podido permitirlo?

Sacudió la cabeza. No me importaba. Bien.

—Ante mí, tienes que ser sincera para que pueda protegerte. Te haré preguntas y tú responderás con todo detalle. Es muy importante, Catherine.

Tal vez mis palabras no se entendían del todo. Ahora no podía pensar con claridad, dudaba incluso que pudiera soportarlo todo.

—¿Lo he matado yo? —preguntó con voz sin vida, ronca. Lo comprendí. Había estado gritando, pero no había nadie para ayudarla.

—No. Está en el hospital. Aún no ha recuperado el conocimiento.

Sus labios y sus manos empezaron a temblar. Esperé que se calmara.

—Por la mañana habrá una reunión para decidir si te dejamos aquí o no. Vamos a intentarlo.

—¿Puedo quedarme? —Pude ver el terror en sus ojos—. No quería matarle. Quería protegerme.

Me costaba controlarme. Perra. Era más fácil morir que pasar por todo esto. Pero si no conseguía controlarme ahora, nadie podría hacerlo.

Ella asintió. Le serví un vaso de agua. Ella se quedó mirando como si no se diera cuenta de lo que era.

—Bébelo, intenta no llorar. Así podré ayudarte.

Cogió el agua y se quedó mirando durante un buen rato. Luego bebió con avidez. Le serví otra. Miró el vaso y no volvió a llorar. No podía imaginar lo que le estaba costando. Yo también me estaba volviendo loco. Si perdía los nervios, perderíamos. Mientras la esperaba, me tranquilicé.

—Ayer fui a la fiesta de cumpleaños de Noe...

Bien, sigue así, pensé. Bien hecho.

Salí del edificio tres horas después. Durante todo ese tiempo, había estado hablando con Cat. No podía imaginar lo duro que era para ella. Me sentía con náuseas, con ese olor específico impregnado en su piel, en su pelo, en su ropa. Estaba claro que era una víctima.

Colin me esperaba afuera. Aunque estaba enfadado con él, teníamos que mantenernos unidos por el bien de Catherine.

—¿Cómo está? —preguntó, corriendo hacia mí y mirándome a los ojos. Se veía más bajo que yo, aunque siempre le había admirado. Esa superioridad se había esfumado. Ahora estaba dispuesto a destrozarlo por ella. ¿No había prometido protegerla? ¿Por qué había permitido esto?

Ambos habíamos fracasado.

—Está en una celda. La acusan de intento de asesinato. ¿Cómo crees que está? —No pude contenerme. Encendí un cigarrillo, intentando calmarme y encontrarle sentido a todo esto.

Una serie de coincidencias habían conducido a esta tragedia.

—¿Qué asesinato? Se estaba defendiendo. Se estaba salvando.

Pude ver su indignación, pero no me dolió. Necesitaba desconectar todas las emociones y los sentimientos. De lo contrario, no podría ayudar.

—Colin, la encontraron con las manos ensangrentadas junto a un tipo con el cráneo fracturado. Ella no negó haberle pegado.

Me sentía asqueado por la situación, por Colin, que estaba encorvado a mi lado llorando. Perra, y él era el jefe de una empresa de construcción.

—Deberían haberla seguido. —Gruñó, llevándose la mano al corazón.

—No tengo a nadie más que a ella. ¿Lo entiendes?

Me reí entre dientes, pero también me cargué de determinación.

—¿Conoces a Michael Rowe?

Asintió rápidamente, comprendiendo la gravedad del asunto.

—Es su hijo. Es su cumpleaños. Está colado por Catherine, así que ha estado presionando para conocerla.

—¿Le hizo algo?

—La golpeó, la estranguló, pero no tuvo tiempo de hacer más. Tenemos que quitarle los moratones.

Vi que Colin se recompuso y tomó el control de la situación. Esto era bueno. Ayudaría al caso.

—La vista es a las once. El fiscal me ha advertido que insistirá en la prisión preventiva hasta que se pronuncie el tribunal.

Colin volvió a desplomarse, con los ojos desorbitados.

—No lo permitiré. ¿Pagar a quién? ¿Cuánto? —Retorcía las manos con desesperación. Lo miré y suspiré.

—No lo sé, porque al hijo del ministro le volaron el cráneo. Quizá siga siendo un vegetal. Y Rowe hará todo lo posible por mantener intacta su reputación.

—Haré un trato.

—No servirá de nada lo que haga por su hermana. Hará menos por su propio hijo. —Volvía a sentir náuseas.

—¿Puedo verla?

—No hasta mañana, en la reunión.

—Puedes hacerlo, ¿verdad?

Esta pregunta quedó suspendida en el aire. Como profesional, me di cuenta de que no era seguro. Este sería mi caso más difícil.

—Digámoslo así. Yo me encargaré de la defensa. Y tú me ayudas psicológicamente. Hay mucho trabajo. Si sale bien, claro. Si no, podríamos perderla, nunca lo lograremos.

Comprendí a Colin porque compartíamos el mismo miedo.

Me pidió un cigarrillo y fumamos juntos.

—No me queda nadie más que ella. —Drake lloraba en silencio.

"¡Cállate!", pensé para mis adentros, porque era como una responsabilidad más sobre mis hombros. Por el rabillo del ojo, lo vi apagar el cigarrillo y estremecerse. No podía sentir lástima por él. Él había fallado. Yo también lloraría si pudiera permitírmelo. Pero no podía. No podía permitirme tener miedo.

—Contrólate, por el bien de Cat. Hay que salvarla. Ahora también depende mucho de ti.

—¿Cómo pueden encerrarla? Solo se estaba defendiendo. Yo mismo habría matado a ese cabrón.

Sonreí satisfecho, sus palabras no podían evitarlo. Yo mismo desconectaría la máquina. Pero no puedes, este idiota tiene que sobrevivir.

—Rowe mantendrá a salvo a su hijo y su reputación. No se encontrarán drogas ni alcohol en su sangre. Será un caso muy sonado. Harán pasar a Catherine por una chica lasciva y borracha. Harán falta contactos, dinero y un milagro para demostrar lo contrario. Todos los contactos del caso, solo con mi conocimiento.

—Entendido.

—Yo tampoco tengo a nadie más que a Cat. —Dije y me dirigí a mi coche.



43. Liam

A Catherine y a mí no nos separaba ahora ni un océano ni un continente, sino solo un trayecto de 50 kilómetros. Aparqué en el puesto de seguridad, enseñé mi carné y me dejaron pasar. Catherine estaba bajo arresto domiciliario, sin poder salir de la casa de campo de Colin.

Su agresor había recobrado el conocimiento y mentía diciendo que había perdido parte de la memoria. Decía no recordar al lunático que le arrojó una piedra, pero sí se acordaba de Catherine, la "zorra", y seguía recibiendo visitas en el hospital por orden de su padre.

En cada paso de la investigación me encontré con resistencia. Había tenido que vender mi alma al forense para que admitiera los golpes que Kot había recibido. Discutimos sobre la gran cantidad de alcohol que encontraron en su sangre. Yo sabía que apenas bebía, pero el tribunal lo veía de otra manera. Y, como sospechaba, no había rastro de alcohol ni drogas en la sangre de Junior Rowe.

Catherine estaba con la seguridad perimetral y Colin trataba de estar a su lado todo el tiempo. La presión sobre él y sobre mí era inmensa. La investigación no quería reconocer el intento de violación, pero yo estaba decidido a llegar hasta el final. Consultaba constantemente con mi oficina. No me dedicaba a casos penales, pero sabía que era el más motivado para esto. Y no podía confiar en nadie.

Había resistencia en cada paso. La grabación del circuito cerrado del club había desaparecido, el taxista negaba haberla llamado y decía que la había dejado en otro sitio. El número desde el que Catherine había llamado no existía. Tampoco había información sobre quién lo había comprado. Los amigos de Junior Rowe decían que él solo se había acercado a Catherine para invitarla a fumar.

No había características positivas sobre Catherine, porque no había estado en Los Ángeles en los últimos tres años. Steve guardaba silencio, pero sus ojos hablaban por él: recordaba cómo nos conocimos. Y todo lo recordaba. Por eso iba cuando Colin no estaba en casa. La reunión de Catherine con el consejero había terminado. Le propuse que habláramos más tarde y aceptó. Me acompañaron a su casa bajo vigilancia. Esa era mi sugerencia a Colin: no hacer una excepción con nadie.

Llamé a la puerta de la habitación. Siempre era lo mismo. Primero se me hundía el corazón y luego me saltaba del pecho.

—¡Hola! —sonreí, intentando controlar mis emociones. No podía permitirme desbordarme ahora.

—¡Hola! —respondió con calma.

Estaba sentada en el sofá, con las piernas recogidas. ¡Qué cálida se veía con ropa casera! La habitación estaba llena de estanterías, haciéndola aún más acogedora. Catherine estaba deprimida desde el incidente. Tenía pesadillas y gritaba por la noche. El violador la acosaba en sus sueños. El terror se había convertido en odio hacia sí misma. El psicólogo y ella trabajaban juntos, pero nadie sabía cuánto tiempo llevaría.

El rubor volvía a sus mejillas. Sus ojos aún no ardían, pero ya había vida en ellos.

—¿Cómo estás? —empecé.

—¿Yo? —Cat hizo una pausa. Mis sentidos estaban sintonizados con ella.— Bien, supongo. Paseando, viendo películas, leyendo. Excepto por la pulsera.

Se señaló el tobillo, avergonzada pero sonriendo.

—A veces la conexión baja por aquí. Por eso vino ayer la policía.

Me daba cuenta de lo incómoda que se sentía.

No quería decirle ni prometerle nada. Me asustaba solo pensarlo.

—¿Escribes música?

—Lo intento —se estremeció de repente—, pero no me gusta lo que hago.

No aparté la mirada, busqué de nuevo sus rasgos, enamorándome. Me acerqué más a ella, pero ella levantó inmediatamente las rodillas y las abrazó. Se protegía de mí. Me paralicé. Me dolía.

—Esta noche hemos hablado con el consejero —sus palabras me arañaron el corazón—. He recordado algo que no te había contado.

Exhalé, presionando hacia delante, pero sin acercarme. Veía que dudaba.

—Habla, Cat, por favor —tenía mucho miedo de estallar. El silencio duró unos segundos. Entonces recuperé los latidos de mi corazón. Sabía que cualquier detalle, cualquier pista era muy

importante.

—Cuando me desperté, creo que vi a un hombre entre las sombras.

Permanecí en silencio, pero en mi cabeza me alegraba. Eso era un testigo. Temía que no continuara.

—¿Quizá algún detalle?

Se tomó su tiempo, mordiéndose el labio y bajando la mirada hacia su regazo.

—No estoy segura, pero por alguna razón pensé que era Jacob. Quería que alguien me ayudara. No sé por qué él...

Empezó a balancearse. Quería acercarme a ella, pero no podía.

—Me pareció, y luego la voz...

—Por favor, recuerda lo que era, cariño —tenía miedo de que si tiraba ahora con fuerza de la cuerda, se rompiera.

—No lo vi —estaba casi llorando—, dijo que había cambiado de opinión.

La habitación se quedó en silencio. No pude acercarme a ella para consolarla.

—No se lo cuentes a nadie, te lo contaré yo misma cuando se lo diga al investigador.

—Probablemente sea una fantasía. No podría haber estado allí. Me habría ayudado... me habría salvado.

Estaba explotando por dentro. Un momento más y no podría controlarme. No podía soportarlo. Acerqué la mano a su mejilla, la toqué, le quité una lágrima. Cat cerró los ojos y tragó saliva. Tenía tantas ganas de besarla, de abrazarla, de no dejarla marchar nunca más. Con un esfuerzo de voluntad, me alejé.

—Todo acabará pronto. Y tienes un gran futuro por delante.

Bajé la mirada.

—Gracias por todo. Lo siento...

—De nada.

Salí de la habitación y me dije en un susurro:

—Te quiero, cariño.



44. Liam

Mientras Catherine reaprendía a vivir con sus miedos y dudas bajo vigilancia, su ex, Jacob, disfrutaba de una vida despreocupada, rodeado de sus amigos en un bar de hookah.

Al verlo con su brazo alrededor de una joven, sorbiendo de la pipa, me hirvió la sangre. Quería matarlo, pero me contuve, desconectando todos mis sentidos con un esfuerzo sobrehumano.

Le daría su merecido más tarde, pero por ahora solo observaba desde una mesa cercana, disfrutando del proceso, sin prisa. Me sentía como un cazador tras su presa.

La compañía pagó con billetes arrugados, tirándolos descuidadamente sobre la mesa. La misma chica subió al coche con Jacob. No necesitaba testigos, así que fui paciente. Les seguí hasta el edificio al que entraron. Reconocí el piso por las ventanas. Esperé un poco más. Mi instinto me decía que no se quedaría allí esa noche. Estaba jugando el papel de buen hijo, mintiendo a todos.

Menos de una hora después, les vi salir del edificio. Jacob sonreía, caminando despreocupadamente hacia su coche. Salí del mío, los golpes de mi puerta llamaron su atención. Miró a su alrededor y me vio. Jacob se tensó, queriendo huir, pero rápidamente le agarré por detrás de la camisa y le empujé hacia una esquina oscura.

Lo empujé contra el hormigón y me giré, agarrándole la garganta.

—¡Hola! —le dije inclinando la cabeza, estudiando su rostro. Se sobresaltó.

—¡Quita las manos! —le apreté la garganta, luchando por contenerme.

—Necesito hablar contigo.

—Que te jodan —intentó apartarme débilmente. Le apreté más contra la pared, viendo el pánico en sus ojos. Conocía a este tipo de hombre: débil, sin agallas y cobarde.

—Vas a ir al forense y contarle todo.

—¿Qué investigador? —Intentó hacerse el valiente, pero se acercó más.

—Es mejor que confieses. Haré que te encierren, al menos así conservarás tu dignidad.

—¡No sé de qué me hablas!

Estaba tan cerca que podía sentir cómo su corazón latía frenéticamente. Me contuve, aunque no me resultó fácil.

—Creía que eras más inteligente que eso. Te alegraste mucho cuando Colin te hizo caso. Te dio una oportunidad. Luego, en el storis viste dónde estaba de fiesta Catherine. Pensaste que era el momento oportuno. Hablaste con algunos conocidos para que le hicieran un regalo. Pensaste que se meterían con ella y tú la salvarías —dije, escupiendo las palabras y apretando más su garganta.

—Luego todo se descontroló. Llamaste al móvil después de que pidiera un taxi. Tenías una trampa, solo que no calculaste que tu compañero estaba aún más loco y tenía su propio plan. Le gustaba demasiado.

Me detuve para recuperar el aliento. Jacob no dijo nada, sabía que lo había comprobado.

—La violó mientras tú estabas a su lado. Luego huyó. Podrías haberlo arreglado, pero eres un cobarde por arruinarle la vida.

—No puedes demostrar nada —susurró Jacob, con la respiración acelerada. Sonreí.

—Lo demostraré. Y esta vez no huirás. ¿Crees que el mayor de los Rowe te librerá? Ni siquiera sois amigos. Cuando huelen a chamusquina, solo se salvan ellos. Si no los desenmascaras tú, lo harán ellos contigo.

Vi que Jacob tenía dudas. No tenía valor.

—No era mi intención.

—Ve tú mismo al investigador. Te daré un día.

Le dejé marchar. No necesitaba su confesión, pero mi plan tenía un punto débil. Iba de farol, no tenía pruebas, solo esperaba que los conspiradores dudaran y se delataran unos a otros. Sabía que Jacob era un cobarde, pero tenía una baza más.

—Pasa, te están esperando —me dijo la chica detrás del mostrador. Me aparté del teléfono, me levanté y caminé hacia la puerta.

—Gracias —me ajusté la chaqueta. La secretaria del padre de Jacob me acompañó hasta la puerta. Le agradecí con una inclinación de cabeza.

El despacho estaba lleno de libros. Muebles antiguos, el olor de la madera y aceites finos golpeaban mi nariz. Sobre la mesa, un corán, cuencos y frutos secos. El lujo de las tradiciones orientales. Había investigado sobre el padre de Jacob, y ahora la atmósfera creada era aún más respetuosa. Era un hombre noble y poderoso, conocido en sus círculos por su sabiduría.

Me gustaba tratar con gente de fe, porque, sin importar el dios al que rezaran, eran sensatos y comprendían el honor. Me di cuenta de que Jacob no se había presentado en la oficina del forense, lo que confirmaba su falta de valor. Decidí arriesgarme y hablar con su padre.

—Señor Mahdi, soy Liam Fork —le tendí la mano para saludarle.

—Que tengas un buen día, Liam. ¿Qué te trae por aquí? —Me estrechó la mano y me escrutó con un ligero estrabismo. Tenía acento oriental.

—Quería hablarle de su hijo Jacob.

Me callé, sabiendo que esas palabras determinarían el destino de Catherine. Ladeó la cabeza, tal vez una expresión de sorpresa cruzó su rostro.

—Te estoy escuchando.

—Jacob ha hecho algo que puede hacer sufrir a una persona muy inocente.

La mirada de Mahdi empezó a vagar por el despacho. Luego volvió a sí, pero su rostro se volvió más agudo y duro. Quería proteger a su hijo.

—Quizá te has enterado de lo que le pasó a Catherine.

—Lo siento, no sé de qué me hablas.

—Soy abogado y represento a Catherine —me tranquilicé al hablar. Sabía que ganaría el caso, solo que no sabía cómo. Y ahora estaba tranquilo bajo las miradas disparadas del Sr. Mahdi.

—Perdóname, pero no tengo influencia sobre mis hijos. No puedo ayudarte en esto —dijo Mahdi, callado.

—Tu hijo ha hecho mucho daño a esta chica.

El padre de Jacob asintió.

—Sí, él me ha hablado de ello. Le dije que todo se puede arreglar si tu corazón es puro.

—Sí, pero ése no es el caso.

Le conté todo desde el principio. No sé por qué, pero sentí que ahora lograría esta influencia. Empecé con confianza, sin emoción, solo los hechos. Al final, mi voz empezó a temblar. Conté al padre de Jacob lo mucho que Catherine significaba para mí, lo destrozada que estaba ahora. Le hablé de cómo comenzaba a comprender de nuevo la vida y cómo otros creían en su impunidad.

Cuando terminé, el silencio era sepulcral. No interrumpí los pensamientos de Mahdi. Lo que había hecho su hijo había golpeado su cabeza gris, y las manos de Mahdi temblaban ligeramente. Se sentó de nuevo en su silla, la conmoción en su rostro se transformó en disgusto. No me precipité con él. Sigo creyendo que Mahdi es un hombre de honor. Uno puede esconderse de todos los hombres, acallar su conciencia. Pero de Dios, no.

Pasaron más de cinco minutos que parecieron una eternidad. Levantó la cabeza, con el rostro sereno.

—Esto es culpa mía. Descuidé de mi hijo menor. Todos mis consejos, él los tomó a su manera, nada honorable.

Sin aliento, escuché al Sr. Mahdi.

—Me gustaría pedir disculpas personalmente a esta chica. ¿Es posible? —preguntó.

—Por desgracia, ella aún no es estable en la realidad. Bastará con que tu hijo haga lo que debe.

—Lo hará, de eso no tengas ninguna duda.

Mahdi me estrechó la mano y me señaló con los ojos hacia la puerta. Asentí y me alejé a toda prisa.



45. Liam

Colin ya no parecía superior ni odioso. Se reunió conmigo tranquilamente, mirándome a los ojos.

—¿Quieres sentarte? —me ofreció.

—Lo haré. Estiraré las piernas —respondí, sin necesidad de su respeto a ese precio.

—¿Café? —preguntó.

Negué con la cabeza. Él también aceptó con calma mis negativas. El desenlace de mi historia y la de Catherine no se vería afectado. También creo que es mejor que se vaya ahora.

La causa penal había sido archivada y cerrada por falta de delito. Pero el otro caso, el intento de violación por conspiración, estaba cobrando fuerza.

Mahdi había cumplido su palabra. Su hijo confesó. Había cuatro hombres investigados. Jacob iba como organizador, luego Rowe Jr. y sus dos amigos eran los testigos. Salieron a la luz nuevos hechos: no era la primera vez que Rowe Jr. raptaba chicas por la fuerza. Rowe padre había sido suspendido por interferir en el proceso.

Sólo Rowe Jr. estaba entre rejas; el resto estaba bajo arresto domiciliario. Colin y yo compartíamos ahora un odio común, no nos compadecíamos, no contribuíamos, esperábamos una represalia justa.

—Liam... —Colin me llamó—. ¿Estás seguro de que no quieres más cooperación?

—Absolutamente —respondí, indiferente. No soy vengativo, sigo considerando a Colin un compañero de confianza. Pero tendré otros. Demasiadas pérdidas.

—Si cambias de opinión, házmelo saber. Los honorarios por el trabajo los remitiré. Prepara la factura, por favor —reconocí al viejo Colin en sus palabras.

Estoy cansado de luchar, al borde del agotamiento.

—No aceptaré el dinero. Porque estaba protegiendo a la chica que amo, con la que quería casarme —la mirada de Colin cambió. Un disgusto incontrolable aclaraba rápidamente.

—No te preocupes, Catherine ha dicho que no. Y creo que ahora es el mejor momento para que cambie de aires. No se sentirá segura durante mucho tiempo.

Nos quedamos en silencio. Desconecté mis sentidos.

—Te lo agradezco —pronunció Colin.

—No lo hagas, será mejor que hagas feliz a Catherine.

Ya no quería estar en la misma habitación que él. Me faltaba el aire.

—Vale.

Le miré.

—Me voy a casa de Catherine —le dije a Colin, mirándolo a los ojos. Sé que no se atrevería a prohibírmelo. Pero quiero despedirme antes de que se vaya volando.

Hacía mucho tiempo que no entraba en su piso. Ahora estaba en el ascensor, con las llaves en la mano. Debería habérselas dado a Colin, pero no podía. Sólo quería despedirme, eso era todo. No me engaño, estaría mejor sin mí. Me dolía el pecho, pero ya estaba acostumbrado, era un dolor sordo y constante.

Sonreí, pensando en que sería una celebridad y le pediría un autógrafo. No sé cuánto tiempo tardará en remitir el dolor. Aceptar que no estoy con ella.

Salí a su piso y el sentimiento de pérdida se intensificó. Le estaba tan agradecido, había experimentado la felicidad cuando estaba conmigo.

Sabiendo que estaba en casa, me detuve en la puerta. Quería darle una sorpresa, pero las sorpresas no eran apropiadas en este momento. Guardé las llaves y llamé al timbre. Me miré las manos, temblorosas. Me di cuenta de que esta podía ser la última vez que la viera. Oí cómo se abrían las cerraduras. Quizá no debería haber venido, en los últimos segundos empecé a dudar.

—¡Hola! —Catherine me miró con recelo.

—¡Hola! ¿Interrumpo? —la miré a los ojos. Vi las maletas preparadas en el pasillo.

—No, pasa —se apartó de la puerta y me dejó entrar. Por costumbre, también cerré la puerta. Quería abrazarla salvajemente, apretar mis labios contra los suyos. No recordaba la última vez que nos habíamos besado. Me quedé de pie, sufriendo.

Pasamos a la habitación grande, en el apartamento vaciado de sus cosas. Todo lo demás estaba en su sitio: las cortinas, los electrodomésticos, los muebles. Pero no había alma en él. Me sentí al

borde del abismo ante estos pensamientos. Mis dedos se extendieron para tocarla, pero me contuve.

Ella me tenía miedo. Según Colin, seguía trabajando con un consejero. Las pesadillas habían desaparecido, había dejado de culparse por lo ocurrido. Pero no la presionaría ahora.

Catherine señaló la mesa con la cabeza.

—¿Té o café, qué quieres?

—Té —respondí, porque tardaba más en beberlo.

Me di cuenta de lo incómoda que estaba. Puso el agua a calentar y se sentó frente a mí. Capté cada movimiento.

—Gracias por salvarme —no sabía dónde poner las manos. Tiraba de sus pantalones. Los sentimientos me abrumaban. No podía hablar, solo asentí.

Le sonreí, ella me sonrió. No apartaba la mirada.

Quería quedarme con ella más tiempo. Respirarla, y entonces podría morir. Y entonces ella se iría a una nueva vida.

—¿Vuelas mañana? —pregunté, sabiendo la respuesta. Necesitaba romper el silencio y oír su voz una vez más.

—Sí... —frunció el ceño, luego tosió y me miró.

Podía ver su dolor, pero estaba seguro de que era mejor así.

—He estado pensando en bajar para verte. He pensado en ello desde anteayer. Pero no me atrevía.

—He venido. ¿Qué más da?

—Espera un poco... —salió de la cocina.

Tuve un ataque de pánico. ¿Adónde había ido? ¿Por qué pasa el tiempo tan rápido con ella? Cuando volvió, reuní toda mi fuerza de voluntad.

—¡Esto es para ti! —me tendió un rectángulo—. Yo... hice... esto para ti...

Se puso delante de mí y yo me senté. Miré fijamente el regalo para concentrarme. Con mano temblorosa, lo cogí y lo pasé por el cristal. Vi que ella también se preocupaba y se sonrojaba.

—Gracias —miré la foto enmarcada. Me hizo feliz un día en que ella y yo paseábamos por el parque, riéndonos. Parecía de otra vida.

Nos quedamos mirándonos a los ojos. Entonces Catherine se estremeció y fue a servir el té. Yo me quedé mirando la fotografía.

—Tu hermano me ha dicho que ya estás matriculada en varios cursos —ella se quedó paralizada.

—Sí, no quiero perder el tiempo. Después será más fácil, menos estresante y podré llegar.

Esbocé una sonrisa, momento en el que ella volvió la mirada. Un momento y el agua caliente se derramó sobre la mesa. Volví hacia ella, y me detuve. Temí tocarla.

—No pasa nada, no pasa nada —me aseguró Catherine.

Percibí que no estaba. Intenté relajar el ambiente y empecé a hablarle de las películas inglesas. Que era una idea estupenda estudiar en Europa, una mentalidad y una cultura diferentes. Pero cuanto más hablaba, más aumentaba la tensión. Un ligero escalofrío me recorrió el cuerpo.

Catherine cogió la taza y, antes de que llegara a su boca, cayó con un ruido metálico. Se sentó en el suelo. Salté hacia ella y la vi recoger el agua y el vaso de la taza con las manos.

—¡Cat! ¡Cat! —me senté a su lado. Ella no se detuvo. Sacudió la cabeza. Me dio miedo tocarla.

—Cat, deja de hacer eso.

No me oyó. Vi los cortes en sus dedos, vi sus lágrimas. La cogí de las manos, la detuve y tiré de ella hacia mí. Se resistió. Tiré más fuerte hacia mí.

—Es solo una taza. Déjalo. —Siguió luchando contra los sollozos. Noté que su cuerpo temblaba. Se rindió. Solo quería consolarla.

Chilló y se le saltaron las lágrimas. Me rodeó el cuello con los brazos y se acurrucó en mi hombro. Sentí su respiración intermitente. Me contuve. Me contuve. Me contuve.

Pero en el último momento, aspiré el aroma de su pelo y me incliné hacia ella. Me sentí tan bien, que un calor se extendió por mi cuerpo. Me di cuenta mentalmente de que no había venido por esto.

—No me echas, por favor —oí la voz de Catherine. Contuve la respiración, esperando oír qué más tenía que decir. Sollozó.

—Sé que teníamos un acuerdo. Yo misma lo acepté. Pero tú pudiste hacerlo sin mí, y yo no. Tienes derecho. Fui yo quien te abandonó, soy yo. Pero al menos no me echas. No puedo arreglármelas sin ti, me muero sin ti. Tú podías y yo no.

Me rompí por dentro, sintiendo cada palabra como una puñalada. La abracé más fuerte, tratando de consolarla. Pero sabía que no sería fácil.



46. Catherine

Observo desde arriba, conteniendo la respiración, cómo Liam trata mis cortes. Yo estoy en el sofá, él en el suelo. Me relajo, dejando que haga lo que quiera.

—¿No te duele? —me preguntó, sacándome otra pequeña astilla.

Negué con la cabeza, mirándonos las manos sin inmutarme. No me dolía. No podía creer que Liam me estuviera tocando. Las lágrimas asomaban en mis ojos. Me mordí el labio para no volver a ponerme histérica.

Liam sopló sobre mis heridas. Me vinieron a la cabeza recuerdos de mi madre. Ella hacía lo mismo cuando me caía y me raspaba las rodillas. Solo las personas que aman pueden hacer eso. Me amaba y yo, egoístamente, lo arruiné. Eso es lo que debería hacer.

—No lo hagas —me dijo.

Asentí y miré al techo. ¿Por qué me necesita? Necesito que me rescate, que me proteja todo el tiempo. Quiero empezar de nuevo, hacerlo todo para no perderlo. No podré amar a nadie más como le amo a él. Me dolía verle cariñoso, tranquilo e indiferente.

Me salvó. ¿Qué más quiero de él? Es todo lo que tengo que agradecerle. No quiero irme. No puedo hablar de esto con nadie. Mi hermano insiste. Colin cree que es lo mejor. Y el psicólogo me apoya.

No podía ir a casa de Liam por miedo a encontrarme allí con otra persona. Podría haber tenido a alguien más allí mientras tanto. Yo no fui, fue él. Bajó para echarme de nuevo de su vida. Y esa estúpida taza.

—¿Te has calmado? —Liam me sacó de mis pensamientos.

Me sentí aliviada. Tenía los ojos secos. Con el orientador, también trabajamos la relación con Liam.

Tenía miedo a la cárcel, veía a mi violador por todas partes, no podía dormir bien. Estaba escarbando en mí misma, en mi comportamiento. No me sentía segura. Y el sentimiento más importante volvía a mí. Había perdido a Liam.

Tosí, bajé la cabeza y miré nuestras manos. Me acariciaba la piel. Quería vivir mi vida con él. Quería quitarme las manos; si me soltaba, moriría. Pero Liam no las soltó. Mi corazón se aceleró.

Dejé caer mi mirada sobre su rostro. Me miraba fijamente, sus ojos me llegaban a los huesos y al alma. Mi respiración se aceleró. Los ojos, que acaban de secarse, volvieron a llenarse de agua. Me avergonzaba. No podía evitar que las lágrimas se detuvieran contra el techo.

—Por favor, no, Cat —dijo Liam.

Se levantó del suelo, se sentó a mi lado y me atrajo hacia él por la cintura. Me senté en su regazo. Le miré fijamente a la cara y mi corazón estaba a punto de saltar.

Las manos de Liam se deslizaron por mi espalda, acariciándome hasta la cintura. Quería suplicar, suplicar: *"No pares"*.

Tenía miedo de moverme y relajarme. Tenía miedo de pedir y arruinar toda la magia que había entre nosotros...

Miré sus cejas, sus pómulos, sus labios, volví a sus ojos.

—Estás imaginando cosas, Cat. Yo tampoco podría hacerlo sin ti.

No entendí lo que había dicho, pero cuando las palabras llegaron a mi cabeza, me sentí como si estuviera bajo el agua. Le miré fijamente. ¿Quizá una alucinación auditiva? Estaba sonriendo.

No me entendía, se me estrechaba la garganta. Y mis dedos empezaron a temblar. Sentí su palma en mi nuca. Me miraba, como si me admirara. ¿Admirando qué? ¿Ojos húmedos, nariz hinchada? Ahora me daba miedo. Quería apartarme e ir al baño.

—¿Adónde? —Liam reaccionó más rápido y me apretó la cintura. Sacudí la cabeza.

—¡No te he echado, te he dejado ir, Cat!

Lo volví a oír, pero tardé un momento en darme cuenta. No soy tonta. Y sonreía. Liam se acercó a mi cara, me acarició los pómulos y las mejillas. Quería relajarme entre sus brazos.

—Pero no me tocaste, no te acercaste a mí. Creí que había desaparecido.

—Intenté no quererte. No pude, pensé que era mejor que te fueras. Pero eso no significa que quisiera dejarte marchar. No quería retenerte por la fuerza.

Cargas eléctricas recorrieron mi piel y sacudí la cabeza. Quería que siguiera hablando. Pero sus labios ya estaban muy cerca de los míos.

Ahora sabía que mi felicidad estaba aquí, y no podía renunciar a ella. Sus palmas presionaban mis caderas, podía sentir su excitación. Empecé a moverme encima de él. Un gemido estalló en

mí como alivio.

—Eres divina, ¿te lo había dicho?

Me acerqué a él, acurrucándome en su cuello y saboreando su aroma.

—¿Te he dicho que te quiero?

Sentí que sonreía, que me besaba las mejillas, los pómulos. Le di mis labios. Nuestras manos empezaron a desnudarnos lentamente. Ardía de excitación.

Liam buscó mi pecho, apretó un pezón entre sus dedos, captó mi mirada. Y bajó los labios. Me arqueé hacia él. Le rodeé el cuello con los brazos, respiré contra sus labios abiertos y cerré los ojos. Me besaba cada centímetro del cuerpo. Le agarré la polla por debajo de los calzoncillos. Estaba tan caliente y dura que mis entrañas estallaron de deseo. Ambos sentimos la fuerza de nuestra excitación.

Liam me tocó el clítoris y yo separé mis muslos con más fuerza. Me apreté los pechos con la mano. Él me penetró con el dedo. Gemí y quería más.

Gemí, me retorcí, me ahogué en nuestra depravación.

—Quiero más...

Respiraba y gruñía. Me mordió la clavícula y me tapó la boca con la suya. Me tumbó boca arriba. Levanté las caderas para que Liam pudiera deshacerse de la ropa sobrante.

Abrí los muslos y grité cuando Liam deslizó su polla en mis pliegues húmedos. Se ralentizó, mirándome fijamente a los ojos. Ambos habíamos echado de menos esta sensación. Cerré los ojos y me entregué a él por completo.

Sus besos eran más exigentes, sus movimientos más bruscos. Confiaba en él. Me encantaba estar debajo de él. Arqueé la espalda, abriendo el cuello a sus besos. Gemí y me mordí los labios. Sentía que estaba a punto de llegar al orgasmo, pero iba más despacio.

Los espasmos empezaron a retorcer mi cuerpo, quería juntar las rodillas. Me olvidé de todo. Sentí su empuje. Otro... Y mi placer se expresó en una relajación total. Obedientemente, dejé entrar su lengua, rabia mezclada con ternura...

Perdí la noción del tiempo. Después de besarme, Liam me soltó, mirándome a la cara. Serio.

—¡Llámame para casarme contigo! —una súplica inesperada salió de mis labios. Me avergoncé. Me sonrojé.

—¿Quieres casarte conmigo? —preguntó Liam sin dudarlo ni un segundo.

—Lo haré.

Me besó de nuevo, queriendo apartarse, pero le tiré de la nuca y le miré a los ojos.

—Ordena tus maletas. —Las palabras hicieron que todo mi cuerpo sintiera punzadas de agujas. Tiré de él más cerca y le rodeé la cintura con las piernas.

—¿Te sentías mal sin mí? —pregunté, sabiendo que la respuesta podría no gustarme.

—Me morí. Pero tenía que sacarte, necesitaba tu cordura. No podría haberlo hecho de otro modo.

Nos quedamos inmóviles. Calmándonos y aceptando la nueva realidad.

No podíamos separarnos, así que Liam se quedó en mi casa. Me alegra que me diera otra oportunidad. No voy a desaprovecharla. Se quedó dormido y yo lo miré fijamente, con miedo de respirar fuerte.

Últimamente tengo muchas emociones. Le he estado confesando mi amor en silencio, planeando nuestro futuro, cómo viviremos y envejeceremos juntos.

No solo hubo mucho sexo, sino también mucha conversación. No oculté ni un solo detalle de cómo pasé esos meses. Al elegirle a él, no renuncio a mí misma.

Me siento atraída por el hombro de un hombre, capaz de admirarlo para siempre.

Me deslicé fuera de la cama y fui a la cocina. Tenía hambre. Estaba ordenada, pero había algo de comida. Decidí preparar el desayuno. Me dejé llevar por el proceso, bailando. Volví a saborear la vida.

Ayer Liam me preguntó qué sentía por Jacob. Para mí, no existe. No le odio, no me arrepiento de él. Solo quiero que mi violador caiga para que otras chicas no salgan heridas. Y a Jacob, muchas gracias. Fue como una tragedia, pero resultó ser una bondad por su parte.

Sonó el teléfono. Vi que era mi hermano. Al principio me asusté, pero luego me llené de emoción. Le recordé acariciándome la cabeza, preocupado, cubriéndome con una manta. Me di cuenta de que habían hecho un trato. Liam se ocupaba del caso, Colin se ocupaba de mi estado. Ellos dos son las únicas personas que me importan. Y no tengo que elegir entre ellos.

—¿Sí, hermano? —No podía ocultar la felicidad en mi voz.

—Cat, ¿va todo bien? —Su voz era ronca, seguía preocupándose por mí. Me escuchaba. Si supiera lo bien que me siento.

—Todo está fantásticamente bien. Lo siento, no voy a ir a Europa.

Se quedó en silencio. Me di cuenta de que ahora no estaba arruinando mi vida, la estaba construyendo pieza a pieza.

—¿Por su culpa? —Su voz era muy distante, no había alegría en ella. Pero sonreí.

—Le quiero mucho. Y él me quiere a mí. Me ha vuelto a pedir que nos casemos y le he dicho que sí.

Oí un suspiro al otro lado de la línea. Sé que ahora frunce el ceño.

—Por favor, acepta, hermano. Siempre te tendré como mi único hermano favorito. Por favor.

Solté el aire para no ahogarme con mis emociones. Oí los pasos de Liam y me di la vuelta. Era tan hogareño, con el pelo revuelto. Y tan familiar para mí.

—¡Buenos días! —me abrazó. Le acaricié el cuello, apretándole fuerte el torso.

—¡Huele de maravilla! —Le miré con cariño.

Sacamos los platos, hicimos café, nos tocamos casualmente o no. Había tanta felicidad en esto para mí. Nos sentamos juntos a la mesa.

Acariciando su cara, buscando su mirada y también su corazón.

—Nunca te dejaré.

—Sí —confirmó mientras masticaba—. ¿Y por qué no se han deshecho aún las maletas?

Me reí.

—Quiero deshacer las maletas en otro piso —me sonrojé por mi atrevimiento.

—¿Y tu hermano? ¿Ha llamado ya?

—Sí, ya le he dicho que no voy —suspiré aliviada, pero inmediatamente miré a Liam para ver si malinterpretaba mi suspiro.

—¿Y él?

—No está entusiasmado, pero puedo superarlo.

Liam sonrió y buscó mis labios.

—Lo aceptará, tarde o temprano. No es como si fuera un desastre.

Me callé.

—¿Y si no lo hace? ¿Empezará a presionar? —Me di cuenta de que la última de mis dudas estaba en esas palabras.

—Es su elección. Y tiene que vivir con ello. Y yo voy a vivir con Liam.

No dudé de mí misma.

—¿Quién es Liam? ¿Le presentas?

Nos reímos, me acerqué a él y nos fundimos en un beso.



Epílogo

*C*inco años después. Liam

Una luz brillante golpeó mis ojos. Cada mañana era la misma tortura. Ya era de madrugada y Catherine llevaba despierta mucho tiempo. Siempre dormía bien en este hotel. Primero abrí un ojo, luego sonreí y me levanté sobre los codos, mirando un cuadro que me resultaba familiar.

Ella abrió otra cortina, tarareando y bailando. Se dio la vuelta y vio que estaba despierto. Pidió al altavoz que pusiera música. La habitación se llenó de jazz ligero. Catherine contoneó las caderas, me miró a los ojos y se acercó. En ese momento tragué saliva. Ella arqueó la espalda; me di cuenta de que ahora no la dejaría salir del dormitorio.

Se giró de lado hacia mí, arqueando la espalda y pasándose la mano por el vientre.

—¿Ya lo ves? —preguntó en un susurro.

Sonreí. Alargué la mano hacia ella, pero me esquivó. Me encogí de hombros en respuesta, e inmediatamente ella cayó de rodillas sobre la cama. La agarré rápidamente y la tumbé boca arriba. Busqué sus labios, sin dejar que salieran las palabras.

Nos besamos y me sentí bien. La sentí preparada. Le abrí el pecho y le apreté el pezón con los dientes. Ella gimió.

Catherine embarazada era más sensible, se volvía más relajada, más feliz.

Me separé de ella y llevé mi mano a su entrepierna. La cubrí, acaricié y hormigueé. Frotaba la humedad, tocando. Estaba impaciente, quería saborear el momento y ella lo quería rápido. Me apretó el pene y subió y bajó.

Catherine se mordió el labio, cediendo sus caderas a mis dedos. Y luego, se deslizó más abajo. Se sintió divinamente bien. Se metió la polla en la boca, me miró a los ojos, apretó y tiró con fuerza de la cabeza con los labios. Me tapé los ojos, apoyándome en el respaldo de la cama. Bajo

los párpados entreabiertos, observé los movimientos perfectos, los ritmos de las manos y los labios.

Ya estaba al límite. Coloqué la mano en su nuca y entré hacia su boca. Me detuve y la tumbé de lado, entrando suavemente. Cat acercó sus labios a mi boca y yo también los saboreé. Mordisqueé sus pechos, apreté y acaricié su clítoris con la otra mano. Ella se flexionó contra mí. Me moví dentro de ella, mordiéndole el hombro. Apreté su mejilla y me volví loco.

Nos quedamos un rato más en la cama. Nuestro primer hijo, Matthew, ya estaba desayunando con su niñera. Queríamos unirnos a ellos.

Ella había hecho tanto por mí y por nuestra familia en los últimos cinco años. Había dado a luz a un hijo, habíamos viajado por Europa, seguía escribiendo música y trabajando con distintos grupos y marcas. Estaba muy solicitada. Quizá después del nacimiento nos fuéramos a su Inglaterra durante un año o dos, según decidiera ella misma. Por ahora, fue una sorpresa. La abracé más fuerte, temiendo que se escapara.

En cuanto entramos en el restaurante, Matthew nos vio, se levantó de un salto de la mesa y corrió hacia nosotros. Le adoraba, era igual que yo.

Tenemos una relación neutra con el hermano de Catherine. Nos acercamos un poco más, ya no le veía sentido a nuestras rencillas. Y él se calmó. Nos casamos una semana después de proponérselo. Fue increíble. Lo único malo fue que ese día un Steve borracho se chivó de lo que hacía su hermano con nuestro bufete.

Catherine no habló con su hermano durante más de un año, hasta que dio a luz a Matthew. Cuando su hermano vino a felicitarla por el nacimiento, toda su rabia desapareció. Le perdonó. Me di cuenta de que Colin se había castigado a sí mismo. Catherine era una buena chica, ¿por qué privar a su hermano de compañía? Él también tuvo un hijo una vez.

Jacob ha salido de la cárcel y está fuera de la ciudad. Al parecer, su padre lo envió a otra ciudad o incluso a otro país para reeducarlo. Pero el violador sigue en la cárcel, y me estoy asegurando de que no salga antes por accidente. Sospecho que Colin también.

Nos sentamos y pedimos los menús. Mi hijo estaba en mi regazo. Miré a Catherine, que sacó su teléfono y ordenó.

—¡Sonríe! —Catherine se hizo una foto y se quedó paralizada. Nos miró. Tenía los ojos húmedos. Los vi. Yo también sonreí.

—No la expondré. La guardaré para mí.